
DE LA AUTORA BESTSELLER DE DENTRO DE CASA
LISA JEWELL
CUANDO TE ENCONTRÉ
Todos guardamos secretos.
¿Qué pasaría si olvidases los tuyos?
Duomo ediciones

LISA JEWELL

CUANDO TE ENCONTRÉ

Traducción de Josep Escarré Roig

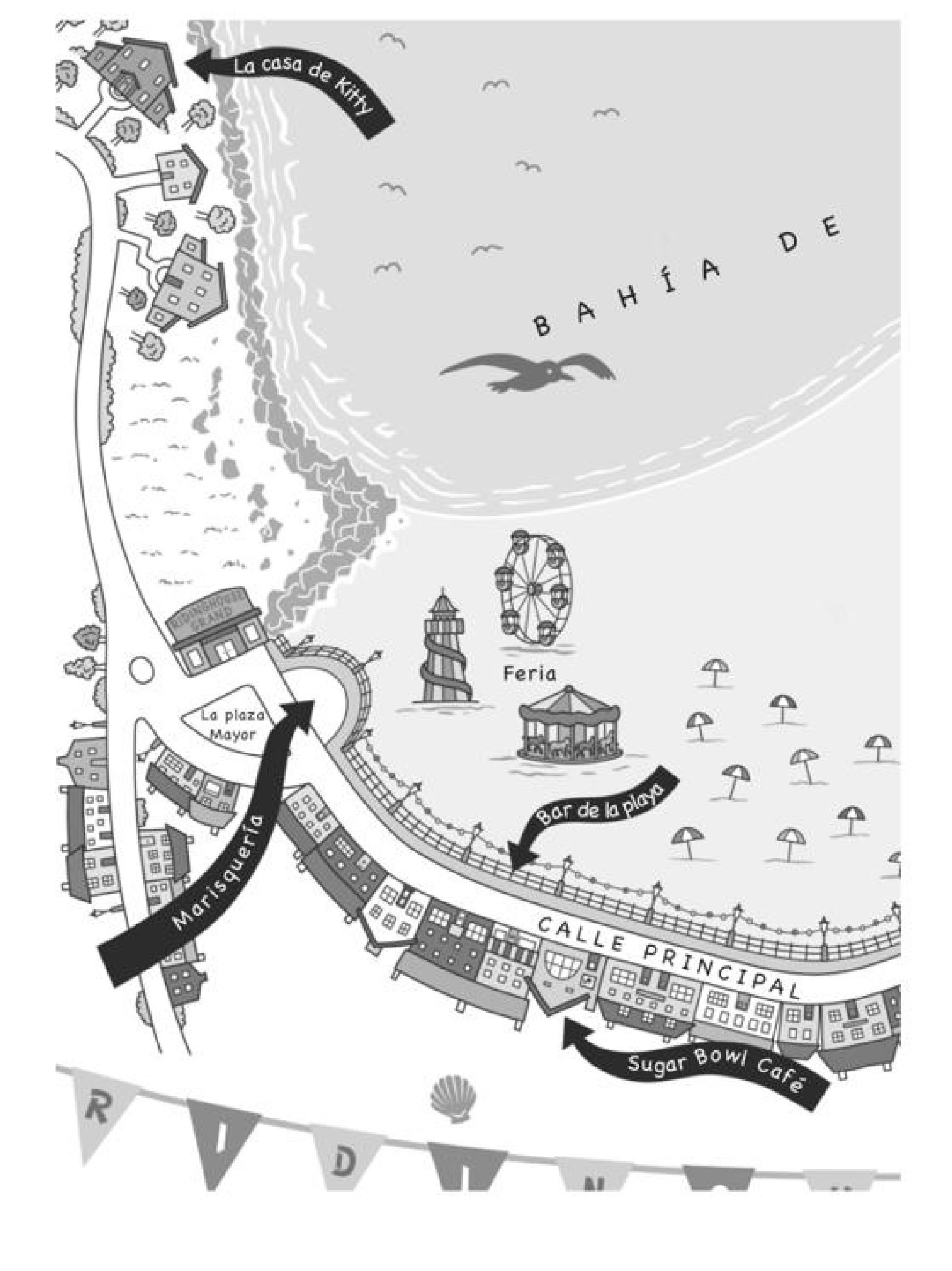


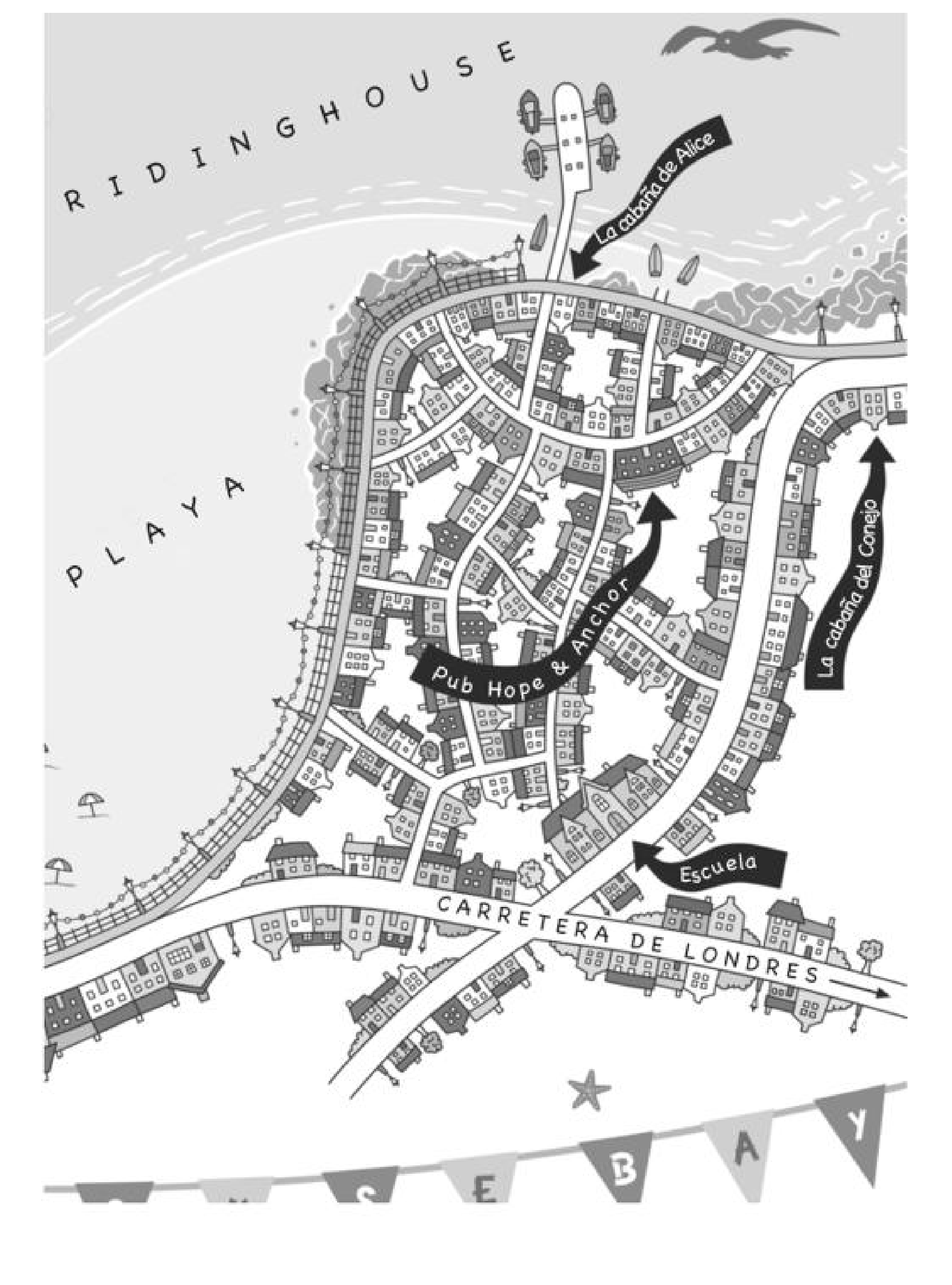
Duomo ediciones

Índice



Este libro está dedicado a Jascha (¿lo ves?, te quiero más que al perro)


La casa de Kitty
BAHÍA DE
Feria
La plaza Mayor
Marisquería
Bar de la playa
CALLE PRINCIPAL
Sugar Bowl Café


R I D I N G H O U S E
La cabaña de Alice
P L A Y A
Pub Hope & Anchor
La cabaña del Conejo
Escuela
CARRETERA DE LONDRES
B A Y

PRIMERA PARTE

Uno

Alice Lake vive en una casa a orillas del mar. Es una casa muy pequeña, una cabaña para guardacostas construida hace más de trescientos años para gente mucho más bajita que ella. Los techos son inclinados e irregulares, y su hijo de catorce años debe agachar la cabeza para entrar por la puerta principal. Hace seis años, cuando se mudaron desde Londres, todos eran muy pequeños. Jasmine tenía diez años, Kai tenía ocho y Romaine, la pequeña, apenas tenía cuatro meses. Nunca se habría imaginado que un día tendría un hijo desgarbado de más de un metro ochenta de estatura. Nunca se habría imaginado que algún día este lugar se les quedaría pequeño.

Alice está sentada en su pequeña habitación, que está en la planta de arriba de la diminuta casa. Desde aquí dirige su negocio. Convierte en arte mapas antiguos que luego vende en internet por una exorbitante cantidad de dinero. O, mejor dicho, puede… que parezca exorbitante por una obra de arte hecha con mapas antiguos, aunque no lo es tanto para una madre soltera con tres hijos. Suele vender dos a la semana. Es suficiente. O casi.

Al otro lado de la ventana, entre farolas de estilo victoriano, un ruidoso viento de abril balancea unos banderines descoloridos por el sol. A la izquierda hay unas gradas donde pequeñas barcas de pesca forman una columna que se extiende hasta un muelle de hormigón en el que la abundante y violenta espuma del mar del Norte se estrella contra la costa rocosa. Y más allá de todo esto, el mar. Negro, infinito. A Alice aún le sobrecoge el mar, su extrema proximidad. Cuando vivía en Brixton tenía una vista de paredes, de jardines de otra gente, de torres distantes y de cielos humeantes. Y de repente, de la noche a la mañana, ahí estaba todo ese mar. Cuando se sienta en el sofá, en el otro extremo de la habitación, es todo cuanto puede ver, como si formara parte de la estancia, como si estuviera a punto de filtrarse a través de los marcos de las ventanas para ahogarlos a todos.

Echa de nuevo un vistazo a la pantalla de su iPad. En ella ve una pequeña habitación cuadrada, un gato sentado en un sofá lamiéndose las patas traseras y una taza de té en una mesita. Oye voces procedentes de otro sitio: su madre hablando con el cuidador y su padre hablando con su madre. No es capaz de entender lo que están diciendo, porque el micrófono de la cámara web que instaló en la sala de estar la última vez que fue a visitarlos no capta del todo bien el sonido de las otras habitaciones. Sin embargo, Alice se tranquiliza sabiendo que el cuidador está allí, que a sus padres les darán de

comer, les administrarán su medicación, los asearán, los vestirán y que durante un par de horas no tendrá que preocuparse por ellos.

Esta es otra cosa que no se habría imaginado hace seis años, cuando se mudó al norte. Que sus padres, llenos de vida, inteligentes, recién cumplidos los setenta, desarrollarían ambos, con pocas semanas de diferencia, la enfermedad de Alzheimer y requerirían supervisión y cuidados constantes.

En la pantalla del ordenador portátil de Alice hay un formulario de pedido de un hombre llamado Max Fitzgibbon. Quiere una rosa hecha con mapas de Cumbria, Chelsea y Saint-Tropez para el quincuagésimo aniversario de su esposa. Alice es capaz de imaginarse a ese hombre: bien conservado, de pelo entrecano, vestido con un jersey Joules de cuello cremallera de color brezo y aún desesperadamente enamorado de su mujer después de veinticinco años de matrimonio. Es capaz de deducir todo esto a partir de su nombre, de su dirección, del regalo que ha elegido («Las rosas inglesas, grandes y de vivos colores, siempre han sido sus flores favoritas», dice en la casilla de «Otros comentarios»).

Alice aparta la vista de la pantalla y mira hacia la ventana. Él aún sigue allí. El hombre de la playa.

Lleva todo el día allí, desde que abrió las cortinas a las siete de la mañana: sentado en la arena húmeda, abrazándose las rodillas sin dejar de mirar el mar. Lo ha estado vigilando, preocupada, porque quizás estaba a punto de mandarse él mismo al otro barrio. Eso ya había ocurrido antes, en una ocasión. Un hombre joven, mortalmente pálido a la luz blanca y azulada de la luna, dejó el abrigo en la playa y desapareció sin más. Tres años después, Alice aún sigue obsesionada con él.

Sin embargo, este hombre no se mueve. Solo está ahí sentado, mirando fijamente el mar. Hoy, el aire es frío; sopla con fuerza y trae consigo de la superficie del agua un velo de gotitas heladas. Pero ese hombre solo viste una camisa y unos vaqueros. No lleva ninguna chaqueta. Ni bolsa. No lleva sombrero ni bufanda. Hay algo inquietante en él: no va lo bastante desaliñado como para ser un vagabundo ni es tan extraño como para ser un enfermo mental del centro de día de la ciudad. Parece estar demasiado en forma para ser un drogadicto y no ha tomado ni una gota de alcohol. Parece sencillamente… Alice busca mentalmente la palabra correcta y al final da con ella. Parece *perdido*.

Una hora después empieza a llover. Alice mira hacia la playa a través de los cristales salpicados de agua. Él aún sigue allí. Tiene el pelo castaño pegado al cráneo y los hombros y las mangas oscurecidos por el agua. Dentro de media hora tiene que recoger a Romaine en la

escuela. En una milésima de segundo, toma una decisión.

—¡Hero! —le grita a la *staffordshire bull terrier* atigrada—. ¡Sadie! —le grita a la vieja caniche—. ¡Griff! —le grita al galgo—. ¡A pasear!

Alice tiene tres perros. Griff, el galgo, es el único que ella escogió. La caniche es de sus padres, tiene dieciocho años y lo normal es que ya hubiera muerto; aunque ha perdido la mitad del pelo y tiene las patas peladas y finas como las de un pájaro, todavía insiste en sumarse a los otros dos para salir a dar un paseo. Y Hero, la *staffordshire bull terrier*, pertenecía a su último inquilino, Barry. Un buen día desapareció, dejándolo todo atrás, incluida su alocada perra. En la calle, Hero tiene que llevar bozal; de lo contrario, se lanza sobre los cochecitos y los patinetes.

Alice engancha las correas a los collares de los perros mientras dan vueltas alrededor de sus tobillos y descubre algo más que Barry dejó atrás durante su fuga a medianoche y que cuelga junto a las correas: una vieja y raída chaqueta. Automáticamente, al verla, Alice arruga la nariz. Una vez, en un momento de absoluta estupidez —y de intensa soledad—, se acostó con Barry, y lo lamentó desde el instante en que él se colocó encima de ella y se dio cuenta de que olía a queso. El olor emanaba de cada grieta de su cuerpo ligeramente grasiento. Aguantó la respiración y siguió adelante, pero a partir de entonces siempre lo relacionó con ese olor.

Alice descuelga la chaqueta del gancho con cuidado y se la coloca sobre el brazo. Luego coge a los perros y un paraguas y se dirige hacia la playa.

—Toma —dice, tendiéndole la chaqueta al hombre—. No huele demasiado bien, pero es impermeable. Y fíjate, tiene capucha.

El hombre se vuelve despacio y mira a Alice.

Parece no haberse dado cuenta de su intención, de modo que balbucea.

—Era de Barry, mi antiguo inquilino. Tenía más o menos la misma talla que tú. Pero tú hueles mejor. Bueno, no es que pueda asegurarlo desde aquí, pero tienes aspecto de oler bien.

El hombre mira a Alice y luego la chaqueta.

—Bueno —dice ella—, ¿la quieres?

Aún no hay ninguna respuesta.

—Bueno, la dejaré aquí. Yo no la necesito ni quiero conservarla; puedes quedártela. Aunque solo la uses para sentarte encima de ella. Si no la quieres, la tiras en un contenedor.

Alice deja caer la chaqueta a los pies del hombre y se endereza. Él la sigue con la mirada.

—Gracias.

—Ah, ¿entonces hablas?

Él parece sorprendido.

—Por supuesto que hablo.

Tiene acento del sur. Sus ojos son del mismo tono castaño rojizo que su pelo y la barba incipiente del mentón. Es guapo. Si te gusta este estilo.

—Estupendo —dice ella, metiéndose la mano libre en el bolsillo y agarrando el mango del paraguas con la otra—. Me alegra oírlo.

Él sonríe y coge la chaqueta húmeda con el puño.

—¿Estás segura?

—¿De esto? —Ella se queda mirando la chaqueta—. Me estás haciendo un favor. En serio.

Él se pone la chaqueta sobre la ropa mojada y se pelea un rato con la cremallera antes de cerrarla.

—Gracias —repite—. De verdad.

Alice se vuelve para comprobar dónde están los perros. La delgaducha Sadie está sentada a sus pies, empapada; los otros dos están correteando por la orilla de la playa. Entonces se vuelve hacia el hombre.

—¿Por qué no te guareces en algún sitio, lejos de la lluvia? —le pregunta—. El pronóstico dice que seguirá lloviendo hasta mañana por la mañana. Vas a caer enfermo.

—¿Quién eres? —le pregunta él entornando los ojos, como si ella ya se hubiese presentado y él hubiera olvidado momentáneamente su nombre.

—Soy Alice. No me conoces.

—No —dice él—. No te conozco.

Parece que eso lo tranquiliza.

—En fin —dice Alice—. Será mejor que me vaya.

—Sí, claro.

Alice tensa la correa de Sadie y la caniche se levanta, inestable, como una jirafa recién nacida.

Alice llama a los otros dos perros. Ambos la ignoran. Chasquea la lengua y vuelve a llamarlos.

—¡Malditos idiotas! —murmura entre dientes—. ¡Vamos! —grita, dirigiéndose hacia ellos—. ¡Venid aquí ahora mismo!

Ambos están entrando y saliendo del agua. Hero está cubierta de una capa de mantillo de un tono verdoso. Apestarán. Y ya es casi la hora de recoger a Romaine. No puede llegar tarde otra vez. Ayer ya se retrasó porque se entretuvo demasiado con una pieza y se le fue el santo al cielo, al final recogió a Romaine a las cuatro menos diez en las oficinas de la escuela, donde la secretaria la miró por encima del ordenador de sobremesa como si fuera una mancha en la alfombra.

—¡Vamos, zopencos!

Alice avanza a grandes zancadas por la playa e intenta agarrar a

Griff. Sin embargo, el perro piensa que se trata de un juego y sale corriendo, alejándose. Alice va tras de Hero, que huye de ella. Mientras tanto, la pobre Sadie está siendo arrastrada por su escuálido cuello, apenas capaz de mantenerse erguida. La lluvia sigue cayendo, los vaqueros de Alice están empapados y sus manos heladas, y el tiempo pasa. Alice deja escapar un grito de frustración y decide enfocar el asunto como lo hacía cuando sus hijos eran muy pequeños.

—Muy bien —dice—. Quedaos aquí. Ya veremos cómo os las apañáis sin mí. Id a suplicar unas sobras al puto carnicero. *¡Que os vaya bien!*

Los perros se detienen y se quedan mirándola. Ella se da la vuelta y se aleja.

—¿Quieres a los perros? —le pregunta al hombre, que aún sigue sentado bajo la lluvia—. En serio. ¿Los quieres? Puedes quedarte con ellos.

El hombre se sobresalta y la mira con sus ojos de color pan de jengibre.

—Yo… Yo…

Ella pone los ojos en blanco.

—No estoy hablando en serio.

—No —responde él—. No, ya lo sé.

Ella se dirige hacia las gradas, hacia los escalones tallados en el rompeolas. Son las tres y media. Los perros se detienen en la orilla, se miran mutuamente y luego a Alice. Entonces corren en su dirección, y unos segundos después están junto a sus pies, salados y ásperos.

Alice empieza a subir los escalones y acto seguido se da la vuelta cuando el hombre la llama.

—¡Disculpa! —dice—. Disculpa. ¿Dónde estoy?

—¿Cómo?

—¿Que dónde estoy? ¿Cómo se llama este lugar?

Ella se echa a reír.

—¿En serio?

—Sí —responde él—. En serio.

—Esto es Ridinghouse Bay.

Él mueve la cabeza.

—Vale —dice—. Gracias.

—Busca un lugar donde guarecerte, ¿de acuerdo? —le dice Alice al hombre en voz baja—. Por favor, resguárdate de la lluvia.

Él sonríe, disculpándose, y Alice se despide con un gesto de la mano y se dirige hacia la escuela, esperando que el hombre ya se haya ido cuando ella regrese.

Alice sabe que es una especie de bicho raro en Ridinghouse Bay. Un sitio que, para ser justos, ya estaba bastante lleno de bichos raros

antes de que ella llegara. Pero incluso en un pueblo tan extraño como este, Alice llama la atención por su acento de Brixton, por su familia multirracial y por sus modales ligeramente bruscos. Por no hablar de los perros, que montan un espectáculo dondequiera que vayan. No pasean junto a ella, sino que ladran, intentan morder y gimotean en las puertas de las tiendas. Ha visto a gente cruzando la calle para evitar a sus mascotas, sobre todo a Hero, con su bozal y sus enormes y musculosos hombros.

Desde que llegó aquí, Alice ha interpretado el papel de mujer solitaria, enigmática y un poco siniestra, aunque ella no sea así en absoluto. En Londres tenía montones de amigos. Más amigos de los que necesitaba. Era una chica marchosa, una de esas chicas déjate-caer-más-tarde-con-unabotella-de-vodka-y-arreglaremos-el-mundo. Había sido la clase de madre que aparecía en la puerta de la escuela después de haberse quedado frita y decía: «Vamos, ¿quién se apunta a un café?». Y ahí estaba ella, el centro de atención, riéndose y hablando más alto que nadie. Hasta que fue demasiado lejos y su vida se vino abajo.

Sin embargo ahora, aquí, tiene una amiga. Alguien que la comprende. Derry Dynes. Se conocieron hace un año y medio, el primer día de escuela de Romaine, en la recepción. Sus miradas coincidieron y hubo un mutuo destello de reconocimiento, de compartido deleite.

—¿Te apetece un café? —le dijo Derry Dynes, viendo el velo de lágrimas en los ojos de Alice mientras veía desaparecer a su niña en el aula—. ¿O algo más fuerte?

Derry es unos cinco años mayor que Alice y alrededor de treinta centímetros más baja que ella. Tiene un hijo de la misma edad que Romaine y una hija mayor que vive en Edimburgo. Le gustan los perros (es de esas personas que deja que la besen en la boca) y adora a Alice. En cuanto supo que Alice era propensa a tomar terribles decisiones y a dejar que la vida la arrastrara, actúa como su moderadora. Se sienta y le da consejos durante horas sobre los problemas que tiene en la escuela por las dificultades de aprendizaje de Romaine, y la detiene cuando ella irrumpe en las oficinas para gritar a la secretaria. Comparte dos botellas de vino con ella una noche en la que al día siguiente hay que madrugar, pero la anima a volver a tapar la tercera con el corcho. Le dice a qué peluquero debe ir y qué debe pedirle: «Dile que te lo corte escalonado, que no te lo rebaje, y que te haga mechas *con láminas* en media cabeza». Antes, Derry era peluquera, pero ahora es terapeuta de *reiki*. Y tiene más ideas sobre las finanzas de Alice que la propia Alice.

Ahora está de pie, en la entrada de la escuela, bajo un enorme paraguas rojo, con su hijo, Danny, y Romaine acurrucados junto a ella.

—¡Dios! Gracias. Los perros se han vuelto locos en la playa y no era capaz de conseguir que volvieran.

Alice se inclina para darle un beso en la cabeza a Romaine y coge su tartera.

—¿Qué diablos estabas haciendo en la playa con este tiempo?

Alice chasquea la lengua y dice:

—No quieras saberlo.

—No —dice Derry—. Quiero saberlo.

—¿Estás ocupada? ¿Tienes tiempo para tomar un té?

Derry mira a su hijo y dice:

—Se suponía que debía llevar a este muchacho a la ciudad para comprarle unos zapatos…

—Bueno, entonces ven conmigo y te lo enseño de camino…

—Mira —dice Alice, de pie junto al rompeolas, señalando a través de la cascada de lluvia que cae de su paraguas.

Él aún seguía allí.

—¿Él? —dice Derry.

—Sí. Él. Le he dado esa chaqueta. Una de Barry.

Derry se estremece involuntariamente. Ella también recuerda a Barry. En su momento, Alice le hizo una completa y gráfica descripción de los hechos.

—Entonces, ¿antes no llevaba nada de abrigo?

—No. Estaba sentado ahí, y solo llevaba una camisa. Estaba empapado. Me preguntó dónde estaba.

Los dos niños se encaraman al borde del muro con la punta de los dedos y miran por encima.

—¿Que dónde estaba?

—Sí. Parecía algo confundido.

—No te involucres —dice Derry.

—¿Quién ha dicho que me vaya a involucrar?

—Le has dado una chaqueta. Ya te has involucrado.

—Eso solo ha sido un acto de simple caridad humana.

—Sí —dice Derry—. Exacto.

Alice chasquea la lengua y se aleja del rompeolas.

—¿En serio piensas ir de compras? —le pregunta—. ¿Con este tiempo?

Derry observa el cielo oscuro y dice:

—No. Mejor no.

—Vamos, entonces —dice Alice—. Vente a casa. Encenderé la chimenea.

Derry y Danny se quedan en casa de Alice un par de horas. Los pequeños juegan en la sala de estar mientras ellas se sientan en la

cocina a tomar el té. Jasmine llega a las cuatro, calada hasta los huesos, con una mochila mojada llena de deberes del Certificado General de Educación Secundaria, sin paraguas ni abrigo. Kai aparece a las cuatro y media con dos amigos del instituto. Alice prepara espaguetis para el té y Derry le impide que abra una botella de vino, porque tiene que volver a casa. Ella y Danny se van a las seis. Aún sigue lloviendo. Unos riachuelos de lodosa agua de lluvia caen por las gradas hasta la playa y en cascada desde los tejados. Y ahora el viento aúlla y hace caer la lluvia en perpendicular, empapándolo todo.

Desde el piso de arriba de su casa, Alice ve que el hombre aún sigue allí, aunque ya no está en medio de la playa. Se ha dirigido al rompeolas y se ha sentado sobre unas cuerdas amontonadas. Ha vuelto el rostro hacia el cielo y tiene los ojos cerrados; Alice siente que algo le duele en su interior cuando lo mira. Evidentemente, puede que esté loco. Puede que sea peligroso. Pero ella piensa en sus tristes ojos de color marrón ámbar y la suavidad de su voz cuando le preguntó dónde estaba. Y ella está aquí, en su casa llena de gente, con un montón de leña ardiendo en la chimenea, caldeada, seca y a salvo. No puede seguir aquí sabiendo que él está allí.

Le prepara una taza de té, la vierte en un termo, les dice a sus dos hijos mayores que cuiden de Romaine y sale a su encuentro.

—Toma —dice Alice, tendiéndole el termo.

Él lo coge y le sonríe.

—Creía haberte dicho que te guarecieras.

—Sí, lo recuerdo —dice él.

—Estupendo —responde ella—. Pero veo que no has seguido mi consejo.

—No puedo guarecerme.

—¿Eres un sintecho?

Él asiente. Y luego sacude la cabeza. Acto seguido dice:

—Creo que sí. No lo sé.

—¿No lo sabes? —Alice se ríe en voz baja—. ¿Cuánto tiempo llevas sentado aquí?

—Llegué anoche.

—¿Y de dónde vienes?

Él se vuelve y la mira. Sus ojos, temerosos, están muy abiertos.

—No tengo ni idea.

Alice se aparta un poco. Ahora está empezando a lamentar haber venido. Haberse *involucrado*, como dijo Derry.

—¿En serio? —dice ella.

Él se aparta el pelo húmedo de la frente y lanza un suspiro.

—En serio. —A continuación se sirve un poco de té y lo sostiene en alto—. Salud —dice—. Eres muy amable.

Alice mira hacia el mar. No está segura de qué responder. Una parte de ella quiere regresar al calor de su casa, pero la otra siente que necesita jugar a esto un poco más. Le hace otra pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Creo que he perdido la memoria —dice, mirando el té—. Quiero decir… —Se vuelve de repente hacia ella—. Eso tiene sentido, ¿no? Es lo único que tiene sentido. Porque no recuerdo mi nombre. Y debo tener uno. Todo el mundo lo tiene, ¿verdad?

Alice asiente.

—Y no sé por qué estoy aquí ni cómo he llegado. Y cuanto más lo pienso, más creo que he perdido la memoria.

—Ah —dice Alice—. Sí. Eso tiene sentido. ¿Estás…? ¿Estás herido? —Le señala la cabeza.

Él se pasa una mano por el cráneo un momento y luego la mira.

—No —dice—. No lo creo.

—¿Habías perdido la memoria antes?

—No lo sé —dice él, con tanta ingenuidad que ambos se echan a reír.

—Sabes que estás en el norte, ¿verdad? —pregunta ella.

—No —responde él—. No lo sabía.

—Y tienes acento del sur. ¿Es de ahí de donde vienes?

Él se encoge de hombros.

—Supongo que sí.

—¡Dios! —exclama Alice—. Esto es de locos. Me imagino que habrás mirado en todos tus bolsillos.

—Sí —dice él—. He encontrado algunas cosas. No sabía qué hacer con ellas.

—¿Aún las tienes?

—Sí. —Él se inclina hacia un lado—. Están aquí. —Saca un puñado de papeles mojados del bolsillo trasero—. Oh.

Alice se queda mirando el amasijo y luego el cielo oscuro. Se pasa las manos por la cabeza y exhala.

—Muy bien —dice—. Debo de estar loca. Bueno, en realidad, *soy* una loca. Tengo un estudio en mi patio trasero. Normalmente suelo alquilarlo, pero en este momento está vacío. ¿Por qué no vienes y pasas una noche allí? Secaremos estos trozos de papel y puede que mañana podamos empezar a componer el rompecabezas, ¿de acuerdo?

Él se vuelve y la mira con incredulidad.

—Sí —dice—. Sí, por favor.

—Tengo que hacerte una advertencia —añade ella, poniéndose en pie—. Yo vivo en medio del caos. Tengo tres hijos muy ruidosos y groseros, tres perros que no están adiestrados y mi casa es un desastre. Así que no vengas esperando encontrarte con un santuario. Mi casa está muy lejos de serlo.

Él asiente.

—Lo que sea, sinceramente —admite—. No me importa, de verdad. Te estoy muy agradecido. No puedo creer lo amable que estás siendo conmigo.

—No —dice Alice, acompañando al desconocido empapado por los escalones de piedra hacia su cabaña—. Yo tampoco.

Dos

Lily tiene el estómago duro como una roca. Su corazón ha estado latiendo tan deprisa durante tanto tiempo que siente que va a desmayarse. Se pone de pie y se dirige hacia la ventana, como lo ha hecho cada dos minutos durante las últimas veintitrés horas y media. Dentro de treinta minutos volverá a llamar a la policía. Ese es el tiempo que le dijeron que debía esperar antes de poder presentar oficialmente una denuncia por su desaparición. Pero Lily ya sabía que él había desaparecido anoche, una hora después de que no hubiera vuelto del trabajo. Hacía solo diez días que habían regresado de su luna de miel. Él había vuelto siempre directamente después de salir de trabajar, a veces incluso antes de tiempo, y, desde luego, nunca con más de un minuto de retraso. Volvía a casa con regalos, con tarjetas de «aniversario de dos semanas», con flores. Cruzaba la puerta dando un salto y decía: «¡Dios mío, cariño, cómo te he echado de menos!», y entonces él aspiraba su aroma desesperadamente.

Hasta anoche. No estaba en casa a las seis. No estaba en casa a las seis y media. No estaba en casa a las siete. Cada minuto que pasaba parecía una hora. Su teléfono estuvo sonando una y otra vez durante la primera hora. Y luego, de repente, dejó de hacerlo; no había buzón de voz, solo un tono plano y agudo. Lily sentía una ciega y furiosa impotencia.

La policía… Bueno, Lily no tenía ninguna opinión sobre la policía británica antes de anoche, del mismo modo que nadie tendría ninguna opinión sobre la lavandería local si no hubiera tenido que utilizarla. Pero ahora sí tenía una opinión. Una muy sólida.

Dentro de veinte minutos puede volver a llamarlos. No sabe muy bien para qué. Es consciente de lo que piensan. Piensan: una joven estúpida, con acento extranjero, probablemente una novia por correo (ella *no* es una novia por correo: conoció a su marido en una situación real, cara a cara). Sabe que la mujer con la que ha hablado cree que su marido la está engañando. Que tiene una aventura. Algo así. Pudo captarlo en la desidia de su tono de voz: «Es posible que alguien lo haya abordado al salir del trabajo», dijo. «O en el *pub*». Habría dicho que la mujer estaba haciendo otra cosa mientras hablaba con ella, puede que hojeando una revista o limándose las uñas.

—¡No! —exclamó ella—. ¡No! Él no va al *pub*. Él vuelve a casa. Conmigo.

Lo cual, pensándolo bien, había sido una respuesta inapropiada. Ella se imaginaba a la agente de policía enarcando sardónicamente una

ceja.

Lily no sabe a quién más puede llamar. Sabe que Carl tiene a su madre porque ha hablado con ella por teléfono; solo en una ocasión, el día de su boda, aunque aún no la conoce personalmente. Se llama Maria o Mary o Marie o algo por el estilo, y vive en…, bueno, ¡Dios!, Lily no sabe dónde vive. En algún lugar que empieza por S, cree. ¿En el oeste? O quizás sea en el este. Carl se lo contó en una ocasión, pero no es capaz de recordarlo, y él guarda todos los números de teléfono en su móvil. Así pues, ¿qué puede hacer?

También sabe que Carl tiene una hermana. Se llama Suzanne. ¿O Susan? Es mucho mayor que él y vive cerca de la casa de su madre, en ese lugar que empieza por S. Están distanciados. Él no le ha dicho por qué. Y tiene un amigo llamado Russ que llama cada pocos días para hablar sobre fútbol, sobre el tiempo y sobre una copa que deberían tomar muy pronto, aunque es muy difícil organizarlo porque Russ acaba de tener un bebé.

Lily está segura de que hay otras personas en la vida de Carl, aunque ella lo conoció en febrero: solo lleva casada tres semanas y apenas ha vivido aquí con él durante diez días, por lo que aún es nueva en el mundo de Carl. Y nueva en este país. Aquí no conoce a nadie y nadie la conoce. Afortunadamente, su inglés es fluido, por lo que no tiene ningún problema de comunicación. Pero, aun así, aquí todo es muy distinto. Y es raro estar totalmente sola.

Finalmente pasa el tiempo y ya son las seis y un minuto de la tarde. Lily descuelga el teléfono y llama a la policía.

—Hola —le dice al hombre que contesta—. Soy Lily Monrose. Quiero denunciar la desaparición de una persona.

Tres

—Lo siento —se lamenta la mujer que dice llamarse Alice, inclinándose sobre una mesita para abrir unas cortinas de color azul marino—. Huele un poco a moho. Hace semanas que no tengo un inquilino.

Él mira a su alrededor. Se encuentra en una pequeña habitación de madera con una ventana Velux en el techo y una puerta acristalada que da al jardín trasero de Alice. Está amueblada de forma espartana. En un lado hay una cama plegable, un fregadero, una nevera, una diminuta cocina con horno, un calentador eléctrico, una mesa, dos sillas de plástico y unas mugrientas alfombras en el suelo. Sin embargo, las paredes de madera están pintadas de un elegante tono verde y de ellas cuelga una gran variedad de obras de arte muy atractivas: flores y rostros y edificios hechos, aparentemente, con trozos de mapas antiguos, ensamblados con habilidad. Y junto a la cama plegable hay una bonita lámpara de cuentas. En general, el ambiente es bastante agradable. Pero ella tiene razón: huele a una desagradable mezcla de mosto y humedad.

—Aquí al lado hay un baño al aire libre. No lo usa nadie. Y durante el día puedes utilizar nuestro baño de abajo; está justo al lado del porche trasero. Vamos, te lo enseñaré.

El tono de voz de Alice es entrecortado y un poco escalofriante.

Mientras la sigue por el patio trasero de grava, se fija en su figura. Es una mujer alta, bastante delgada, aunque un poco ancha de cintura. Viste unos ajustados vaqueros negros y un jersey demasiado grande, presumiblemente para disimular la cintura y resaltar sus largas piernas. Calza unas botas negras, un poco del estilo Dr. Martens, aunque no lo son. Su pelo es un mullido amasijo de color caramelo, miel, melaza y barro. Unos reflejos de mala calidad, piensa, y luego se pregunta por qué tiene una opinión sobre una cosa así. ¿Acaso es peluquero?

La pequeña puerta de la parte trasera de la casa se atasca cuando ella intenta abrirla y le da una ensayada patada en la base. Enfrente, tras bajar tres escalones, está la cocina, y a la izquierda hay una puerta barata de madera contrachapada que conduce a un baño bastante deprimente.

—Todos utilizamos el de arriba, de modo que este prácticamente será solo para ti. ¿Te preparo un baño para entrar en calor?

Ella abre unos chirriantes grifos antes de que él haya contestado. Se remanga el holgado jersey para remover el agua y él se fija en sus

codos. Están deformados y arrugados. Cuarenta, cuarenta y cinco años, piensa él. Ella se vuelve y sonríe.

—Muy bien —dice—. Vamos a buscarte algo de comer mientras se llena la bañera. Y pondremos esto en el radiador.

Ella coge los trozos de papel húmedo que encontró en sus bolsillos y él vuelve a seguirla hacia la cocina: paredes pintadas de color magenta, macetas colgando de estantes elevados, repisas de roble suave hechas a mano, un fregadero lleno de platos sucios y un tablero de corcho con garabatos de los niños. Hay una adolescente sentada a la pequeña mesa encajada en un rincón. Levanta la vista hacia él y luego mira inquisitivamente a la mujer.

—Esta es Jasmime, mi hija mayor. Él —ella lo señala— es un desconocido que acabo de traerme de la playa. Esta noche dormirá en el estudio.

La joven que se llama Jasmine levanta una ceja con un *piercing* a su madre y lanza una mirada fulminante al hombre.

—Fantástico.

La joven no se parece en nada a su madre. Tiene el pelo negro, luce un exagerado corte desigual —deliberadamente, deduce él— por encima de los hombros y un flequillo demasiado largo que le cae sobre la frente, aunque de algún modo enmarca bien su cara cuadrada, unos labios pintados de un intenso color bermellón y unos ojos soñolientos. Tiene un aspecto exótico, como el de una actriz mexicana cuyo nombre no es capaz de recordar.

Alice abre la nevera de color rojo y se dirige a él:

—¿Un sándwich de jamón? ¿Pan y paté? Podría calentarte un poco de colifor gratinada. Y hay sobras de curri. Del sábado. ¿Qué día es hoy? Miércoles. Estoy segura de que estará bien. Estará bien, ¿verdad? Para eso se inventó el curri, ¿no? Para conservar la carne.

A él le resulta difícil asimilar la información. Tomar decisiones. Esa, sospecha, es la razón de que acabara sentado en la playa durante más de doce horas. Era consciente de que había opciones. Pero no fue capaz de ordenarlas. En vez de ello, se sentó, anquilosado, inerte. Hasta que llegó esta mujer estridente y decidió por él.

—La verdad es que me da igual —dice—. Cualquier cosa.

—A la mierda —responde ella, dejando que se cierre la puerta de la nevera—. Voy a pedir *pizza*.

Respira nuevamente aliviado al ver que toman otra decisión por él. Pero luego se siente mal al recordar que, salvo una o dos monedas sueltas, no tiene dinero.

—Me temo que no tengo dinero.

—Sí, ya lo sé —dice Alice—. Registramos tus bolsillos, ¿recuerdas? No pasa nada. Invito yo. Y esta —mueve la cabeza en dirección a su hija— se alimenta del aire del cielo. Siempre acabo tirando su parte.

Pediré lo que suelo pedir normalmente, como si no estuvieras aquí.

La joven pone los ojos en blanco y él sigue a Alice hasta una pequeña sala de estar, inclinando la cabeza para esquivar una lámpara. Allí, sentada, hay una niña pequeña con unos rizos de color rubio claro, acurrucada al lado de otro adolescente, desgarbado y de ascendencia afrocaribeña. Están viendo la televisión; ambos se vuelven y lo miran, alarmados.

Alice está rebuscando en el cajón de un escritorio.

—Este es un hombre que me he encontrado en la playa —dice, sin darse la vuelta. Saca un folleto del cajón, lo cierra y se lo pasa al adolescente—. Vamos a pedir *pizza*. Escoge tú.

El rostro del chico se ilumina y se incorpora, desenganchando los brazos de la niña de su cintura.

—Romaine —dice Alice, señalando a la niña pequeña—. Y Kai. —Señala al adolescente alto—. Y sí, todos son míos. No soy su madre de acogida. Siéntate, por el amor de Dios.

Él se acomoda en un pequeño sofá con un estampado de flores. Es una sala muy bonita. Hay un fuego ardiendo en la chimenea, muebles funcionales más bien desgastados aunque en general elegantes y las paredes son de un color gris oscuro y de una de ellas cuelgan lámparas de cristal ahumado. Al otro lado de la ventana hay una farola de estilo victoriano; más allá, una hilera de enormes luces blancas, y más allá aún, las sombras plateadas del mar. Un ambiente evocador. Pero es evidente que esta tal Alice no limpia mucho. El polvo lo cubre todo, las telarañas cuelgan de las vigas, las superficies están llenas de restos y desperdicios, y es posible que la alfombra nunca haya sido aspirada.

Alice empieza a colocar los papeles que encontró en su bolsillo encima de un radiador.

—Un billete de tren —murmura, mientras los separa—. Con fecha de ayer. —Lo mira más de cerca—. No puedo distinguir la hora. Kai. —Le pasa el billete húmedo a su hijo—. ¿Puedes ver qué pone aquí?

El chico coge el billete, lo mira y se lo devuelve.

—Siete cincuenta y ocho.

—El último tren —dice Alice—. Debiste hacer transbordo en Doncaster. Llega muy tarde. —Sigue clasificando los papeles—. Esto es una especie de recibo. No tengo ni idea de lo que dice. —Lo deja sobre el radiador.

El rostro de Alice es de los que él podría considerar bonitos. Rasgos definidos, una ligera marca bajo cada pómulo, una buena boca. Debajo de los ojos tiene restos de manchas del lápiz de ojos de esta mañana, pero no hay ningún otro maquillaje. Es casi hermosa. Pero tiene una dureza que le coloca la mandíbula en un ángulo incorrecto, hay sombras donde debería haber luz.

—Otro recibo. Y otro. ¿Un pañuelo? —Ella se lo tiende. Él niega con

la cabeza y ella lo arroja al fuego—. Bueno, esto es lo que hay. Ningún documento de identidad. Nada. Eres un completo misterio.

—¿Cómo se llama? —pregunta Romaine.

—No sé cómo se llama. Y él tampoco sabe cómo se llama. Ha perdido la memoria. —Alice lo dice como si fuera algo normal y la niña frunce el ceño.

—¿Dónde la perdió?

Alice se echa a reír y dice:

—En realidad, Romaine, tú eres buena poniendo nombres. Él no recuerda cómo se llama y nosotros no podemos llamarlo por ningún nombre. ¿Cómo deberíamos llamarlo?

La niña lo mira fijamente durante un momento. Él da por sentado que se le ocurrirá algo infantil y carente de sentido. Pero ella entorna los ojos, frunce los labios y entonces, con mucha concentración, pronuncia la palabra *Frank*.

—Frank —dice Alice, evaluando al hombre pensativamente—. Sí. Frank. Es perfecto, chica lista. —Alice acaricia los rizos de la niña—. Bueno, *Frank* —dice, sonriéndole—, creo que tu baño ya estará listo. En tu cama hay una toalla y jabón. Cuando hayas terminado la *pizza* debería haber llegado.

No recuerda haber elegido ninguna *pizza*; no está seguro de que Frank sea su verdadero nombre. Esta mujer lo está mareando con su oficiosa certeza sobre todo. Pero él sabe que los calcetines están húmedos, que está empapado, que tiene frío por dentro y por fuera y que en este momento lo que desea, más que nada en el mundo, es darse un baño caliente.

—¡Oh! —Recuerda algo—. Ropa seca. Bueno, no me importa volver a ponerme esta. O quizás…

—Kai puede prestarte unos pantalones de chándal. Y una camiseta. Te los dejaré junto a la puerta trasera.

—Gracias —dice él—. Muchas gracias.

Mientras se levanta para salir de la habitación, observa que ella intercambia una mirada con su hijo adolescente; por un momento, ve caer la máscara de supuesta despreocupación. El chico parece inquieto y molesto; niega con la cabeza ligeramente. Ella le responde con un firme asentimiento. Pero él puede ver también el miedo en los ojos de ella. Como si estuviera empezando a dudar de su decisión. Como si estuviera empezando a preguntarse por qué está en su casa.

Después de todo, él podría ser cualquiera.

Cuatro

—Hábleme un poco de su marido —dice Beverly Traviss, la agente de policía—. ¿Cuántos años tiene?

Lily tira hacia abajo el dobladillo de su blusa, alisando la tela contra su piel.

—Tiene cuarenta —responde. Durante una fracción de segundo puede ver la ceja arqueada de la agente de policía—. Y usted, ¿cuántos tiene?

—Tengo veintiuno —dice.

Qué mas da, quiere gritarle. Diecinueve años. En una vida de quizás noventa. ¿Y qué?

—¿El nombre completo de su marido?

—Carl John Robert Monrose.

—Gracias. ¿Y este es su domicilio?

Ella señala la salita de estar del apartamento donde ella y Carl viven desde que regresaron de su luna de miel en Bali.

—Sí —responde Lily—. ¡Por supuesto!

Sabe que ha sido grosera en cuanto lo ha dicho. Es consciente de que, a veces, su comportamiento puede resultar bastante rudo para el gusto de los británicos.

La agente de policía la mira y luego tacha algunas palabras en un formulario con un ruidoso bolígrafo.

—Hábleme del día de ayer. ¿Cuándo vio por última vez a su marido?

—Se fue a las siete en punto. Todas las mañanas se va a las siete en punto.

—¿Y dónde trabaja?

—Trabaja en Londres, en el departamento financiero de una empresa.

—¿Y ha hablado usted con su empresa?

—¡Sí! ¡Fue lo primero que hice!

Esta mujer debe pensar que es idiota, que ha llamado a la policía antes que a la empresa donde trabaja su marido.

—¿Y qué le dijeron?

—Me dijeron que había salido del trabajo a la hora habitual. Era lo que esperaba que me respondieran. Carl toma siempre el mismo tren para volver a casa. No puede salir tarde del trabajo, porque si no lo perdería.

—Muy bien. ¿Y habló usted con él? Después de que saliera del trabajo.

—No —contesta Lily—. Pero me mandó un mensaje de texto. Mire. —Enciende su teléfono y lo vuelve hacia la agente de policía; el mensaje ya está allí, listo para mostrárselo.

¿Sabes lo que es una locura? Esto es una locura: ¡te quiero más de lo que te quería esta mañana! ¡Te veo en una hora! ¡Si pudiera conseguir que el tren corriera más, lo haría! xxxxx.

—Y mire —dice, desplazándose por la pantalla hacia arriba—. Este es de anteayer.

¿Cómo es posible que tenga una mujer como tú? ¿Cómo he podido tener tanta suerte? Estoy ansioso por tenerte entre mis brazos. ¡Faltan cincuenta y ocho minutos!

—Ya lo ve —dice—. Es un hombre que desea volver a casa todas las noches más que cualquier otra cosa. ¿Entiende ahora por qué sé que algo malo le ha ocurrido?

La agente de policía le devuelve el teléfono a Lily y lanza un suspiro.

—Parece que está muy enamorado —dice, riéndose.

—No es ninguna broma —replica Lily.

—No. —De repente, la agente de policía deja de sonreír—. No he dicho que lo fuera.

Lily respira con pesadez. Debe esforzarse más en ser agradable, se recuerda a sí misma.

—Lo siento —dice—. Estoy muy estresada. La noche de ayer fue la primera que hemos pasado separados. No he dormido. Ni siquiera un minuto. —Agita las manos en el aire, desesperada, antes de colocarlas de nuevo en su regazo.

La agente de policía se ablanda al ver brotar las lágrimas de los ojos de Lily y le aprieta la mano con delicadeza.

—Entonces… —Retira la mano—. Recibió el mensaje de texto ayer a las cinco. ¿Y luego…?

—Nada. Nada. Lo llamé por primera vez pasadas las seis, y luego una vez y otra y otra hasta que su teléfono dejó de dar señal.

La agente de policía hace una breve pausa y Lily tiene la sensación de que la comprende, de que, por primera vez desde que Carl no regresó a casa anoche, alguien cree en realidad que podría haber desaparecido y no en la cama de otra mujer.

—¿Dónde toma el tren?

—En Victoria.

—¿Y siempre toma el mismo?

—Sí. El de las cinco cero seis con dirección a East Grinstead.

—¿Que llega a Oxted a…?

—Las cinco cuarenta y cuatro. Después hay que caminar quince minutos desde la estación hasta aquí. De modo que está en casa a las cinco cincuenta y nueve. Todas las tardes. Todas.

—¿Y usted trabaja, señora Monrose?

—No, yo estudio.
—¿Dónde?
—Aquí. Estoy haciendo un curso de contabilidad por correspondencia. Es lo que estudiaba en mi país, en Ucrania. Dejé la universidad para estar aquí con Carl. Estoy terminando lo que empecé. —Se encoge de hombros.
—¿Y cuánto tiempo lleva en el Reino Unido?
—Una semana y tres días.
—Vaya —dice la agente de policía—. No mucho.
—No. No mucho.
—Su inglés es excelente.
—Gracias. Mi madre es traductora. Se aseguró de que lo hablara tan bien como ella.
La agente de policía le pone el capuchón al bolígrafo y se queda mirando a Lily pensativamente.
—¿Cómo se conocieron? Usted y su marido.
—A través de mi madre. Ella estaba traduciendo en un congreso de servicios financieros en Kiev. Buscaban gente que se encargara de los delegados… ya sabe: enseñarles la ciudad, conseguirles un taxi, esa clase de cosas. Yo necesitaba el dinero. Me asignaron a Carl y a algunos de sus colegas. Desde el minuto uno fue evidente que me casaría con él. Desde el minuto uno.
La agente de policía se queda mirando fijamente a Lily, fascinada.
—Vaya —dice—. Vaya.
—Sí —dice Lily—. Fue algo increíble.
—Muy bien. —La agente de policía se mete el bolígrafo en el bolsillo y dobla su cuaderno—. Veré lo que puedo hacer. No estoy segura de que lo que tenemos sea suficiente para considerar este caso como el de una persona desaparecida. Pero vuelva a llamar si esta noche tampoco aparece.
A Lily le da un vuelco el corazón; le parece pesado como un ladrillo.
—¿Cómo?
—Estoy segura de que no se trata de nada siniestro — dice la agente de policía—. En serio. Nueve de cada diez veces se trata de algo totalmente inocuo. Estoy segura de que estará en casa antes de la hora de acostarse.
—¿De verdad? —dice Lily—. Sé que usted no se cree eso. Sé que me cree a mí. Lo sé.
La agente de policía lanza un suspiro.
—Su marido es un hombre adulto. No es vulnerable. No puedo abrir un caso. Pero verificaré sus referencias en nuestra base de datos para ver si, por algún motivo, aparece su descripción.
Lily se aprieta el corazón.
—¿Su descripción?

—Sí. Ya sabe. Por si le han llevado a una comisaría para interrogarlo. Y haré una búsqueda cruzada con los hospitales, por si ha sido atendido en alguno.

—¡Oh, Dios mío!

Lily se ha estado imaginando esto durante toda la noche. Carl bajo las ruedas de un autobús; apuñalado y abandonado, moribundo, en un paso subterráneo o flotando boca abajo en las oscuras aguas del Támesis.

—Es todo cuanto puedo hacer por ahora.

Lily es consciente de que la agente de policía le está haciendo un favor y ensaya una sonrisa.

—Gracias —le dice—. Le agradezco sinceramente lo que hace.

—Pero necesitaré una foto. ¿Tiene alguna reciente?

—Sí, sí, por supuesto.

Lily busca a tientas en su bolso, abre la cartera y saca la fotografía del fotomatón que guarda en ella: Carl, guapo y con aspecto serio. Se la entrega a la agente de policía, esperando que haga algún comentario sobre lo increíblemente apuesto que es. Quizás diga algo sobre su parecido con Ben Affleck. Pero la mujer no lo hace, simplemente mete la foto en su cuaderno y dice:

—Se la devolveré, se lo prometo. Mientras tanto, hable con los amigos y la familia de su marido. Con sus colegas. Puede que alguien consiga arrojar algo de luz.

Después de que la agente de policía se haya ido, Lily se queda de pie unos minutos, mirando por la ventana. Abajo, en la calle, hay un pequeño aparcamiento. El Audi A5 negro de Carl está ahí, donde lo dejó después de ir al supermercado el domingo. La mera idea de ir de compras al supermercado con Carl le da ganas de hacerse un ovillo y gritar.

Entonces se vuelve hacia su hogar. El apartamento que Carl eligió para ellos, un apartamento por estrenar en una nueva urbanización; la cocina nunca se había utilizado antes de que lo hicieran ellos, y el inodoro aún tenía una banda de papel en la tapa. Un sitio nuevo para empezar una nueva vida. Con un peso en el corazón, Lily empieza a abrir cajones y a revolver papeles, intentando encontrar algún pequeño detalle que ignore sobre su marido y que pueda desbloquear el misterio de su paradero.

Cinco

Finalmente, a las cinco de la madrugada deja de llover. El suave ascenso del sol vuelve el cielo de un color gris plateado y el insolente clamor del canto de los pájaros y el roce de las embarcaciones bajando por las gradas despiertan a Alice. Es un duro despertar. Solo hace una hora que consiguió conciliar el sueño, después de haberse pasado las anteriores cinco en un estado de máxima alerta, consciente de cada cambio de tono en el ruido de fondo, de cada crujido de la vieja casa, de cada rayo de la luz de la luna reflejándose en la superficie del mar, al otro lado de la ventana.

No es la primera vez que un hombre al que no conoce duerme en el estudio. A lo largo del tiempo, lo ha alquilado a muchos extraños. Y a extraños mucho más extraños que Frank. Pero al menos sabía quiénes eran, de dónde venían, por qué estaban allí. Tenían un contexto.

Pero este hombre, «Frank», ha entrado en el escenario por la izquierda, silenciosamente, sin un guion. Aunque es encantador —lo es de verdad—, resulta inquietante. Los pedazos de papel que tenía en sus bolsillos solo han revelado que viajó de King's Cross a Ridinghouse Bay el martes por la noche y que en algún otro momento de su historia reciente se ha gastado veintitrés libras en Robert Dyas y ha comprado un *bagel* y una lata de Coca-Cola en Sainsbury's.

Apareció en la cocina después de su baño, vestido con la ropa de Kai, con la cara rosada, fresca y una expresión profundamente avergonzada. Su tupido pelo de color avellana estaba húmedo y ondulado y no llevaba zapatos. Alice pensó que tenía unos pies muy bonitos, que conste. Lo observó mientras se comía la *pizza* y trataba de reprimir el impulso de meterse una porción entera en la boca y engullirla de golpe. Le ofreció una cerveza y él pareció confundido durante un momento, posiblemente intentando decidir si se la tomaba o no.

—Vamos —le dijo ella—. Al menos sabremos si te gusta.

Así pues, él aceptó la cerveza pero se mostró un poco incómodo, con los cuatro allí de pie, comiendo *pizza* junto a un hombre asustado vestido con la sudadera con capucha de un adolescente. Era realmente difícil saber qué decir.

Cuando el desconocido se acostó, los tres hermanos se volvieron hacia su madre y la miraron con fría desaprobación.

—¿Qué estás haciendo, mamá? —consiguió decir finalmente Jasmine.

—¿Dónde está tu compasión? —le contestó ella—. Pobre hombre.

No llevaba abrigo. No tenía dinero. —Hizo un gesto hacia la ventana de la cocina, señalando las gordas y furiosas gotas de lluvia golpeando el cristal—. Mira qué tiempo.

—Hay otros sitios a los que podría haber ido —añadió Kai.

—Ya —dijo ella—. ¿Como cuáles?

—Qué sé yo. A un *bed & breakfast*.

—No tiene dinero, Kai. Ese es el tema.

—Sí, vale, pero no sé por qué eso es problema nuestro.

—¡Por Dios, chicos! —exclamó Alice, a pesar de saber que sus hijos tenían razón—. ¿Es que no os queda un poco de decencia? ¿Qué os enseñan en la escuela?

—Bueno, pues nos hablan de pedófilos, timadores, mirones, violadores…

—Eso no es cierto —lo interrumpió ella—. Son los medios de comunicación los que os enseñan todo eso, y ya os lo he dicho un millón de veces: en el fondo, la gente es buena. Él es un alma perdida. Y yo soy la buena samaritana. Mañana a esta hora ya se habrá ido.

—Cierra la puerta trasera con llave —dijo Kai—. Con *dos* vueltas.

En aquel momento, se había burlado de la preocupación de Kai, pero más tarde, después de haber dado las buenas noches en el espacio oscuro que había entre la puerta trasera y el estudio, cerró la puerta con llave detrás de ella. Y también le puso el cerrojo. Y luego apenas durmió. Se imaginó a intervalos la mano enorme de un hombre sobre la delicada mandíbula de su niñita dormida, con sus ojos verdes muy abiertos, aterrorizada. O los pasos sigilosos de un desconocido en su sala de estar, abriendo los cajones sin hacer ruido en busca de iPads y oro. O la silueta de su hija mayor siendo espiada mientras se desnudaba distraídamente frente a la ventana, aunque en realidad esta daba al otro lado de la casa. Y en cualquier caso, su hija no haría algo así, porque aquella ridícula muchacha pensaba que estaba *gorda*. Aun así…

Alice desecha la idea de dormir y decide aprovechar que es temprano. Cruza la habitación, desenchufa el iPad del cargador, abre la aplicación de la cámara web y, durante un instante, mira la sala de estar vacía de la casa de sus padres. Desde que los dos están…, bueno, *enfermos* —así es como prefiere referirse a ellos, más que decir que tienen demencia, que están idos o que han perdido la cabeza—, se levantan cada vez más tarde. Su cuidador de la mañana llega a las diez y tiene que sacarlos de la cama como si fueran un par de soñolientos adolescentes.

Alice apaga el iPad y descorre las cortinas. Después de la lluvia, el mar está plano como una manta, de color rosa y amarillo a medida que el sol se eleva sobre él, tan exuberante como en el Caribe. Las guirnaldas de luces aún están encendidas, al igual que las farolas. El

pavimento de la calle tiene un brillante color petróleo. El panorama no podría ser más bonito.

Tras darse una ducha, Alice se mueve sigilosamente por la casa, tratando de no despertar a nadie antes de hora. En su habitación, echa un vistazo a su aspecto. Normalmente no suele hacerlo, porque se levanta solo con el tiempo justo para asegurarse de que no sale de casa desnuda. Se da cuenta de que su pelo está a punto de parecer estrafalario. Los últimos reflejos que se hizo eran bastante atrevidos o, como dijo Jasmine en su momento, «a rayas». Pero ahora las raíces están empezando a verse entrecanas. Y haber estado mucho tiempo bajo la lluvia anoche no le ha hecho ningún favor.

Alice borra las sombras del delineador de ojos que se aplicó ayer a toda prisa y empieza a revolver el primer cajón de su tocador buscando su neceser, que suele usar solo en ocasiones especiales. Se dice a sí misma que está haciendo esto porque tiene tiempo. Que no tiene nada que ver con el hombre guapo que está en su estudio. Tira de su enloquecido pelo para recogérselo en un moño, se pone unos vaqueros limpios, una blusa que le disimula la barriga pero que se ajusta ligeramente al contorno de los pechos y sus pendientes favoritos, unos con unas piedras de color azul verdoso que combinan con sus ojos.

Los hombres describen a menudo a Alice como una mujer sexi. Y también descuidada. Ella nunca ha hecho nada por ser guapa. Nunca ha pensado que le sentarían mejor un vestido ajustado y unos zapatos de tacones altos (aunque cuando se esfuerza no parece que le duelan). En general, Alice deja que todo cuelgue. Pero, por alguna razón, esta mañana no.

Romaine aparece en la puerta de su dormitorio con los rizos rubios hechos un desastre y tirando de la parte superior del pijama hasta la entrepierna. Junto con Griff, bajan de puntillas la estrecha y empinada escalera que conduce al pasillo. Los otros dos perros los saludan en silencio, abriendo la boca en una sonrisa de labios negros y golpeando el suelo con el rabo. Alice aguanta ligeramente la respiración cuando entran en la cocina, consciente de lo que hay al otro lado de la puerta trasera y nerviosa por desconocer qué le deparará el día que tiene por delante. Llena de comida los cuencos de los perros, le prepara a Romaine un *bagel* tostado con crema de cacahuete y se sirve para ella una enorme taza de té y un cuenco de All-Bran. En todo momento mira de reojo la puerta trasera. Haciéndose preguntas. Inquieta.

Sin embargo, a las ocho y media, Kai y Jasmine están en el autobús escolar, ella ha salido de casa con los perros y con Romaine y no hay ni rastro de él. El estudio sigue tranquilo y en silencio, como si allí no hubiera nadie.

Derry la mira con curiosidad a las puertas de la escuela, que acaba de abrir el conserje.

—Llegas pronto —le dice—. Y… —la observa más de cerca—… te has maquillado.

—Lo que tú digas —responde Alice.

—¿Qué ocurre?

—El hombre vino a casa —explica Romaine—. El hombre empapado de la playa.

Alice pone los ojos en blanco.

—Él *no vino* —la corrige—. Yo le dije que lo hiciera. Para secarse. Para darse un baño y comer algo. Estoy segura de que ya se ha ido.

Pero cuarenta minutos más tarde, cuando Alice vuelve a casa, ve que han abierto las cortinas del estudio y que hay movimiento en su interior. Limpia las manchas de barro de los perros con una toalla vieja, revisa brevemente su aspecto en el espejo y enciende la tetera.

Anoche él tuvo unos sueños increíbles. Después de tantas horas en blanco, de una mente vacía, verse sumergido de repente en este mundo etéreo de gente, experiencias y lugares resultó bastante estimulante. Se agarra a los fragmentos que se desvanecen mientras se despierta, sabiendo que en ellos podría haber algo, una pista para reconocerse. Pero se alejan flotando, irremediable y desesperadamente.

Se sienta en la cama y se frota la cara con fuerza. Las cortinas de esta habitación son muy finas y la luz exterior es la típica de una mañana después de la lluvia. Escucha un ruido junto a la puerta y ve a través de las cortinas los ojos oscuros de color tierra de un perro. El animal parece estar a punto de sonreír, pero entonces abre la boca y enseña los dientes y las encías; a continuación, gruñe y él suelta la cortina. Al menos recuerda dónde está, piensa. Al menos recuerda el té en un termo, la *pizza* en la cocina y una mujer de piernas largas y pelo rubio y una bañera con agua caliente en un cuarto de baño con eco y lleno de moho. Y recuerda el nombre, *Frank*, que le puso anoche la niñita de rizos dorados.

Quiere ir al baño y cepillarse los dientes, pero, fuera, el perro se está volviendo loco y él no tiene ni idea de si es uno de esos que solo ladra por diversión. Es un… Trata de recordar la raza, pero la ha olvidado, en el caso de que alguna vez la hubiera sabido. Pero es de esa clase de perros que tienen los matones. Musculoso y cuadrado, con una mandíbula enorme.

Abre las cortinas y observa al perro. El animal ladra más fuerte. Y entonces, por la pequeña puerta trasera de la casa, aparece Alice. Parece enfadada, le grita algo al perro y lo agarra por el collar; a continuación ve su rostro y se dirige hacia él.

—¿Recuerdas ya quién eres? —le pregunta, tendiéndole una taza de té con una mano y manteniendo agarrado al perro con la otra.

Él coge la taza y dice:

—No. Aún no tengo ni idea. He soñado un montón de cosas extrañas, pero no soy capaz de recordarlas. —Se encoge de hombros y deja la taza sobre la mesa que hay junto a la puerta.

—Bueno —dice ella—, entra en casa cuando estés listo. Dejaré la puerta abierta. Si tienes hambre, puedo prepararte algo para desayunar. He comprado huevos frescos.

Poco después, la cabaña está silenciosa cuando agacha la cabeza para entrar por la puerta trasera. Los niños no están. Alice está mirando algo en su iPad y no para de suspirar.

—¿Dónde están todos? —pregunta él.

Ella le mira como si fuera tonto y dice:

—En la escuela.

—Ah, sí, claro.

Ella apaga el iPad y dobla la funda.

—¿Crees que tienes hijos?

—¡Por Dios! —Es una idea que no se le había ocurrido—. No lo sé. Tal vez. Tal vez tenga un montón. Ni siquiera sé cuántos años tengo. ¿Qué edad crees que tengo?

Ella estudia su rostro con sus ojos sucios de color verde azulado.

—Entre treinta y cinco y cuarenta y cinco, diría yo.

Él asiente.

—Y tú, ¿cuántos años tienes?

—Se supone que no deberías preguntarle eso a una dama.

—Lo siento.

—No pasa nada. En realidad no soy una dama. Tengo cuarenta y uno.

—¿Y tus hijos? —dice él—. ¿Dónde está su padre?

—*Dres* —responde ella—. Pa*dres*. He fracasado del todo en el apartado ofrecerles-una-unidad-familiar-convencional-a-mis-hijos. El padre de Jasmine fue un romance de vacaciones en Brasil. No supe que estaba embarazada hasta que ya llevaba dos semanas en casa y no fui capaz de localizarlo. El padre de Kai era mi vecino de al lado, en Brixton. Éramos, disculpa la expresión, *follamigos*. Un día simplemente desapareció, cuando Kai tendría unos cinco años. Y a su casa se mudó una familia. Ahí acabó todo. Y el padre de Romaine fue el amor de mi vida, pero… — Hace una pausa—. Se volvió loco. Hizo algo malo. Ahora vive en Australia. En fin…

Alice lanza un suspiro.

Él espera, intentando encontrar algo que decir que no suene como si la estuviera insultando.

—Entonces, ¿nunca te has casado?

Ella se ríe fríamente.
—No. Nunca he conseguido cazar a ningún hombre.
Él hace otra pausa y baja la mirada para inspeccionar sus manos.
—No llevo ninguna alianza.
—No, es cierto. Sin embargo, eso no significa que no estés casado. Puede que seas uno de esos bastardos que se niegan a llevarla.
—Sí —dice él, en tono indeciso—. Supongo.
Ella lanza un suspiro y se arremanga la blusa. Tiene un enorme hueco entre el radio y el antebrazo que le recuerda a alguien.
¡Sí! Le llega de forma inmediata y abrumadora. Su madre tiene ese hueco. Y también tiene esa pequeña bolsa de carne arrugada en el extremo del codo que le notó ayer a Alice. Tiene madre. ¡Una madre con brazos! Sonríe y dice:
—¡Acabo de recordar algo! Acabo de recordar los brazos de mi madre.
—¡Oh! —exclama ella, animada—. Eso está bien. ¿Puedes recordar otras partes de su cuerpo?
Él niega con la cabeza, triste.
—Escucha —dice ella—. Anoche me metí en Google para echar un vistazo a tus síntomas. Aparentemente, a menos que esto sea una descomunal tomadura de pelo, padeces algo llamado «fuga disociativa».
—Ya.
—¿Eso te dice algo?
—No.
—Vale. —Ella se pasa la mano por la frente—. Bueno, es una especie de amnesia, pero no la provoca ningún trauma mental, ni el alcohol, ni las drogas ni nada por el estilo. Normalmente, la causa se debe a un trauma emocional. O a un *shock* en el sistema. A menudo puede deberse a ver o recordar algo de tu pasado que podrías haber estado reprimiendo. Y el cerebro se desconecta, como si fuera un mecanismo de autoprotección, y a la gente simplemente le ocurre lo que a ti. Aparecen en lugares insospechados sin recordar quiénes son, de dónde vienen o qué coño están haciendo ahí. En realidad, resulta bastante fascinante.
—¿Y qué le pasa a esa gente? Quiero decir, ¿me curaré?
—Bueno, esa es la gran noticia. Es decir, más o menos. Todos se recuperan. A veces, en cuestión de horas; normalmente al cabo de unos días y, ocasionalmente, de unas pocas semanas. Pero es algo temporal. Recuperarás la memoria.
—Vaya —dice él, asintiendo lentamente. Se nota entumecido. Sabe que debería estar contento. Pero la idea de recordar quién es resulta difícil de asumir cuando no es capaz de recordar quién es.
—Y fíjate —continúa ella—, acabas de recordar el brazo de tu

madre. Bueno, no es exactamente una *revelación*, pero demuestra que todavía sigue todo ahí, esperando a ser desbloqueado. De modo que la pregunta del millón es: ¿y ahora qué?

—¿Qué quieres decir?

Y ahora qué. Es una frase que carece de sentido para él.

—Bueno, me refiero a que quizás deberíamos ir a la policía, ¿no?

Su reacción a esta sugerencia es visceral. Todos sus músculos se contraen, aprieta los puños, se le acelera el pulso. Es el arrebato más fuerte parecido a una sensación que ha tenido desde que se encontró en la playa, dos noches atrás.

—No —responde él, lo más delicadamente que puede, aunque es capaz de sentir el… ¿de qué se trata? ¿Enfado? ¿Miedo? Puede escucharlo en su tono de voz. Tiene la sensación de estar empujando a alguien, de empujarlo contra una pared. Nota un aliento cálido junto a su mejilla—. No —repite, incluso con más delicadeza—. Creo que no quiero hacer eso. Creo que… ¿Puedo quedarme aquí una noche más? Veamos primero si soy capaz de recuperar la memoria. Tal vez podamos ir en otro momento si…

Aunque Alice asiente, él se da cuenta de que no está convencida.

—Claro —dice ella tras una breve pausa—. Una noche más. Por supuesto. Pero luego, si aún no recuerdas quién demonios eres, ya sabes… Porque normalmente suelo alquilar esa habitación; son unos ingresos extra…

—Lo comprendo. Una noche más.

Ella sonríe con una expresión de incertidumbre.

—De acuerdo. Pero mientras tanto, que vuelvan. Me refiero a los recuerdos. —Se levanta y coge una caja de huevos tan frescos que aún hay plumas pegadas al cartón—. ¿Fritos? —le pregunta—. ¿Revueltos?

—No tengo ni idea —dice él—. Decide tú.

Seis

Lily se sienta en la sala de espera de la comisaría. Lleva una bolsa de mano en la que hay un pequeño álbum de fotos de su boda y el pasaporte de Carl. No encontró nada más cuando estuvo revolviendo los cajones y ordenando cajas. Nada en absoluto. No había fotos de cuando era pequeño. Ni una partida de nacimiento. Ni documentos de identidad de ningún tipo. Había un cajón cerrado con llave, pero cuando metió la mano en su interior desde el cajón de arriba, le pareció que estaba vacío. Pensó que era bastante raro. Pero ella da por sentado que todo debe estar en casa de su madre. Carl es un hombre ordenado y detallista. Tiene sentido que no quiera que en su bonito apartamento nuevo haya cosas que no tienen ninguna utilidad.

En la otra mano sostiene un café en un vaso de plástico. No debería haberlo comprado; solo lleva treinta y ocho libras en efectivo en la cartera y no tiene acceso a ninguna cuenta bancaria. Carl lo pagaba todo. Pensaba abrir una cuenta para ella en la que iba a ingresar dinero todos los meses hasta que terminara el curso de contabilidad. Tendrá que pedirle a su madre que le envíe algo. Sin embargo, sabe que a su madre le llevará tiempo hacerlo. Así pues, treinta y ocho libras. No debería haber elegido el café grande. Pero lo necesita. No ha dormido nada.

Beverly, la corpulenta agente de policía, aparece con una leve sonrisa en los labios.

—Buenos días, señora Monrose. ¿Quiere acompañarme? Buscaré una sala donde podamos hablar.

Lily la sigue por un pasillo hasta una salita que huele a rancio.

—Bueno —dice la agente de policía mientras ambas se sientan—. Me imagino que aún no ha tenido noticias del señor Monrose.

—No, por supuesto que no. De lo contrario, no estaría aquí.

—Era solo un decir, señora Monrose.

—Ya —asiente Lily—. Comprendo.

Beverly sonríe de forma extraña.

—Entonces, quiere presentar una denuncia por desaparición. —Aprieta el botón superior del bolígrafo y pasa una página de su cuaderno.

—Sí. Por favor.

—Ayer introduje el nombre de su marido en nuestro sistema, señora Monrose. Sin resultados. No está en ningún hospital de Londres y tampoco apareció nada en las sedes de la Met.*

Lily no tiene ni idea de lo que es una «sede de la Met», pero asiente,

porque está segura de que esta mujer cree que es idiota.

—¿Y qué hay de las comisarías? —dice—. ¿Lo comprobó?

Beverly la mira con expresión de extrañeza.

—Sí —responde—. Como ya le he dicho, nada.

Lily asiente de nuevo.

—Bueno —dice—, he registrado el apartamento, por si encontraba algo. Y, en fin, como ya sabe, el apartamento es nuevo. Acabábamos de mudarnos allí. Creo que, seguramente, él dejó toda su documentación en casa de su madre.

—¿Y se ha puesto en contacto con su madre?

—No. No sé dónde vive. Su número de teléfono está en el móvil de Carl. No está apuntado en ningún sitio.

—¿Cómo se llama la madre?

—Maria, o algo así.

—¿Maria Monrose, entonces?

La agente de policía mira a Lily para que se lo confirme antes de escribirlo.

—¿Y dónde vive?

—No lo sé. En algún lugar del este que empieza por S.

Beverly hace una mueca.

—¿Slough? —sugiere—. ¿Swindon?

—No lo sé —dice Lily, encogiéndose de hombros—. Puede ser.

—De acuerdo. ¿Y qué hay del resto de su familia? ¿Hermanos? ¿Hermanas?

—Tiene una hermana que se llama Suzanne o algo así. Vive en el mismo sitio que su madre.

—¿Está casada?

—No lo sé. Sí, creo que sí. Creo que hay un sobrino.

—Entonces, es posible que se llame Suzanne Monrose. ¿O no?

La agente de policía escribe el nombre.

Lily apoya la bolsa de mano en su regazo y busca el pasaporte.

—Encontré esto —dice, colocándolo enfrente de Beverly.

Beverly lo hojea y dice:

—Está vigente. Eso es bueno. Al menos podemos descartar la posibilidad de que se haya ido al extranjero.

Lily resopla.

—Por supuesto que no se ha ido al extranjero.

Ve a Beverly poniendo los ojos ligeramente en blanco, luego lanza un suspiro de impaciencia.

—Tengo que quedarme con esto —dice, tocando el pasaporte— para introducirlo en nuestro sistema.

—Claro. Y luego está esto. —Lily empuja el álbum de fotos por encima de la mesa hasta Beverly—. Hay fotos mejores de él. En algunas sonríe; así podrá hacerse una idea más clara de la clase de

hombre que es. Podrá ver que era feliz y que no estaba a punto de abandonarme.

Lily observa a Beverly mientras hojea el álbum.

—¿Y esto es…?

—Kiev. Sí. Quería casarse en mi país natal, rodeados de mi familia y de mis amigos. Quería que estuviera relajada y fuera feliz, y no estresada en un sitio extraño con desconocidos. Es el mejor hombre del mundo. Mi amigo, mi padre, mi amante, mi marido. Todo. —Se da cuenta de que tiene el puño apretado contra su corazón y lágrimas en los ojos—. Lo siento —dice.

—No se disculpe —dice Beverly—. Es comprensible que se sienta así. Bueno, ¿hay alguien a quien pueda llamar? ¿Algún familiar que tenga en el Reino Unido? ¿Alguien con quien pueda quedarse durante un tiempo? ¿Que pueda cuidar de usted?

—No. —Lily junta las manos en su regazo—. No. No tengo a nadie aquí.

—Vaya —dice Beverly—. Es una lástima. Bueno, quizás podría pedirle a alguien de su país que venga por un tiempo.

—Sí. Tal vez.

Más tarde, en la escalera que sube a su apartamento, Lily se siente invadida por una horrible mezcla de emoción y pavor. ¿Puede que él esté ahí, piensa, al otro lado de la puerta? ¿Sentado, con la camisa y la corbata arrugada y alguna historia de aflicción? Sin embargo, a cada paso que da, sabe que él no estará. Empuja la puerta para abrirla al vacío de la soledad. El silencio es espantoso. Nunca ha estado sola antes. Jamás. Se queda parada un momento, meciéndose ligeramente, como si el vacío se hubiera agarrado a ella, tratando de devolverla a la realidad. Oye como una gota de agua cae al fondo del fregadero de la cocina, el ruido sordo de la nevera, el sonido de la puerta del edificio abriéndose y cerrándose. Y entonces da un brinco cuando suena el teléfono.

Corre hacia el aparato y descuelga.

—¿Diga?

—Hola, soy la agente Traviss. ¿Es usted la señora Monrose?

—Sí, soy yo.

—La llamo porque… bueno, es un poco extraño, pero cuando hemos introducido el pasaporte de su marido en nuestro sistema… En fin, para decirlo sin rodeos, señora Monrose: técnicamente, su marido no existe.

—¿Cómo dice?

—Su pasaporte es falso, señora Monrose. No existe ningún Carl John Robert Monrose.

SEGUNDA PARTE

Siete

1993

Todos los años alquilaban la misma casa, una caótica cabaña de guardacostas en la ciudad de Ridinghouse Bay, en Yorkshire Oriental. Curiosamente, no resultaba tan acogedora como su propia casa, en Croydon, que era moderna, estaba limpia y tenía unos relucientes baños blancos, alfombras de color crema y doble acristalamiento en las ventanas.

La cabaña del Conejo era húmeda y estaba mal amueblada. La cocina era pequeña y sus paredes, de color beis nicotina. Había un diminuto dormitorio al lado de la cocina y otros dos dormitorios aún más pequeños en el piso de arriba; los colchones estaban llenos de bultos y toda la ropa de cama estaba gastada y llena de agujeros. Cuando llovía, todo goteaba y el sitio olía raro: a salobre y a caballa, a humedad y a ahumado. Pero, por algún motivo, a los padres de Gray y Kirsty les fascinaba aquel lugar. Tenía algo que ver con el ambiente y con la gente, decían. Por no hablar de las vistas, del aire, de los paseos y del pescado. Cuando eran niños les encantaba ese sitio: calzaban botas de agua, pescaban cangrejos, iban a la feria y comían patatas fritas. Sin embargo, ahora Kirsty tenía quince años, Gray diecisiete y la cabaña del Conejo era literalmente el último lugar del mundo en el que cualquiera de los dos quería estar. Llegaron una húmeda tarde de julio y de mal humor después de lo que les había parecido un-viajemucho-más-largo-de-lo-normal por la M1 durante el cual Tony, su padre, se había negado a dejar que pusieran su música e hizo lo que solía hacer siempre: buscar emisoras de radio locales de onda corta para estar al corriente de la información del tráfico.

Con los años, las restricciones para aparcar se habían endurecido desde que habían ido por primera vez a Ridinghouse Bay. Por aquel entonces se podía estacionar justo delante de la casa y descargar todo el equipaje en medio de una multitud de turistas. Sin embargo, ahora, había que dejar el coche en un aparcamiento en las afueras de la ciudad e ir andando. Y allí estaban, descargando cajas de cartón llenas de cereales para el desayuno, briks de leche, rollos de papel higiénico y sopas Heinz, y luego subieron penosamente la colina hacia el pueblo con el equipaje y las toallas y edredones enrollados. Una llovizna de verano cayó sobre ellos mientras caminaban, y cuando ya habían vaciado el coche y habían cerrado tras ellos la puerta de la cabaña del Conejo, desprendían vapor como las aceras de Nueva York y todos estaban de mal humor.

—¡Por Dios! —exclamó Gray, colocando una caja de cartón sobre la

mesa de fórmica de la cocina y mirando a su alrededor—. ¿Es posible que hayan pintado la cabaña del Conejo?

Ciertamente, las paredes habían perdido su pátina alquitranada y también había carteles de prohibido fumar pegados en sitios donde nunca habían estado antes.

Gray cargó su mochila por la angosta escalera y la dejó caer sobre la cama individual (estaba sin hacer, con las sábanas y las mantas a los pies, dobladas en una pila). Su habitación tenía vistas al mar. A sus padres les gustaba la habitación de la parte trasera porque era más tranquila; la calle podía ser bastante ruidosa durante los meses de verano: solo en ella había tres *pubs*, por no hablar de la feria que se instalaba todos los veranos en la ciudad, con su estruendosa música de órgano que se oía por toda la costa en cuanto soplaba un poco de brisa.

Sin embargo, a Gray le daba igual el ruido. Estaba bien cambiar por un poco de bullicio el silencio de la tranquila calle en la que vivían en Croydon, donde, en esta época del año, lo único que se oía era el zumbido de los cortacéspedes y de las abejas melíferas. Le gustaba el barullo de los borrachos gritándose unos a otros y el eco y la reverberación de los pasos sobre los adoquines en la oscuridad.

Iban a quedarse allí dos semanas. Gray había intentado convencer a sus padres de que le permitieran volver a casa una semana antes; había una fiesta a la que quería ir porque estaría una chica que le gustaba. Además, el pronóstico del tiempo para el sur, en comparación, era magnífico. Pero sus padres le dijeron que no. Y añadieron: «El año próximo. Cuando tengas dieciocho». Y Kirsty lo había mirado con ojos llorosos y suplicantes, con una mirada que decía: *No, por favor, no me dejes aquí sola*.

Estaban razonablemente unidos, teniendo presente cuánto pueden estarlo un hermano y una hermana. Ella había confiado en él cuando era pequeña: acudía a su hermano con rasguños en las rodillas y los zapatos desabrochados, y le dejaba en paz cuando él se lo pedía. Estaban pendientes el uno del otro de una forma más bien distante, como dos vecinos bienintencionados, aunque algo reservados. Así pues, él había estado de acuerdo en pasar allí las dos semanas completas, esperando que la chica que le gustaba aún estuviera libre cuando regresara.

En la planta baja, el padre de Gray estaba encendiendo la chimenea y su madre desempaquetaba la comida y la guardaba en los armarios de fórmica de la cocina. Kirsty estaba en el sofá, hecha un ovillo con sus desgarbadas extremidades, vestida con sus prendas de punto baratas, leyendo una revista. Aunque en la calle la lluvia seguía salpicando los cristales de las ventanas, una franja de brillo esperanzador había aparecido en el horizonte, abriéndose paso entre

las nubes.
—Voy a salir —dijo Gray.
—¿Adónde vas? —le preguntó su padre.
—Voy a dar una vuelta por el paseo marítimo.
—¿Con este tiempo?
Su padre le señaló los cristales mojados.
—Me he traído un impermeable. Y, de todos modos, parece que está despejando.
Kirsty miró por encima de su revista.
—¿Puedo ir contigo?
—Sí, claro.
Kirsty corrió hacia la puerta principal, se calzó las zapatillas y descolgó un chubasquero de la percha.
—No tardéis mucho —gritó su madre desde la cocina—. Estoy preparando té y hay tarta.
Lejos de la claustrofóbica cabaña del Conejo, Gray sintió que se le relajaban las sienes, se le aflojaba la mandíbula y que la fría lluvia le refrescaba la piel, reseca después del viaje. Ahora, su hermana era casi tan alta como él; aunque era básicamente piernas y pelo, no se había desarrollado del todo pero casi. El parecido entre ambos resultaba bastante sorprendente, o eso esperaba él, para que resultara obvio que la chica desgarbada y desaliñada vestida con un chubasquero húmedo, un jersey de nailon estampado y unos holgados y descoloridos vaqueros que iba a su lado no tenía ninguna relación amorosa con él. Ella se tomaba las cosas con calma. Hasta hacía poco tiempo había llevado el pelo recogido en una trenza en la espalda y aún no se maquillaba. Sin embargo, de pronto, se había convertido en una chica bastante deseable, y él se había dado cuenta de ello; natural y fresca como una flor a medio florecer, descaradamente hermosa, en realidad. Él sentía una horrible oleada de miedo en su interior, una extraña mezcla de repulsión y ternura. Repulsión hacia sí mismo por ser un hombre, por todas las cosas malas que había pensado sobre las chicas, por sus instintos básicos, por sus palpitantes impulsos, por sus necesidades depredadoras, por sus sucios pensamientos, por todo eso. Repulsión porque, ahora, hombres como él miraban a su hermana y pensaban y sentían cosas y luego se aliviaban pensando en ella. Y ternura porque su hermana no era consciente de ello.
Caminaron en silencio durante un rato. Gray absorbía y procesaba sus pensamientos mientras la lluvia paraba y, por fin, aparecía un rayo de sol a sus pies.
—¿Tienes dinero? —preguntó Kirsty.
Él se palpó los bolsillos y sacó una libra y algunas monedas sueltas.
—Un par de libras. ¿Por qué?
—¿Chuches?

Él puso los ojos en blanco, pero colocó las monedas en la palma abierta de su hermana. Ella se había quitado los aparatos de la ortodoncia hacía unas semanas y lo celebraba comiendo todas las golosinas duras y masticables que podía. La vio entrar arrastrando los pies en una tienda de regalos, una de esas que junto a la entrada tienen bolsas en forma de cono llenas de caramelos, un expositor de postales giratorio y cubos y palas envueltas en mallas. Se dio la vuelta y se quedó mirando cómo el sol se filtraba entre las nubes sobre el mar: la luz cambiaba de color dorado a plateado, y el agua le respondía brillando. Más allá vio la feria. Estaba vacía: nadie iba a la feria cuando llovía, con todos los asientos mojados.

Kirsty salió de la tienda, le ofreció una bolsa de gominolas en forma de cubo y le devolvió algunas de las monedas que le había dado. Su hermano cogió una golosina. Ella se llevó la mano a la frente, como si fuera una visera, para protegerse los ojos de la luz del sol.

—Dos semanas —dijo ella, lanzando un suspiro.

—Exacto.

—¿Vamos a ver si ponen alguna película medio decente en el cine?

Gray asintió y la siguió. Se alejaron del paseo marítimo en dirección a la carretera. El cine estaba en un edificio de hormigón de una planta, cerca de la calle principal. Ponían una sola película y tenía un aforo de cien personas.

—*Máximo riesgo* —leyó en el cartel que había fuera—. Mierda. Ya la he visto.

Kirsty se encogió de hombros.

—Yo no.

—Bueno, pues no quiero volver a verla. No tiene gracia si sabes cómo acaba.

Gray se acercó un poco para averiguar si iban a cambiar la programación durante las dos semanas siguientes. Su hermana, chupando una gominola, se paró detrás de él, con una mano en el bolsillo del chubasquero, completamente ajena al joven que acababa de detenerse al otro lado de la calle, que se fijó en ella primero por sus largas piernas y luego por la forma en que su pelo castaño caía en húmedas ondas alrededor de su rostro, enmarcando unos pómulos altos, unos rasgados ojos marrones, una hermosa boca mordiendo y chupando con ahínco y una mirada neutra, plácida y dulce.

El joven continuó mirando a Kirsty cuando ella siguió a Gray hacia la calle principal. Cuando doblaron la esquina, había hecho un completo inventario sobre ella. Sus enormes pies, ligeramente doblados hacia dentro. Su busto, más grande de lo que cabía esperar, envuelto por su holgado jersey. Su rostro, sin maquillar, natural, a diferencia de tantas chicas de su edad. No llevaba pendientes. Una bolsa de golosinas. La torpeza de su forma de andar mientras seguía a

ese chico (¿su hermano? Había cierto parecido, y ella no evidenciaba ninguna necesidad de estar físicamente cerca de él).

Kirsty y Gray siguieron su camino y el joven pensó en ir tras ellos, pero en un pueblo pequeño sus caminos seguramente volverían a cruzarse, de modo que siguió andando, con una leve sonrisa en la comisura de los labios, como si disfrutara de un chiste privado que se había contado a sí mismo.

Ocho

Alice se siente extraña en su habitación, en la planta de arriba de la casa. Durante todo el día de ayer se había sentido extraña porque aquel hombre estaba sentado en la playa, bajo la lluvia. Y ahora se siente extraña porque ese mismo hombre está en el cobertizo. Su presencia es benigna aunque en cierto modo inquietante. Su amnesia. Todos esos espacios en blanco, vacíos. Pero, más que eso, su masculinidad pura y dura. La realidad de su género es irrefutable, y Alice…, en fin, Alice es una mujer a la que le gusta tener relaciones sexuales. Toda su vida ha sido moldeada —y a la postre destruida— por sus deseos sexuales.

Se pone las gafas para leer y coloca un mapa de SaintTropez bajo la lámpara de estudio. Ya ha esbozado las piezas de pétalos de rosa y ahora las recorta lenta y hábilmente con un escalpelo. La idea de Saint-Tropez, de tumbonas y champán frío junto a una piscina, de camareros con uniforme blanco de lino y de hombres bronceados en bañador, la estimula. Al fondo casi puede oír el débil murmullo de una conversación, y acto seguido siente las manos de un desconocido amante poniéndole crema en los hombros, y, en seguida, esas anónimas manos se convierten en las del hombre del cobertizo, y Alice piensa en esas mismas manos que usaron un cuchillo para cortar sin ningún esfuerzo la gruesa tostada que le había preparado poco antes. Unas buenas manos. Y unas buenas muñecas. Y a continuación piensa en todo su cuerpo, porque, una vez limpio y seco, con la sudadera con capucha de Kai, es impresionante. Aunque no es demasiado alto, quizás tan solo unos dos o tres centímetros más que ella, está fuerte. No tiene ningún punto débil en su físico. Y sus ojos de color avellana, algo llorosos a causa de la necesidad y la confusión.

Salvo cuando ella le sugirió llevarlo a la comisaría. Entonces vio en él algo totalmente distinto. Una oleada de ira y miedo, que desapareció antes de que tuviera oportunidad de analizarla, por lo que se quedó preguntándose si no se lo habría imaginado.

Lo ahuyenta de su pensamiento. Los hombres ya no están en su agenda. Ahora, su prioridad son sus hijos. Sus hijos y su trabajo. Extirpa los trozos de mapa en forma de pétalo de la hoja y los coloca uno al lado del otro. Avenue des Canebiers. Chemin de l’Estagnet. Rue Cavaillon. Nombres que hablan de palmeras y coches descapotables, de hoteles con toldos a rayas y aparcacoches. Sin embargo, no debería sentir envidia. Aquí tiene muchas cosas. Incluso hay palmeras al otro lado de la bahía. Un par.

Abajo, el sonido de la campana de bronce de la puerta principal de la casa la sobresalta ligeramente. A esto le sigue el ruido de las garras de tres perros en la escalera de madera y unos entusiastas ladridos. Alza los ojos por encima del escritorio y mira hacia abajo, donde ve el característico moño alheñado de Derry Dynes.

—¡Ya voy! —grita.

Tiene que separar a los perros con fuerza delante de la puerta para alcanzar el pomo y luego mantenerlos agarrados para que no lancen a Derry al suelo.

—Hola, amiga —dice—. ¿A qué debo el placer?

Derry mira por encima del hombro de Alice con un lenguaje corporal que no parece muy sociable.

—Hace un rato he visto a Jasmine —explica—. Me ha dicho que ese hombre está en tu casa.

Alice lanza un suspiro y se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Está enfadada consigo misma por no haberles dicho a los niños que mantuvieran en secreto la presencia de Frank. No le importa que Derry lo sepa, pero si alguien más se entera…

—No está «en mi casa» —dice con brusquedad—. Está en el cobertizo.

Mantiene la puerta abierta y los perros detrás de ella para que Derry pueda pasar.

—Estás loca —dice Derry, mirando a un lado y a otro mientras entra en la sala de estar—. Jasmine dice que ha perdido la memoria.

Se vuelve, satisfecha al ver que «el hombre» no está en la sala de estar, y se dirige hacia la cocina.

Alice lanza otro suspiro y la sigue.

—No es tan horrible como parece.

—Te dije que no te involucraras —le recrimina Derry—. Y me dijiste que no lo harías. —Mira por la ventana hacia la parte trasera de la casa, al otro lado del patio, hacia el cobertizo—. Dios mío, Al, ¿y si se enteran en la escuela? ¿Y si…? —Se interrumpe y suspira—. Vamos, Al, después de lo del año pasado no puedes traer a desconocidos a casa sin más…

Alice sabe exactamente de qué está hablando Derry, pero no está de humor para escucharla.

—Te lo he dicho. No está en la casa. Está en el cobertizo. Y anoche cerramos con llave la puerta trasera, con dos vueltas.

—Esa no es la cuestión. Todo parece muy sospechoso. Toda esta historia de la «pérdida de memoria». Suena a tomadura de pelo.

Al oír esto último, Alice chasquea la lengua.

—¡Oh, por el amor de Dios! No es ninguna tomadura de pelo. A ti te encantan las teorías de la conspiración.

—¿Está ahí ahora? —pregunta Derry, descolgando dos tazas de un

gancho y encendiendo la tetera.
—Eso creo —dice Alice—. No lo he oído marcharse.
—Tráelo aquí —dice Derry, metiendo una bolsita de té verde en su taza y un Earl Grey en la de Alice.
Alice se queda inmóvil un instante.
—Vamos —dice Derry—. Dile que el té está listo.
—¿Sabes que debería estar trabajando, verdad?
—Después —contesta Derry—. Puedes trabajar después. Esto no nos llevará mucho tiempo.
Alice no discute. La base de su amistad con Derry es que esta siempre tiene razón.
Se toca el pelo antes de abrir la puerta trasera, comprobando que está en su sitio. Ahueca la mano en la boca y respira; hace una mueca. Su aliento huele a té. Las cortinas del cobertizo están abiertas. Llama suavemente a la puerta.
—Frank —dice—. Soy yo, Alice. He hecho una pausa en el trabajo y me preguntaba si te apetecía una taza de té.
Al no obtener ninguna respuesta, vuelve a llamar.
—¿Frank? —Abre la puerta de un empujón y mira por el hueco: la cama está hecha, y la sudadera con capucha y los pantalones de chándal de Kai están doblados en una ordenada pila, a los pies. La habitación está vacía.
—Bueno —le dice a Derry un momento después—, al parecer puedes dejar de preocuparte. Se ha ido.
—¿Se ha ido de verdad?
—No lo sé —dice Alice.
Echa un vistazo a la cocina y ve la taza en la que le había preparado el té antes en el escurridor, boca abajo. Busca alguna nota, pero no hay nada. La invade la tristeza; siente que le pesan los brazos y las piernas, decepcionada. Y luego siente preocupación, una punzada de ansiedad y miedo. Piensa en sus ojos de color avellana, en su pelo lanoso de colegial, en su absoluta vulnerabilidad. No puede imaginárselo ahí afuera, solo. No, no puede.
—En fin —dice Derry—, esperemos que se haya ido de verdad. Ese hombre era lo último que te hacía falta.
—Sí —confirma Alice—. Seguro que sí.

Se siente como si estuviera en una cinta transportadora, empujado por unas fuerzas externas a él. Se siente como un saco de serrín arrastrado por la calle. Ve un banco, se dirige hacia él y casi acaba siendo atropellado por una mujer en bicicleta cargada con un cesto lleno de fruta. La mujer lo mira con extrañeza y él se pregunta si habrá pensado que parece estar tan enfadado como lo está en realidad.
Esta mañana, después del desayuno, mientras estaba tumbado en la

cama del cobertizo de Alice, no había tenido recuerdos propiamente dichos, sino unas sensaciones muy fuertes, muy parecidas a la que había experimentado cuando Alice le había sugerido llevarlo a la comisaría. Unas horribles y oscuras oleadas de fatalidad. La sensación de que en algún lugar había algo que estaba terriblemente roto y que no había nada que él pudiera hacer para arreglarlo. Pero, más que eso, hubo destellos de una resplandeciente blancura, como el reflejo de la luz del sol en un coche que pasa, momentáneamente cegadora y trastornadora, y detrás de los destellos había imágenes, lo sabía, piezas del rompecabezas, como si solo él pudiera verlas.

Debe seguir caminando. Debe descubrir qué fue lo que lo trajo a este pueblo costero del norte. Pero cuando se levanta tiene otro destello cegador y se deja caer de nuevo en el banco. Aprieta los ojos con fuerza, tratando desesperadamente de encontrar las aristas de la imagen oculta. Y entonces lo ve. Un poste ondulado, un caballito de tonos pastel, una joven de pelo castaño; se mueve hacia arriba y hacia abajo, sonríe, saluda y desaparece.

Después de tantas horas en blanco, el poder de la imagen lo hace reír.

—¡Joder! —exclama para sí mismo—. ¡Joder!

Se levanta del banco dando un brinco, atraído por el paseo marítimo que hay al otro lado de la carretera. Mira hacia abajo; la playa en forma de media luna está desierta en este fresco día de abril, y trata de sacar algo de esa imagen, parte de la esencia del momento que acaba de recordar. Pero no le viene nada y baja los escalones del rompeolas. Pasa la mano por la barandilla metálica: cuando se agarra, se desprenden algunos trozos de pintura descascarada. Pone los pies con cuidado en cada uno de los estrechos escalones, aspirando el olor a entrañas de pescado y salmuera. ¿Ha estado aquí antes? Y, si es así, ¿por qué? ¿Y cuándo? ¿Y quién es la joven del tiovivo, la sonriente y hermosa joven de cabello castaño, abandonada a su momento, ajena a los ojos que la miran?

Nueve

1993

Al húmedo inicio de sus vacaciones le siguieron tres días de cálido sol. Y la luz del sol significaba días de playa. La playa que había debajo de la cabaña del Conejo era estrecha y pedregosa, llena de relucientes charcas en las rocas y barcas de pesca. Cuando eran niños solían pasar los días allí, abriéndose paso a través de las resbaladizas rocas calzados con botas de plástico y vestidos con impermeables. Sin embargo, ahora que ya eran mayores, preferían llevar toallas y crema solar, un cortavientos y sillas plegables, y andar cuatrocientos metros por la ciudad hasta la playa de arena más ancha que había debajo de la calle principal. Contaba con un café excavado en la roca donde servían comida rápida, helados y cerveza en vasos de plástico. Había una ducha, un socorrista y varios juegos para niños. No era exactamente el parque de atracciones Blackpool Pleasure Beach, pero no estaba mal para un pueblo como Ridinghouse Bay. De modo que allí estaban, un martes por la mañana, no lo bastante cálido como para ir en bañador: Tony llevaba una camisa de manga corta desabrochada y unas bermudas vaqueras, Pam unos pantalones cortos de ciclismo y una holgada blusa con la imagen de un perro de dibujos animados, Gray unos pantalones de surf de estilo hawaiano y Kirsty la parte de arriba de un bikini negro sujeto al cuello y una falda vaquera. Y allí estaba él. Ese tipo. Gray no podía pensar en él como en un «hombre». Supuso que debería rondar los dieciocho años. Pero, a diferencia de él, no estaba pegado a una familia.

Había estado allí el domingo, y también ayer: solo, tumbado en una toalla blanca con un bañador negro, gafas de sol oscuras, una novela de bolsillo y un *walkman*. De vez en cuando se sentaba, se abrazaba las piernas y miraba hacia el mar, ensimismado. Estaba sentado lo bastante cerca como para que Gray pudiera apreciar las marcas de la toalla en la piel de su espalda, lo bastante cerca como para percibir el olor a loción para después del afeitado cada vez que soplaba la brisa, para escuchar el ritmo metálico de Cypress Hill a través de sus auriculares. Faltaban unos centímetros para que invadiera su espacio personal, pero Gray podía sentirlo en cada fibra de su ser, como si le estuviera retorciendo el brazo.

El joven se había levantado, de espaldas a ellos, y se estiró de forma ostentosa, dejando que se le marcara cada grupo de sus bien formados músculos. Entonces, fingiendo despreocupación, se frotó la incipiente barba del mentón como si solo él tuviera la suficiente testosterona para que le saliera ese áspero vello facial. Pasó despacio junto a ellos y

se dirigió al café de la playa, donde pidió una cerveza y se la bebió de pie, con el codo apoyado en la barra, las piernas cruzadas en ángulo y mirando fija y descaradamente a Kirsty.

—Veo que tu admirador ha vuelto —dijo Tony, hablando a través de la parte superior del *Daily Express*.

Kirsty se encogió de hombros y miró la arena.

—No es mi admirador —replicó, sin demasiada convicción.

Tony se limitó a sonreír y siguió leyendo el periódico.

—Es muy guapo, Kirst —observó Pam, y Kirsty la hizo callar con la mirada—. No puede oírnos —dijo Pam—. Está en el bar.

—A mí me parece repulsivo —espetó Gray.

Pam lo miró con aire de amonestación.

—No hay ninguna necesidad de tomarse las cosas tan en serio, Graham.

—No me estoy «tomando las cosas en serio». Solo estoy expresando una opinión. Solo he dicho que me parece repulsivo, eso es todo.

Gray lo vio por el rabillo del ojo estrujando el vaso de cerveza vacío con el puño y tirándolo a una papelera, como si volviera a demostrar que tenía unos niveles superiores de hormonas masculinas. Era guapo, Gray tenía que reconocerlo. Era guapo y estaba en forma. Aunque solo debía ser más o menos un año mayor que él, estaba mucho más desarrollado físicamente. Sin embargo, Gray debía cuestionarse los motivos de aquel tipo. ¿Por qué Kirsty? Había chicas por toda la playa, chicas que igualaban el atractivo de ese hombre, chicas en bikini, chicas con reflejos y enormes pendientes y lápiz de labios rosa. Chicas que no estaban sentadas junto a su madre, a su padre y a su hermano mayor comiendo berberechos de un vaso de plástico con un palillo.

El joven volvió lentamente a su toalla blanca, pasando a pocos centímetros de Kirsty mientras lo hacía, y Gray tuvo que reprimir el impulso de extender el pie para ponerle la zancadilla. En realidad, disfrutó durante unos instantes imaginándose la escena y la reprodujo mentalmente una y otra vez hasta que se dio cuenta de que estaba sofocando una risita.

—¿Qué pasa? —le preguntó Kirsty.

—Oh, nada.

No, Gray no estaba celoso. ¿De qué iba a tener celos? Gray era alto, razonablemente guapo de un modo juvenil, esbelto y con un peso equilibrado. Las chicas le decían que era mono. En realidad, las chicas le decían un montón de cosas. Principalmente sobre otros chicos, pero esa no era la cuestión. La cuestión era que él escuchaba las confidencias que le hacían. A las chicas les gustaba Gray y a él le gustaban las chicas. A veces, probablemente, no de la forma en que las chicas pensaban que le gustaban. A veces, probablemente, de una

forma un poco más oscura, bajo las sábanas, a solas, de noche. Pero, aun así, este tipo, pensó, este tipo no sabría cómo hablarle a una chica aunque su vida dependiera de ello. Gray no estaba seguro de que fuera capaz de hablar y punto. Miraba como uno de esos chicos capaces de gruñir. De golpearse el pecho. Y aun eso le costaría hacerlo.

Y fue en el mismo momento en que esta idea cruzó la mente de Gray cuando el tipo se dio la vuelta, lo miró, miró a Kirsty, miró a sus padres y, con una voz salida directamente de una película de James Bond, dijo:

—Es muy agradable cuando luce el sol, ¿verdad?

Todos los miembros de la familia se volvieron como animales asustados ante aquel inesperado inicio de conversación. Su madre se llevó la mano a la clavícula y, con una voz que Gray jamás le había oído hasta entonces, dijo:

—Oh, sí, así es.

Vio a Kirsty lanzarle una mirada terrible a su madre y luego miró al suelo, ruborizada.

—¿Están aquí de vacaciones? —preguntó el joven, de forma bastante innecesaria.

Tony asintió.

—Vivimos en Surrey —dijo, que era la forma en que Tony evitaba decir Croydon—. ¿Y tú?

—Yo vivo en Harrogate. Estoy aquí para hacerle compañía a mi tía. Su marido acaba de morir y no podía afrontar el hecho de venir sola.

—¡Oh! —dijo Pam, llevándose una mano al corazón—. Pobre mujer. Bien por ti: no habría muchos jóvenes dispuestos a sacrificar sus vacaciones de verano por un pariente.

—Bueno, mi tía es muy buena persona. Ha estado ahí por mí muy a menudo. Además, bueno, su casa es absolutamente increíble.

Entonces sonrió y señaló la bahía, hacia el otro lado de la ciudad, donde las casas eran muy grandes, hasta que su dedo se detuvo en lo que parecía una mansión de muros blancos y ventanas altas, rodeada de álamos y tejos.

—¡Oh! —exclamó Pam—. Siempre nos hemos preguntado quién viviría allí, ¿verdad, Tony?

Tony asintió.

—Pensé que podría pertenecer a alguien de la realeza.

—No exactamente. Mi tío hizo su fortuna con una granja de cerdos. Beicon, básicamente. —Sonrió—. Y esa es solo su casa de veraneo. Deberían ver su residencia habitual.

Los padres de Gray asintieron reverencialmente.

—Oh —dijo el chico, acercándose a ellos con la mano extendida—. Me llamo Mark, por cierto. Mark Tate.

—Encantado de conocerte, Mark. —Tony jadeó levemente cuando se

inclinó hacia delante en su tumbona para estrecharle la mano a Mark —. Soy Anthony Ross…, Tony. Esta es Pam, mi mujer; Graham, mi hijo, y Kirsty, mi hija.

—Gray —murmuró Gray—. Graham, no. Gray.

Pero el joven que se había presentado como Mark no estaba escuchando. No dejaba de mirar a Kirsty, con una sonrisa que a Gray le pareció, sospechosamente, de algo así como de triunfo. Como si aquella conversación «espontánea» con su familia no fuera tan solo un momento pasajero de amistosa interacción humana sino el primer y brillante movimiento de un plan maestro de mucho más alcance.

Gray miró como sus padres charlaban animadamente con el joven como si fuera el príncipe Carlos en una visita oficial y no solo un desconocido de voz engolada que no tenía ningún motivo en absoluto para estar charlando con ellos. Y luego miró a Kirsty. Estaba —era la única palabra que Gray fue capaz de encontrar para describirlo— floreciendo. Ante sus propios ojos. Era como si, de algún modo, la atención de aquel hombre la estuviese empujando desde dentro, como si se volviera más tersa y se abriera del todo. Sus ojos parecían húmedos y sus párpados más pesados. Estaba radiante.

—¿Saben? —dijo Mark—. Deberían venir a casa para echar un vistazo. Mi tía preparará una tarta.

—Oh, no, no podemos entrometernos así con tu tía; no cuando está de duelo —dijo Pam.

—Oh, no, a ella le encantará. En serio. Es una persona muy sociable y allí se siente sola. De hecho, ¿por qué no vienen hoy? A las cuatro.

¿Cómo?, se dijo Gray. *¿Cómo?*

Sus padres sonreían y decían cosas como: «Bueno, si realmente no crees que a tu tía le importe» y «¿Podemos traer algo?».

Y ahí estaba: un plan.

Gray no podía creerlo.

Mark se puso una camiseta inmaculada y unas bermudas; luego enrolló su toalla con precisión militar y la metió en una bolsa de tela. Antes de irse se volvió hacia ellos, inclinó ligeramente la cabeza y dijo:

—A las cuatro, ¿de acuerdo?

A lo que la familia de Gray asintió enérgicamente y contestó:

—Sí, sí, gracias.

Y luego se fue.

—Bueno —dijo Pam—, ha sido un extraño giro de los acontecimientos.

—Sin duda alguna —repuso Tony—. Pero creo que hemos conseguido un té gratis.

Gray se sentó con la mandíbula apretada, pensando que no habría ningún té gratis, que seguramente tendrían que pagar algún precio,

pero que su familia era demasiado estúpida para darse cuenta.

Diez

Lily ha recibido las cien libras que le ha mandado su madre. Se gasta algunas para tomar un tren a Londres el viernes por la tarde, ir a la oficina de Carl, volver sobre sus pasos. Es la primera vez que viaja a Londres sola. Está nerviosa en la máquina expendedora de billetes: ¿qué significa todo esto? Espera en una pequeña cola para hablar con un hombre que está detrás de una ventanilla.

—Sí —dice cuando finalmente es su turno—, necesito ir a Londres. ¿Puede ayudarme?

El hombre no le sonríe.

—¿Ida y vuelta?

—Sí —responde ella—. Volveré. Más tarde.

Ahora el hombre sonríe y ella sabe que ha dicho alguna estupidez.

El hombre coge las veinte libras, imprime los dos billetes, se los entrega con la vuelta y dice:

—Andén tres. En siete minutos.

Lily coge bruscamente los billetes y el dinero, y dice:

—De acuerdo.

En el tren ve pasar su nuevo mundo en fugaces viñetas: cuadrados de verde oscuro y radiante amarillo, la parte trasera de polígonos industriales, hileras de casas de ladrillo rojo con juegos idénticos para niños en estrechas franjas de césped. Ella no conoce este mundo. Solo conoce a Carl. Se tapa la boca con dos nudillos, reprimiendo una punzada de dolor. No puede echarse a llorar. No aquí, en un tren, delante de desconocidos. Observa a través de la ventana con una mirada dura como el acero. Ya ha estado antes en la oficina de Carl. Fue durante uno de los fines de semana que habían pasado en Londres, antes de casarse. Se alojaron en un hotel del West End y cenaron en el restaurante de un rascacielos con vistas a toda la ciudad. «¿Quieres ver el sitio donde trabajo?», le preguntó él. Ella se encogió de hombros y dijo: «Vale».

Es un edificio pequeño, simétrico y con fachada de cristal negro y acero pulido. En el centro hay una gran puerta giratoria electrónica; al otro lado, un vestíbulo cromado de color negro con una fuente de agua de acero inoxidable en la pared del fondo. Lily consulta su reloj. Son las cuatro cuarenta. Faltan veinte minutos para la hora en que Carl debería salir del trabajo. Jugará un poco al Candy Crush mientras espera aquí.

A las cinco menos cinco se imagina a Carl apagando su ordenador, cogiendo su chaqueta del respaldo de la silla, cerrando con un clic su

maletín, diciendo adiós a algunos colegas (¿Lo haría? ¿Decir adiós? Tal vez no. Carl no es de los que dice adiós. Quizás levantaría una mano o pronunciaría un brusco «Nos vemos mañana»). Lo ve esperando el ascensor, revisando el móvil, echando un vistazo a su pelo. Lily cuenta mentalmente hasta veinte y entonces se lo imagina entrando en el ascensor, el silencioso *ping ping* de las plantas mientras desciende, saliendo al vestíbulo, luego por la puerta giratoria y empezando a andar. Victoria no está lejos, solo a dos minutos. Lily comprueba los paneles del tren de Carl, el de las 17:06 con destino a East Grinstead, y se dirige hacia el andén cuatro. Mira los rostros de la gente que hace el mismo trayecto. ¿Lo conocen? ¿Lo reconocerían? ¿El mismo tren a la misma hora, todos los días?

Sube al tren y se sienta. Delante de ella hay un hombre. Coge aire y busca la foto de Carl en su bolso.

—Disculpe —dice, con una voz más dura de lo que pretendía—. ¿Podría ayudarme?

El hombre la mira con evidente desconfianza y ella sabe que cree que va a pedirle dinero.

—Este es mi marido —dice, deslizando la foto por la mesa que los separa—. Toma este tren cada día, y ahora no está.

El hombre se echa ligeramente hacia atrás. Aún cree que le va a pedir dinero. Ella reprime el impulso de mandarlo a la mierda.

—Es una persona desaparecida —continúa—. Oficialmente. La policía lo sabe.

El hombre levanta una ceja y dice:

—Ya.

—¿Lo reconoce? —pregunta ella sombríamente.

El hombre mira la foto y niega con la cabeza.

—Nunca lo he visto.

—Gracias.

Lily coge la foto y vuelve a meterla en el bolso. Tiene el rostro de un ardiente color rojo y puede sentir como le van apareciendo manchas de rabia en la clavícula. Se dirige hacia el siguiente asiento libre y se sienta junto a tres amigas que han estado bebiendo y huelen a vino y tabaco. No cree que pueda preguntarles nada, porque hablan en voz muy alta y muy deprisa; además, seguramente no toman cada día este tren, y ella lo que quiere son pasajeros habituales. A su derecha hay un hombre con traje. Saca la foto y coge aire.

—Disculpe —dice, hablando muy deprisa para ir al grano y no darle tiempo de sacar conclusiones prejuiciosas—. Mi marido ha desaparecido. Solía tomar este tren todas las tardes. ¿Lo reconoce?

El hombre saca las gafas de leer del bolsillo de su chaqueta, coge la foto, la examina y se la devuelve.

—Me temo que no.

Tiene una voz suave, profunda y amable. Se siente relajada. Le sonríe cálidamente, le da las gracias y luego va de un vagón a otro, de un pasajero a otro, mientras su confianza crece con cada encuentro. En general, la gente le parece amable, pero a los británicos les cuesta sonreír. Las sonrisas son para los amigos, para los bebés, para los chistes y para la familia, pero no para extraños en un tren. Pero ella sonríe una y otra vez, y cuando el tren llega a Oxted ha preguntado al menos a treinta personas y al menos treinta le han dicho: «No, lo siento mucho». Y algunas de ellas incluso le han hecho preguntas. «¿Cómo se llama?». «¿Cuándo desapareció?». «Le deseo toda la suerte del mundo, de verdad».

En el torniquete de la estación, antes de salir, busca a la última persona que podría haber visto a Carl. El revisor. Pero no hay revisor, solo el torniquete. Lanza un suspiro. Había depositado todas sus esperanzas en una persona a la que pudiera preguntar. Y entonces comienza el largo trayecto hasta casa. El recorrido la lleva a algunas tiendas y, animada por la gente amable del tren, entra en un par de ellas, sonríe, enseña la foto, pregunta. El hombre de la cervecería lo reconoce; dice que solía entrar de vez en cuando para comprar una botella de vino. «Un tío guapo», dice. Lily asiente y responde: «Sí, lo es».

Cuando ya no hay más tiendas, cruza la calle principal y toma los caminitos de las casas rojas que se entrecruzan formando una confusa cuadrícula, a la izquierda, a la derecha, a la izquierda, a la derecha, hasta la otra calle principal donde se encuentra el supermercado y las cadenas de tiendas, donde va a comer a veces cuando se siente sola en el apartamento, donde se acomoda en el Starbucks y lee el periódico para tener de qué hablar con Carl cuando llega a casa del trabajo. El último tramo de la caminata es más tranquilo. Son casas bajas y muy separadas entre sí que Carl dice que se llaman adosadas, con entradas para el coche. No hay tiendas ni gente. Y luego un corto tramo de carretera donde han estado construyendo más viviendas que, como anuncia una enorme valla, se llamará Wolf's Hill Boulevard. Carl se ríe cada vez que lo ve. «Boulevard —dice—. En Oxted. Vaya montón de mierda».

Lily se detiene un momento y observa la obra. No hay nadie. No se ha visto a nadie desde que se mudaron aquí. Ve que el primero de los bloques está casi terminado; ya tiene ventanas y lo han pintado. Los constructores han pasado al bloque siguiente, que es un esqueleto de vigas y de plásticos agitándose. Se ha puesto el sol y el cielo del atardecer es de un color azul aterciopelado. Los coches pasan junto a ella como rayas doradas; está sola en la carretera. Siente que la recorre un extraño escalofrío. Vuelve a mirar el nuevo bloque de apartamentos y ve el parpadeo de una luz en una ventana del primer

piso.

Se da la vuelta y se dirige hacia casa. Por alguna razón, el parpadeo de la luz la inquieta. Se lo comentará a la corpulenta agente de policía. Puede que sea algo o puede que no. Sin embargo, el parpadeo de esa luz es lo único que tiene en este momento.

En cuanto llega a casa, Lily llama a la agente de policía.

—Hola. ¿Señora Traviss?

—Soy la agente Traviss.

—Sí, disculpe, agente Traviss. Soy la señora Monrose. La mujer de Carl Monrose.

—Lo sé. Por cierto, ¿es usted vidente? Iba a llamarla ahora mismo. Necesitamos el ordenador de su marido. Al parecer, es probable que su pasaporte lo consiguiera en una página ilegal. Queremos revisar su historial de navegación y su cuenta de correo electrónico.

—No sé de qué me está hablando.

Lily capta esa pausa al final de la frase, esa que siempre hace la corpulenta agente de policía, la que le dice que piensa que es tonta y pesada.

—Estos pasaportes están hechos a medida, son increíblemente caros y surgen por encargo de los rincones más oscuros de internet. Su marido debió estar en contacto con tipos bastante indeseables. Y seguramente durante bastante tiempo. Tenemos que acceder al portátil de su marido para poder investigar eso.

—Pero ¿qué tiene que ver esa gente con que encuentren a mi marido?

De nuevo, esa pausa.

—Bueno, en realidad no son una pista directa, pero quizás sepan algo. Y es posible que incluso pudieran estar involucrados en su desaparición. Pongamos, por ejemplo, que él les debía dinero o que amenazaba con denunciarlos.

La imagen de la luz parpadeando en la ventana del edificio recién construido pasa otra vez a un primer plano en su cabeza. Nota la sangre fría y luego caliente. *Gánsteres*. *Delincuentes*. Estas cosas no se le habían pasado por la cabeza en la oscuridad de la noche.

—Bueno —dice Lily—, puede que no sea nada, pero esta noche, en el nuevo edificio que han construido al lado de nuestro bloque de apartamentos, he visto una luz. Una sola luz, en una ventana, aunque nadie vive allí. Se me ha ocurrido que…

Hace una pausa. ¿Qué se le ha ocurrido? No tiene ni idea. La luz la hizo estremecerse, eso fue todo. Le pareció siniestro y sintió frío.

—No sé —continúa—. Me pareció extraño.

—Bueno —dice Beverly, obviando lo que ha dicho y cambiando de tema—. ¿Está en casa ahora? ¿Puedo ir a recoger el ordenador?

—Bueno, sí, por supuesto. Pero no sé la contraseña.
—Nuestros hombres se encargarán de eso, no se preocupe.
—Bien, entonces. Quizás podríamos echar un vistazo al edificio cuando venga. Al apartamento con luz.
—No estoy muy segura de que tengamos tiempo para eso, pero veremos qué se puede hacer.

Beverly se presenta con un hombre joven vestido de civil y con unas gafas enormes, cargado con una caja. Se pasa un montón de tiempo, demasiado, en la habitación de invitados, donde está el ordenador. Lily se sienta ansiosa en el borde del sofá, ahuecando los codos y mirando el reloj de la pared.
—¿Qué está haciendo ahí dentro? —le pregunta a Beverly.
—Oh, ya sabe, es el procedimiento. No podemos simplemente entrar y desenchufarlo.
Lily asiente. Pasan unos minutos más. Ella escucha el ruido de cajones abriéndose y cerrándose. Entonces el hombre aparece en la puerta y mira a Lily.
—¿Tiene una llave? —le pregunta—. Para el último cajón del archivador.
—No —responde ella—. Llevo dos días buscándola. Creo que debe estar en el llavero de mi marido —añade, encogiéndose de hombros.
—¿Le importa si lo taladro y compruebo si hay algo dentro? Tarjetas de memoria o algo así.
Lily se pone rígida. Se imagina a Carl entrando en el apartamento y viendo su archivador nuevo de Ikea con un horrible y enorme agujero, sus objetos personales saqueados y revueltos. Pero luego piensa que Carl le ha mentido. Ni siquiera sabe cuál es su verdadero nombre. Y tenía un cajón cerrado con llave en el apartamento que compartía con ella. Y se llevaba esa llave al trabajo. Debe haber alguna razón para eso.
—Sí —dice ella—. De acuerdo. Pero no lo deje todo hecho un desastre, por favor.
El joven sonríe y entra de nuevo en la habitación. Diez segundos después, Lily oye el agudo crujido de la madera rompiéndose. Al cabo de un momento, el joven aparece de nuevo sosteniendo una caja de tarjetas.
—Bueno —dice con voz tranquila, como si lo que está ocurriendo fuera completamente normal—. Listo. ¿Ha terminado de…? —Mira la hoja de papel que le entregó antes, con preguntas personales: fechas fáciles de recordar, nombres de mascotas, nombres de los padres, apodos, nombres de lugares significativos…
—Sí. —Lily desliza la hoja sobre la mesa hacia el joven y este la añade al contenido de la caja.

—Genial —dice—. Muy bien —añade, dirigiéndose a Beverly, que se levanta lentamente.

Se dirigen juntos hacia la puerta y Beverly dice:

—Estaremos en contacto.

No menciona el apartamento vacío con la luz parpadeante.

Después de que se hayan ido, Lily se queda quieta un rato. Echa un vistazo al apartamento, como ha hecho cien veces desde el martes por la noche, cuando Carl no regresó a casa. Al principio, lo único que vio fue la ausencia de Carl. Pero ahora ve su engaño. Avanza despacio hacia la habitación de invitados y se arrodilla para examinar el contenido del cajón cerrado con llave.

Once

—Ah, has vuelto —dice Alice.

Son casi las diez de la noche y él está de pie junto a la puerta, con la chaqueta de Barry, iluminado por una luz amarillenta, con el aspecto de la persona más cansada del mundo. Ha estado fuera treinta y seis horas.

—Sí —responde él—. Si te parece bien.

—Tendrá que parecérmelo, ¿no? ¿Dónde has estado?

—En la playa.

—¿Todo este tiempo?

—Sí, bueno, casi todo. Anoche dormí allí.

—¿Qué pasa contigo y con esa playa? Pensé que habías recuperado la memoria y que habías vuelto a casa.

—Bueno, esa es la cuestión. —Mira por encima del hombro de Alice melancólicamente—. He recordado algo. Algo importante.

Él la vuelve a mirar y ella se rinde y abre la puerta del todo para que pueda pasar. Luego saca dos cervezas de la nevera y se sientan uno al lado del otro en el sofá, con Sadie a sus pies, Hero en el regazo de Alice y Griff a una distancia prudencial.

—¿Los niños están durmiendo?

—La pequeña está durmiendo y los otros dos están *encima de* sus camas con sus dispositivos electrónicos.

Cuando dice esto, su móvil vibra. Le echa un rápido vistazo. Jasmine ha dejado abierto Instagram en el teléfono de Alice. A alguien, en algún sitio, le ha gustado algo que Jasmine ha publicado en Instagram. Esto significa que el móvil de Alice seguirá vibrando durante unos diez minutos, mientras toda la gente que conoce Jasmine dice que le gusta lo que ha publicado. Alice se imagina un mar de incorpóreos pulgares pulsando corazones de forma mecánica. Lanza un suspiro.

—¿Qué es eso? —pregunta Frank, mirando el iPad.

—Es el salón de la casa de mis padres —dice Alice—. En Londres.

Él asiente. Como si eso tuviera sentido.

—Los dos tienen demencia —explica—. Hay cuidadores que se ocupan de ellos, aunque no veinticuatro horas, siete días a la semana. Y, créeme, necesitan a alguien que los vigile. Mi hermana tiene la misma aplicación. De modo que, con suerte, entre ella, yo y los cuidadores conseguiremos que sigan viviendo en su casa por un tiempo más. Porque la alternativa es…, bueno, inconcebible.

Sonríe de forma forzada, casi sin poder creer que hace menos de dos

años sus padres estuvieran planificando un viaje a la Gran Muralla China y ahora ninguno de los dos ni siquiera es capaz de planificar un viaje al baño.

—Mi vida es muy extraña —dice Alice.

—La mía también —dice él, y ambos se echan a reír.

Ella no puede creerse lo aliviada que se ha sentido al verlo allí hace un momento, en la puerta de su casa. Aunque intentó parecer seria, había tenido que reprimir las ganas de abrazarlo y de decirle: «Gracias a Dios, has vuelto». Así que ahora está siendo prudente y fría porque esa es, por defecto, la forma de enfocar su vida, y no abrazar a la gente.

—Bueno —dice Alice—. ¿Qué has estado haciendo?

Frank sonríe y gira la botella de cerveza en sus manos.

—Tengo la teoría de que debo haber elegido este pueblo por alguna razón. Ya sabes, compré un billete hasta aquí. Y fui a la playa. No puede ser una casualidad. De modo que pensé que si andaba un poco, quizás algo me refrescaría la memoria.

—¿Y ha sido así?

—¡Sí! —Se le iluminan los ojos color avellana—. Recordé a una chica en un tiovivo. Uno de esos antiguos, con caballitos que suben y bajan.

Él mira a Alice con incertidumbre, como si no estuviera seguro de que eso tuviera sentido, por lo que ella asiente, alentándolo.

—La feria —dice ella—. Viene todos los veranos.

—¡Ah! —Él parece satisfecho—. Entonces, ¿podría ser real?

—Sí, podría ser. ¿Y quién era esa chica?

—No lo sé. Pero tenía el pelo castaño y era muy joven; una adolescente, diría yo.

—¿Tienes alguna idea de quién podría ser?

—Bueno, no, pero sucedió algo extraño. Bajé a la playa por la calle principal, porque tenía la poderosa sensación de que allí era donde había visto a esa chica del tiovivo…

—Exacto, ahí es donde suele estar.

Él sonríe.

—¿La feria?

—¡Sí, en la playa, debajo de la calle principal! ¿Y qué pasó cuando fuiste allí?

—Vomité —responde él.

—¿Cómo? ¿Literalmente?

—Sí. De repente. Y luego, después de vomitar, no podía moverme. Fue otra vez como el miércoles. Me senté, miré hacia el mar y mi mente se fue como enturbiando; la gente iba y venía, pero yo estaba en Babia. Y ahora, cuando ha oscurecido, he recordado algo más. He recordado… —Le tiemblan las manos—. He recordado a un hombre

lanzándose al mar, aquí. Era este lugar, sin duda alguna. Estaba oscuro; podía ver la luz de la luna reflejada en el agua y el hombre no paraba de nadar. Tenía que seguirlo, pero no podía porque… En realidad no sé por qué… —Se masajea la muñeca derecha con la mano izquierda—. Simplemente no podía.

Mira a Alice y parpadea, y ella piensa en el joven que vio hace unos años adentrándose en el mar.

—Yo también lo vi —dice—. Hace tres años. Vi a un hombre adentrándose en el mar. Se quitó la ropa, la dobló en una ordenada pila y luego simplemente se metió en el mar hasta que su cabeza se sumergió. Me pregunto si…

—No. —Él niega con la cabeza—. Este hombre iba vestido. Llevaba vaqueros. Y una camisa. Y llevaba… Llevaba algo. Algo grande, en sus brazos. Y no se metió en el agua. Se lanzó. Saltó. Como si estuviera huyendo de alguien.

—¿De quién?

—No lo sé, pero tuve la sensación de que podría haber sido yo.

Doce

1993

La casa de la tía de Mark era, en todos los aspectos, la casa más grandiosa en la que Gray había puesto jamás un pie. Estaba decorada en un estilo que su madre definía como «cursi» y que parecía consistir en muchos espejos de marcos dorados y enormes jarrones con lirios. Tres perros de alguna raza de terrier los recibieron en la entrada, seguidos por Mark, que llevaba una camisa blanca de cuello vuelto y unos impecables vaqueros azules. Cuando cruzaron en fila la enorme puerta principal los saludó efusivamente como si fueran viejos amigos y los condujo descalzo por un corredor circular hasta una terraza interior llena de palmeras a la que se refirió como «el invernadero», donde una mujer muy atractiva de mediana edad, con el pelo rubio muy bien peinado, estaba sentada detrás de una mesa baja repleta de tartas y tazas de té.

La mujer se levantó, sonrió y dijo:

—¡Hola! ¡Han venido! ¡No estaba muy segura de que Mark no se hubiera inventado su existencia! Lo digo en serio. Es un chico muy bromista. ¡Llegó hace dos horas con una bolsa llena de harina y huevos, y me dijo que teníamos que preparar tartas porque vendrían unos invitados!

Tenía un acento suave, con una dicción excelente, igual que su sobrino, aunque Gray percibió un cierto aire de histeria en sus modales. Se preguntó si eso sería parte de su personalidad habitual o una reacción al hecho de que una familia de desconocidos ligeramente quemados por el sol se presentaran de improviso en su inmaculada casa.

—Pero bueno —continuó, confirmando la impresión de Gray—, aquí están: bienvenidos. Y por favor, tomen asiento.

La mujer se alisó la falda plisada y se sentó.

—Por cierto, soy Kitty.

Les estrechó las manos a todos, que se presentaron uno a uno, y Gray notó que se detuvo un poco más de tiempo en Kirsty que en los demás. Cortó un sándwich Victoria con dedos temblorosos, con la manicura impecable, y les preguntó por la cabaña del Conejo y por los planes que tenían para el resto de su estancia. Gray se removió en la silla de mimbre y miró a través de la ventana los inmaculados jardines y más allá, preguntándose por qué estaban allí.

—Mark es muy buen chico —estaba diciendo Kitty—. Desgraciadamente, no tengo hijos —se apretó la clavícula de porcelana con la mano—, de modo que siempre pedía que me dejaran

a Mark y a su hermana. Ellos se sienten como si fueran mis hijos, y está claro que Mark sabe cómo cuidar de mí.

Kitty le dio unas palmadas en la mano a Mark, que le sonrió con indulgencia. Acto seguido, el primero de varios silencios incómodos cayó sobre todo el grupo.

—Bueno —dijo Tony, rompiéndolo—. Debo decir que esta casa es tan impresionante por dentro como por fuera.

—Gracias, Tony —respondió Kitty—. A lo largo de los años ha sido el escenario de un montón de momentos felices.

Parecía triste. Sin duda debía estar pensando en su marido recientemente fallecido.

—¿Desde cuándo tiene esta casa? —preguntó Pam.

—¡Oh! —exclamó Kitty, llevándose los dedos a su collar de oro—. Ahora hará aproximadamente unos veinte años, creo. Se la compramos a una escritora de novelas románticas. De hecho, si entran en la biblioteca cuando se vayan, verán que hay un estante dedicado a sus libros. Es como una especie de homenaje. Lo cierto es que no me he leído ninguno; no es algo que me interese. Creo que las califican de novelas rosa con escenas picantes. —Parecía ligeramente horrorizada por la definición—. Dime, Graham…

—Gray —corrigió él—. Todo el mundo me llama Gray.

—Menos yo —intervino Pam.

—¿Cuántos años tienes, Gray?

—Diecisiete.

—Entonces aún vas a la escuela.

—Al instituto.

—¿Y tú, Kirsty?

—Quince.

Kitty arqueó una de sus finas cejas.

—Eres muy joven —dijo distraídamente.

—¿Y tú, Mark? —preguntó Tony—. ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—¿Y qué haces?

—Estoy en la universidad. Estudio Administración de Empresas.

—Eso está muy bien —dijo Pam—. ¿Y qué aspiras a ser?

—Millonario.

Lo dijo con un semblante totalmente serio y Gray tuvo que hacer un esfuerzo para no escupir un sorbo de té.

—Bien —dijo Pam.

—Eso es genial —dijo Tony—. No hay nada como ser ambicioso.

Kitty apretó la boca, sin revelar ninguna expresión.

—¡Oh! —exclamó Pam, volviéndose en su silla para mirar a través de las ventanas del invernadero—. ¡Un pavo real!

Y efectivamente, allí en el césped, agitando su iridiscente abanico de

plumas como si fuera una corista, había un pavo real.

—Bueno, eso es la guinda del pastel —dijo Tony, riéndose entre dientes—. ¡Pavos reales!

—Lo sé —repuso Kitty cansinamente—. Supongo que es un tópico, pero la novelista tenía un par y me acostumbré a verlos por aquí. Entonces, cuando murieron, compré otro par. Sorprendentemente, son una buena compañía. Tengo más animales —añadió—. Un asno. Un poni Shetland. Me parece absurdo disponer de todo este espacio y no tener nada en él.

Kitty se dio cuenta de que el rostro de Kirsty se había iluminado cuando mencionó el asno y el poni, y dijo:

—Mark, ¿por qué no llevas a los niños a ver a los animales?

—Oh, no gracias —dijo Gray, consternado al ver que se referían a él como a un «niño».

Mark miró a la hermana de Gray.

—¿Kirsty?

Ella asintió y se puso en pie, metiendo los puños en las mangas. Realmente, parecía una «niña». Y mientras Gray veía como Mark se llevaba a su hermana, como desaparecían ambos tras la puerta y sus voces iban convirtiéndose en ecos inaudibles hasta que por fin dejaban de escucharse, sintió una violenta punzada de ansiedad. Miró a su madre y a su padre sucesivamente en dos ocasiones, pero ambos estaban enfrascados en el esfuerzo de mantener una conversación medio decente con una mujer con la que no tenían nada en común.

¿Qué tenía ese tipo? ¿Qué tenía que disparaba todas sus alarmas? Todo estaba en los detalles, decidió. Los pies descalzos, el pelo cuidadosamente repeinado, el improbable vínculo con su glacialmente afligida tía, el prematuro comentario sobre lo de querer ser millonario, por no hablar de las descaradas miradas en la playa y la inexplicable invitación a tomar el té. Nada de todo eso colaba. Nada de todo eso cuadraba con un tipo de persona que Gray fuera capaz de reconocer. Y Gray conocía a gente rara. En Croydon había mucha.

Volvió a mirar a sus padres y luego a través de la ventana, hacia el césped, donde vio las figuras de su hermana y de Mark a lo lejos, paseando amigablemente; él se reía y ella se volvía para sonreírle. Luego desaparecieron, pero el pavo real seguía allí, imperturbable, con las brillantes plumas de su cola, mirándolo, pensó Gray, directamente al fondo de su alma.

Trece

Apuran en seguida las cervezas. Alice tenía sed y, al parecer, Frank también. Alice coge otro par y cuando se las terminan y ya no quedan más en la nevera, se pone de rodillas y saca una botella de *whisky* escocés del fondo del aparador. Es más de medianoche. Normalmente, Alice estaría mirando el reloj, pensando que iban a acortarse sus preciosas siete horas de sueño. Pero esta noche no le importa la hora. La hora es irrelevante.

Se pone de pie y coge dos vasos.

—¿Mamá?

Se vuelve al oír la voz de Jasmine.

—¿Qué estás haciendo?

—Sirviendo unas copas —responde.

—¿Para él?

—Para Frank y para mí.

Jasmine arquea la ceja izquierda.

—Ni siquiera se llama Frank.

—No —dice Alice pacientemente—. Pero es mejor eso que nada.

—¿Por qué está aquí? Pensaba que se había ido.

—Sí, bueno, yo también. Pero ha vuelto.

Jasmine asiente y luego se muerde la mejilla antes de decir:

—Esperemos que nadie se entere.

Alice se queda mirándola inquisitivamente.

—Kai y Romaine. Y Derry. Deberías decirles que no hablen de él con nadie. Por si acaso, ya sabes…

Alice asiente enérgicamente. No quiere tener esta conversación ahora.

—De todos modos, es tarde —dice—. Deberías dormir un poco.

—Mañana no tengo clase —dice Jasmine, reprimiendo un bostezo.

—Ya. Aun así, es tarde. —Alice coge los vasos con los dedos y sostiene la botella de *whisky* escocés con la otra mano. Quiere que su hija se vaya ya—. Vamos —dice, en tono burlón pero seria—. Vete.

Jasmine la mira de forma extraña durante un largo instante, como si tuviera algo importante que decirle, como si en el interior de su cabeza adolescente zumbaran insondables pensamientos. Sin embargo, al final solo sacude la cabeza, lanza un suspiro y dice:

—Buenas noches, mamá. Ten cuidado.

Sus palabras aún resuenan en la cabeza de Alice mientras cruza la sala de estar cargada con el *whisky* escocés y los vasos. «Ten cuidado». No está segura de que quiera tenerlo.

Durante su ausencia, Hero se ha subido al regazo de Frank, que parece un poco abrumado por los cuarenta kilos de peso de la corpulenta *staffordshire bull terrier*.

—¿Te gustan los perros? —le pregunta Alice.

Él sonríe.

—Parece que sí.

—Bueno, no te sientas demasiado halagado: a Hero le cae bien todo el mundo. Es una adicta empedernida a las atenciones. A él sí que tendrás que ganártelo. —Alice señala a Griff, que está sentado, cauteloso y vigilante, mirando alternativamente a Alice y a Frank con sus atentos ojos de color chocolate, como si supiera que están hablando de él—. Es *muy* quisquilloso. ¿Quieres que le diga a Hero que se baje de tu regazo?

—No. —Él niega con la cabeza—. Es agradable. Resulta… reconfortante.

Alice sirve dos generosos tragos de *whisky* y le tiende uno a Frank.

—Salud —dice Alice, alzando su vaso—. Por recordar.

Frank choca su vaso con el de ella y sonríe.

—Y por ti —dice—. Por ser tan generosa.

—¡Oh! —dice ella—. No sé nada sobre ser generosa. Más bien sobre ser estúpida.

—Puede que seas ambas cosas —dice él.

—Sí. Estoy de acuerdo. Esa es la historia de mi vida. Ser generosa y estúpida.

—Ya. —Frank toma un sorbo de su vaso y hace una mueca—. ¿Cuál es la historia de tu vida, exactamente? Teniendo en cuenta que no podemos hablar de la mía…

—¡Oh, Dios! —exclama ella—. Desearás no haber preguntado.

—No, adelante —dice él simplemente—. Háblame de los mapas.

—Ah. —Ella se queda mirando su vaso—. Los mapas. —Vuelve a levantar la vista—. Es mi trabajo. Mi negocio. Mi *arte*.

Se ríe irónicamente.

—Son muy bonitos.

—Gracias.

—¿Cómo se te ocurrió la idea?

—Bueno, todo empezó con uno de esos enormes mapas de carreteras para coches, ya sabes. Mi padre tenía uno. Un mapa de todo el Reino Unido. Era enorme. Yo solía echarle un vistazo en viajes largos; miraba todos los lugares en los que nunca había estado. Me encantaban los contrastes de color entre, digamos, el centro de Londres y las Tierras Altas de Escocia, ya sabes. Londres era negro, con marcas de carreteras, y Escocia era blanca. Entonces, cuando cumplí dieciocho años, papá me regaló su viejo coche y unos años más tarde, cuando lo vendí, encontré el mapa de carreteras en la guantera.

Me lo quedé y volví a observarlo de nuevo. Estaba atrapada en casa con un bebé, y me aburría mortalmente. Decidí hacer algo con eso. Esto, en realidad.

Señala un retrato de cuando Jasmine era muy pequeña que hay en la pared de enfrente.

—¿Eso lo hiciste con mapas?

Alice asiente.

—¡Guau! —exclama él—. Parece un dibujo. ¡Es increíble!

—Oh, gracias. Entonces, después de eso, compraba libros de mapas antiguos siempre que podía. Deberías ver mi habitación en el piso de arriba: los estoy acaparando, literalmente. Y cuando nos fuimos de Londres y nos mudamos aquí, necesitaba una fuente de ingresos, y empecé a aceptar encargos. Y luego monté una pequeña tienda *online* de tarjetas de aniversario personalizadas y cosas así. Y ahora soy una profesional a tiempo completo que corta y pega trocitos de mapas en forma de flor. —Ella lo mira—. Ya te dije que mi vida es rara.

—Bueno, para alguien *sin vida alguna*, yo diría que suena bastante bien.

—Sí, no está mal. Es rara, pero no está mal. Y me permite trabajar teniendo a los niños a mi alrededor, y eso es genial.

—Por no hablar de este trío. —Él señala a los perros—. Y de ellos. —Señala el iPad, con la siniestra imagen parpadeante de una habitación vacía—. Tienes muchas cosas en la cabeza.

—Sí, es cierto, pero no más que un millón de otras mujeres. Las mujeres son asombrosas, ya sabes.

Ella sonríe y él le devuelve la sonrisa.

—Tendré que creer lo que dices, porque lo cierto es que no recuerdo a ninguna mujer.

—Bueno, me conoces a mí, y, créeme: soy realmente asombrosa.

Él no se ríe pero sonríe.

—De acuerdo. Tú eres la Mujer Asombrosa, y a partir de ahora serás el punto de referencia de todas las mujeres que conozca.

—¡Oh, Dios mío! ¡Me he convertido en tu madre!

Esta vez él se ríe, y mientras balancea la pierna hacia atrás roza brevemente la de Alice y ella nota en su interior el gran vacío de la soledad y la necesidad que ha estado intentando ignorar durante seis años. Fuera, al otro lado de la ventana, una bombilla parpadea hasta que finalmente se apaga del todo y la habitación se queda un poco más oscura. Alice oye el crujido de las tablas de madera del piso de arriba: uno de sus hijos va al baño. Y luego ocurre algo extraordinario. De repente, Griff, que ha estado observándolos desde el otro extremo de la habitación mientras hablaban, mueve sus elegantes piernas y se dirige hacia ellos. Alice espera que venga para quejarse, pero no lo hace: el perro se para delante de Frank y apoya el hocico en su rodilla.

—¡Oh! —dice Frank, posando una mano sobre la cabeza del perro. Mira a Alice y sonríe.

Alice mira a Griff, luego a Frank y luego vuelve a mirar a su perro. Nota un torbellino en el estómago. A diferencia de Sadie y Hero, Griff es *su* perro. Lo eligió en una protectora cuando el animal tenía un año. Ha estado con ella desde sus días en Londres, desde antes de tener a Romaine. Es el perro más cariñoso y simpático del mundo. Pero no es un perro amistoso. Mantiene las distancias con la gente. Y ahora aquí está, ofreciéndose a un desconocido, haciéndose eco, de un modo poético, de los propios deseos subliminales de Alice.

—Debes de ser un buen tipo —dice ella—. Los perros siempre saben esas cosas.

—¿Tú crees?

—Sí.

Y entonces ella siente que algo se ablanda en lo más profundo de su ser, algo que una vez había sido tierno y que, con el paso del tiempo, sin que ella se diera cuenta, se volvió duro. Coloca la mano sobre la mano de Frank, donde reposa sobre la cabeza abombada de Griff. Frank coloca su otra mano sobre la de Alice. Y ahí está. Un exquisito momento de existencia suspendida, más allá del cual está el potencial para cualquier cosa. «¿Recuerdas esa noche — podrían decir dentro de unos años—, cuando nos tocamos por primera vez?».

Pero lo que se oye ahora es el ruido metálico de las tuberías en el piso de arriba, cuando uno de sus hijos vacía la cisterna del inodoro. Y luego el sonido de unos pasos bajando las escaleras de madera. Y ahí está Romaine hecha un desastre, con los ojos hinchados por el sueño, tirando de los lados de su descolorido camisón blanco.

—Mamá —dice—. No puedo dormir.

Alice quita la mano de encima de la de Frank, lanza un suspiro y dice:

—Vuelvo en un minuto.

Pero él ya se mueve en su asiento, tratando de quitarse a Hero del regazo y soltando el vaso de *whisky* escocés.

—¿Sabes?, estoy destrozado. ¿Te parece bien si…?

—Quédate todo el tiempo que quieras —dice ella—. Los amigos de Griff son mis amigos.

Alice toma la mano que le tiende Romaine y sube las escaleras con ella.

—Dejaré la puerta trasera abierta —le grita ella desde arriba—. Nos vemos por la mañana.

Catorce

1993

Esa noche salieron a cenar. El té improvisado en la mansión de Kitty había cambiado ligeramente sus planes para el día, y como no habían tenido tiempo de ir a comprar comida, Kirsty dijo:

—¿Por qué no cenamos en la playa esta noche? Podría estar bien.

Hacía una noche magnífica, fresca pero con un brillante cielo azul. Tony sugirió la elegante marisquería del otro extremo de la ciudad, que tenía una terraza cubierta con vistas a la playa.

—Pero nada de entrantes —advirtió.

Gray observó a Kirsty por encima de su menú.

—¿Qué? —dijo ella, al ver que su hermano la miraba fijamente.

—Nada —repuso él—. ¿Qué vas a pedir?

—Gambas rebozadas.

Rímel. Era eso. Se había puesto rímel.

—¿Y tu qué vas a pedir?

—Solomillo —dijo Gray.

Ella se burló de él fingiendo un bostezo. Gray siempre pedía solomillo.

—¿De qué hablasteis? —preguntó él—. Tú y el bicho raro.

—¡Vamos, Graham! —intervino su madre—. Eso no tiene gracia.

—Bueno —replicó él—. No es un tipo precisamente normal, ¿verdad?

—Vale, no lo es —dijo Tony—. Pero, a ver, ¿quién lo es? Es algo de lo que te das cuenta a medida que te vas haciendo mayor. Todo el mundo es un poco raro.

—Sí, pero no todo el mundo se lleva a tu hija de quince años a la otra punta del jardín para ver «asnos».

—¡Había un asno! —exclamó Kirsty.

Gray lanzó un suspiro.

—Se llamaba Nancy. Era preciosa. Y él no es raro. Solo es… pijo.

—Es pijo *y* raro. Vamos a ver, ¿quién invita a un grupo de perfectos desconocidos a tomar el té?

—Se aburre —dijo Kirsty—. Me lo dijo. Se ofreció a venir para hacerle compañía a su tía porque pensó que algunos de sus amigos de cuando era pequeño estarían aquí, pero no es así. Y ahora está atrapado aquí, sin nadie con quien quedar.

—¿Y por eso decide que quiere quedar con los Ross de Croydon?

Kirsty se encogió de hombros.

Entonces vino la camarera y les tomó nota. Gray miró desde la terraza hacia la feria que había más abajo. La noche era agradable; en

el paseo marítimo había mucha gente: grupos de adolescentes y familias. Gray miró dos veces al vislumbrar fugazmente una cabeza con el pelo oscuro y liso. La siguió mientras pasaba entre la multitud. ¿No era él, verdad? ¿Era Mark? La figura rodeó los coches de choque; luego se detuvo y compró un helado. A continuación empezó a andar hacia la parte más cercana a la feria; a medida que se iba aproximando miró hacia arriba y Gray, entre dientes, susurró:

—¡Por Dios!

—¿Qué? —preguntó Kirsty.

Mark llamó la atención de Gray, levantando el cucurucho de helado hacia él.

—*¡Por Dios!* —murmuró de nuevo Gray, levantando la mano para devolver el saludo.

—¿Qué? —Kirsty se puso de pie para ver lo que estaba mirando su hermano—. ¡Oh! —exclamó—. ¡Es Mark!

Kirsty lo saludó con la mano, Mark le devolvió el saludo y entonces Pam se sumó a ellos y también saludó. Gray cruzó los brazos sobre el pecho y lanzó un suspiro.

—Vente cuando acabes de cenar. —Oyó Gray que gritaba Mark—. ¡Te estaré esperando!

Kirsty se sonrojó cuando volvió a sentarse.

—No vas a ir, ¿verdad? —le preguntó Gray con incredulidad.

—¿Por qué no?

—¡Porque tú tienes quince años y él diecinueve! Mamá, papá, no vais a dejar que vaya, ¿verdad?

Pam y Tony se miraron y luego miraron a Gray.

—No veo ninguna razón para impedírselo —dijo Pam— . ¿Y tú? —preguntó, mirando de nuevo a Tony.

Tony negó con la cabeza.

—Mientras estés en casa a las diez, no.

Gray no disfrutó del resto de la cena. Miraba de reojo de vez en cuando, vigilando la coronilla con un brillo artificial de Mark. ¿Quién iba solo a una feria? ¿Quién daba vueltas durante una hora para esperar a que una adolescente acabara de cenar?

El solomillo estaba duro y correoso, las patatas fritas tenían demasiada grasa y el kétchup no era Heinz. Gray soltó el cuchillo y el tenedor a mitad del plato. Se dio cuenta de que Kirsty se comía las gambas rebozadas a toda prisa; hubo un momento en que engulló dos al mismo tiempo. Depositó ruidosamente el cuchillo y el tenedor a la vez en el plato, se tragó la Coca-Cola que le quedaba, aceptó el billete de cinco libras que su padre sacó de la cartera y se fue.

Gray se volvió para mirar y vio a su hermana pequeña: de repente, sus pies parecían más rectos y su forma de andar menos desgarbada mientras bajaba las escaleras para reunirse con Mark, que la estaba

esperando en la entrada. Mark la saludó con un breve abrazo y un beso en la mejilla. Luego posó una mano sobre su hombro y le sonrió un instante antes de agarrarla por el codo y conducirla con galantería entre la multitud.

Y entonces Gray pensó en el rímel y se dio cuenta de que todo aquello había sido planeado de antemano. En el jardín del asno. Trató de imaginarse la conversación. Vio a Mark sonriendo con complicidad y diciendo: «A las ocho. Invéntate una excusa para salir». Y a su estúpida hermana, a la que nunca habían besado, respondiendo: «¡Allí estaré!», como si fuera una escena de algún estúpido programa de Disney Channel.

Entonces, Gray se levantó y dijo a sus padres:

—Voy a dar una vuelta. Nos vemos en casa.

—¿No quieres postre? —le preguntó su madre.

—No. —Gray se frotó la barriga—. La verdad es que no me encuentro muy bien. Creo que la tarta de antes me sentó mal.

—Vaya. —Su madre puso cara de «Pobrecillo» y le acarició la mano —. Bueno, toma un poco el aire. Nos vemos luego.

Gray les sonrió a los dos y se alejó en dirección a la feria. Encontró un buen sitio en una pared, justo encima de la feria, se quitó las gafas de sol y se sentó para vigilar.

Quince

Lily se sienta en su cama, la cama que comparte con su marido. Un marido que no está. Un marido que en realidad no es un marido. Un marido que es un recortable de un marido, como una de esas figuras a tamaño natural de actores y actrices que hay en los cines para dar la impresión de que estás en presencia de una celebridad. La cama sigue oliendo a él, sigue oliendo a ellos, a la tersura de sus cuerpos cuando están juntos, a su calor y a su placer. Han pasado tres días desde que lo sintió por última vez. Tres noches desde que sus cuerpos se enredaron bajo las sábanas. El olor se desvanecerá pronto. Y luego las sábanas olerán a rancio y ella tendrá que lavarlas. Y después de que el olor se haya ido, todo lo que quede será falso, incluido este apartamento que fue diseñado para que pareciera caro, con sus falsos suelos de madera, sus finas paredes y sus muebles baratos para montar en casa, los pomos de las puertas, los enchufes sueltos y los grifos cromados que ya están perdiendo su brillo.

Mira los objetos que tiene en las manos, los que encontró en el cajón cerrado con llave después de que se fueran la agente de policía y el especialista en informática. Dos anillos de oro, uno de ellos con un diamante. Un llavero con tres llaves. Un grueso fajo de billetes: 890 libras. Así pues, ahora tiene dinero. Pero no respuestas.

Los anillos son muy pequeños. Puede que fueran de su madre. El llavero es una esfera de latón, pesada y agradable al tacto. Los billetes son de veinte y de cincuenta libras; están gastados, pero curiosamente apilados, como si fueran de un banco. De modo que esto es lo que le ocultaba. No mucho. Nada que cualquier otro hombre no hubiera guardado en un cajón cerrado con llave, por si acaso.

Suena el teléfono y Lily da un brinco. Será la agente de policía, con más noticias que harán que su mundo se tambalee. Para decirle, quizás, que en otros tiempos su marido fue una mujer. Que, en realidad, se llama Carla. ¡Ja! Sonríe con tristeza para sus adentros y descuelga el teléfono que hay junto a la cama.

—¿Eres Lily? —pregunta un hombre de voz suave, casi afeminada.

—Sí.

—Ah, hola, Lily. No hemos hablado antes. Soy Russ, un amigo de tu marido. De Carl.

Lily endereza la espalda y agarra el teléfono con más fuerza.

—¿Sí?

—Escucha, he intentado hablar con él durante los dos últimos días, pero parece que su teléfono está apagado. Le he llamado antes a la

oficina y me han dicho que no ha ido a trabajar desde el martes. Lamento haber llamado a su casa, pero me pregunto si podría hablar con él. —Se interrumpe y ella lo escucha lamerse los labios—. ¿Está ahí?

—No —responde Lily—. No está.

—Ah, vale. ¿A qué hora crees que volverá?

—No lo sé. Ha desaparecido.

Lily lo escucha hacer una pausa entre dos respiraciones.

—No ha vuelto a casa desde el martes por la noche. No lo he visto desde el martes por la mañana. La policía está al corriente.

Russ respira pesadamente.

—Vaya —dice—. *Desaparecido*. Esto… No sé qué decir. En fin… ¿Quieres decir literalmente que no lo has visto?

—Sí. Se fue el martes por la mañana. Me mandó un mensaje de texto el martes por la tarde al salir del trabajo. Y nunca llegó a casa. Y ahora es viernes por la noche. De modo que sí, lo digo literalmente.

—Joder. ¡Dios! Eso no es propio de él. A ver, es cierto que no lo veo desde hace un tiempo, pero por lo que he podido deducir, está loco por ti. Es feliz hasta decir basta, ya sabes.

—Era el hombre más feliz del mundo. —Lily hace una pausa y observa los anillos de boda y las llaves que están a su lado, encima del colchón—. Russ, ¿desde cuándo conoces a Carl?

—¡Uf, no lo sé! Hace años, supongo. Había trabajado con él en Blommers. Creo que ambos empezamos allí más o menos en la misma época, en 2010.

—¿Y dónde había trabajado antes?

—Bueno, no estoy del todo seguro. Me imagino que en el departamento financiero de otra empresa. Probablemente me lo diría, pero no lo recuerdo.

—¿Conoces a su familia?

—No, ¡qué va! Nunca he conocido a nadie que él conozca. Solo solíamos quedar para tomarnos un par de pintas, ya sabes; solo nosotros dos, cada vez que yo iba a la ciudad. Había intentado quedar con él para que vinierais a cenar a casa. Ya sabes, con un bebé es complicado. Pero me dio la sensación de que no le apetecía mucho pasar una velada con una niña pequeña que no para de llorar. —Se rio nerviosamente—. Seguí buscando el momento, pero, por una razón u otra, no lo he visto desde hace al menos un año.

—¿Dónde vives, Russ?

—En Putney.

—¿Dónde está Putney?

—Al sur de Londres. A orillas del río.

—Quiero ir a verte para hacerte algunas preguntas. Por favor.

—¡Oh, sí, por supuesto! Bueno, mañana estamos ocupados; hemos

quedado con los padres de Jo para comer.

—Podría ir temprano. No puedo dormir. Podría ir a cualquier hora.

—Supongo que sí. Bueno, en casa las mañanas son bastante movidas, con el bebé y todo eso…

—Media hora. Solo necesito media hora.

—De acuerdo. Se lo digo a Jo. Espera un momento… —El sonido se amortigua cuando él coloca la mano sobre el teléfono y ella lo escucha gritar: «Es la mujer de Carl… desaparecido… temprano… media hora». Y, acto seguido, una voz femenina que dice: «Aquí no. Podéis ir a Antonio's».

Él sigue hablando:

—De acuerdo, no hay problema. Hay una cafetería, una especie de tienda, justo en la esquina. Se llama Antonio's. Podemos quedar allí a las nueve. Dame tu número de teléfono y te mando la ubicación.

Ella le pasa su número y luego dice:

—Vale. ¿Qué aspecto tienes?

—Oh, soy un tipo corriente —dice él, como disculpándose—. Estatura media. Constitución normal. Pelo castaño. Gafas. ¿Y tú?

—Me parezco a Keira Knightley, aunque no tan delgada —dice.

—Ah —dice Russ—. Bueno, eso ayuda. Nos vemos mañana.

—Sí —responde Lily—. Nos vemos mañana.

Dieciséis

Frank abre las cortinas y es recibido una vez más por los gruñidos de la perra, la misma que anoche se tendió en su regazo como un oso amoroso. Frank le sonríe; la perra deja de gruñir y menea su cola roma. No tiene ni idea de qué hora es, pero el sol aún está bastante bajo y las luces de la parte trasera de la casa de Alice están apagadas. Abre la puerta y la perra entra y salta directamente sobre su cama.

—Buenos días, guapa —dice, rascándole debajo de la barbilla.

La perra se coloca boca arriba y le ofrece la barriga. Frank se sienta a su lado y piensa en la noche anterior mientras le rasca el vientre. No debe confundir su sensación de impotencia con lo que siente por Alice. Él es como un bebé recién nacido que se agarra a la primera persona que le muestra afecto. Pero, aun así, ella tiene algo, algo magnético. Siempre que están juntos se siente atraído por ella, como si el aire estuviera danzando a su alrededor. Y no es solo por el hecho de que tenga confianza en sí misma y sea físicamente atractiva. Es su resiliencia, su arte, su generosidad de espíritu lo que lo empuja hacia ella. Anoche, Alice le contó que uno de los perros, Hero, había sido abandonada por el anterior inquilino, y que Alice se la había quedado sin planteárselo. Y luego, cuando sus padres estaban demasiado enfermos para cuidar de Sadie, también se la había llevado con ella. Y ahora, aquí está él, en la angosta casa de Alice, otro más al que alojar, otra boca que alimentar. Y a ella no parece importarle en absoluto.

—¡Hero! —Oye gritar a una vocecita en el patio—. ¡Hero!

La perra salta de la cama y sale de la habitación. Es la pequeña, Romaine. Se detiene al verlo de pie en la entrada.

—Te has levantado temprano —dice él.

—Lo sé —contesta ella con un marcado acento de Yorkshire—. Mami me ha dicho que volviera a la cama y me durmiera, pero no he podido.

—Y, además, anoche estuviste levantada hasta tarde. Debes de estar cansada.

Ella se encoge de hombros y rodea con los brazos el enorme cuello de Hero.

—Yo no me canso.

—Vaya, eso sí que es una suerte.

Ella vuelve a encogerse de hombros y le da un beso en la cabeza a Hero.

—Bueno, ¿y ahora qué vas a hacer?

—Creo que volveré a intentar que mami se despierte.

Él se estremece ante la idea. Piensa en las ojeras de color azul verdoso de Alice, en la forma en que se coge el pelo con las manos y se lo aparta de la cara, como si intentara desperezarse. Es sábado. Es temprano.

—¿Qué te parece si te preparo yo el desayuno y luego vemos la tele?

—Vale —dice Romaine—. Para desayunar me como un *bagel* tostado. Con crema de cacahuete. ¿Sabes prepararlo?

Frank trata de imaginarse un *bagel*. Conoce la palabra, pero le cuesta localizar el objeto asociado a ella. Ve un perro de orejas sedosas. Pero no es eso. Es algo que se mete en una tostadora. Entonces debe de ser algo parecido al pan.

—Si me enseñas dónde está todo, estoy seguro de que puedo hacerlo.

—Vale.

Él la sigue hasta la estrecha cocina. El reloj del microondas marca las 5:58.

—Aquí —dice ella, levantando la tapa de una panera de madera y sacando una bolsa en forma de tubo de… sí, ¡*bagels*! Ahora lo recuerda—. Y la crema de cacahuete está aquí —añade, señalando una estantería alta.

—¿Lo quieres también con mantequilla?

Ella niega con la cabeza.

—Bien. —Él aplaude—. Perfecto.

Frank coge un plato de un estante de madera y busca un cuchillo. Romaine se sienta a la mesa y lo observa mientras intenta introducir el *bagel* en la tostadora.

—¡No! —Se echa a reír—. ¡Tienes que cortarlo por la mitad!

—Por supuesto —dice él—. ¡Qué tonto soy!

—¡Qué tonto eres!

Él corta el *bagel* por la mitad y mete los dos trozos en la tostadora.

—¿Por qué no recuerdas nada?

—No lo sé —responde Frank—. Tu mamá cree que he sufrido una conmoción. Una conmoción tan grande que me ha borrado todos los recuerdos que tenía dentro de la cabeza.

—¿Como una descarga eléctrica?

—No. Más bien una conmoción psicológica. Ya sabes, como una mala experiencia.

—Quieres decir como cuando mi padre me secuestró.

Frank se vuelve para mirar a Romaine.

—¿Tu padre hizo eso?

—Sí, pero luego vino la policía y todo se arregló.

—Vaya. Eso debió de ser bastante horrible. ¿Cuántos años tenías?

—Era pequeña. Tenía tres años. Pero se me quedó grabado en la memoria, porque aunque no soy capaz de recordar demasiadas cosas

de cuando tenía tres años, sí me acuerdo de todo eso.

—¿Aún sigues viendo a tu padre?

—La verdad es que no. Solo cuando viene a Inglaterra. Y ahora vive en Australia, así que no viene mucho. Pero no puedo ir a ningún sitio sola, por si vuelve a hacerlo. — De repente se inclina hacia delante en la silla y se queda mirando fijamente la tostadora—. ¡Ya está! —grita —. ¡No me gusta muy tostado!

—¿Cómo…?

—¡Esa palanca! ¡Ahí! ¡Rápido!

Él saca el *bagel*. Apenas ha cambiado de color.

—¿Así está bien? —Él se lo enseña.

—Sí. —La niña parece aliviada.

—Entonces, ¿por qué te secuestró tu padre? ¿Qué ocurrió?

—Fue porque mami se mudó aquí cuando yo era un bebé y él se enfadó porque vivía en Londres y quería verme más a menudo. Y mami dijo que no podía por… *cosas*. Entonces él se enfadó mucho, gritó, y una vez que me quedé con él en Londres me llevó a un sitio. Creo que era una especie de hotel o algo así. Y aunque fue muy amable conmigo y me compró montones de regalos y golosinas, yo sabía que eso no estaba bien y me asusté. Luego llegó la policía y fue horrible. Lo recuerdo todo. *Todo*.

Romaine se vuelve para mirar la mesa mientras él deja el *bagel* delante de ella.

Frank no sabe qué decir. Historias, piensa para sí mismo, la vida está llena de historias. Pero la única historia que realmente necesita conocer está enterrada en algún lugar tan profundo de su interior que le asusta pensar que nunca logrará recordarla.

—¡Oh! —Alice se sobresalta un poco al ver a Romaine sentada en el sofá, entre Hero y Frank. Han encendido la tele y están viendo *Octonautas*.

—Buenos días —dice Frank—. Hemos decidido dejar que durmieras un poco más.

Son casi las nueve y Alice no recuerda la última vez que durmió hasta tan tarde.

—¡Vaya! ¡Es genial! —exclama, inclinándose para acariciar a Griff —. Esto vale una noche de alquiler.

Alice mira a Romaine. Es una niña sociable: no como su hermana mayor, que siempre ha tratado a cualquiera que no esté directamente relacionado con ella con un terrible desdén. Pero, aun así, le resulta extraño ver a su hija tan cómoda con un desconocido. Y no solo con un hombre que es un «extraño», sino con un hombre que ni siquiera sabe quién es. De pronto, sintiéndose horriblemente culpable, Alice se acerca al sofá, tira de la cabeza de Romaine hacia ella y le da un beso

en la coronilla.
—¿Tienes hambre? —le pregunta.
—No —responde Romaine—. Frank me ha preparado un *bagel*, aunque intentó meterlo en la tostadora entero. ¡Ha sido muy gracioso!
—Es que Frank es tonto —dice Frank.
Kai aparece en el umbral de la puerta. Tiene los ojos hinchados por el sueño y parece un poco enfadado. Le lanza inmediatamente una mirada a su madre al ver a Frank en el sofá, una mirada que significa: «¿Qué coño está haciendo él aquí?».
Alice decide ignorar esa mirada y dice:
—Buenos días, guapetón. ¿Qué haces levantado tan temprano?
—He oído voces —dice Kai—. Una voz de hombre.
—Sí —responde Alice—. Frank volvió anoche. ¡Ha empezado a recordar cosas!
Es evidente que a Kai no podría importarle menos la pérdida de memoria de Frank. Se encorva y desaparece escaleras arriba.
—Lo siento —dice Frank—. Supongo que cuando eres adolescente resulta un poco raro encontrarte a un desconocido en tu casa.
—A decir verdad, Frank, están acostumbrados. Siempre hemos tenido a gente en casa. Y más extraña que tú.
—¿Te acuerdas de Barry? —dice Romaine.
—Por supuesto que sí.
—Se fue —explica Romaine—. Dejó todas sus cosas y a su perra. Le debía un montón de dinero a mamá y simplemente desapareció.
—Era un hombre horrible.
—Sí —coincide Romaine—. Era un hombre horrible. Pero siempre me compraba cómics. Y chocolate.
—Lo robaba en la tienda, Romaine. —Alice se vuelve hacia Frank—. Le dio una chocolatina robada a una cría, ¿te lo puedes creer?
—¡Dios! Bueno, espero no descubrir que soy un hombre horrible que roba chocolate y se lo da a niñas pequeñas.
—No —dice Romaine, acurrucándose más junto a Frank—. Está claro que tú no eres un hombre horrible. Eres un hombre amable.
Alice mira a su hija, la forma en que su cuerpecito presiona el robusto corpachón de Frank. En el pasado ya dejó que le hicieran daño a Romaine. Ha puesto en peligro la seguridad de todos sus hijos y ha estado a punto de pagarlo muy caro. Busca en su mente alguna sensación de alarma o de miedo cerval. Pero no encuentra nada salvo calidez.
—Estaba pensando que, después de lo que recordaste ayer, quizás debería llevarte a dar una vuelta por el pueblo. Para ver si recuerdas algo más.
—¿Puedo ir yo también? —pregunta Romaine.
—Tú también puedes ir —responde Alice—. Y también podríamos

comprarte algo de ropa nueva, Frank. Calzoncillos, tal vez.

Alice se da cuenta de que él se sonroja un poco cuando menciona los calzoncillos.

—No estoy diciendo que tus calzoncillos tengan nada de malo. Estoy segura de que son geniales. Pero siempre es bueno tener un par de repuesto.

—Pero no tengo dinero…

—Mira —dice ella—. Tu camisa es Muji, tus pantalones son Gap, tus zapatos Jones, tienes unos dientes fantásticos, un bonito acento y un corte de pelo perfecto. Voy a dar por hecho que, en algún momento, cuando te hayas recuperado, me devolverás el dinero.

—Pero ¿y si no me recupero? Tienes que pagar todo esto. —Él hace un gesto, señalando toda la habitación—. Y tienes tres hijos. No me perdonaría que te quedaras sin blanca.

—Deja que sea yo quien se preocupe por eso. Soy una mujer adulta y puedo cometer mis propios errores. Y si eso hace que te sientas mejor, podemos ir a tiendas de ropa usada. Menos para comprar los calzoncillos, claro.

—¡Qué asco! —exclama Romaine—. Calzoncillos usados. ¡Puaj!

Diecisiete

El hombre que dijo llamarse Russ es, en realidad, tal como se describió. Un hombre normal y corriente con un rostro amable y ningún sentido de la moda. Lo ve sobresaltarse cuando ella entra en la pequeña tienda de comestibles. Esta mañana se ha esmerado en cuidar su aspecto. Después de tres días sin darse una ducha, sin maquillarse y recogiéndose el pelo lacio en una cola de caballo, ha sentido la extraña compulsión de arreglarse para el amigo de Carl. Ha hecho el mismo esfuerzo que habría hecho en el caso de que Carl hubiera aceptado la invitación para ir a cenar a su casa. Se imagina lo que Carl podría haberle dicho a Russ sobre ella. Le habría dicho que su esposa era guapa. Que era alta y elegante. Que era el tipo más afortunado del mundo. No quería decepcionar a Russ.

—¿Lily? —dice él, levantándose.

—Sí.

Se dan la mano y Lily se sienta frente a él.

—Encantado de conocerte —dice él, pasándole la carta. Tiembla ligeramente.

—Sí, gracias —contesta ella.

—Solo me estoy tomando un café, pero pide lo que quieras. Preparan unos huevos con beicon muy ricos. Y la *focaccia* está recién hecha.

Ella echa un vistazo a la carta y se da cuenta de que está hambrienta. Hace días que no tiene apetito.

—Una tostada —le dice al dueño, que se ha acercado a su mesa. Se acuerda de sonreír y añade—: Por favor. Pan blanco. Con mantequilla. Y un capuchino. Y un zumo de naranja. Gracias.

—Entonces —dice Russ—, me imagino que aún no has sabido nada de Carl.

—No. Y no tendremos noticias de él. Estoy casi segura de ello.

—Entonces crees que…

—Creo que está muerto.

Russ palidece.

—Si siguiera con vida, aunque estuviera encerrado en un ataúd bajo el mar, aunque le hubieran amputado las extremidades, aunque se hubiera quedado mudo y ciego, encontraría la forma de volver a mi lado. Lo haría.

—Bueno, sí, pero puede que le lleve un tiempo…

Ella le lanza una mirada de advertencia. No es momento para bromas.

—Es una sensación; la noto en mis entrañas, en mi corazón. Está muerto. Y no solo está muerto, Russ, sino que nunca estuvo vivo.

Ahora Russ parece un poco asustado. Como el hombre del otro día en el tren, como si, de algún modo, temiera estar a punto de ser estafado.

Ella baja el tono de voz y dice:

—Escúchame, Russ. Cuando denuncié la desaparición de Carl, la policía se llevó su pasaporte. Lo introdujeron en su base de datos y me han dicho que él no existe. Que no existe ningún Carl Monrose. Que su pasaporte es falso. —Apoya las manos en la mesa y mira fijamente los pálidos ojos de Russ—. Dime, ¿cómo es posible?

—¿Falso?

—Sí. Se lo compró a unos falsificadores por internet. No hay ningún Carl. No existe.

—Pero… os casasteis. Bueno, seguro que había algún documento, de lo contrario no os hubieran concedido la licencia matrimonial.

Ella resiste la tentación de chasquear la lengua.

—Escucha —dice—. Si tienes un pasaporte, lo demás viene solo. Lo enseñas, alguien le echa un vistazo y listo. Además, fue en Kiev. ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

Él asiente y se queda mirando fijamente la espuma de su café.

—En fin, ¿puedes contarme qué sabes de él? De mi marido. Por favor.

—Bueno…

Russ se retira de la mesa y levanta la mirada hacia el escaparate de la tienda. El dueño le sirve la tostada a Lily, que la unta con mantequilla mientras él habla:

—Lo conocí en el trabajo, como ya sabes. Hace cinco años. Cuatro y medio. Más o menos. Nos destinaron al mismo equipo, no recuerdo exactamente en cuál. En fin… Siempre pensé que era un tío genial, ya sabes. Un poco reservado, pero tenía algo especial. De modo que hice lo posible por trabar amistad con él. De lo que me di cuenta desde el principio fue que con Carl debías dar dos pasos hacia delante y luego uno hacia atrás. Tenías que acercarte y después darle algo de espacio. De modo que si íbamos a tomar una copa, siempre dejaba pasar algunas semanas antes de volver a proponérselo. Y cuando salíamos, yo solía hablar de cosas banales: de fútbol, de chismorreos del trabajo… Si una conversación giraba en torno a lo personal, era yo quien acababa llevándola a un terreno neutral, para que él no pensara que me estaba entrometiendo. Así que, aunque parezca muy absurdo, apenas sabía nada sobre él.

Lily asiente. No le parece absurdo en absoluto.

—¿Y qué me dices de su familia? ¿Te habló alguna vez de ella?

Russ frunce el ceño.

—En realidad, no. A ver, sabía que *tenía* familia. Una madre. Una hermana. Creo que su padre había fallecido.

—Sí —dice Lily, aliviada al ver que esos datos coincidían con los que Carl le había dado—. ¿Recuerdas sus nombres? De la madre y de la hermana. O dónde viven.

—No, nunca me los dijo. Solo decía «mi madre, mi hermana». Entonces, ¿no las conoces?

—No. Regresamos de nuestra luna de miel hace apenas dos semanas. Carl me dijo que habría mucho tiempo para la familia, pero que este momento era nuestro. —Lily se encoge de hombros. Todo lo que le había parecido tan romántico en ese momento, tan especial, se reducía ahora a los síntomas de su subterfugio—. Sin embargo, sí hablé con su madre el día que nos casamos. Carl me llevó hasta el teléfono y me dijo: «Mi madre quiere saludarte». Fue una llamada corta. Duró un minuto, puede que menos. Parecía una mujer muy dulce. —Y muy insegura, ahora que lo recuerda, como si quisiera terminar la conversación, como si temiera decir algo inapropiado—. Ojalá recordara su nombre.

—Bueno, aunque lo recordaras —dice Russ—, es posible que su apellido no fuera Monrose, teniendo en cuenta que el apellido de Carl no lo es. Aun cuando pudieras recordar su nombre, dudo que sirviera de algo.

—Sí, es cierto, pero me parece raro no recordarlo. Esa mujer era mi suegra, tuve una conversación con ella, pero no recuerdo su nombre… Eso me hace sentir como si…, como si hubiera vivido un sueño, como si hubiera estado en trance desde que lo conocí.

—Bueno, sí, eso es lo que se dice de alguien que está enamorado. Es un estado químico, ¿no? Te nubla la mente.

—Supongo que sí. Pero ahora, sin él, sola, es como si mi mente se aclarara, y todo lo que me queda son preguntas, preguntas y más preguntas. Todas las preguntas que debería haber hecho cuando él estaba aquí.

—Bueno, darse cuenta de las cosas *a posteriori* está bien.

Lily sonríe con tristeza. No sabe qué significa *a posteriori*.

—Escucha, Russ. Dime una cosa, ¿todo esto te sorprende? Lo ocurrido con Carl.

—Bueno, sí, por supuesto que me sorprende. ¡Por Dios! Gente que desaparece, que tiene una identidad falsa, no es algo que pase precisamente todos los días. Pero, aun así, Carl era bastante inaccesible.

—¿Por qué querías ser su amigo, Russ? Con todo ese secretismo. ¿Por qué te tomaste la molestia?

Russ deja delicadamente la taza de café en el platito.

—Buena pregunta —dice—. Jo siempre me dice lo mismo: «¿Qué

ves en él?». A ella no le cae muy bien.

Russ se echa a reír. Lily se siente mortalmente ofendida y se le despierta una inmediata aversión por esa tal «Jo».

—Pero creo que entre nosotros existe esa clase de *respeto mutuo*. Aunque somos como la noche y el día, nos caemos bien. Todo se reduce a eso. —Se inclina hacia Lily, que ve como el lenguaje corporal de Russ se relaja cuando este aborda el meollo del asunto—. A mí me gustaría ser más como él, y a él, creo, le gustaría parecerse a mí. —Vuelve a inclinarse hacia atrás, satisfecho con su resumen.

Lily es incapaz de imaginarse en qué querría parecerse Carl a este hombre inocuo, pero finge una sonrisa y dice:

—Sí, entiendo.

—Creo que él quería lo que yo tenía en términos de una relación estable, un hogar, una sólida vida familiar. Y a mí me habría gustado tener algo de su libertad, de su encanto y de su físico.

Se ríe de nuevo.

—¿Dónde vivía? —pregunta Lily, cambiando de tema— . Antes de conocerme.

—No tengo ni idea. —Russ sonríe y niega con la cabeza, como si de repente se hubiera quedado perplejo—. En el sur no, eso sí lo sé. Al final de nuestras salidas a menudo yo me ofrecía a compartir un taxi y él siempre decía: «Voy en dirección contraria». Pero nunca le pregunté exactamente hacia dónde iba. —Se interrumpe y se rasca la cabeza—. Sí, pensándolo bien, ahora resulta gracioso darme cuenta de todo el tiempo que pasé con él y de lo poco que, sin embargo, sabía sobre su vida.

—¿Tuvo novias? Antes de mí.

—Sí, bueno, aunque nada serio. Solo… —Él la mira con incertidumbre—. No es fácil decirlo, pero yo creo que era un ligón. En fin, al menos esa es la impresión que me producía. Utilizaba a las mujeres para tener sexo. Nada de nombres, solo «esa chica a la que conocí el viernes» o «esa chica a la que me tiré el sábado». Iba de flor en flor. Casi parecía… *¿desdeñoso?* Como si se hubieran prostituido estando con él. Podía ser bastante cruel con las mujeres. A menudo se me ocurría que quizás le habían hecho daño en el pasado y que por eso era tan duro con ellas. —Golpea el borde de la mesa con las yemas de los dedos, con un aspecto repentinamente abatido—. Pero entonces apareciste tú. —Su rostro se ilumina—. Y era otra cosa. Totalmente distinta. Él te adoraba. Creo que pensaba que tú ibas a cambiarlo todo. Y ahora…

—Ahora está muerto —dice ella, terminando la frase.

—Bueno, yo no creo que esté muerto. Pero tiene problemas. Una identidad falsa. Debe de haber hecho algo malo. O puede que alguien se lo haya hecho a él. Nadie cambia de identidad a menos que se vea

obligado a hacerlo. A menos que esté desesperado. Me gustaría ayudarte, si puedo.

—Sí, por favor —dice ella—. Por favor. No conozco a nadie en este país. Esa agente de policía me odia. Y nadie quiere ayudarme. A nadie parece importarle todo esto. — Acaba llorando y, con rabia, coge la servilleta de papel que le ofrece Russ y se seca con fuerza las lágrimas antes de que alguien más las vea—. Lo siento.

—No, no lo sientas, por favor. Escucha, hablaré con Jo cuando vuelva a casa y veremos lo que se puede hacer. Podríamos… —Se interrumpe, cambiando de opinión y decidido a no compartir su idea —. Bueno, hablaré con ella. Haremos todo lo que podamos. Debes de estar viviendo un infierno.

—Sí —admite Lily, asintiendo enérgicamente—. Sí, es un infierno. Ahí es donde estoy. Ahí es exactamente donde estoy.

Dieciocho

Forman una unidad familiar realmente encantadora: Alice, Frank y Romaine. Alice, que no tiene la más mínima experiencia en ser parte de una familia convencional, se siente como un fraude. Quiere decirle a la gente que él no es su marido, que Romaine no es la hija de Frank, que ella no es así de normal, que no es tan buena tomando decisiones en la vida.

La soleada mañana ha sacado a la calle a la mitad del pueblo, que está bastante animado. Hay un mercado de productos franceses en la plaza en el que se detienen para comprar cruasanes recién horneados y unos cafés con leche muy cargados. Alice se siente extrañamente orgullosa de su pequeño pueblo encantador y luego experimenta un destello de felicidad ante la idea de que ahora piensa en este sitio como *su pequeño pueblo*. Aquí se ha sentido como una extraña durante mucho tiempo.

—¿Sabes?, aquí se han rodado muchas películas —dice Alice, deseando prolongar esa fugaz sensación de pertenencia—. En una ocasión lo cerraron todo durante dos días para rodar *Piratas del Caribe*. En serio. No pudimos entrar o salir de casa durante cuarenta y ocho horas. Y ni siquiera pudimos ver de reojo a Johnny Depp.

Alice mira a Frank y es consciente de que no tiene ni idea de lo que es *Piratas del Caribe* ni de quién es Johnny Depp, y recuerda que él es básicamente un extraño. Están frente al Ridinghouse Grand. Es un cine pequeño, nada majestuoso, construido con ladrillos y en el que solo se proyecta una película. Ella se da cuenta de que Frank observa el cine atentamente.

—¿Estás recordando algo? —le pregunta.

Él asiente a medias, y también sacude a medias la cabeza.

—No estoy seguro. Puede que sí. Es… —Se sujeta la cabeza por las sienes y se da la vuelta bruscamente—. Veo otra vez a esa joven —dice—. La del pelo castaño. La vi entrando aquí. —Señala las pesadas puertas de cristal. Mueve una mano de la cabeza hasta el pecho y se aprieta con fuerza el corazón—. Me encuentro… —dice—. No lo sé. Me encuentro mal. Me encuentro…

Está sudado, con la piel cetrina. Alice lo lleva hasta un banco y se sienta a su lado. Le aparta el café con leche y lo deja junto a ella. Luego le coge la mano y le ofrece la bolsa de papel marrón en la que estaba su cruasán. Él golpea la bolsa con la mano.

—Quédate conmigo, Frank —dice ella—. Quédate conmigo. No queremos que pases otra noche en la playa. Respira. Respira.

Él le aprieta la mano y ella nota que su respiración se ralentiza.

—Eso es —dice ella—. Estoy aquí. Todo va bien.

Romaine se para y mira con curiosidad.

—¿Vas a vomitar?

Él niega con la cabeza y fuerza una sonrisa.

—Si quieres, puedes vomitar en esa papelera.

—No, gracias. —Le tiembla la voz—. Creo que no será necesario.

Se sientan un rato y esperan a que Frank se recupere de su ataque de pánico. Porque está claro que se trata de eso. En otros tiempos Alice tuvo unos cuantos y reconoce los síntomas.

—¿Estás bien? —le pregunta Alice unos minutos más tarde.

—Estoy bien. —Él sonríe. Ella le tiende su café y él se levanta—. Bueno, sigamos andando.

—¿Estás seguro? Podemos volver después si ahora no te sientes con ánimos.

—No. Esto ya está durando demasiado. Todo está aquí: puedo sentirlo. Está aquí y quiero resolverlo. Quiero saber. Sigamos andando.

—De acuerdo —dice ella—. Adelante.

Alice lo observa mientras pasan de nuevo por delante del cine. Frank se queda mirando fijamente las puertas de entrada. Le parece que está aterrorizado. Tiene una expresión de angustia. ¿Qué le ocurrió a Frank en este pueblo? ¿Y qué papel jugó él en todo ello?

Diecinueve

1993

Kirsty y Mark se lo estaban pasando en grande. Fiel al tópico de feria número 1, Mark había ganado para Kirsty un enorme y horrible muñeco de peluche que ella apretaba contra su pecho. También compraron algodón de azúcar: tópico de feria número 2. Y él golpeó el martillo de fuerza, que hizo ding-dong: tópico de feria número 3. Y ahora, sí, justo lo que cabía esperar, cuando Gray ya empezaba a pensar que no ocurriría, acababan de salir del Túnel del Amor con los labios pegados. *Póquer*.

Gray apenas podía soportarlo.

Eran las nueve y media. El cielo era de color añil, con algunas insistentes vetas lilas. Su hermana estaba besando a un hombre. Gray dudaba entre volver a casa y contar a sus padres lo que estaba pasando y quedarse allí por si ocurría algo malo. ¿Y a qué se refería con *malo*?, se preguntó. No era capaz de traducir en palabras lo que sentía, pero estaba ahí, como un nudo en la garganta. No se trataba tan solo de que no pudiera asumir el hecho de que su hermana se enamorara, de su hermana teniendo relaciones sexuales, de su hermana haciéndose mayor. Era más que eso. Más oscuro que eso. Se trataba de *él*. De Mark. Había algo en él, algo oscuro y cruel. Tenía un rostro con demasiadas aristas. Demasiados pensamientos tras cada gesto, cada palabra, cada acto. Incluso el color de su pelo era demasiado uniforme, pensó Gray, como si pudiera tirar de él y todo el rostro de Mark quedara al descubierto para revelar su verdadera identidad, como un villano de *Scooby Doo*.

Los vio bajarse del coche del Túnel del Amor y alejarse cogidos de la mano. Mark llevaba el horrible muñeco de peluche bajo el brazo. ¿Qué harían ahora?, se preguntaba Gray. Ya habían recorrido toda la feria. Kirsty era demasiado joven para llevarla a un *pub*. Estaba oscuro. Iban paseando hacia la salida; Mark echó la cabeza hacia atrás para reírse ruidosamente de algo que Kirsty había dicho. Gray era incapaz de imaginarse de qué. Y entonces vio con una creciente sensación de inquietud que Mark se alejaba con Kirsty en dirección a la playa. Se bajó de la repisa donde se había sentado y los siguió. Allí apenas brillaban las luces del pueblo y la música de la feria era un murmullo distante y ligeramente fantasmal. La única luz era la de una luna lechosa. Gray aguardó entre las sombras, tratando de escuchar lo que decían, pero los golpes y el chisporroteo de la marea contra la arena amortiguaba sus voces. Al final se detuvieron, con la luna colgada exactamente entre los dos, y Gray observó con horror que

volvían a quedarse uno frente al otro y empezaban a besarse, primero con ternura y luego con más pasión. Volvió un poco la cabeza para no mirar, aunque tampoco quería dejar de hacerlo por si se perdía el momento en que Mark le hiciera algo malo a su hermana.

Sin embargo, unos minutos después Mark se apartó de Kirsty, sostuvo el rostro de su hermana entre las manos, le dio un beso en la punta de la nariz y ambos se volvieron.

—Vámonos. —Le escuchó decir a Gray—. Se está haciendo tarde. Debería llevarte a casa.

Gray llegó a casa diez minutos antes que Kirsty, jadeando ligeramente después de haber hecho todo el trayecto corriendo.

—¿Dónde has estado? —le preguntó su madre, levantando la vista de una voluminosa novela de segunda mano de páginas amarillentas.

—En ningún sitio —respondió él—. Solo he dado un paseo.

—La cena ha estado bien, ¿verdad?

—Estaba buena, sí.

—Y ha sido curioso tropezarse con Mark, con toda la gente que había.

—No ha sido ninguna coincidencia, mamá.

—¿Qué quieres decir? Por supuesto que lo ha sido.

Gray puso los ojos en blanco ante la ingenuidad de su madre.

—¿No te importa?

—¿Importarme qué?

—Que Kirsty se haya ido con él, que es mucho mayor que ella.

—¡Oh, vamos! Solo tiene diecinueve años. Cuando yo tenía la edad de Kirsty tuve un novio de veinte años.

—Ya, pero no lo conocemos.

—¡Hemos estado en su casa, Graham! ¡Hemos conocido a su tía! Eso es más de lo que muchos padres saben cuando su hija empieza una relación.

¿Una relación?

Su madre consultó el reloj de pulsera, y mientras lo hacía se escucharon risas en la calle, frente a la puerta, y el ruido del buzón al abrirse y cerrarse. El padre de Gray fue hacia la puerta principal y allí estaban Kirsty, Mark y el horrendo oso.

—¡Pasad, pasad! —dijo Tony.

Mark echó un vistazo a la casa con curiosidad.

—¿No le importa? —preguntó—. He pasado muchas veces por delante de estas casitas pero nunca he entrado en ninguna.

—¡Por supuesto que no! —Tony acabó de abrir la puerta y le hizo un gesto a Mark para que pasara—. Por favor.

—¡Vaya! —exclamó Mark—. ¡Es como una casa de muñecas! ¡Qué pequeña!

—Bueno, construyeron estas casas para gente bajita —explicó Tony

—. Ya sabes, en el siglo dieciséis, cuando construyeron este lugar, ¡todos habríamos sido gigantes!

Mark agachó la cabeza para pasar de una habitación a otra. Gray lo miró con curiosidad. Luego se volvió y miró a Kirsty. Tenía el rostro sonrosado y contraído en lo que parecía una expresión avergonzada.

—¿Y qué hay arriba? —preguntó Mark, mirando a través de la escalera.

—Los dormitorios —respondió Tony—. ¿Quieres verlos?

Mark se volvió y sonrió.

—No —dijo—. Me hago una idea.

—¿Quieres tomar algo? ¿Una cerveza?

—No. —Mark consultó su reloj—. Gracias, pero será mejor que me vaya. Le prometí a Kitty que recogería la cocina después de la cena. ¡Ni siquiera le dije que iba a salir! —Se echó a reír, un áspero gruñido que, de algún modo, parecía no tener nada que ver con él—. Pero tal vez nos veamos mañana en la playa. El pronóstico parece bueno.

—Mañana no creo —dijo Tony—. Estábamos pensando en hacer una excursión de un día entero.

La expresión de Mark se oscureció por un segundo y una sombra de disgusto le cruzó la mirada. Pero acto seguido se repuso y dijo:

—¡Ah, fantástico! ¿Y adónde van?

—Aún no estamos seguros. Puede que a la bahía de Robin Hood. Quizás a visitar un castillo. A ver qué tal.

Mark se encogió de hombros y lanzó un suspiro.

—Ah, bueno. Tal vez otro día, entonces.

—Sí —repuso Tony—. Es más que probable. ¿Llegarás bien hasta allí? —Señaló la mansión que había en el camino de la costa—. Puedo llevarte en coche.

—Tony —dijo Pam—. Quizás no deberías. Te has tomado un par de cervezas.

—¡Vamos, no seas tonta! Me he tomado dos medias pintas hace dos horas.

—En serio, puedo ir andando. Lo he hecho millones de veces. Con buen y mal tiempo y a cualquier hora. Pero gracias, son ustedes muy amables.

Mark se fue un momento después con un despliegue de buenos modales y besos en la mejilla, dejándolos una vez más inquietos y estupefactos tras despedirse.

—Bueno, ¿de qué hablasteis toda la noche? Tú y *Mark* —le preguntó Gray a su hermana a la mañana siguiente frente a un cuenco de Frosties.

—¿Por qué pronuncias su nombre como si fuera inventado?

Gray se encogió de hombros.

—No lo sé. Simplemente da la sensación de que todo él es inventado. Como si estuviera actuando a partir de un guion.

Kirsty miró a su hermano frunciendo el ceño.

—¿De qué demonios estás hablando, pirado?

—Da igual —respondió él, consciente de que no sería capaz de explicarlo—. Pero ¿de qué hablasteis?

—De nada importante —contestó ella—. De la escuela, de la familia y de cosas así.

—¿Aún sigue gustándote?

Ella se ruborizó y se quedó mirando fijamente su cuenco de cereales.

—Tal vez. Es agradable.

—Ya sabes que no tienes por qué volver a verlo. Si te lo pide, puedes decirle que no.

—Sí, bueno, seguramente no lo hará.

—¿Qué pasó? —le preguntó él. Sentía curiosidad por saber si le mentiría—. Ya sabes, ¿hubo besos o algo así?

—¿Y a ti qué te importa? —le espetó ella.

—Soy tu hermano —respondió él, con más brusquedad de la que pretendía.

—*Soy tu hermano* —lo imitó ella burlonamente, con voz profunda y moviendo los hombros hacia delante. Se echó a reír.

—Vale, muy bien. Lo único que quiero es que no cometas ninguna estupidez.

Ella puso los ojos en blanco y se levantó.

—Estás celoso porque yo he besado a alguien y tú no —dijo.

Fue un dardo lanzado sin mala intención. Ella no pretendía herirlo, pero lo hizo. Gray no tenía ni idea de por qué aún no había besado a nadie, teniendo en cuenta la gran cantidad de tiempo que pasaba con chicas. Había tenido muchos de esos momentos de Hollywood, cuando parecían estar a punto de besarse, pero al final ella se daba la vuelta o entraba alguien o él se ponía nervioso y acababa contando un chiste. Y había chicas a las que les gustaba, él lo sabía. La gente se lo decía. Pero siempre se trataba de chicas que a él no le gustaban. Chicas tristes y de mejillas flácidas que lo miraban desesperadamente a los ojos desde el otro extremo del comedor del instituto.

Había abrazado a algunas chicas y las había sentado en su regazo. Se había cogido de la mano con algunas y las había besado en la mejilla. Se había divertido con chicas, había chismorreado con ellas y las había montado en la parte trasera de su bicicleta. Pero, por algún motivo, no podía cruzar la línea hacia la intimidad física. Se preguntaría si no sería gay si no fuera porque sabía con certeza que no lo era.

—Vete a la mierda —le dijo a su hermana, que ya se iba—. Qué sabrás tú.

Ella lo ignoró y desapareció.

Mark estaba sentado frente a la cabaña del Conejo cuando regresaron de la visita a la mansión Sledmere, tras un viaje de seis horas. Se había situado de lado en el malecón, de cara al sol de la tarde. Llevaba una impoluta camisa blanca, unos vaqueros desteñidos y sostenía un ramo de rosas.

Gray se dio cuenta de que Kirsty se puso ligeramente rígida al verlo.

—Justo a tiempo —dijo Mark, acercándose a ellos—. Acabo de llegar.

—Bueno —dijo Tony—. Eso es tener suerte.

—Toma. —Mark le tendió las rosas a Kirsty—. Para tu habitación. Para alegrarla un poco.

—Oh —dijo ella tímidamente—. Gracias.

Se hizo un silencio incómodo, esa clase de pausa en la conversación que hay que llenar con una invitación a entrar. Pero nadie la hizo.

—¿Han pasado un buen día? —preguntó Mark.

—Genial —dijo Tony—. Hemos visitado la mansión Sledmere un centenar de veces, pero siempre es una buena excursión.

—Nunca he estado allí —dijo Mark. Su tono de voz sugería que no era el sueño de su vida.

—¿Y tú que has hecho? —le preguntó Pam—. ¿Has ido a la playa?

Mark negó con la cabeza.

—No. Hoy no.

Su habitual encanto innato parecía haberlo abandonado. El lenguaje corporal de Kirsty delataba incomodidad y él se dio cuenta.

Gray se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta de la cabaña del Conejo. Tuvo la poderosa sensación de que, por alguna razón desconocida, su hermana quería ser rescatada de aquella situación y que debía ser él quien lo hiciera.

—Las llaves, papá —le dijo a su padre.

Tony le dio las llaves y sonrió a Mark.

—Bueno, quizás volvamos a vernos en la playa.

Mark miró a Kirsty alejándose de él con su ramo de rosas.

—Me preguntaba… —dijo—. Kirsty, ¿te apetecería ir al cine conmigo? ¿Esta noche?

Kirsty miró a sus padres con expresión suplicante. Pero su madre no la captó y dijo:

—Bueno, no veo por qué no. No hemos planeado nada para esta noche.

—Genial —dijo Mark. Toda su incertidumbre se había esfumado y había recuperado su habitual armadura de confianza—. Te recogeré a las siete. ¿Te parece bien?

—Sí, claro —dijo Kirsty, mirando al suelo—. Nos vemos luego.

Veinte

Lily desliza los dos anillos a través del mostrador hacia el joyero.

—Por favor, ¿podría decirme cuál es el valor de estos anillos?

El joyero la mira con curiosidad. Cree que los ha robado, probablemente de la mesilla de noche de un hombre casado con el que se ha acostado. Ella fuerza una leve sonrisa y dice:

—Gracias.

El joyero coloca los anillos en una bandeja de terciopelo negro y se acerca una pequeña lupa al ojo.

—Bueno —dice, unos momentos después—. Ambos son de oro de dieciocho quilates, y se compraron como un conjunto; la piedra es un diamante de alrededor de un quilate. La alianza tendrá un valor de unas ochocientas libras. Y el anillo de compromiso entre dos y tres mil. ¿Quiere venderlos?

—¡No! —exclama ella, bruscamente—. No. Son de la madre de mi marido. ¡Son un recuerdo de familia!

El hombre la mira fijamente durante un momento.

—Lo dudo —dice—. Estos anillos fueron contrastados en 2006.

Ella asiente, como si este hecho no la sorprendiera en absoluto.

—Lo sé —dice, ajustándose el bolso—. Gracias. —Mete los anillos en la cartera y la cierra—. Ha sido de gran ayuda.

En la calle principal, frente a la joyería, Lily aprieta el bolso contra su pecho. Había llevado los anillos a valorar porque sospechaba que no pertenecían a la madre de Carl. El diseño era demasiado moderno. Aunque esperaba estar equivocada, ahora sabe que su instinto no la engañaba. Y después de la conversación de esta mañana con Russ le ha quedado claro que no tiene ni idea de dónde estuvo Carl entre el día que nació, el 4 de junio de 1975, y 2010, cuando empezó a trabajar en el departamento financiero de una empresa. Treinta y cinco años en blanco. ¿Podría haber tenido una esposa? ¿Familia, incluso? Russ le había dicho que Carl utilizaba a las mujeres para tener relaciones sexuales. Y que ella, Lily, había sido la primera mujer con la que había querido comprometerse. Pero Russ solo lo conocía desde hacía cinco años. Carl había llegado a él, como había llegado a ella, como una página en blanco. Quizás antes de eso había sido otra persona, con rasgos distintos. Quizás una mujer le había hecho daño, la propietaria de los anillos.

Se queda mirando fijamente la mano izquierda, con los anillos en el dedo anular. Una fina alianza de oro blanco, a juego con un anillo de diminutos diamantes de talla *baguette*. Recuerda haber sentido una

punzada de decepción cuando abrió la caja de imitación de ante. Ella esperaba un único diamante, la clase de diamante que se prende a la ropa y brilla bajo una luz halógena, la clase de diamante que parece contener en él todas las constelaciones del universo. Pero disimuló su decepción y dijo: «Es muy bonito», mientras se preguntaba en silencio cuánto le habría costado.

A ella le habría gustado un anillo como este, como el que lleva en el bolso. El que puede que su marido comprara para otra mujer.

Respira profundamente y camina, alejándose de las tiendas, de vuelta al silencio y la calma del apartamento vacío.

Hay unas cuantas cartas en el felpudo. Las recoge y las añade a otras que han llegado desde que Carl desapareció, hace cuatro días. Está cansada. No, más que cansada. Va directamente al dormitorio. Las llaves siguen ahí, junto a la cama. Las recoge, hace rodar el llavero de latón por la palma de su mano y examina las muescas y las puntas de las llaves. Una de ellas tiene la cabeza de plástico y una extraña pluma de doble cara con un complicado diseño de hendiduras. Al lado de la estación hay una cerrajería. Puede que la lleve allí; mañana, si está abierto, o el lunes. Puede que el dueño sepa decirle algo que la ayude. Porque, ahora, Lily está casi completamente segura de que estas llaves son las que abren la puerta de la casa donde Carl vivía con la esposa que llevaba los anillos que guarda en el bolso.

Se sienta en el borde de la cama y se quita los zapatos de tacón alto que se ha puesto hoy para tener buen aspecto ante el único amigo de Carl. Se aparta el pelo de la cara para recogérselo en una cola y mira a través de la ventana las copas de los árboles, recortadas sobre el fondo de un cielo blanquecino.

Es sábado. Intenta recordar lo que estaba haciendo hace una semana. De repente se acuerda: comieron en un *pub*, en el campo. Era un local elegante, con las paredes pintadas en tonos grises, la carta escrita en pizarras, periódicos colgados de postes y botes de madera con los cubiertos en las mesas. Carl pidió una hamburguesa y ella se comió una ensalada oriental de gambas con fideos. Carl se tomó una pinta de sidra y ella una copa de *prosecco*. ¿De qué habían hablado? No es capaz de acordarse. De trabajo, supone: Carl hablaba mucho del trabajo. De la familia de Lily. A Carl siempre le gustaba enterarse de las últimas noticias sobre su familia. Del apartamento. Habían planeado redecorarlo, pintar de colores las paredes blancas, suavizar la iluminación y cambiar las persianas. «Ponle nuestro sello», le había dicho Carl. En realidad, Lily no le encontraba sentido a gastar más dinero en el apartamento cuando ya era perfecto, pero le gustaba ver como la expresión de Carl se volvía más dulce mientras hablaba de ello, le gustaba verlo tan animado. Habían hablado de la comida, por supuesto. Carl estaba obsesionado con la comida. En este país había

mucha gente que parecía estar obsesionada con la comida. En la televisión, noche y día, había programas sobre comida, y las tiendas estaban repletas de comida que había recorrido miles de kilómetros para llegar hasta allí. Y allí, incluso en el campo, rodeados de pastos, de vacas y de ovejas, en un *pub*, un sitio para tomar algo, tenían *sashimi* de atún.

Así pues, habían hablado tranquilamente. Se habían reído. Habían juntado los pies. Entre plato y plato se habían cogido de la mano sobre la mesa. Una pareja normal de recién casados. Después, Carl había conducido hasta casa y se había detenido por el camino para recoger unas camisas en la tintorería. Luego, una película, un poco de vino y sexo. A la mañana siguiente, cuando se despertó, ella vio que Carl le sonreía. Y, como solía hacer casi todas las mañanas, ella le preguntó: «¿Por qué sonríes?». Y él recorrió el perfil de su rostro con las yemas de los dedos y le dijo: «Por ti». Y entonces se besaron y volvieron a hacer el amor. Así era su vida. Un nido de amor compacto, casi sofocante. En alguna ocasión, Lily había pensado que quizás estaría bien ir a algún local nocturno o quedar con amigos para cenar. Pero, como Carl solía decir a menudo, estaban «aún de luna de miel». Habría mucho tiempo para estar con otra gente y diluir la intensidad de su pasión. A Lily no le importaba esperar.

Sin embargo, ahora siente todo el peso de su aislamiento. Se cubre la cabeza con el edredón para estar a oscuras, sin aire, y acurrucarse hecha un ovillo.

Veintiuno

Tres horas después, Alice, Frank y Romaine vuelven a casa con una bolsa llena de ropa más que decente de la tienda de la Cruz Roja, un paquete con tres calzoncillos y varios calcetines nuevos del M&Co que hay en la calle principal. Ya ha pasado la hora de comer, y como todos están muertos de hambre, Alice ha comprado una tonelada de pescado con patatas fritas en la esquina. Lo sirven en la cocina, en platos de porcelana.

—Normalmente suelo cocinar —dice Alice mientras Kai echa la mitad de un bote de kétchup en sus patatas y se lleva tres a la boca—. Lo que pasa es que en este momento todo es un poco… confuso.

—Lo siento —dice él.

—¡No! ¡No tienes por qué disculparte! Lo que pasa es que… no soy la persona más gregaria del mundo y mi vida descarrila en seguida. Solo soy un huésped inesperado lejos del caos existencial.

—Saldré a comprar por ti —dice él, en vano.

—Aquí tienen la costumbre de cobrarte las cosas.

—Lo sé. Solo pensé que…

Ella le aprieta la mano y sonríe.

—Sé lo que querías decir y es muy amable por tu parte, pero puedo mandar a uno de ellos. —Señala a Kai y a Jasmine. Ambos la miran, poniendo los ojos en blanco—. ¿Y sabes qué? Pues para demostrarte que no soy carne de *Benefits Britain*,* como seguramente crees que soy, esta noche prepararé una encantadora cena para todos. Pasta o algo así.

Él asiente. Aunque la oferta de Alice es genuina y cálida, él todavía se siente culpable.

—En cuanto haya averiguado quién soy, os llevaré a todos al…

Busca la palabra. Empieza por R. Evoca imágenes del glamur de la década de 1920. No da con ella. Lanza un suspiro.

Alice lo mira y se ríe entre dientes.

—Suena genial. Pero no tienes que hacer nada, en serio. Acepta la hospitalidad y ya está. Así es como hacemos las cosas *en el norte*.

Alice adopta un acento del norte, y sus hijos, todos con acentos del norte, chasquean la lengua.

—Bueno, te pagaré la ropa y el alquiler.

—Eso sí puedes hacerlo —dice ella, que le sonríe por encima de la cabeza de Romaine. Es una sonrisa fatigada y desdibujada, aunque aún conserva una especie de excitante glamur. Como un hotel antiguo. Como… *el Ritz*.

Él sonríe para sí mismo por haber recordado satisfactoriamente el nombre y lo añade a su colección: una moneda sin ningún valor desenterrada en una playa.

Derry está en la entrada. Tiene a Daniel cogido de la mano y su expresión es muy grave.

—¿Qué está pasando? —pregunta—. Jules dice que esta mañana te ha visto en la ciudad yendo de compras con ese tipo.

Alice se aprieta el corazón y le lanza una mirada de fingido horror a Derry.

—¡Qué escándalo! —dice.

Derry hace una mueca.

—Vamos, Al, una cosa es darle cobijo y otra gastarte tu maldito dinero en él.

—¡Por Dios, Derry! Me he gastado veinte libras en la tienda de la Cruz Roja.

Eso no era del todo cierto, porque la suma se acercaba más a cuarenta libras si se contaban los calzoncillos y los calcetines.

—¿Está aquí?

Alice lanza un suspiro.

—Que yo sepa, sí. Está en el cobertizo, echándose una siesta.

Derry se retuerce, frustrada. Este es el inconveniente de permitir que una amiga maneje tu vida.

Alice mantiene la puerta abierta y dice:

—Vamos, acabemos con esto de una vez. Y solo para que conste —añade en voz baja, siguiendo a su amiga hasta la cocina—: Griff le adora, y Romaine también. Y los niños y los perros *detectan a la gente*.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿Yo?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Es agradable —responde Alice, circunspecta—. ¿Qué quieres que te diga?

Daniel se reúne con Romaine en el patio trasero y Derry empieza a ordenar la cocina de Alice inmediatamente. Ni siquiera sabe qué está haciendo.

—Agradable —murmura—. Bien. Espero poder sacar mis propias conclusiones. —Tira al cubo de basura, arrugada, una de las bolsas de patatas fritas, se lava las manos y luego se las seca. Mirando a través de la ventana de la puerta trasera que da al patio, dice—: Está despierto.

—¿Despierto?

—Sí. Tu hombre. Está jugando con los críos.

Alice se acerca a la puerta y se queda al lado de Derry. Romaine y Daniel han convencido a Frank para que participe en un juego

protagonizado por dos muñecos, un perro hecho jirones y un Transformer. Está en cuclillas, siguiendo las instrucciones atentamente.

—Fíjate —dice Alice—. Es un buen hombre.

—Tal vez —dice Derry, colgando el paño de cocina de su amiga y encendiendo la tetera—. Pero es una incógnita. Y, teniendo en cuenta tu historial, creo sinceramente que deberías llamar a la policía.

Alice se frota la punta de los codos. Tiene tanta necesidad de hablar como de no alimentar la paranoia de Derry.

—Lo sugerí cuando llegó —dice—. Y se puso pálido. Se quedó petrificado.

Alice se encoge de hombros.

—Bueno —responde Derry—. Eso no resulta especialmente tranquilizador.

—Y hay más cosas. Ha empezado a recordar. Recuerda haber visto a un hombre saltar al mar y ahogarse. Y recuerda a una adolescente en el tiovivo de la feria.

—¿Lo has buscado en Google?

—¿Buscar qué?

—Hombres saltando al mar y ahogándose.

—¿Cómo? No, por supuesto que no. Ni siquiera sé cuándo ocurrió.

Derry lanza un suspiro.

—¿Dónde tienes el ordenador portátil?

—En mi habitación.

—Ve a buscarlo.

Alice hace lo que le dice Derry. Jasmine está sentada frente a su escritorio y se da la vuelta cuando ella entra.

—Lo siento, cariño, pero necesito el ordenador portátil.

—¿Cuándo se va? —le pregunta, cerrando el navegador y suspendiendo la sesión.

—¿Frank?

—Como se llame. Sí.

—No lo sé. Pronto. Cuando recuerde.

—¿Y si no recuerda?

—Lo hará, cariño. Lo dicen en internet. Es algo temporal.

Jasmine se pone de pie, se ajusta las gafas de montura negra y se encoge de hombros.

—A Griff le gusta —le dice Alice a Jasmine, que está de espaldas.

—Ya —responde Jasmine—. Es un perro.

—¡Un perro quisquilloso! —le grita a su hija. Pero ya se ha ido.

—Hombre ahogado en Ridinghouse Bay.

Alice y Derry se han sentado una al lado de la otra, con las cabezas casi tocándose, frente al ordenador portátil. Derry presiona enter y

esperan a que aparezcan los resultados.

Resulta increíblemente sorprendente la cantidad de hombres que se han ahogado en Ridinghouse Bay.

—Necesitamos un año —dice Derry.

—Ya te lo he dicho —le responde Alice—. No tengo ni idea.

—Dijiste que él ha recordado a una joven, de modo que puede que eso ocurriera cuando él era un adolescente. ¿Qué edad crees que tiene?

—¿Treinta y muchos? ¿Cuarenta, tal vez?

—Vale. Entonces, pongamos que tenía dieciocho años. Si ahora tuviera cuarenta, ocurrió hace veintidós años. Mil novecientos noventa y tres, aproximadamente.

—Muy aproximadamente —dice Alice.

—Es mejor esto que nada. —Derry añade «1993» a su búsqueda—. Echa un vistazo a los niños, ¿vale? —le ordena a Alice.

Obedientemente, Alice se dirige a la puerta trasera y vuelve a mirar a través de la ventana. El juego sigue en marcha. Frank le pone voz al perro hecho jirones. Uno de los brazos desnudos, de piel aceitunada, de Romaine rodea despreocupadamente el hombro de Frank, con su cadera apoyada en él. Podrían ser padre e hija, nadie lo dudaría ni por un momento.

Alice se sienta junto a Derry.

—Los ha asesinado a ambos —dice, en tono socarrón—. Los ha cortado en pedazos y él y los perros se están comiendo su carne aún caliente.

Derry le da un fuerte empujón.

—Cállate —dice—. Mira esto. —Mueve la pantalla hacia ella—. No es un hombre ahogado, pero las fechas coinciden.

> La pasada madrugada, alrededor de la una, los guardacostas recibieron una llamada y acudieron a Ridinghouse Bay después de haber sido informados de que había tres personas en el agua que estaban en apuros. Dos de ellas aún no han sido localizadas y se teme que se hayan ahogado. La tercera, un turista llamado Anthony Ross, sufrió un infarto fatal en la playa momentos después de haber sido arrastrado hasta la orilla. Otro hombre, que se cree que es el hijo adolescente de Ross, fue traslado al hospital y dado de alta poco después. La policía sigue investigando el incidente.

Derry ya está buscando los nombres en Google: «Anthony Ross», «Ridinghouse Bay».

No aparece ningún resultado.

Escuchan el ruido de la puerta trasera y a los niños corriendo en pleno juego. Frank los sigue y se detiene tímidamente cuando ve a Derry sentada en la cocina.

—Frank —dice Alice—, esta es mi mejor amiga, Derry Dynes.

—Hola —saluda Derry, con un tono de voz suave que no habría

empleado si no hubiera acabado de leer la historia del padre de un adolescente agonizando en la playa—. Soy la madre de Daniel. —Derry señala a su hijo.

—Encantado de conocerte —dice Frank—. Son unos críos geniales.

—Escucha —dice Alice, intercambiando una mirada con Derry, que asiente imperceptiblemente—. Acabamos de mirar en internet para ver si había algo sobre ahogamientos en esta zona. Y hemos encontrado una historia que ocurrió hace bastantes años. Dos personas estuvieron a punto de ahogarse una noche de verano. Un hombre y su hijo adolescente fueron encontrados en la playa, justo aquí. —Señala hacia la puerta principal—. Al parecer, el hombre murió de un ataque al corazón, pero el hijo sobrevivió. ¿Te suena de algo? ¿Mil novecientos noventa y tres? ¿Anthony Ross?

Ella no para de hablar porque Frank no contesta:

—Bueno, las fechas podrían ser totalmente incorrectas. Solo estábamos probando. Como mencionaste a una joven, pensamos que podría tratarse de algo que sucedió cuando tú eras un adolescente. Si es que sucedió algo, claro.

Él sigue sin contestar. Está apoyado en la encimera de la cocina, pero Alice se da cuenta de que no se apoya, sino que lo sostiene, que se desliza y que su rostro ha perdido todo el color. Alice ve como se agarra a los bordes de la encimera con las manos, con los nudillos blancos y duros.

—¿Frank?

Derry se pone de pie de un brinco.

—Se está desmayando —dice—. Rápido. Tratemos de sentarlo. ¡Ayúdame!

Pero ya es demasiado tarde. Él se desploma en el suelo como un árbol caído.

Veintidós

1993

Mark volvió dos horas más tarde. Llevaba un *blazer*. Sí, un *blazer*. Para ir al Ridinghouse Grand.

—¿Qué ponen? —preguntó Tony, que fue a despedirlos a la puerta.

—*Máximo riesgo* —respondió Mark, con la mano en la cintura de Kirsty.

—Ah, sí, dicen que es trepidante —dijo Tony.

—Eso he oído —repuso Mark.

Kirsty ya estaba saliendo, impaciente por irse. Había respondido a un intenso interrogatorio de Gray para convencerlo de que quería ir al cine de verdad y de que se estaba imaginando cosas cuando le insinuó que antes no parecía tan entusiasmada.

Al oír como sus voces iban amortiguándose en la calle, Gray se puso de pie dando un brinco. Su madre estaba en la cocina preparando espaguetis y él asomó la cabeza por la puerta para decirle que iba a salir a comprar una botella de Coca-Cola.

—Tenemos Sprite.

—Quiero Coca-Cola.

—Bueno, entonces, ¿puedes traer también un poco de queso cheddar?

Kirsty y Mark caminaban despacio y Gray pudo alcanzarlos a mitad de camino de la calle principal sin correr. Se detuvieron a mirar el escaparate de una tienda de antigüedades. Había varias muñecas de porcelana y estaban comentando lo espeluznantes que eran. Mark colocó de nuevo la mano en la cintura de Kirsty y la empujó delicadamente hacia delante en dirección al cine.

Gray observó desde lejos a Mark mientras mantenía las puertas abiertas para su hermana y la dejaba pasar galantemente. Y luego desaparecieron.

Mark dejó a Kirsty en casa a las diez. Gray pudo escucharlos en la calle desde su habitación. Había cierta pesadumbre en sus voces, como si estuvieran a punto de iniciar una discusión. Abrió un poco la cortina y les vio las coronillas. Mark intentó darle un beso a Kirsty, pero Gray se dio cuenta de que ella se apartó para esquivarlo.

—¡Oh, vamos! —Oyó decir a Mark—. Ni un solo beso durante toda esa ridícula película. ¿Y ahora ni siquiera uno delante de tu casa? Esto no está nada bien.

—Lo siento —dijo Kirsty—. Estoy muy cansada. Solo quiero acostarme.

—Podrás irte a la cama muy muy pronto —dijo él, acercándose de nuevo a ella con los labios fruncidos.

Ella volvió a esquivarlo y dijo:

—En serio, estoy destrozada.

—¿De verdad? —replicó él en un tono incrédulo, y Gray lo escuchó refunfuñar entre dientes. Luego añadió—: ¿Y mañana? —Sonaba malhumorado, casi petulante—. ¿O vais a hacer otra excursión *de un día entero*?

Y ahí estaba la clave de todo lo que había hecho sentir incómodo a Gray durante toda la semana. Mark pensaba que eran ridículamente provincianos. Se creía mejor que ellos. Pero, aun así, iba detrás de su hermana como si fuera el amor de su vida.

—No lo sé. —Oyó responder a Kirsty—. No lo creo.

—Bueno, entonces, ¿paso a recogerte? Podríamos pasar el día en casa de mi tía. Te prepararé la comida.

—No lo sé —repitió ella—. Tengo que preguntárselo a mis padres.

—¿Puedes preguntárselo ahora?

El tono de voz de Mark era impaciente y entrecortado.

—Se lo preguntaré mañana.

—¿Y por qué no ahora?

—Es tarde. Estoy cansada.

Gray oyó a Mark refunfuñando de nuevo. Luego dijo:

—Está bien. Vendré mañana por la mañana. Puedes decírselo entonces.

Kirsty vaciló y a continuación dijo:

—Vale. Nos vemos mañana.

La puerta se cerró detrás de ella y Gray la oyó hablar en voz baja con sus padres antes de irse directamente a la cama. A través de la ventana de su habitación, Gray observó a Mark, que se detuvo unos instantes delante de la cabaña del Conejo con las manos en los bolsillos, mirando sombríamente la puerta, con los músculos de sus ahuecadas mejillas temblando ligeramente. Luego se dio la vuelta, cruzó la estrecha calle adoquinada y miró hacia el mar un momento antes de patear repentina y furiosamente el rompeolas una, dos y tres veces, hasta que finalmente se alejó de la casa, una silueta esbelta y enojada desapareciendo de su vista en una brumosa noche de verano.

Veintitrés

Lily se despierta sobresaltada de la siesta. Está oscuro y tiene el edredón enrollado alrededor de las piernas. Mira el reloj que hay junto a la cama: 08:09. Por un momento no tiene ni idea de si es de día o si ya ha oscurecido. Pero entonces recuerda que aún es sábado por la noche. Ha soñado con su familia. Descuelga el teléfono y llama a su madre.

—¿Mamá? —dice, con voz adormilada—. Aún no ha vuelto.

—Ven a casa —le responde su madre.

—No puedo ir a casa. ¿Y si vuelve?

—Si vuelve, él sabrá dónde estás. Sabe cómo llegar hasta aquí.

—No podría llegar hasta allí. La agente de policía aún tiene su pasaporte.

—Puede llamarte para decirte que vuelvas.

—Pero ¿y si está herido?

—Lily, él está en su país. Si está herido, allí hay gente que se ocupará de él.

—No estoy tan segura de eso, mamá. Ayer vinieron y se llevaron su ordenador. Dijeron que ese pasaporte falso había salido de una banda de delincuentes, o sea que es posible que conozca a gente peligrosa. Quizás los ha cabreado.

Su madre emite un extraño ruido estrangulado.

—¡Dios mío! ¡Tienes que irte! Estás sola en ese apartamento. ¿Y si vienen a por ti? ¿Y si él viene a buscarte y esa gente lo sigue? ¡Estás en peligro!

—¡No tengo adónde ir, mamá! ¡No conozco a nadie!

—Sí, lo sé. Sabía que todo esto era un error. Debería haberlo impedido. Debería haberte obligado a esperar.

—Me habría casado con él igualmente y él habría seguido mintiéndome.

—No. Con un poco más de tiempo te habrías dado cuenta. Pasa lo mismo con las cebollas: la gente se va descubriendo capa a capa. Por eso deberías haber esperado. Esperar hasta haber arrancado casi todas las capas. Normalmente es donde suele estar lo peor. Y *entonces*, si lo peor resulta no ser tan malo…, entonces te casas.

—¡Carl no es malo, mamá! ¡No conocemos su historia! Creo que es posible que ya haya estado casado en otra ocasión. He encontrado unos anillos. Quizás esa otra mujer le hizo daño. Quizás le ha ocurrido algo malo. ¡Quizás tiene una identidad falsa para ocultarse de esa mujer! No sabemos nada.

Lily oye a su madre soltar un suspiro.

—Quiero que vuelvas a casa. Yo pagaré el pasaje.

Lily hace una pausa. No puede negar que en este momento quiere estar en casa. Quiere estar con su madre, con sus hermanos, con su perra, con sus amigos del instituto, y quiere ir de copas y recuperar las noches de los sábados. Quiere cepillarse el pelo frente al espejo de la habitación que dejó atrás y que aún sigue decorada con fotos suyas y de sus amigos. Quiere abrazar a esos amigos y pasear por calles familiares, hablar en una lengua familiar, ver rostros familiares. Quiere estar en algún lugar donde pueda hablar con un desconocido sin ser malinterpretada ni considerada sospechosa.

Pero… Carl era su pasaje para el Reino Unido. Sin Carl, o quienquiera que sea en realidad, es posible que no le permitan volver. Y por alguna razón, a pesar de lo sola y asustada que está, quiere que le permitan volver. Quiere conservar la llave de la puerta de esta vida que ha tenido la oportunidad de saborear un poquito.

—No voy a volver —dice—. Todavía no. No hasta que sepa con certeza qué le ha ocurrido a Carl.

Su madre suspira y Lily oye como chasquea la lengua.

—Vaya —dice, con calidez—. No sé de dónde ha salido esta mujer. Esta mujer que está sola en un país extranjero. Eres valiente e ingenua. Pero no puedo detenerte.

—No —responde ella—. No puedes.

—Te echo de menos. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Y pronto, cuando haya terminado el trabajo que estoy haciendo ahora, iré a verte, ¿de acuerdo?

—Sí. Te lo ruego.

—Una semana. Puede que diez días.

—Estupendo. Gracias.

—Y para entonces puede que ya sepas dónde está tu marido.

—Sí, por favor.

—Por si te sirve de algo, creo que es un buen hombre.

—Sí, lo es.

Las sílabas se van acortando cuando siente que empiezan a caerle las lágrimas.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Entonces, la comunicación telefónica se corta, la habitación se queda en silencio y la única luz que se ve es la que se cuela por la puerta del baño entreabierta. Lily deja caer el teléfono en su regazo y se echa a llorar.

Veinticuatro

Frank ha dormido toda la tarde. Cuando se despierta, pasadas las seis, tiene la sensación de estar saliendo de un coma. Ya es de noche, y el cobertizo está a oscuras. A medida que sus ojos se van acostumbrando a la oscuridad, ve el cálido resplandor de las luces de la parte de atrás de la cabaña de Alice. Se escucha música fuerte procedente de una de las habitaciones de arriba y el griterío de unos adolescentes. De una forma extraña, el ruido le produce una punzada en el subconsciente y cierra los ojos, tratando de buscar su origen. Pero no está ahí. Recuerda haber estado en la cocina de Alice, con ella y con esa mujer, su amiga. ¿*Debbie*? Entró en la cocina y ambas se dieron la vuelta, mirándolo con la misma expresión de ansiedad y preocupación. Luego le hablaron de un hombre llamado Anthony Ross que había muerto en la playa, en el mismo lugar donde él se había sentado durante horas aquella semana. El nombre golpeó en su conciencia como una bala y a continuación se desmayó. Cuando se levanta de la cama plegable intenta pensar en el impacto que le provocó ese nombre. «Anthony Ross», murmura para sí mismo. *Anthony Ross*. Pero no le viene nada.

Su estómago protesta, pero trata de ignorarlo. No puede entrar de nuevo en casa de Alice y esperar que le den de comer. Dedica unos minutos a soñar con todas las cosas que hará por Alice una vez haya recuperado su vida. Les pagará unas vacaciones a todos. Los llevará a comer fuera. Y, ¡oh, Dios!, si resulta que es rico de verdad, liquidará su hipoteca.

Un momento después ve que el jardín se ilumina y oye ruido de pasos crujiendo sobre la grava. Instintivamente se toca el pelo para peinarse.

Alice llama suavemente a la puerta.

—¿Frank?

Él la abre y le sonríe.

—¡Vaya! ¡Gracias a Dios! Estás vivo. Estaba muy preocupada.

—Estoy bien —dice él—. Un poco mareado, pero estoy bien.

—¡Gracias a Dios! —repite ella—. En fin… —Le tiende una bolsa enorme—. Es toda la ropa que hemos comprado antes. Te la he lavado. En las tiendas de segunda mano incluso lo que está limpio huele mal, ¿no te parece?

Él coge la bolsa y dice:

—Vaya, gracias. No tenías por qué molestarte.

—En realidad lo he hecho por mí. No quiero otro huésped que apeste. —Sonríe—. Oye, estoy cocinando un plato como Dios manda.

Carne y otras cosas. ¿Quieres cenar con nosotros?

Quiere decirle que no, porque se siente culpable, pero su estómago habla por él.

—Sería estupendo. Siempre que estés segura de que no se trata de una obligación.

—¡No, por Dios! Tengo que dar de comer a esos cinco, o sea que una boca más no importa. En diez minutos —concluye, metiéndose las manos en los bolsillos de una enorme chaqueta peluda—. Pero puedes venir cuando estés listo.

Frank elige una camisa azul claro y unos pantalones caqui de la bolsa de ropa que huele a recién lavada. Luego coge un par de calcetines. Al ponérselos, tiene la sensación de que es lo más civilizado que ha hecho desde que perdió la memoria, y unos minutos más tarde, cuando se acerca a la puerta trasera, se siente casi como una persona decente.

La casa huele que alimenta, y todas las ventanas de la cocina están empañadas. Romaine está de pie en un taburete, frente a la encimera, removiendo un cazo de salsa, y Derry está cortando zanahorias en la mesa de la cocina. Daniel está sentado en el suelo, frotándole la barriga a Hero.

—Por aquí. —Él la oye llamarlo desde la puerta de al lado—. Ven. —Le pasa una enorme copa de vino—. ¿Qué te parece?

Alice ha quitado los montones de papeles, deberes, libros y obras de arte de la mesa del comedor y la ha puesto. En el centro hay varias velas titilando y servilletas de lino moradas dobladas en triángulos sobre platos de color naranja, además de unas gruesas copas de cristal con base de color índigo.

—Es precioso —dice él.

—Sí —responde ella, echando también un vistazo a la mesa—. Bastante elegante, aunque está mal que yo lo diga. —Levanta su copa hacia la suya y dice—: ¡Salud! ¡Porque no has muerto!

Él sonríe.

—Supongo.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? Te desplomaste como un peso muerto.

—Estoy bastante seguro —dice él, sintiendo como el vino tinto le calienta el estómago vacío y corre agradablemente por sus venas frías —. Me siento normal.

—No hay nada normal en ti, Frank —dice ella.

Él se echa a reír.

—Eso es cierto.

Guardan silencio por un momento. Frank puede sentir la siguiente pregunta de Alice flotando en el aire. Él le sonríe.

—Entonces… —dice—. Anthony Ross.

—Sí. Lo sé. Es evidente que significa algo. Está claro que tiene relación conmigo. El hecho de que viniera aquí, de que me sentara justo allí —dice, señalando hacia la playa—. El hecho de que sea capaz de recordar algo que tiene que ver con un hombre en el mar, ahí fuera. Decididamente, es parte de mi historia. Ojalá supiera hasta qué punto.

—Entonces, ¿no tienes nada? ¿No recuerdas nada?

Él niega con la cabeza, disculpándose, consciente de lo que implica para Alice su incapacidad para recordar.

—Es una lástima —dice ella—. He estado fantaseando en secreto con la idea de que te despertabas completamente restaurado a los ajustes de fábrica.

—Yo también —responde él.

—La ropa te queda bien —dice ella, asintiendo ante su atuendo—. Tienes un aspecto… muy fresco.

Él se echa un vistazo.

—Gracias. Te estoy muy agradecido. De verdad.

Alice lo hace callar y acaba de llenar sus copas de vino. Una estridente carcajada resuena en la escalera. Ella chasquea la lengua.

—Me temo que tenemos infiltrados —dice—. Kai se va a una fiesta más tarde y la mitad de la población de la ciudad de catorce y quince años se ha reunido en su habitación. Hay unos treinta adolescentes ahí arriba; en su diminuto dormitorio. No quiero ni pensarlo.

—¡Al! —grita Derry desde la cocina—. ¡Algo está hirviendo!

—Las coles de Bruselas —le dice a Frank—. Vuelvo en un minuto. Sírvete vino.

Frank se pone de pie y observa el cálido parpadeo de la luz de las velas en la mesa durante un momento. Se da cuenta de que tienen alguna especie de perfume. Intenta averiguar a qué huelen. Algo floral. Ve una flor blanca, con pequeños capullos. Y entonces descubre una caja en el aparador que hay detrás de él.

Jazmín y lirio.

Un enorme estruendo reverbera en el techo bajo del comedor, seguido de unos gritos de hilaridad. Una puerta se abre y se vuelve a cerrar.

—¡Por Dios! ¿Qué coño estáis haciendo?

A continuación se oyen unos leves pasos en la escalera. Jasmine entra en el comedor y se detiene al verlo allí de pie.

—Oh.

—Tu madre está en la cocina —dice él, tratando de mitigar la incomodidad de Jasmine.

—Genial —dice ella—. Gracias.

Es baja, con una cabeza ligeramente demasiado grande para su cuerpo. Su pelo, oscuro, está recogido en un pequeño moño sobre cada

oreja y lleva un vestidito negro ajustado debajo de un holgado jersey de color gris que le cuelga por detrás de las pantorrillas.

—¡Mamá! —La oye quejarse—. Ahí arriba se están volviendo locos. En serio. ¡Tienes que hacer que paren!

Aunque Frank no puede escuchar la respuesta de Alice, esta aparece de nuevo, seguida de Jasmine, Romaine y Hero y, desde el pie de las escaleras, grita:

—¡Comida! ¡Comida!

Al cabo de quince segundos, una docena de adolescentes bajan las escaleras en tropel, reduciendo cuidadosamente la velocidad cuando pasan junto a los adultos, entrando y saliendo de la cocina con platos de plástico llenos de salchichas, puré y salsa de cebolla. Se llevan los platos al salón y cierran la puerta detrás de ellos.

Frank mira a Alice sorprendido.

—¿Has dado de comer a todos esos chicos?

—He llenado sus estómagos. De lo contrario saldrán con ellos vacíos y echarán la pota en cualquier rincón. Además, solo son unas salchichas baratas; estaban de oferta. Nada del otro mundo. No te preocupes —continúa—; para nosotros hay unas excelentes costillas de ternera. Y *verduras*.

—Me habría conformado con las salchichas de oferta.

—Sí, igual que yo, pero después de toda la basura que hemos estado comiendo estos últimos días, pensé que ya era hora de cenar algo decente. ¿Más vino?

Derry aparece sosteniendo dos cuencos humeantes que deja sobre la mesa antes de desaparecer de nuevo en el interior de la cocina. Romaine y Jasmine traen dos sillas y se sientan. Hero y Sadie esperan ansiosas en el suelo, junto a la mesa, moviendo el hocico.

—¿Puedo ayudar?

—No —dice Alice—. Has sufrido una conmoción. Siéntate. Derry y yo nos ocuparemos de todo.

Llevan a la mesa un enorme trozo de carne, un plato de puré de patatas con mantequilla y botes de mostaza, rábano picante y kétchup. Entonces aparece un adolescente con un montón de platos de plástico sucios y le pregunta a Alice dónde puede dejarlos. Después de decírselo, ella añade:

—Hay Oreos en ese rincón. Coge un par de paquetes.

Alice llena las copas con más vino tinto y manda a Jasmine a la cocina para que traiga otra botella. Uno de los perros está gimiendo por lo bajo; parece la lejana alarma de un coche.

—Cállate, Hero —dice Alice.

Frank ve a Romaine ofreciéndole un trozo de salchicha a Hero y a esta lanzándose sigilosamente sobre él. Mira a Alice, pero ella no se ha dado cuenta.

Están hablando de los padres de Alice, a los que han visto a través de la cámara intentando recordar los nombres de sus hijas.

—«La guapa», no paraba de decir mi padre. «Ya sabes, esa niña adorable». Y luego mi madre ha dicho: «¿Te refieres a Alice?». Y mi padre ha respondido: «No, esa no. La otra, ya sabes. ¿Cómo se llama?». Y mi madre ha sacudido la cabeza y ha dicho: «Bueno, son dos. De eso estoy segura».

Derry se echa a reír y dice:

—Al menos aún recuerdan que tienen dos hijas. Pronto lo olvidarán.

Frank observa, escucha y se pregunta por su madre, esa madre cuyos brazos recordó. ¿Estará viva? ¿Estará bien? ¿Estará senil? ¿Lo echará de menos? ¿Lo echará *alguien* de menos? Corta un trozo de carne y se lo lleva a la boca.

—La ternera está muy rica, Alice —dice Derry, mirando con intención a Frank.

—Mmm —dice él entre dientes—. Es increíble. Está muy tierna.

Alice le sonríe y le aprieta la mano.

—Genial —dice—. Me alegro de que te guste.

Se produce un breve silencio, ligeramente incómodo, mientras Alice le da un último apretón a la mano de Frank hasta que la suelta. El gesto ha sido observado y, en lo que a Derry y Jasmine respecta, desaprobado.

—Me estaba preguntando… —dice él—. Ya han pasado cuatro días. ¿Se ha sabido algo? ¿Han hablado en las noticias de un hombre que ha desaparecido? Bueno, parezco un tipo decente. Es extraño que nadie me eche de menos, ¿no?

—He estado repasando las noticias nacionales y las de Londres —dice Alice—. No hay nada, pero eso no quiere decir que no hayan denunciado tu desaparición. Solo significa que no hay una historia detrás de ella. Ya lo sabes: la única manera de poder averiguar si alguien ha denunciado tu desaparición es acudir a la policía.

—La verdad es que yo… —Sus dedos mueven nerviosamente los cubiertos y un desagradable cosquilleo recorre todo su cuerpo—. Lo cierto es que me gustaría recordar un poco más. Por mí mismo. Antes de… ya sabes…

—Pero ¿y si no consigues recordar? —le espeta Jasmine, y todos se vuelven hacia ella.

—Jasmine… —dice Alice.

—No, en serio. ¿Qué pasa si no recuerdas nada y en el sur hay una familia entera que te echa de menos, se pregunta dónde estás y está muerta de angustia? No sería justo para ellos, ¿verdad?

—No creo que… —murmura él—. No lo sé, pero no creo que haya nadie. Sencillamente no siento que…

—Debe de haber alguien —dice Jasmine—. Todo el mundo tiene a

alguien.

—Bueno, no necesariamente —dice Alice.

—Esa no es la cuestión. No es la cuestión y tú lo sabes.

—Bueno, ¿y cuál es la cuestión? —pregunta Alice.

—La cuestión es que «Frank» es de algún sitio. Y parece que nadie está haciendo ningún esfuerzo por averiguar de dónde. La cuestión es que «Frank» no es de aquí. A ver, si ese día hubieras encontrado un perro callejero en la playa, habrías hecho todo lo posible para dar con sus dueños; lo habrías llevado al veterinario para saber si tenía un chip; habrías colgado carteles. No hubieras empezado a tratarlo como si fuera tuyo. No sin investigar.

—Jasmine —dice Alice de nuevo, mirando a su hija con preocupación—. Debes confiar en mí. He tenido una vida larga y peculiar, y a lo largo de ella he conocido a muchas malas personas como para reconocerlas cuando las veo. Y, confía en mí, Frank es de las buenas. —Alice se vuelve hacia Frank para lanzarle una mirada tranquilizadora—. Solo quiero ayudarlo, ¿de acuerdo? Y está claro que hay alguna misteriosa razón por la que acabó en nuestra playa. Y si aún no está listo para enfrentarse a su auténtica vida, debemos darle un poco de tiempo hasta que lo esté.

—No es nada personal —le dice Jasmine a Frank, mirándolo brevemente con sus ojos cargados de rímel—. En serio. Estoy segura de que eres muy buena persona, pero…

Frank sonríe.

—Lo comprendo —dice—. De verdad. Me siento… —Busca las palabras que no le hagan parecer un desagradecido—. Me siento mal por estar aquí. Me siento mal por haber invadido vuestra intimidad. Me siento mal por tu madre, que se gasta dinero en mí. Me siento mal por no ser una persona de verdad, por haceros sentir incómodos en vuestra propia casa. Y me siento mal por ser tan débil y estar tan necesitado. Siento… *con todas mis fuerzas*… que realmente no soy así. Que el hombre que soy en realidad no se parece en nada a este. Pero ahora mismo no tengo valor ni agallas. Soy como un… trapo viejo. Y con suerte, todo esto pasará; este gran vacío en mi cabeza se llenará, recordaré y me sentiré fuerte. Y espero que eso ocurra muy pronto. Porque hoy —se vuelve hacia Alice—, tu madre ha descubierto algo…

—Lo sé —dice Jasmine—. Me lo ha contado. Te has desmayado.

—Sí. Entonces…, no lo sé, eso podría ser el punto de partida para aclarar mi historia.

Jasmine asiente.

—Repito —dice, con los ojos bajos—. No es nada personal.

Frank exhala. No ha pronunciado tantas palabras en tan poco tiempo desde que perdió la memoria. Se siente agotado y eufórico a la vez, como si sus músculos se hubiesen fortalecido.

—Gracias —dice.

Él se da cuenta de que Derry y Alice intercambian una mirada. Luego, Derry dice:

—Por cierto, después de que te desmayaras, Alice y yo seguimos buscando. No encontramos nada más sobre Anthony Ross, pero he mandado un correo electrónico al director de la revista preguntándole si tenían el contacto de la persona que escribió el artículo. O si disponían de más información.

Frank recobra el aliento y espera la continuación de la historia.

—Aún no me ha contestado. Pero bueno, ya sabes, hoy es sábado. Quizás tengamos noticias la semana que viene.

Él exhala. Ninguna novedad, pero al menos la posibilidad de algo nuevo. A medida que la conversación vuelve a animarse y deja de centrarse en él, Frank observa sus manos agarrando el cuchillo y el tenedor, examina los ángulos y los pliegues, las pecas y el vello. Se pregunta dónde habrán estado estas manos, a quién habrán tocado, qué habrán hecho. Y mientras esta idea cruza su mente, de pronto vuelve a sentirlo, la fuerza de alguien contra él, *estas* manos alrededor de una garganta, apretando, apretando y apretando. Empieza a ver un rostro borroso, el rostro de un hombre. Una mata de pelo negro, unos ojos saltones de color azul oscuro en el rostro de un hombre apuesto.

Veinticinco

1993

—Entonces, ¿qué pasó anoche? —preguntó Gray.

—Nada —respondió Kirsty a la defensiva.

—Sabes que mi ventana está justo encima de la puerta principal, ¿verdad?

—Sí. ¿Y?

—Oí lo que ocurrió. Lo oí cuando estaba enfadado contigo.

—¿Qué quieres decir con «enfadado»?

—Se puso arisco y de mal humor cuando tú no quisiste besarlo. Y después de que entraras en casa, pateó la pared. Muy fuerte. No parecía la cita del siglo.

Ella se encogió de hombros.

—Yo no estaba de humor, así de simple. Ya sabes.

—Es justo lo que pensaba. En este punto de una nueva y hermosa relación deberíais estar uno encima del otro como un sarpullido, incapaces de dejar de tocaros.

Kirsty hizo una mueca y enarcó las cejas.

—¡Qué sabrás tú!

—Sé cómo se supone que debe ser una joven pareja de enamorados; he visto bastantes películas. Y vosotros dos no lo sois, eso está claro.

—La vida no es como en las películas, Gray.

Él soltó un suspiro.

—Escucha, Kirst: no estoy intentando meterme contigo, solo me estoy preocupando por ti. Es tu primer novio, y me llegan un montón de malas vibraciones de él.

Kirsty parpadeó y miró al suelo.

—Debes saber que tienes derecho a decir que no. No existe ninguna ley que te obligue a salir con alguien solo porque te lo ha pedido. Él es un hombre adulto; puede encajar un rechazo. Lo superará. Va a presentarse aquí en cualquier momento para intentar convencerte de que pases *todo el día* con él, y tú debes decidir ahora qué le vas a decir.

—Lo *sé* —siseó ella, y Gray supo que había dado en el clavo.

—¿Entonces?

—¿Puedes decírselo tú? —dijo Kirsty. Y ahí estaba otra vez, la hermanita pequeña acudiendo a él con un arañazo en la rodilla—. ¿Puedes decirle que no me encuentro bien?

Gray reprimió una sonrisa de satisfacción.

—Claro —dijo—. Lo haré.

—No es que no me guste. Sí me gusta. Es solo que…

—No estás preparada.
Ella lo miró, primero enojada y luego con dulzura.
—Más o menos. Eso creo. A ver, quizás sea un poco mayor para mí. Y es muy apasionado. En todo. Puede que yo debiera estar con alguien que fuera un poco más divertido.
—Estoy totalmente de acuerdo.
—¡Pero es que es tan *guapo*! No paro de pensar en mis amigas, ¡en lo celosas que se pondrían si nos vieran juntos!
—¿Y eso no te parece un poco superficial?
Ella frunció el ceño y luego sonrió.
—Lo sé. Y, de todos modos, tampoco es que nos vayan a ver juntos.
—No —coincidió él—. Soy incapaz de imaginarme a Mark dejándose caer por Croydon.
Mientras Gray hablaba, ambos fueron conscientes de que algo se movía a sus espaldas, una sombra a través de la ventana que daba a la calle. Kirsty jadeó y se llevó la mano al corazón. Era Mark, con las manos ahuecadas contra el cristal, mirándolos. Sonrió sombríamente cuando sus ojos coincidieron con los de Gray.
—¡Oh, por el amor de Dios! —murmuró Gray. Se volvió hacia Kirsty, pero ella, a la velocidad de la luz, se había deslizado bajo la mesa y estaba agachada en el suelo, a sus pies.
—Dile que tengo náuseas —siseó.
—Pero te ha visto.
—Puede que no.
—¡Por supuesto que te ha visto!
—Sal y díselo. Por favor.
Gray lanzó un suspiro y empujó su silla hacia atrás.
Mark estaba en la puerta. Llevaba unos vaqueros y una gorra de béisbol. La gorra parecía una ocurrencia tardía, algo que se hubiera puesto en el último segundo, quizás porque pensó que su pelo no parecía lo bastante plastificado.
—¡Eh!
—¡Eh, hola!
—¿Puedo hablar con tu hermana?
—No se encuentra bien.
—Pero está en… —Señaló detrás de Gray a la derecha, hacia el comedor.
—Ha vuelto a acostarse.
—Oh, vamos…
—No sé qué quieres que te diga. Tiene náuseas. Ha vuelto a acostarse.
—¿De verdad esperas que me lo crea?
—Sí. De verdad.
Se hizo un pesado silencio que duró unos pocos segundos.

—Anoche se encontraba bien.
—Sí, ya… Quizás comió algo que le sentó mal.
Mark puso los ojos en blanco y se movió hacia delante. Pasó junto a Gray, empujándolo, para entrar en la casa.
Gray colocó las manos en el pecho de Mark.
—Será mejor que no.
—Solo quiero verla —dijo Mark con una voz aguda y disgustada.
—No quiere verte.
—¿Cómo lo sabes? ¿Se lo has preguntado?
—Sí, se lo he preguntado y me ha dicho: «No quiero verlo».
—No te creo. ¡Kirsty! ¡Kirsty!
Mark empujó de nuevo a Gray.
Entonces, Tony apareció en el último peldaño de la escalera, con una bata de felpa y el pelo mojado.
—Buenos días, Mark —dijo cordialmente—. ¿Va todo bien?
—Quería ver a Kirsty —respondió Mark—. Al parecer, su hijo cree que está enferma.
Gray le lanzó a su padre una mirada de advertencia.
—Ah —dijo Tony, mintiendo claramente, aunque a Gray no le importó—. Sí. Le duele un poco la garganta.
—Ah, ya —repuso Mark—. Hace dos minutos tenía náuseas. ¡Por el amor de Dios! No soy idiota.
—Escucha, Mark —dijo Gray—. Da lo mismo que Kirsty se encuentre mal o no. Lo cierto es que no quiere verte, ¿de acuerdo?
Mark dio un paso hacia atrás, se quitó la gorra de béisbol y se colocó bien el pelo.
—Vale, como quieras. —Dio otro paso hacia atrás antes de dar uno hacia delante y dijo—: Dile que he venido. Dile que la estaré esperando en casa de mi tía. Cuando se *encuentre mejor*.
—Lo haremos, no lo dudes —dijo Tony, aún en un tono alegre—. Lamento que hayas venido por nada.
Mark les lanzó una mirada furiosa a ambos antes de volver a ponerse la gorra y alejarse, murmurando algo que no se llegó a entender.
Gray y su padre se miraron.
—¿Lo ves? —dijo Gray—. ¿Te das cuenta ahora?
Tony sacudió la cabeza, incrédulo.
—Menudo gilipollas.
Kirsty salió de debajo de la mesa del comedor y su madre asomó la cabeza por las escaleras.
—¿De qué iba todo eso?
—Nada —dijo Gray—. Que Mark no es capaz de aceptar un no por respuesta. Ya se ha ido.
Los cuatro se quedaron juntos un momento, agrupados frente a la

puerta principal, unidos como los postes de una cerca por el arrebato y la extraña ira de Mark.

Veintiséis

Lily enciende todas las luces, incluso las que hay debajo de la campana extractora de la cocina. No puede soportar la oscuridad ni un instante más. Enciende la televisión, elige una película en la que aparece un perro y luego se obliga a comer algo. Son casi las diez y no ha comido nada desde el desayuno con Russ. El pan que hay en la cesta tiene moho, de modo que se calienta una bolsa de arroz basmati en el microondas y se lo come con mantequilla. Ve la película del perro durante un rato, pero la pareja que aparece en ella la hace sentir triste, así que cambia de canal y pone un estridente programa de citas. Luego se sirve una copa de vino y se prepara para lo que sabía que debía hacer desde que le dijeron que su marido no existía. Ordena el correo de Carl en una pila y se queda mirándola fijamente durante un momento. Luego coge la primera carta y la abre.

Propaganda de una agencia inmobiliaria.

La segunda carta es un extracto de su cuenta corriente. Le echa un rápido vistazo. Todo le suena. Pagos de comidas en Kiev, del hotel donde pasaron su noche de bodas, de unas copas que tomaron en Bali, de compras en el aeropuerto, de la licorería que hay al lado de la estación, de Marks & Spencer, de la compañía ferroviaria, de la tintorería, del *pub* en el campo donde habían comido el último fin de semana. Luego, cantidades más pequeñas de gastos locales y un último pago con tarjeta sin contacto por un importe de 2,20 libras en una cafetería de la estación Victoria el martes por la tarde. Después, nada. Ningún gasto más. Una línea plana y un pitido.

Sí, piensa, dejando el extracto en su regazo y levantando la copa de vino. Ahí está. La prueba. Está muerto. ¿Cómo podría vivir así, sin gastar dinero?

Abre dos cartas más, ambas de propaganda. Abre una factura de la compañía eléctrica y un extracto de la fábrica de camisas donde él compra todas las que se pone para ir a trabajar. Luego abre la última carta. Es de su operador de telefonía móvil. Una factura detallada en la que se especifica cada llamada por número de teléfono y duración. Coge aire y empieza a leer.

Casi todas las llamadas y mensajes de texto son a su número de teléfono. Eso no la sorprende. La que está buscando es la llamada que Carl hizo desde la casa de su madre en Kiev para hablar con la suya el día de su boda. Y ahí está: 16:46, 21 de marzo. Tres minutos y cinco segundos. Coge un bolígrafo y la subraya. Luego mira la hora. Son casi las diez y media. Demasiado tarde para llamar a alguien y charlar, se

dice a sí misma. Pero ¿es demasiado tarde para decirle a una mujer que su hijo ha desaparecido? Teclea el número, contiene la respiración. En algún lugar, tal vez al este de aquí, tal vez al oeste, tal vez en un castillo, tal vez en un húmedo apartamento, suena un teléfono. En algún lugar, tal vez, una mujer está oyendo sonar el teléfono y, por alguna razón, no contesta. ¿Estará durmiendo? ¿Habrá salido? Quizás está viendo el número de Carl en un identificador de llamadas y decide ignorarlo. Después de veinte tonos, Lily cuelga. Lo intentará de nuevo mañana por la mañana.

Veintisiete

El aire de la noche se arremolina con la niebla marina, bañada por una luz amarillenta. Griff y Hero se han adelantado y han desaparecido en la oscuridad. Alice y Frank caminan despacio detrás de ellos. En el paseo marítimo, un grupo de juerguistas nocturnos entra y sale de los *pubs*, cantando, bromeando y gritándose unos a otros. Derry y Daniel se marcharon hace una hora y los adolescentes se fueron por fin a su fiesta hace unos diez minutos. Han dejado a Romaine en casa con Jasmine y Sadie mientras sacan a los perros más jóvenes a dar un paseo rápido. El aire fresco y húmedo resulta estimulante después del claustrofóbico calor de la cabaña con todo ese montón de gente dentro, el horno encendido durante horas y los troncos ardiendo en la chimenea.

Frank ha estado muy callado desde que salieron de casa; en realidad, lo ha estado desde la mitad de la cena.

—Siento lo de Jasmine —dice Alice—. Teniendo en cuenta como es, ha estado fuera de lugar.

Frank parece algo confundido. Luego niega con la cabeza y dice:

—No, no. No ha sido nada, en serio. Al contrario, me ha hecho sentir bien sacar lo que llevo dentro. Es mejor que estar resentido, aunque todo el mundo es demasiado educado para decir algo.

—Tú no estás resentido.

—Bueno, puede que contigo no.

Después de esto, calla de nuevo y caminan en silencio durante un momento.

Los perros han visto algo en la playa. Ambos han ganado velocidad y han desaparecido en seguida al doblar la esquina de la bahía. Los han perdido de vista.

—¡Oh, mierda! —exclama Alice—. Dios, ¿a qué están jugando? ¡Griff! —grita, ahuecando las manos—. ¡Hero!

Alice aligera el paso y al cabo de un momento los dos están corriendo en dirección a la playa. Cuando doblan la esquina les queda claro de inmediato qué había llamado la atención de los perros: hay un zorro pequeño en lo alto de los escalones de piedra que conducen al paseo marítimo. Mira a los perros, que están más abajo, con aire de triunfo y desdén. Ambos animales lo observan, jadeando y mirándose como diciéndose: «¿Y ahora qué?».

—¡Eh, tontos! —grita Alice, acercándose a los perros con las correas. Pero ahora están paralizados. La luna, casi llena, está alta. Un par de gaviotas bajan en picado y recogen algo que hay entre las rocas, cerca

de la marea. Los perros se ponen nuevamente en marcha. Alice se vuelve hacia Frank y grita—: Lo siento mucho. Si quieres, puedes volver a la cabaña.

Él sonríe y la sigue. Las gaviotas perciben que se acercan dos perros enormes y emprenden el vuelo; los rayos de la luna iluminan la parte inferior de su cuerpo, blanca, mientras se alejan. Pero los perros siguen corriendo. Alice les grita y les silba con los dedos, como le enseñó su padre. Finalmente, se detienen en el extremo más alejado de la bahía, donde durante los meses de verano está la feria y los turistas toman el sol. El café del rompeolas está cerrado y las atracciones infantiles tienen lonas y candados. Desde la parte de arriba llega el sonido metálico y el ruido del salón recreativo. Es el sitio donde Frank dice que estuvo sentado el jueves todo el día, donde recordó a la joven del tiovivo y a un hombre saltando al mar.

Los perros se sientan a los pies de Alice, resollando, mientras ella les sujeta las correas.

—Bueno —dice—. Supongo que ya hemos digerido un poco esa copiosa cena. —Se vuelve hacia Frank, sonriéndole, pero él no la está mirando. Está contemplando los acantilados que se curvan desde el final de la bahía. Tiene otra vez esa mirada, una mirada que ella está empezando a reconocer. Alice se coloca instintivamente a su lado—. ¿Qué pasa?

Él sigue mirando a lo lejos.

—Esa casa —dice—. Allí. —Señala la mansión que se alza en el extremo más alejado del acantilado, la de los tejos y el tejado plano—. ¿De quién es?

Alice nota la corpulencia de Frank; su cuerpo está soportando gran parte de su peso.

—¿Esa tan grande? ¿Al final de todo?

—Esa. —Él vuelve a señalarla.

—No sé quién vive allí ahora, pero Derry me dijo que hace mucho tiempo fue de una novelista famosa.

Él niega con la cabeza, como si pensara que ella está equivocada.

—Hay un pavo real —dice él.

Alice sonríe.

—Bueno, sí, supongo que podría haber alguno.

Él se vuelve y la mira. Frank tiene la piel pegajosa y la luna lechosa arroja una luz fantasmal sobre él.

—No. Está allí. Me acuerdo. Y creo que… —Se lleva las dos manos a la boca y empieza a mordisquearse los nudillos. Cuando vuelve a mirarla, tiene los ojos llenos de lágrimas—. Cuando estábamos cenando… Creo que le hice daño a alguien, Alice. Creo que incluso podría haber matado a alguien.

Ella puede sentir el cuerpo de Frank temblando contra el suyo.

—No puedo soportarlo más, Alice. No puedo, de verdad. Y esa casa… —Vuelve a mirar hacia arriba, con temor—. Conozco esa casa. Conozco esa casa más que cualquier otra cosa. Creo que yo vivía allí.

Veintiocho

1993

Después del jueves por la mañana, cuando se fue enojado de la cabaña, estuvieron tres días sin ver a Mark. La familia de Gray estuvo en ascuas mientras todos seguían con sus vidas. Mark había demostrado tener un don para saber dónde estarían y cuándo y surgir silenciosamente de la nada. La casa del acantilado se alzaba blanca y expectante, y el canto de los pavos reales llegaba ocasionalmente hasta la playa. Sin embargo, no había ni rastro de Mark.

—Quizás haya vuelto a Harrogate —sugirió Tony mientras se instalaban en su sitio habitual en la playa un domingo por la tarde.

No hacía muy buen tiempo; la arena aún estaba húmeda a causa de la lluvia de la mañana, aunque el sol la estaba secando rápidamente y, poco a poco, la playa se iba llenando de gente.

—Tal vez —dijo Pam—. No hay ningún motivo para que se quede aquí si la chica que le gustaba no está interesada en él.

—Es posible que también se sintiera avergonzado —dijo Tony.

Gray miró en dirección a la casa y negó con la cabeza.

—Creo que sigue allí —dijo—. Planeando su siguiente movimiento.

—No digas eso —dijo Kirsty—. Me estás asustando.

Kirsty se volvió para echar un vistazo al bar de la playa, que estaba detrás de ellos. Lo hacía cada pocos minutos.

—No has hecho nada malo —le dijo Gray a su hermana—. No tienes nada de qué preocuparte.

—Me siento mal —contestó ella.

—¿Mal?

—Sí. Creo que le di falsas esperanzas.

—¡Oh, vamos! No lo hiciste. ¡Él te acosó!

—Lo sé. —Kirsty tiró de la borla deshilachada de su bolso—. Pero…, bueno, ya sabes, me invitó al cine. Y… —Se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—Bueno, no sé… Quizás le di a entender que me interesaba de verdad.

—¿En serio?

—No lo sé. Un poco, supongo. Y al principio me interesaba.

—Kirsty, son cosas que pasan —dijo su madre—. Conoces a alguien, te sientes atraída por esa persona, luego pasas un tiempo con ella y te das cuenta de que esa atracción solo era superficial. Y sigues adelante.

Kirsty los miró con los ojos muy abiertos.

—Me dijo que me quería.

Gray gimió.

—Vaya pringado.

—Y… yo también le dije que lo quería.

Gray gimió de nuevo.

—¡Oh, por Dios, Kirsty! Dime que no lo hiciste.

Ella asintió con tristeza.

—No sabía qué hacer. Lo dijo y luego me miró como si quisiera que también se lo dijera. Y lo hice.

—¡Dios! ¿Cuándo ocurrió eso?

—En la playa —dijo ella—. Después de la feria.

—Estás completamente tarada —dijo Gray.

Kirsty le dio un golpe.

—Fue mi primer beso —dijo ella, furiosa—. ¿Cómo se supone que sabía lo que debía hacer?

—Yo diría que *no mentir* es algo que debes saber hacer durante la mayor parte de tu vida.

Ella miró al suelo.

—No quería herir sus sentimientos —dijo—. No quería que se sintiera avergonzado.

—Bueno —intervino su madre, poniendo fin a la discusión—. Ahora todo ha terminado. Él ha captado el mensaje. Se ha ido. Y Kirsty ha aprendido una valiosa lección. Intentemos relajarnos y disfrutar de los últimos días de vacaciones, ¿de acuerdo?

Kirsty lanzó a Gray una mirada trágica y este sacudió la cabeza, decepcionado.

Desde el extremo de la bahía llegó otro quejumbroso canto de un pavo real.

Aquella noche fueron a cenar al *pub*. Había sido un antigua posada de contrabandistas, cerca de la bahía, donde varias barcas de pesca de colores descansaban boca abajo en la playa de guijarros y estrechos callejones iluminados por farolas ascendían sinuosamente entre las casas. Los domingos por la noche siempre había música en directo: no era como en los *pubs* de la ciudad, donde bandas cutres con camisas horteras interpretaban canciones de grupos famosos, sino que programaban actuaciones de calidad: un guitarrista flamenco, un pianista de *jazz* o algún cantante de ópera. La intérprete de la noche era una chica llamada Izzy que cantaba sus propios temas acompañada al piano por otra joven.

Su mesa se encontraba junto al escenario, y Gray estaba lo bastante cerca como para ver los alfileres que sujetaban en un moño el pelo rubio de Izzy, la ligera mancha de rímel debajo del ojo derecho y la punta desgastada de su zapatilla de ballet. Lo bastante cerca como para pensar que Izzy estaba cantando solo para él. Gray estaba fascinado por ella. No debía ser mucho mayor que él, aunque se la

veía muy serena y con mucho talento. Gray había dejado su bistec prácticamente intacto; le daba mucha vergüenza masticar ante aquella diosa.

—Muchas gracias a todos —dijo Izzy frente al micrófono—. Ahora, Harrie y yo vamos a tomarnos un breve descanso. Pero volveremos en seguida con más música. Mientras tanto… —Izzy se inclinó momentáneamente para recoger una jarrita, lo que permitió a Gray echar un rápido vistazo a su vestido de noche y a su pecho prácticamente plano—. Si les ha gustado nuestra música, les agradeceremos cualquier pequeño donativo. Y si no es pequeño, también.

El público se echó a reír y, acto seguido, Izzy y Harrie se bajaron del escenario.

—Aquí —la llamó Gray.

Él señaló la jarra. Ella sonrió y dijo:

—Muchas gracias.

Él metió un billete de cinco libras en la jarra.

—Eres fantástica —dijo Gray.

—¡Vaya! *Gracias*.

Entonces, ella se fue y la familia de Gray se quedó mirándolo, atónita.

—¿Cinco libras? —dijo su padre.

Gray se sonrojó.

—Sí. Bueno, tiene mucho talento. Ya lo ha habéis visto.

—Sí —dijo su padre, frotándose la barbilla—. Mucho talento. —Se rio entre dientes—. Y ahora termínate la cena.

Gray atacó el bistec sin saborearlo de verdad. Era deliciosamente consciente de la presencia de Izzy en el pequeño local, de su voz ronca y elegante detrás de él diciendo:

—Muchas gracias. Son muy amables, gracias.

Unos momentos después se atrevió a darse la vuelta y la vio de pie en la barra, tomándose media pinta de cerveza rubia con su compañera pianista y dos hombres jóvenes. Uno de los cuales, se dio cuenta dando un enfermizo respingo, era Mark.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró—. No me lo puedo creer, en serio.

Su familia se dio la vuelta, miró y giró de nuevo la cabeza.

—Ese chico es como un maldito virus —dijo Tony.

El rostro de Kirsty se puso de un color rosado brillante.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó su madre, apretándole el brazo —. ¿Quieres que te lleve a casa?

—¿Sabes qué? —dijo Tony—. ¿Por qué no nos vamos todos a casa?

—¡No! —exclamó Gray—. ¡No he terminado de cenar!

Su padre lo miró, sorprendido.

—Vamos —dijo—. Seguro que ahora ya estará duro como una

piedra.

—Está bien —murmuró Gray—. Marchaos vosotros. Yo me quedaré para terminármelo. Os veré en casa.

—¿No irás a hacer algo, verdad? —le preguntó Kirsty.

—¿Hacer algo?

—Ya sabes. A Mark.

—Estás bromeando, ¿no? Solo quiero acabar de cenar. Quizás escuche un poco más de música y pida otra bebida.

—¿Lo prometes?

Gray puso los ojos en blanco y lanzó un suspiro.

—Marchaos —dijo—. Volveré a casa en seguida.

Vio a su padre en la barra, pagando la cuenta. Lo observó intercambiando una breve mirada con Mark, con una ceja sutilmente arqueada y asintiendo con la cabeza. Luego se fueron. Mark siguió con los ojos a Kirsty a través del local hasta la puerta antes de volverse hacia sus amigos y echarse a reír a carcajadas de una forma exasperante.

Muy despacio, Gray se terminó su plato. Podía sentir los ojos de Mark taladrándole la nuca. Extendió la mano para coger la cerveza que había dejado su padre. Se la tomó de un trago. Luego se bebió lo que quedaba del *gin-tonic* de su madre. Sacó la cartera del bolsillo trasero: después de haberle dado las cinco libras a la cantante, no le quedaba nada. Rebuscó en sus bolsillos por si había alguna moneda y se preguntó qué podría pedir con 1,20 libras.

Lentamente, se puso de pie y se dirigió hacia la barra. Había un montón de cabezas entre él y Mark, pero podía oírlo desde donde estaba: su exasperante presencia y las chicas riéndose a carcajadas a cada cosa que decía. Era una escena que tenía sentido para Gray. Un chico pijo y guapo riéndose y resoplando en un *pub* bohemio con sus amigos pijos y guapos. Esto tenía más sentido que Mark acosando a su desmañada hermana pequeña.

—Tengo una libra con veinte —le dijo a la camarera—. ¿Qué puedo pedir con eso?

Ella frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Una pinta de cerveza amarga cuesta uno con diecinueve. Y una pinta de rubia, uno con veintinueve.

Gray volvió a rebuscar en sus bolsillos por si encontraba alguna otra moneda. Sacó tres peniques y suspiró.

—Una pinta de cerveza amarga, por favor.

Mientras hablaba, algo voló por encima de él y aterrizó en la barra. Le echó un vistazo. Era una moneda de diez peniques. Se volvió hacia su derecha. Mark le sonrió.

Él ignoró la moneda y negó con la cabeza a la camarera, que lo miraba inquisitivamente.

—Amarga, por favor.

Gray sonrió, tenso.

Miró a Mark mientras esperaba que le sirvieran la pinta. Mark le hizo un gesto. Barajó la idea de ignorar la insinuación, pero la perspectiva de tener una excusa legítima para hablar con Izzy era demasiado difícil de resistir. Cogió la pinta y la moneda de diez centavos y avanzó hacia el grupo con el corazón latiéndole con fuerza.

—Toma —dijo, pasándole la moneda a Mark—. Gracias, de todas formas.

—Graham —dijo Mark, posando una mano en su hombro y apretándoselo con demasiada fuerza—. Me alegro de verte.

—Es Gray, no Graham.

—Sí. Siempre lo olvido. Déjame que te presente. —Finalmente, Mark soltó el hombro de Gray, dejándole la marca de sus dedos en la piel—. Este es Alex, un amigo mío de Harrogate, y esta es Harrie, su hermana. Y esta, como ya sabes, es la increíblemente talentosa Isabel McAlpine. También es de Harrogate. Y es la prima de Alex y Harrie. Este es Gray, un chico al que conocí la semana pasada en la playa.

Todos se echaron a reír, dejando al descubierto sendas hileras de dientes perfectos.

—¡Oh, Mark! —dijo Izzy—. Eres un excéntrico. Encantada de conocerte, Gray. —Ella le tendió una mano caliente y flácida para que se la estrechara—. Ahora tenemos que volver al escenario. Pero más tarde unos cuantos iremos a casa de Mark… Deberías ir.

—¡Sí! —dijo Mark muy entusiasmado—. Deberías. Y tráete a tu hermana.

—Solo tiene quince años —dijo Gray.

—No pasa nada. —Izzy se echó a reír—. ¡No nos la vamos a comer!

«No eres tú quien me preocupa», quería decirle Gray.

Miró a Izzy, que lo observaba alentadoramente con los ojos entornados. Él dijo:

—¿A qué hora?

—Iremos directamente desde aquí —dijo Mark—. ¿A las diez y…? ¿Por qué no te quedas? Podemos ir juntos andando.

—Tendré que avisar a mis padres.

—De acuerdo —respondió Mark—. Podemos llamar a la puerta de tu casa cuando pasemos por allí y ver si Kirsty también se une a nosotros.

—No querrá ir —dijo Gray—. Te lo aseguro.

Entonces miró a Izzy, que le estaba sonriendo. Ella le guiñó un ojo y el pulso de Gray se aceleró. Era, con diferencia, la chica más guapa con la que jamás había hablado. Y además de eso, tenía talento y era sexi. Y le había guiñado un ojo. La fiesta a la que había querido ir había pasado de largo. Su hermana había besado a alguien antes que él. Y la cerveza amarga iba nublando su mente, porque acabó

asintiendo y diciendo:

—Sí, de acuerdo.

—¡Oh, *genial*! —Izzy le tocó ligeramente el brazo con sus delicados dedos—. Te veo luego. —Se volvió para dirigirse hacia el escenario pero al instante se detuvo para darse la vuelta—. Ah, y muchas gracias por ser tan amable antes. Acabo de ver lo que ha ocurrido en la barra hace un momento. Agradezco mucho tu generosidad.

Izzy le sonrió y él supo que aquella era una sonrisa de promesas y esperanzas.

—Te lo has ganado —dijo Gray, y acto seguido se sonrojó al darse cuenta de lo grosero que había sonado eso—. Quiero decir que…

Pero ella ya se había ido.

—Muy bien —dijo Mark, aplaudiendo—. ¿Tequila?

Su amigo Alex emitió un extraño sonido parecido a un rebuzno y ambos chocaron los cinco.

Gray se volvió hacia el escenario, con los ojos fijos en la rubia genial que cantaba sus propias canciones, tratando de no pensar demasiado en lo que estaba a punto de hacer.

Veintinueve

Ya es domingo. Lily quiere que el día pase rápido para que llegue el lunes y pueda hablar con la agente de policía, el cerrajero y los compañeros de oficina de Carl. Todo cuanto puede hacer hoy es marcar este número. El teléfono de la madre de Carl suena, suena y suena. No hay ningún contestador que rompa su incesante tono. Sigue sonando hasta que deja de hacerlo y la línea emite un chasquido desdeñoso, como diciendo: «¡Por el amor de Dios! Aquí no hay nadie, ¿es que no te das cuenta?».

Mientras Lily sigue sentada con el teléfono bajo la barbilla, pulsando rellamada una y otra vez, dibuja una imagen mental de la mujer que no responde. Tiene el pelo oscuro, como Carl, y sus marcados pómulos; parece joven para su edad, y puede que lleve una blusa de seda y unos pantalones hechos a medida. Una vez más, se pregunta por qué no sabe qué aspecto tiene su suegra. ¿Por qué no se lo preguntó nunca a Carl? ¿Por qué no hay fotografías en este apartamento? ¿Quién es el hombre con el que se ha casado? ¿Qué está haciendo ella aquí?

Después de una hora de permanecer sentada en la cama con las piernas cruzadas llamando a la madre de Carl, Lily empieza a sentir como la rabia crece en su interior. Viene del mismo lugar del que brotan sus lágrimas: de la boca del estómago. Lanza el teléfono al otro extremo de la habitación y observa como impacta contra la pared y se parte en dos, expulsando un trozo de plástico que acaba debajo del canapé. Gruñe de frustración y se arrodilla, arañando con los dedos el estrecho espacio que hay entre la gruesa alfombra nueva y la parte inferior de la cama. No puede localizar el plástico, de modo que empuja el canapé sobre la alfombra hasta que lo ve. El trozo de plástico. Ahí está. Y también algo más. Es uno de los elegantes nudos de seda de los gemelos de Carl, de color verde botella y burdeos. Lo sostiene en la palma de la mano y lo mira fijamente. Ve a Carl allí, de pie, como cada mañana, bajándose los puños de las inmaculadas camisas que se pone para ir a trabajar, pasando los nudos a través de los ojales mientras le sonríe. Y recuerda cómo solía sentirse ella: muy orgullosa de ese hombre maduro y apuesto con sus elegantes camisas.

Deja el nudo de seda en la mesita de noche de Carl y se concentra en arreglar el maldito teléfono. El trozo de plástico parece haberse desprendido de algún sitio, pero no es capaz de descubrir de dónde, y los dos lados del teléfono se niegan a hacer clic sin eso. Lo sujeta con una cinta elástica para el pelo y trata de llamar de nuevo a la madre

de Carl, pero no hay línea. Ha roto el teléfono. Lo deja caer sobre la cama y gime. Toda la gente que podría llamar a Carl —su madre, su hermana, alguien del trabajo, Russ— tiene este número.

Se da una ducha, se lava el pelo y se viste. Luego coge el móvil y le manda un mensaje de texto a Russ: «He roto el teléfono fijo. Este es mi móvil. Llama a este número si necesitas hablar conmigo. Gracias. Lily».

Luego teclea el número de la madre de Carl en su móvil y espera a que empiece a sonar incesantemente una y otra vez. Sin embargo, después de tres tonos se escucha un clic y luego una voz de mujer, indecisa y suave, que contesta:

—¿Diga?

Treinta

Son las seis y dieciocho minutos de la mañana. La casa está en silencio. Alice intenta volver a dormirse, pero es imposible. Tiene demasiada energía a causa de la enorme alegría que supone despertarse con sus manos entrelazadas con las de otra persona, con la tranquilizadora calidez de un cuerpo acostado a su lado: no el cuerpo de una niña con un pijama holgado ni el del paréntesis óseo de un galgo envejecido, sino el cuerpo de un hombre, moldeado y sólido, llenando su cama desde la cabecera hasta los pies. La luz de la mañana ilumina el tono castaño de su pelo y los destellos dorados de su barba incipiente. Tiene unas cuantas pecas rojizas en el pecho, un suave manto de vello de color cobrizo, unos brazos suaves y una profunda hendidura en el centro de la espalda, donde tiene más pecas. Huele a espuma de mar y al suavizante que usa ella. Huele a los suyos.

Piensa en los pasos y etapas que los reunieron anoche, el tranquilo paseo de regreso por la playa, su crudeza después de su revelación sobre el hecho de que podría haber matado a alguien. La propia, inmediata y totalmente instintiva certeza de Alice de que él estaba equivocado, de que esas manos grandes y suaves jamás podrían haber hecho daño a nadie, y de que no estaba cometiendo un error al dejarlo entrar en su vida. La mano de Alice buscó la suya, solo para tranquilizarse a sí misma, y él la miró sorprendido, conmovido y asustado. Pero él le apretó suavemente la mano con la suya para después llevársela a la boca y besarla. No solo la besó, sino que la aspiró. Él había estado temblando ligeramente, como hacía a veces Griff cuando oía un ruido extraño y se ponía nervioso. Alice lo atrajo hacia ella y él enterró su rostro en su cuello y rodeó su cintura con los brazos. Estuvieron balanceándose durante un rato. No tuvieron que dar demasiados pasos para llegar hasta su habitación.

—Tendrás que volver al cobertizo —le dijo ella cuando terminaron —. No puedo permitir que uno de mis hijos entre y te vea aquí.

—Lo sé —dijo él—. Por supuesto.

Entonces, de algún modo, él utilizó eso como una invitación para volver a empezar. Ella no recuerda haberse quedado dormida. No sabe si alguien entró mientras estaban durmiendo. No oyó regresar a Kai y sospecha que no lo hizo. El amanecer se ve de un color rosado a través de las finas cortinas y puede oír el respetuoso arañazo de unas garras al otro lado de la puerta de su habitación: Griff, esperando pacientemente a que ella lo deje entrar. Domingo por la mañana. Debería despertar a Frank y decirle que se vaya antes de que Romaine

se levante. Pero el suave calor de su cuerpo resulta demasiado tentador. Alice se levanta de la cama de puntillas y coloca una silla debajo del pomo de la puerta. Y acto seguido se vuelve, sintiendo el aire frío de la mañana en su piel desnuda, y se tumba de nuevo en la cama aún caliente.

—Rápido —le susurra a Frank al oído—. Tienes que irte.

Él se despierta, hace una mueca y dice:

—¡Mierda! Sí, claro. Lo siento. ¿Qué hora es?

—Las «vete ya» —responde Alice, colocándolo encima de ella y arrastrando el edredón sobre sus cuerpos unidos para ocultarlos de visitas inesperadas—. No hagas el menor ruido.

Él le da un beso con aliento matutino y ella se lo devuelve como si su vida dependiera de ello, como si fuera el último beso de su vida.

Cuando Romaine se despierta ya son la siete menos cuarto, y Frank está a salvo en el cobertizo. Alice está tumbada en su cama vacía, satisfecha y aturdida, con Griff acurrucado y contento a sus pies.

Esa mañana, en la cabaña, el ambiente es difícil de definir. Kai tiene resaca, Romaine está destrozada, Jasmine quisquillosa y Frank nervioso. Mientras tanto, Alice está llena de sexo; todo su cuerpo está conectado al sexo. Aunque se ha duchado a conciencia, sabe que aún huele a sexo. Su mente sigue repitiendo momentos de la noche anterior: los ojos de color avellana de Frank fijos en los suyos, sus firmes pulgares en los huesos de su cadera, sus suaves dedos sacándole un pelo de los labios húmedos, sus manos fuertes apretándole el cráneo mientras tiraba de su rostro hacia él, murmurando su nombre al oído mientras la luna brillaba cálida a través de las cortinas.

Las imágenes son vívidas y ardientes, y palpitan en su interior mientras está de pie junto a los fogones, dándole la vuelta a unas lonchas de beicon, llenando la tetera y hablando con sus hijos. Mira a Jasmine. ¿Lo sabe? ¿Los ha oído? ¿Puede notarlo en el ambiente? ¿Es una mala madre, como le han dicho tantas veces?

—Voy a ir andando hasta esa casa —dice Frank, llevando su taza de café sucia al fregadero y enjuagándola.

—¿La del acantilado? —dice Alice.

—Sí.

—Estoy bastante segura de que está en ruinas.

—Lo sé, me lo dijiste. Pero creo que es vital. De verdad.

—Te acompañaré.

Ve que Jasmine arquea una ceja.

—No es necesario.

—Quiero acompañarte, en serio.

Surge casi como un gemido; aún lo desea con todas sus fuerzas.

Alice ignora la energía venenosa que irradia Jasmine y coge su bolso

y un abrigo.

—Solo estaremos fuera una hora —dice, sin dar a los perros la oportunidad de darse cuenta de que hay un paseo en potencia—. De vuelta compraré pan. Adiós.

Aunque son casi las diez, la mañana parece recién estrenada: las barandillas de metal están cubiertas de rocío y la luna es una mancha de vaselina que se desvanece en el horizonte. Alice quiere coger a Frank de la mano. Sin embargo, todas las bravatas y el arrojo de la noche anterior se han disipado; se siente insegura y vulnerable, y recuerda por qué ella odia toda esta mierda. Caminan separados durante un rato, aspiran el aire fresco y lo exhalan en nubes de vapor. Ella lo lleva por un atajo, lejos del mar, a través de callejones empedrados y angostos hasta la calle principal que conduce al pueblo. Pasan por delante del *pub* Hope & Anchor, el más antiguo del lugar, una posada de contrabandistas que ha estado ahí desde el año 1651. Frank se detiene.

—Yo he estado en este *pub* —dice.

Alice lo mira preocupada.

—Yo he estado en este *pub* —repite.

—Muy bien —dice ella—. En ese caso, vendremos a comer aquí, ¿de acuerdo? Los domingos sirven una comida excepcional. Tienen un pudin de Yorkshire del tamaño de un balón de fútbol. Lo digo en serio.

Él la mira sin comprender.

—No sabes qué es un pudin de Yorkshire, ¿verdad?

Él entorna los ojos.

—¿Tiene algo que ver con el tofe?

—Dios te bendiga.

Ella se echa a reír, la incomodidad se esfuma y él también se ríe, la coge de la mano y recorren así todo el camino hasta la casa del acantilado.

Frank siente náuseas: falta de sueño, demasiado vino tinto la noche anterior, demasiado café cargado esta mañana y, por si eso fuera poco, el vértigo que le revuelve el estómago al recordar. Lo único que lo mantiene estable es la mano de Alice agarrada a la suya, su fuerte presencia a su lado mientras ascienden juntos la colina, en las afueras de la ciudad. ¿Era así antes?, se pregunta Frank. Su otro «yo», el de antes, ¿se habría interesado por esta mujer un poco descuidada, con ojeras y una barriga que se pliega sobre su cintura? Puede que en su vida, en la vida adulta que ha vivido durante veintitantos años antes de ser arrastrado hasta la playa de Alice, fuera un triunfador. Puede que tuviera una novia joven…, ¿o quizás más de una? Puede que solo le gustara cierto tipo de mujer. Puede que su auténtico «yo» se echara a reír a carcajadas ante la idea de su «fuga disociativa», que lo había

llevado a la cama de una madre de tres hijos de cuarenta y tantos años.

¿O quizás era virgen?

No, pensó, recordando la noche anterior; no, decididamente no era virgen.

¿Adónde lo conducirá todo esto? Está bastante seguro de que mató a alguien. Y si lo hizo, seguramente acabará saliendo a la luz. Es inevitable. Habrá un cuerpo, o una persona desaparecida. Habrá un testigo. La policía vendrá a por él. Y habrá una esposa o una novia, posiblemente un niño, o incluso un perro. Habrá un apartamento o una casa con todas sus cosas, un trabajo con una mesa con más cosas. Habrá padres, hermanos. Habrá un juicio. Irá a la cárcel. ¿Y qué será de esa cosa dulce y vital que comparten él y Alice? ¿Qué será de esa mujer?

Rodea la cintura de Alice, tira de ella y apoya la mejilla en su coronilla. Ella se deja llevar; sus cuerpos se funden, caminan sincronizados.

La casa no está totalmente en ruinas. Tiene un aspecto polvoriento; las hojas del último otoño cubren como un manto la grava del camino de entrada y hay telarañas en los setos que lo rodean. La piedra pálida tiene manchas verdes y vetas marrones. Pero hay cortinas en las ventanas y flores en los parterres. Parece una casa que ha sido olvidada distraídamente más que abandonada de una forma deliberada.

Frank se detiene un momento en la entrada. Hay una cadena oxidada clavada a cada lado del acceso para los coches. Pasa por encima de ella y sus pies crujen al pisar la grava. Alice lo sigue.

—¡Qué casa más bonita! —exclama ella.

Es una casa bonita. Simétrica, con amplias ventanas y buenas dimensiones, molduras de piedra de Coade, columnas dóricas y un montante de abanico encima de la puerta principal.

Frank busca en su mente la parte de él que anoche, cuando estaban en la playa, recordó haber vivido aquí. Siente impulsos nerviosos burbujeando en su cerebro, caminos tratando de trazarse, parpadeando como bombillas con conexiones sueltas que finalmente acaban muriendo. Y luego vuelven a la vida. Y vuelven a morir. Empieza a estar enojado y patea la grava con la punta del zapato.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy harto de todo esto —dice—. Muy harto.

—¿No recuerdas nada?

—No. —Se relaja—. No. No recuerdo nada. Anoche estaba tan seguro… Pero ahora…

—Venga. —Ella le tira del brazo con suavidad—. Vamos a echar un

vistazo. Nunca se sabe. Puede que el interior te despierte algún recuerdo.

Él la sigue por el camino de entrada hasta la puerta. Él pisa firmemente los escalones de piedra, intentando conectar con la energía del lugar, como si la piedra tuviera memoria y pudiera recordar sus pies. Agarra el enorme pomo hexagonal de latón que hay en el centro de la puerta. Lo mantiene agarrado un rato. Cierra los ojos. Y entonces lo ve: lirios secos en un jarrón; una joven guapa con un vestido de noche de color rojo sangre y el pelo rubio y fino recogido en un moño caído. Ella le está sonriendo, ofreciéndole la mano para que cruce esa puerta.

Treinta y uno

1993

Tony abrió la puerta de la cabaña y observó al grupito de borrachos que había en la calle.

—Papá —dijo Gray—. Me voy a casa de la tía de Mark. A una fiesta o algo así.

—No es una fiesta —intervino Mark, con una voz bastante sobria teniendo en cuenta que había estado tomando chupitos de tequila durante la última hora—. Es solo una reunión con algunos amigos.

Tony lanzó a Gray una mirada totalmente confundida. Miró a Mark, luego de nuevo a Gray y finalmente a sus espaldas, a la madre de Gray, que acababa de aparecer.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pam.

—Gray quiere ir a una fiesta. Con Mark.

—No es una fiesta, señora Ross. Es solo una reunión. Solo estaremos nosotros. Estos son unos amigos míos. Y mi tía estará allí.

Tony miró a Gray con incredulidad. Gray le devolvió la mirada con firmeza, con la mandíbula en tensión. Iba a ir a esa fiesta sí o sí.

Entonces intervino Izzy:

—¿A su hija le apetecería ir? Sería genial que viniera otra chica.

Kirsty apareció detrás de sus padres y lanzó una mirada inquisitiva a Gray.

—Oh, ahí está —dijo Mark—. Nos llevamos a tu hermano a una pequeña reunión en casa de mi tía. Izzy quiere que tú también vengas.

—Hum… —Kirsty señaló su pijama—. Creo que paso.

Sin embargo, Gray pudo ver a su hermana mirando por encima de su hombro a las dos glamurosas chicas con sus exclusivos vestidos de noche y al igualmente atractivo amigo de Mark con la camisa medio desabrochada y su increíble bronceado. Formaban un grupito con un aspecto impresionante.

—Vamos —dijo Izzy—. Será divertido.

Kirsty se mordió la parte interna del labio.

—Pero es tarde —dijo.

—Solo son las diez. Ni eso. Venga.

—No sé.

Tony y Pam intercambiaron miradas.

—¡Por favor! —dijo Izzy—. Esperaremos a que te vistas. Será divertido.

Tony miró a Gray con gravedad. Este se encogió de hombros. Si Kirsty quería ir, dependía exclusivamente de ella. No estaba dispuesto a convencerla. Pero tampoco a disuadirla. Él solo quería irse ya, llegar

a la casa y retomar la conversación que Izzy y él habían iniciado en el *pub* hacía un rato, la conversación durante la cual ella apenas había dejado de mirarlo y en la que sus respectivos hombros y sus rodillas se habían rozado en varias ocasiones sin que ella se hubiera echado atrás y en la que le había dicho que era «adorable» y «fascinante» a partes iguales.

—Vale —dijo Kirsty.

Tony y Pam lanzaron a su hija una mirada de pánico.

—¿Qué? —dijo Kirsty—. Estaré bien. —Entonces se volvió de nuevo hacia el grupo—. Dadme cinco minutos. En realidad, *un* minuto.

—La llevaremos a casa temprano —dijo Izzy.

—Y sana y salva —añadió Mark.

—Gray —dijo Tony—. Quiero que los dos estéis en casa a medianoche. *Medianoche* —repitió.

Gray chasqueó la lengua. Si Kirsty hubiera decidido no ir, habrían sido más indulgentes.

—De acuerdo —dijo Gray.

—Si no volvéis a esa hora, subiré a esa casa para ponerte en ridículo, ¿me has oído?

—Está bien —murmuró Gray—. Sí, vale.

Kirsty reapareció vestida con una camiseta rosa, una chaqueta con capucha y unos vaqueros. Se había cepillado tanto el pelo que brillaba, y se había pintado los labios de un intenso color rojo.

—Ya estoy lista.

Gray la vio intercambiar una incómoda mirada con Mark; entonces, este miró a Gray y sonrió.

—Venga, vamos —dijo Gray.

Los lirios del salón se estaban muriendo. Sus pesados capullos blancos se habían inclinado, dejando unos polvos de polen amarillo en el suelo de baldosas claras y un desagradable olor. No salió a recibirlos ningún perro. La casa estaba tranquila y en silencio.

—¿Dónde está tu tía? —preguntó Gray.

—¿Qué? —respondió Mark sin prestarle atención.

—Tu tía. ¿Dónde está?

—¡Dios! —dijo Mark—. No lo sé.

—Dijiste que estaría aquí.

—Bueno, quizás esté —replicó Mark—. Puede que se haya acostado.

Todos siguieron a Mark hasta una habitación situada en la parte trasera de la casa. Era una salita cuadrada con una chimenea, un sofá, dos sillones enormes y, en un rincón, una barra de caoba totalmente equipada. Mark se inclinó, levantó la tapa de un panel, pulsó un interruptor y todo se iluminó. Había botellas de licor pegadas a la pared, varias cocteleras relucientes, estantes con vasos de cristal

tallado, un tubo con pajitas y mezcladores de cristal, una cubeta de hielo con unas pinzas plateadas, un pequeño fregadero, una neverita llena de cervezas y vino, y tres taburetes de bar con asientos de cuero rojo.

—Muy bien —dijo Mark, de pie detrás de la barra, con las manos juntas—. ¿Qué queréis tomar?

Las chicas pidieron *gin-tonics,* Alex un *whisky sour* y Gray, una cerveza.

—¿Y tú, Kirsty?

—¿Tienes coca?

Mark se echó a reír.

—¡Hala! Aún es un poco temprano para eso, pequeña.

—Me refería a… Quería decir una Coca-Cola.

—Sé a qué te referías —dijo Mark, sonriéndole con indulgencia.

Mark introdujo un CD en un reproductor que había debajo de la barra y pulsó otro interruptor. Inmediatamente, la habitación se llenó con la música del grupo A Tribe Called Quest. Gray miró a su alrededor y vio cuatro altavoces, uno en cada esquina del techo. Mark subió los bajos y el sonido retumbó a través de las tablas del suelo, a través de sus pies. Quitó el tapón de una cerveza para Gray con un abridor que estaba atornillado al lado de la barra y se la ofreció. Gray empezó a bebérsela a tragos largos. Izzy y Harrie estaban sentadas en los taburetes de la barra, susurrándose algo al oído y riéndose con complicidad mientras Mark preparaba sus combinados. Kirsty se paró al lado de Gray, sorbiendo su Coca-Cola con una pajita, moviéndose ligeramente hacia arriba y hacia abajo, siguiendo el ritmo de la música.

—¿Por qué has venido? —le susurró Gray al oído, lo bastante fuerte como para que su hermana pudiera oírle por encima de la ensordecedora música.

—Porque me ha dado la gana —le contestó ella, también en un susurro.

—Sí, pero ¿por qué?

—No lo sé. Supongo que no quería que mañana por la mañana me dijeras lo genial que te lo habías pasado. No quería ser la pringada que se quedaba en casa en pijama. —Kirsty miró a Gray con ojos penetrantes—. ¿Por qué has venido *tú*?

Gray miró a Izzy justo cuando ella apartó los ojos de Harrie y se quedó mirándolo.

Kirsty asintió con complicidad.

—Está fuera de tu alcance.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Gray.

—En serio. Mírala. Y es mayor que tú.

—Solo un poco. Me lleva unos meses.

Kirsty lo miró con escepticismo.

—Un año —dijo él—. Eso no es nada.

—¿Y dónde vive?

—En Harrogate. Como Mark. Se conocen porque frecuentan el ambiente pijo. El polo y esas cosas.

Kirsty puso los ojos en blanco.

—En fin —dijo—. Buena suerte.

—Creo que ella piensa que soy *diferente*.

—Bueno, eso seguro.

—Mira, tampoco es que seamos unos putos andrajosos. No somos tan diferentes.

Kirsty señaló la habitación de techo alto, la barra iluminada, el sofá Chesterfield, el parachispas con topes de cuero y la lámpara de araña de bronce.

—Quiero decir intrínsecamente —dijo Gray—. En el fondo. Vivimos en una bonita casa, estudiamos en un instituto que está muy bien, nos vamos de vacaciones y tenemos un coche decente. Papá y mamá beben vino.

—Ya, pero hay una gran diferencia entre eso y esto.

—Da igual —dijo Gray—. Simplemente no creo que importe. No cuando dos personas… *conectan*.

Kirsty puso los ojos en blanco.

—Salud —dijeron todos mientras Mark pasaba los cócteles.

Gray se volvió y chocó su cerveza con el combinado de Izzy. La chica le sostuvo la mirada durante una fracción de segundo y sonrió. Luego desvió los ojos y Gray siguió la mirada que le dedicaba a Mark, que estaba colocando una hilera de pastillas blancas sobre la barra.

Izzy se frotó las manos y dijo:

—¡Ooooh! ¡Vaya!

Gray ahogó un gemido. Debería haberlo adivinado. Pijos y drogas.

—No, gracias —dijo cuando Mark empujó una pastilla hacia él con la yema del dedo.

Mark lo miró con desaprobación.

—¡Oh, vamos! —dijo.

—No, en serio. Me vale con la cerveza.

Izzy le dio un codazo.

—Vamos —dijo—. Solo es éxtasis. Si quieres, puedes compartir una conmigo.

—En serio, no me va.

—¡Oh, Gray! Eres adorable.

En esta ocasión, el «adorable» no le sonó como un cumplido.

—Compartiré una contigo —dijo Kirsty, tocando suavemente el brazo de su hermano.

—¿Qué? ¡Ni hablar! ¡Tienes quince años! No puedo llevarte de

vuelta a casa colocada de éxtasis.
—¿Sabéis qué? —dijo Mark inclinándose, con los codos apoyados en la barra—. Podéis compartir la mitad. Un cuarto para cada uno. Apenas notaréis nada. Y estaréis bien cuando volváis a casa.
—Entonces, ¿de qué sirve?
—Te relajará, ya sabes. Hará que el mundo te parezca un poco mejor de lo que es durante un rato.
—¡Oh! ¡Por favor, Gray! —Izzy le agarró el brazo. Luego lo atrajo hacia ella y acercó su rostro al del chico: el olor de su pelo, la suavidad de su piel, el brazo alrededor de su cintura—. Por favor.
—En serio —dijo Mark—. Será como vivir una hora superguay de vuestra vida. Luego volveréis a casa sanos y salvos, y os acostaréis.
Gray se encogió de hombros, consciente de que estaba perdiendo la batalla y sintiendo que una pequeña y desconocida parte de él le decía que, en realidad, podría ser divertido y que quizás un estímulo químico era lo que le hacía falta para conseguir cruzar la línea entre ser «adorable» y ser un tío al que Izzy quisiera besar.
Gray asintió. Mark sonrió y partió una pastilla en dos mitades; le dio una mitad a Izzy, partió la otra mitad y le dio un trocito a Kirsty y otro a su hermano.
—¿Estás segura? —le preguntó Gray a Kirsty.
Ella respondió asintiendo y ambos se tragaron los dos cuartos de pastilla.
Mark le ofreció a Gray otra cerveza y otra Coca-Cola a Kirsty, subió el volumen de la música y apagó la luz, de modo que la habitación quedó solo iluminada por las luces de la barra y una vela enorme encendida en la mesa de café que había detrás de ellos.
Gray y Kirsty miraron a los demás durante un rato: la gesticulación casi teatral de sus conversaciones, los incesantes gritos, las bromas privadas y la cháchara. Gray estaba empezando a pensar que se había imaginado la atracción mutua entre Izzy y él cuando, de repente, la prima de Izzy se volvió hacia él y le dijo:
—Entonces, Gray, ¿tienes novia en Croydon?
Izzy le dio un codazo en las costillas a Harrie y le lanzó una mirada de horror fingido.
—¡Harrie! —exclamó.
—No —intervino Kirsty—. No tiene novia. En realidad, nunca la ha tenido…
Gray le tapó la boca a su hermana con una mano y forcejeó con ella hasta obligarla a agacharse a medias. Kirsty se defendió y volvió a levantarse, inmovilizando los brazos de Gray para añadir:
—Nunca ha besado a nadie salvo a nuestra madre.
Gray la empujó de nuevo hacia el suelo y dijo:
—Eso no es verdad. En serio. Solo lo dice porque me odia.

—¿Sabéis una cosa? Creo que no besé a una chica hasta los diecisiete —dijo el chico taciturno y algo bizco llamado Alex—. ¿O tenía dieciséis? De hecho, puede que tuviera trece. No lo sé. En cualquier caso, recuerdo haber pensado que fue una larga espera.

—Yo te besaré —dijo Izzy, volviéndose hacia Gray.

Gray soltó a Kirsty y parpadeó.

—¿Qué? Oye, no es cierto que no haya besado a una chica, o sea que no tienes por qué besarme solo para ser amable.

—¡Oh, Gray! Te prometo que la amabilidad no tiene nada que ver con esto.

Y antes de que Gray pudiera protestar o ni siquiera decidir si quería protestar, ella ya lo estaba besando delante de todos, con los brazos alrededor de su cuello, la lengua en su boca, los pequeños y duros senos contra su pecho.

Él se resistió brevemente a su abrazo, pero en seguida el sonido bestial de la música, la dorada oscuridad, el ambiente desinhibido, los tequilas, las cervezas, el éxtasis y esa chica allí, entre sus brazos, el sabor de su boca, el genuino deseo que ella sentía por él, todo eso lo llevó a un estado de abandono en el que lo único que existía eran ellos dos. Su cabeza se inundó de imágenes caleidoscópicas que iban cambiando, moviéndose, divergiendo y convergiendo, y luego vibraron al ritmo de la música en lo que de repente se dio cuenta de que era el abanico desplegado de la cola de un pavo real. En su imaginación brillaban, con todo su esplendor, las capas iridiscentes de verde, índigo y púrpura, bailando y balanceándose. Se sumergió durante un momento en la belleza de todo eso, perdiendo momentáneamente la conciencia de estar besando a Izzy, de que sus manos le acariciaban el pelo, de que los demás los estaban mirando y animando con gritos y aplausos. Lo que estaba ocurriendo era una locura, simplemente una locura. Cuando por fin se separaron, Gray la miró a los ojos y vio las marcas del pavo real allí, en sus iris, y entonces se le acercó al oído y le dijo:

—Eres guapa.

Ella se le acercó al oído y le dijo:

—Tú también eres guapo.

Al otro lado de la barra, Mark sacó una bolsita de su bolsillo y alineó otra hilera de pastillas. Volvió a partir una. Empujó una mitad hacia Gray y la otra hacia Izzy. En esta ocasión, Gray no necesitó que lo convencieran.

Treinta y dos

—¿Hola? —dice Lily, casi en un susurro—. ¿Es usted la señora Monrose?

—No —responde la mujer que habla en voz baja—. Creo que se ha equivocado de número.

—No. Lo siento, sé que ese no es su apellido, por supuesto. Me llamo Lily. Hablé con usted hace unas semanas. Después de casarme con su hijo.

Se hace un breve y tenso silencio.

—Lo siento —dice la mujer—. Sigo creyendo que se ha equivocado de número. Yo no tengo ningún hijo. Y no conozco a nadie que se llame Lily.

—Pero este número… Está en la factura del teléfono de mi marido. Es el número al que él llamó cuando yo hablé con su madre, después de nuestra boda. Es *usted*.

—Creo que debe tratarse de una confusión —dice la mujer—. Un error de imprenta, quizás. Yo no tengo ningún hijo. En realidad, no he tenido hijos.

—¡Pero reconozco su voz!

—No —responde la mujer, indiferente—. No, no lo creo.

Lily percibe como su voz se vuelve distante cuando separa el teléfono de su oído. Ella grita:

—¡Usted es su madre! ¿Por qué miente? —Entonces se interrumpe, controlando su ira—. Ha desaparecido, ¿sabe? Lleva cinco días desaparecido. Por favor, cuando cuelgue, ¿puede anotar mi número? Escríbalo y guárdelo en un lugar seguro. Por favor. Si tiene noticias suyas, tiene que decírmelo.

La línea emite un zumbido y la llamada se corta. La mujer ha colgado.

Treinta y tres

La puerta principal de la casa está cerrada con llave. Alice y Frank caminan hacia la puerta lateral que da a los jardines. También está cerrada, con un candado oxidado y trozos de alambre de púas en la parte superior. Vuelven a la puerta principal y, con las manos ahuecadas, miran a través de las ventanas que hay a ambos lados: ven un vestíbulo con las paredes curvadas y suelo de baldosas y una amplia escalera que conduce a un gran rellano bañado por la luz del sol. Hay unas enormes puertas dobles a ambos lados y más puertas detrás de la escalera. Frank lanza un suspiro.

—¿Estás bien? —le pregunta Alice.

—Sí —responde él—. Estoy bien.

—¿No te vienen más recuerdos?

—Aún no.

Trepan por el macizo de flores que hay en la ventana delantera izquierda y se estiran con torpeza para mirar al interior. Es un comedor con una larga mesa llena de libros y montones de papeles, una lámpara de araña de latón, una chimenea con sillones orejeros de cuero a juego a cada lado y otros muebles no identificables ocultos por sábanas llenas de polvo. Repiten la acción en el lado derecho de la casa: hay una gran sala de estar con tres sofás en forma de U cubiertos por sábanas llenas de polvo, una chimenea decorada con un espejo dorado en la parte superior, más sábanas llenas de polvo y cajas de cartón. Da la sensación de que quien viviera aquí estaba en plena mudanza cuando se fue.

Alice saca el móvil del bolsillo cuando escucha un tono de llamada cercano. Mira la pantalla, pero está negra. Vuelve a guardar el móvil y acto seguido se sobresalta un poco cuando escucha sonar de nuevo un teléfono. Saca otra vez el móvil del bolsillo y vuelve a mirar la pantalla negra. El teléfono sigue sonando sin parar. Mira a Frank.

—¿De dónde viene eso? —le pregunta.

Él apunta con el oído hacia la casa.

—Parece que viene de dentro.

Se quedan un rato en el macizo de flores, inmóviles como una estatua, escuchando como suena el teléfono. Al final se detiene. Entonces, un momento después, empieza a sonar de nuevo.

Alice siente un escalofrío y mira a Frank con ansiedad. Él ha entendido perfectamente lo que significa que un teléfono suene en el interior de la casa vacía. Unos días después de que él llegara a Ridinghouse Bay y unas horas después de que haya recordado haber

estado en esta casa, suena sin parar un teléfono al otro lado de la puerta cerrada con llave. Es imposible que los dos hechos no estén relacionados.

Vuelven a llamar al timbre una, dos y hasta tres veces. Luego, ambos se alejan de la casa para mirar hacia las ventanas del piso de arriba. Están buscando alguna sombra en movimiento, alguna señal de vida. Pero no ven nada. Cortinas cerradas y cristales oscuros. Y un inquietante y escalofriante teléfono al que nadie contesta, sonando en el olvido.

—Vamos —dice Alice, cogiendo a Frank por el hombro—. Volvamos a casa.

Él se queda quieto, reacio a abandonar el lugar. Pero acto seguido sus hombros ceden, se vuelve hacia Alice, sonríe y dice:

—Sí, vale.

—Siempre podemos volver.

—Sí, claro.

El teléfono sigue sonando mientras avanzan por el camino de entrada; su desesperada insistencia se convierte en una queja lejana cuando pasan por encima de las cadenas oxidadas y se desvanece del todo con el ruido de los coches que pasan cuando vuelven a pisar la acera.

Caminan en silencio un rato. Es difícil saber qué decir.

—¿Alguna teoría? —dice Alice cuando doblan la esquina y ven el reconfortante bullicio del pueblo a sus pies.

Frank está pálido; parece conmocionado. Niega con la cabeza.

Ella vuelve a intentarlo.

—Una persona está empeñada en hablar con alguien en esa casa.

Él asiente vagamente. Y luego, de repente, se vuelve hacia Alice con expresión afligida y horrorizada, y dice:

—Creo que deberíamos ir a la policía. Creo que deberíamos ir ahora. En serio.

—¿Qué?

—Cuanto más tiempo llevo aquí, más convencido estoy de que hice algo horrible. Ese teléfono que estaba sonando… Era para mí. Alguien estaba llamándome. Alguien que pensaba que yo estaría allí. Y puede que sea alguien que me quiere. O quizás alguien que quiere matarme. O quizás alguien a quien hice daño. Pero estaban llamando allí. Y ese lugar está cerca de ti. No puedo quedarme más tiempo en tu casa; no sin saber quién soy. Porque estoy empezando a pensar de verdad, Alice…, de verdad, que el hombre que soy en realidad es malo. Por favor, Alice, llévame ahora. Llévame y déjame allí. Deja que la policía solucione esto. Hablo en serio. De verdad.

Alice aspira profundamente. Siente una patada en el estómago y un poco de náuseas.

Se queda mirando a Frank un rato, con los ojos fijos en los suyos. Parece realmente aterrorizado. Tiene ganas de abrazarlo, pero se da cuenta de que él no quiere que lo retengan, que quiere escapar. Alice suelta un leve suspiro y dice:

—Aquí no hay policía. La comisaría más cercana está a doce kilómetros. Y en domingo estará cerrada. Podría llamar a la policía, pero no estoy segura de lo que les diría: «Hola, hay un hombre en mi casa que cree que podría haberle hecho algo a alguien en algún lugar. Por favor, vengan inmediatamente». —Ella sonríe, tensa, desesperada por estar en lo cierto sobre alguien por una vez en la vida, desesperada por quedarse con Frank y demostrarse a sí misma y al mundo que eso no fue un error. Y aun cuando él tenga razón, si ha matado a alguien, debía de haber un buen motivo para ello; ella lo sabe—. Escucha: quédate una noche más. Por favor. Y después, por la mañana, después de dejar a Romaine en la escuela, te llevo a la policía, ¿vale?

Él no parece muy convencido.

—¿Te acuerdas de ese *pub*? —continúa ella—. Íbamos a comer allí. A probar su famoso pudin de Yorkshire y ver qué eres capaz de recordar. ¿Sí?

Él deja caer ligeramente la cabeza y asiente.

—Vamos, entonces. Volveremos a casa y reservaremos una mesa. Los domingos se llena de gente. Y somos un grupo numeroso. —Ella le toca el codo y empieza a guiarlo con delicadeza—. Solo nos llevaremos a Sadie; haremos que pase un buen rato a solas sin esos dos tontos. Y, con un poco de suerte, quizás haya música en directo. Suele haberla a menudo. Me pregunto qué clase de música te gusta, Frank. Por tu aspecto, me imagino que grupos alternativos.

Ella está parloteando deliberadamente para impedir que Frank tenga oportunidad de pensar o de hablar, para impedir que recuerde que no quiere quedarse más tiempo aquí. Porque Alice no quiere que Frank se vaya. En absoluto. No quiere dejarlo en una comisaría y, al cabo de unos días, recibir una petulante llamada suya diciéndole: «Gracias por todo… Mi mujer y yo te estamos muy agradecidos». O una llamada de la policía diciéndole: «Es un asesino psicópata. Necesitamos que venga para responder a unas preguntas».

Ella no quiere otra cosa que despertarse en sus brazos todas las mañanas desde ahora y hasta el fin de los tiempos.

—Elbow —dice él, distraídamente.

—¿Qué?

—Elbow —repite él, con más énfasis.

Ella mira el codo de Frank inquisitivamente.

—¿Qué? ¿Te refieres a…?

—Eso es lo que me gusta. Me gusta Elbow. ¿Existe? ¿Su música es

real?

—Sí. —Ella sonríe—. Sí, existe. Es un grupo muy bueno.

—¿Podemos escuchar alguna canción suya luego?

—Por supuesto —dice Alice, tomándole la mano entre las suyas—. Claro que sí.

—¡Genial! —dice él, y todo su semblante se ilumina—. No puedo creer que lo haya recordado.

Alice le aprieta la mano y sonríe.

—Masa de harina, huevos y leche —dice.

—¿Qué? —dice él.

—El pudin de Yorkshire. Se hace así. Con grandes cantidades de masa dorada.

—Ah —responde él—. Creo que lo recuerdo. Sí, creo que sí.

Entonces, Frank le pasa el brazo por el hombro, tira de ella y caminan juntos hacia el centro del pueblo mientras la oscura sombra de la casa del acantilado se desvanece a sus espaldas.

Treinta y cuatro

1993

Alrededor de las once llegó más gente recién salida del *pub* Hope & Anchor. Mark les abrió la puerta principal y entraron en la casa. Gray miró desde el umbral de la puerta de la habitación. No estaba muy seguro de que le gustara la pinta del grupo. Eran mayores, estaban quemados por el sol y eran corpulentos y brutos. La mayoría de ellos estaban borrachos. A Mark no pareció inmutarle su llegada.

—¡Adelante, adelante! —gritó, chocando los cinco, tocando sus puños y cogiendo bolsas llenas de cerveza—. La fiesta es por aquí.

Mark señaló la puerta junto a la que estaba Gray. Los recién llegados echaron un vistazo a la casa al entrar, contemplando la altura de los techos y los brillantes cristales de las lámparas de araña. Un tipo bajito con el pelo recogido en una lacia cola de caballo parecía ser el responsable de haber traído a todo aquel grupo a la casa.

—Espero que no te importe —le gritó a Mark por encima del hombro de los tipos que había delante de él—. Hemos recogido a algunos rezagados por el camino.

—¡No, no, no! —respondió Mark, agarrando la mano del tipo enérgicamente y estrujándosela con un complicado gesto—. Cuantos más, mejor, sin duda. ¡Adelante, adelante!

Mark hizo un gesto a los últimos que entraron. Eran básicamente hombres, dos chicas de aspecto más joven y una mujer de unos cincuenta años con la cabeza rapada y las cejas perforadas.

Las tres chicas miraron a su alrededor con curiosidad cuando llegaron los nuevos invitados. Alex se puso de pie de inmediato y exclamó:

—¡Buenas noches, damas y caballeros! ¡Bienvenidos!

Se alinearon en el bar mientras Mark les servía una copa a todos. Gray se quedó en un lado de la habitación y los miró fijamente. El tipo de la cola de caballo estaba liando un porro en la barra. La mujer de la cabeza rapada se estaba fumando uno que se habría liado antes. Dos de los hombres más jóvenes estaban flirteando con Izzy y Harrie, a las que no parecía importarles en absoluto que lo hicieran. Gray se volvió para ver qué estaba haciendo Kirsty y la vio sentada en el parachispas, contemplando los rescoldos apagados.

—Vamos —le dijo, acercándose a ella—. Volvamos a casa.

Kirsty se volvió para mirarle y él se dio cuenta en seguida de que algo no iba bien. Le sonreía tiernamente, con los ojos brillantes.

—Mi precioso hermano —dijo Kirsty, tirando de Gray hacia ella y sosteniendo su rostro con las palmas de las manos—. Mírate. Fíjate en

qué rostro más hermoso. Eres muy buena persona. Una persona *maravillosa*.

Kirsty tiró de Gray hacia ella, agarrándolo con fuerza.

—¡Joder, Kirsty! ¿Has tomado más éxtasis? —le preguntó.

—Sí —respondió ella, apoyándole la cabeza en el cuello—. Por supuesto que sí.

—¡Mierda, Kirsty! ¿Cómo se supone que debo llevarte a casa ahora? No puedo hacerlo en este estado. ¡Oh, maldita sea! ¿Cuánto has tomado?

—Solo uno.

—¿Un qué? ¿Un cuarto?¿La mitad?

—Uno entero —dijo ella.

—¿Te has tomado uno entero? ¡Más el cuarto!

—¡Dios, no lo sé! ¿A quién le importa? Todo es genial. Esta casa. Y esta gente. Y tú, Gray. Mi precioso hermano. ¡Vamos a ver el pavo real! ¡Venga!

Kirsty se levantó y Gray la miró fijamente.

—Vale —dijo, pensando que tal vez un poco de aire fresco podía ser justo lo que le hacía falta a su hermana—. Iremos a ver el pavo real. Y luego te daré una taza de café, un vaso de agua y te llevaré a casa. Pero, ¡joder, Kirsty!, debes prometerme que no tomarás nada más. En serio. Es peligroso.

—¡No es peligroso, mi precioso hermano! ¿Cómo puede ser peligroso? ¡Mira lo que te ha pasado a ti! ¡Has besado a esa chica! ¡En serio, Gray! ¡Es la solución para todo!

Gray se volvió para mirar a Izzy, que ahora estaba sentada con las piernas pegadas al regazo de uno de los hombres del *pub* y jugaba con el pelo de Harrie, que descansaba la cabeza en el regazo de su prima. El hombre del *pub* parecía como si estuviera demasiado asustado para moverse o incluso para respirar. Mientras tanto, Mark servía cervezas y combinados en la barra y seguía repartiendo más pastillas blancas; la música sonaba cada vez más fuerte; las conversaciones iban subiendo de tono; el ambiente estaba lleno de humo y de sombras de gente bailando, y Gray estaba bastante convencido de que la tía de Mark no estaba en casa.

—Venga —dijo—. Vamos a ver el pavo real.

Fuera, el aire era fresco, más propio del mes de octubre que del primer día de agosto. Entre el suelo y el cielo flotaba una niebla ligera y los jardines brillaban con tonos plateados a la luz de la luna. Allí aún se escuchaba fuerte el bajo de la música, su ritmo insistente y duro. Kirsty bailaba y giraba delante de su hermano. Gray respiró profundamente, tratando de aclarar la mente. El efecto del éxtasis no había durado demasiado, y, en realidad, aparte de la frenética

felicidad que había sentido media hora atrás, mientras besaba a Izzy, no estaba seguro de que le hubiera afectado en absoluto.

Echó una ojeada a los jardines, buscando el pavo real, y allí, a lo lejos, percibió un brillo y una ráfaga, un chillido y un movimiento repentino.

—Ahí —le dijo Gray a Kirsty—. Ahí está.

Kirsty se llevó las manos a la boca y susurró:

—¡Oh, fíjate! Míralo. ¡Míralo, Gray!

Caminaron de puntillas por la mullida hierba, se sentaron uno al lado del otro, a unos metros del pavo real, y se quedaron mirando. Kirsty apoyó la cabeza en el hombro de Gray y él notó un cosquilleo en el estómago. Hasta entonces, Kirsty nunca había sido cariñosa con él. Aunque siempre habían mantenido una respetuosa distancia, ahí estaba ella, con el corazón abierto de par en par, abrazándolo y queriéndolo. Él le rodeó la cintura con el brazo, tiró de ella y le susurró al oído:

—Te quiero, hermanita.

Y ella, también en un susurro, le respondió:

—Yo también te quiero, hermano.

Y allí, delante de ellos, el pavo real se volvió de pronto hacia la luz de la casa, hacia su público, y abrió su abanico de plumas, sacudiéndose al compás de la música. Kirsty se quedó boquiabierta y dijo:

—¡Guau! ¡Está bailando! ¡El pavo real está bailando!

—¡Sí! —Gray se echó a reír—. ¡Está bailando!

Y mientras decía esto, vio un rayo de luz cruzando el césped y la sombra de un hombre. Ambos se volvieron y vieron a Mark dirigiéndose hacia a ellos, sosteniendo varias cervezas.

—¡Hola, parejita! —gritó.

Gray ahogó un gemido.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Estamos mirando el pavo real —dijo Kirsty—. ¡Está bailando!

Mark se sentó junto a ellos y le tendió una cerveza a cada uno.

—Pavos reales danzarines, ¿eh?

—¡Sí, mira!

Pero el pavo real había desaparecido.

—¡Oh! —dijo Kirsty.

—Bueno —dijo Mark, mirando a Gray, sin ningún interés en el pavo real danzarín—. Al parecer has perdido a Izzy frente a los encantos de un paleto del lugar.

Gray se encogió de hombros.

—Ella nunca fue mía.

—Antes parecía ser bastante tuya…

—Solo son las drogas, ¿no? No es real.

Mark asintió.
—Como los pavos reales danzarines.
Gray lo ignoró.
—Por cierto, ¿quién *es* toda esa gente?
—Son del pueblo. Gente que vive aquí todo el año. ¡Por Dios! ¿Te lo imaginas?
—¿Los conoces?
—Sí, conozco a algunos. Recuerda que llevo toda la vida viniendo aquí. Desde que era pequeño.
Se hizo un largo silencio, roto por carcajadas provenientes del interior de la casa.
—Bueno —dijo Mark, finalmente—. El otro día, por la mañana, ¿de qué iba todo eso?
—¿A qué te refieres?
—Ya sabes a qué me refiero. Me refiero básicamente al hecho de haber sido *rechazado*, por ti *y* por tus padres, en *la entrada* de vuestra casa. No fue muy bonito.
Ninguno de los dos dijo nada.
—Bueno, supongo que eso es lo que ocurrió, ¿verdad? Fui rechazado por intermediarios.
Gray tiró de su hermana para tenerla más cerca.
—Kirsty no se encontraba bien. No estaba de humor.
—Entonces, dime, Kirsty, ¿seguimos juntos?
Kirsty no respondió, solo se acurrucó más cerca de Gray.
—¿Ya te encuentras mejor? —insistió Mark—. ¿Lo bastante bien como para salir conmigo mañana por la noche?
Mark arrancó un puñado de hierba mientras hablaba. Su voz era estridente. Y su energía, frenética.
—No lo sé —respondió Kirsty—. No estoy segura.
—¿Qué *significa* eso? O te gusto o no te gusto. O quieres salir conmigo o no. O estás conmigo o no lo estás.
Kirsty no dijo nada.
—¿Y bien?
—Escucha, Mark. Es tarde y ella está colocada. Tengo que llevarla a casa. Tengamos esta conversación otro día, ¿vale? Cuando todos tengamos menos… *sustancias químicas* en la sangre.
—Pero ¿es que no te das cuenta? Es precisamente por eso por lo que deberíamos tener esta conversación ahora, cuando todas las emociones están a flor de piel. Cuando todos sentimos que somos *reales*.
—Mark, esto no es real —dijo Gray, soltando un suspiro.
—Por supuesto que es real. Todo es real. Lo que sientes, lo que ves es real. Sale de aquí —añadió, señalando la cabeza de Gray—. Sale de aquí. —Señaló su corazón—. Solo hacen falta unas llavecitas para

abrirlo; unas llavecitas como el éxtasis y el alcohol. Entonces —dijo, volviéndose bruscamente, de modo que su cara quedó a pocos centímetros de la de Kirsty—, te lo pregunto ahora, Kirsty: ¿qué está pasando, eh?

Gray se puso de pie y levantó a Kirsty.

—En serio, este no es el momento, tío. Me la llevo a casa, ¿vale?

Mark agarró a Kirsty por el brazo, la atrajo hacia él y la lanzó sobre la hierba. Ella cayó de culo y se dio un golpe fuerte.

Gray empujó a Mark por los hombros y dijo:

—¡Aléjate de ella, joder!

Gray hizo ademán de levantar a Kirsty y, de repente, Mark se lanzó a las piernas de Gray, lo tiró sobre la hierba y se colocó a medias sobre él. La parte superior del cuerpo de Gray golpeó a Kirsty, que gritó de dolor. Gray se levantó y trató de golpear a Mark, que le detuvo el puño y lo agarró. Con la otra mano, Mark arrastró a Kirsty hacia él y la inmovilizó pasándole el brazo alrededor del cuello. Gray tiró de los brazos de Kirsty, pero eso solo consiguió que el brazo de Mark le apretara más la garganta, por lo que decidió agarrarlo por la muñeca y tirar de su brazo. Con el talón del pie derecho, Mark le dio una patada en la entrepierna a Gray que casi le acertó en los testículos. Gray rodó hacia atrás y volvió a sentarse, dispuesto a atacar de nuevo a Mark, pero se detuvo cuando la hoja plateada de una navaja brilló a la luz de la luna.

La navaja estaba en la garganta de Kirsty. Mark jadeaba. Tenía los ojos muy abiertos y se había humedecido los labios.

—Mira —le dijo a Gray—. Mira lo que me has obligado a hacer.

Treinta y cinco

Lily se da una ducha y se viste. Los vaqueros le quedan grandes. Tiene que comer. En la cocina no hay nada que llevarse a la boca, de modo que decide salir a comprar.

Hace un día claro y soleado, casi cálido cuando siente el sol de la mañana. Se pone las gafas oscuras y disfruta del calor en la cara. Pasa por delante de la obra que hay al lado de su casa y mira hacia la ventana donde todas las noches parpadea una luz. De día parece algo muy inofensivo. No es capaz de entender por qué la asustó tanto el otro día. Mientras camina, siente como sus pulmones se llenan y se vacían una y otra vez, el sol en la piel, sus pasos anchos y largos, los sólidos adoquines bajo sus pies. Durante un rato, su mente se queda vacía de todo lo que la ha llenado durante cinco días. Antes de que Carl desapareciera se había pasado los días en el limbo, viviendo pendiente de los mensajes de texto, de los trenes yendo y viniendo, sin apenas respirar hasta que él volvía a casa. Y ahora, por primera vez desde que llegó a este país, se siente como si tal vez viviera aquí. Y no solo en el apartamento. No solo en los brazos de Carl, sino aquí. En este país.

Sus mejillas adquieren algo de color mientras se dirige hacia el centro de la ciudad. Siente la sangre correr por sus venas. Coge una cesta en la entrada del supermercado de la calle principal y recorre deprisa los pasillos, eligiendo productos: paquetes de cereales duros con fibra, latas de sopa, *pizzas*, pan, una caja de rosquillas, leche, rollos de papel higiénico, galletas, chocolate para untar, jamón, queso, jabón de baño y gel de ducha. Nada de ensaladas, bebidas sanas o verdura. No le apetece. Solo escoge lo que necesita y lo que sabe que saciará su apetito sin tener que pensar.

En la caja, sonríe a la cajera y dice:

—Hace un buen día, ¿verdad?

La cajera le devuelve la sonrisa amablemente y dice:

—Espero que dure hasta que termine mi turno. ¡Está claro que es un día para tomarse algo en un *beer-garden*!

Lily no sabe exactamente qué es un *beer-garden*, pero se lo imagina, por lo que le sonríe y dice:

—¡Yo también lo espero!

Coge las bolsas de la caja y se dirige de nuevo hacia casa. Sin embargo, dos puertas más allá descubre una tienda de ropa que no había visto hasta ahora. En el escaparate hay un vestido verde confeccionado con una tela sedosa. Es de manga corta y la falda es

ancha. No es una prenda en la que se habría fijado antes. Es muy de mujer mayor. Pero de repente se da cuenta de que no tiene ropa de verano. Llegó a este país a finales de invierno, solo con vaqueros, jerséis y prendas muy ceñidas para llevar por la noche. Hoy, el clima le recuerda que falta poco para mayo, y en el bolso lleva parte del dinero que Carl había escondido.

Se detiene frente a la puerta de la tienda de ropa, con la mano apoyada en el pomo.

Entonces piensa en el futuro. Piensa que lo más probable es que Carl esté muerto y que puede que ese dinero sea lo único que tenga para vivir durante mucho mucho tiempo. De pronto se siente arrastrada de la luz y la tranquilidad de ese momento hasta la oscura realidad de su situación. Se dirige hacia casa despacio, cargada con las pesadas bolsas de la compra y unas nubes ocultando el sol.

Vacía rápidamente las bolsas de la compra. Se come una rosquilla y se toma una Coca-Cola. Luego ahueca todos los cojines del sofá, se sienta cuidadosamente en el borde y llama a Russ.

—Lily —dice él, lo cual deja claro que había memorizado su número en el teléfono—. ¿Cómo estás?

—No muy bien.

—Entonces, ¿no hay noticias de él?

—No. Claro que no.

—No —repite él—. Claro que no. —Y entonces añade—: ¿Algo más?

—Bueno, sí. He hablado con su madre. Esta mañana.

—¡Vaya! Bueno, eso es un gran paso.

—Por desgracia, no. Finge que ella no es su madre. Me ha dicho que no tiene hijos.

—Ah —dice Russ—. Entiendo.

—Quiero que la llames tú, por favor. Llámala por mí. Dile que eres de la compañía del gas, o de la televisión por cable. —Eso fue lo que se le ocurrió esa mañana mientras caminaba por la calle principal, lúcida y ligera. Ahora que conocía a alguien en este país, quizás podría ayudarla—. Hazle algunas preguntas. Quizás puedas averiguar cómo se llama. Por favor.

Se hace un breve silencio al otro lado de la línea.

—¡Vaya!

—Por favor.

Russ no dice nada.

Ella deja que él se lo piense durante un momento.

Finalmente, Russ dice:

—Dame el número. Lo primero que haré es buscarlo en Google y ver qué sale. Ahora te llamo.

—De acuerdo —dice ella, aunque no está de acuerdo.

Estaría de acuerdo con él si hiciera lo que le ha pedido que haga. Le da el número de la mujer y se sienta a esperar. Le duele la barriga; de la ansiedad y de la repentina ingesta de azúcar después de no haber comido nada más que pan y arroz durante tres días.

Un momento después suena el teléfono.

—Bueno —dice Russ—. He buscado el número en Google y he conseguido la dirección completa.

—¿Qué?

—Apareció en una de esas páginas web en las que la gente compra y vende cosas. Alguien con esa dirección vendió un piano de cola. Fue hace un par de años, pero algo es algo.

—¿Y dónde vive?

—En un lugar llamado Ridinghouse Bay, en Yorkshire Oriental.

—¿Dónde está eso?

—En el norte —dijo Russ—. A unas cuatro o cinco horas de aquí.

—¿Podríamos ir?

—¿Podríamos?

—Sí. Tú y yo.

A continuación se hace un pesado silencio.

—Aún es temprano. Podríamos salir ahora.

—¡Vaya, caramba! No sé… Es domingo, Estoy con mi familia. Habíamos hecho planes.

—¿Qué clase de planes?

—Comer. Íbamos a comer.

Lily aspira, reprimiendo las ganas de gritarle: «¡Comer! ¡Comer! ¿Ese es el plan que tenéis? ¿Comer?».

—Puede que él esté allí, Russ —dice ella—. Puede que esté en esa casa. Con esa mujer.

Él hace otra pausa.

—Sí —dice—. Es cierto.

—Iría sola, pero, la verdad, soy extranjera y no sabría cómo llegar a un sitio que está tan lejos.

—Es un viaje muy largo, Lily. No creo que pudiéramos hacerlo en un día.

Son las once de la mañana. Ella calcula mentalmente. Si salieran ahora, llegarían a las cuatro de la tarde. Estarían una hora allí y a las diez de la noche estarían de vuelta.

—Podríamos hacerlo, Russ. Estaríamos en casa a las diez de la noche.

Russ lanza un suspiro.

—Lily…, Lily, lo siento de veras. En serio. Pero no creo que…

—Pregúntaselo a tu mujer —dice ella—. Pregúntaselo ahora. Dile que tu amigo está en peligro. Dile que es cuestión de vida o muerte. ¡Te lo ruego!

—Te llamo en un minuto, Lily. ¿De acuerdo?
Ella cuelga y sonríe.

Una hora más tarde, Russ está en el aparcamiento de abajo, en un monovolumen. Lily sube al coche con prevención. Está sucio y lleno de migas, pañales usados, toallitas secas y un asiento para bebés manchado de babas en la parte de atrás.

—Lo habría limpiado de haber sabido que hoy íbamos a hacer esto —dice Russ, sacudiendo algunas migas del asiento del pasajero—. Lo siento.

—No, está bien. Mira. —Lily le muestra el interior de una bolsa—. He preparado unos sándwiches. Y he traído rosquillas y bebidas. ¡Y fíjate! —Saca un cilindro de patatas fritas—. Pringles.

—Genial. —Russ sonríe y le aparecen unas arrugas en las comisuras de los ojos—. Jo me ha dado esto. —Le enseña un táper lleno de pasta cruda—. O mejor debería decir que me lo ha *lanzado*. «Esta es tu comida. Tendrás que preparártela tú mismo», me ha dicho.

—¡Oh! —dice Lily, abrochándose el cinturón de seguridad—. Eso no suena nada bien.

—No. —Russ enciende el motor y pone la marcha atrás—. No. No suena nada bien. Me he metido en un buen lío.

—Bueno —dice Lily—. Cuando vuelvas le dices que has encontrado a tu amigo, que eres un héroe y te perdonará.

—Ya —dice él, encaminándose hacia la salida del aparcamiento—. Esperemos que tengas razón, ¿vale? De lo contrario, estaré encerrado en el cuarto de las ratas durante mucho tiempo.

—¿El cuarto de las ratas? ¿Qué es eso?

—Es un… —Él se echa a reír—. Es un lugar para encerrar a los niños que se portan mal.

Lily abre los ojos como platos y dice:

—¿En serio, Russ? ¿Tu mujer te meterá allí? ¿Como si fueras un niño?

Él se echa a reír a carcajadas y ella da un brinco.

—¡No, no! —dice él, aún riéndose—. Es solo una expresión. Una forma de hablar.

—O sea que no lo hará.

—No, no lo hará. Pero se enfadará mucho. Y lo más probable es que esta noche yo duerma en el sofá.

Lily asiente y deja de hablar un instante. Luego, finalmente, se vuelve hacia Russ, observa su perfil con el mentón ligeramente caído, su barba incipiente y sus manos pálidas y sin vello agarrando el volante, y dice:

—Lo siento. Te agradezco muchísimo lo que estás haciendo por mí. Eres un buen hombre.

Él se da la vuelta, le sonríe y dice:

—De nada, Lily. De verdad. No tiene importancia.

Pero Lily sabe que no es cierto, que para poder estar aquí él ha tenido que pelearse con su esposa, una mujer que parece fuerte y terrible. Ahora se da cuenta de por qué Carl quería estar en compañía de Russ. Porque es evidente que este hombre de modales afables es más valiente de lo que aparenta.

Treinta y seis

En cuanto entran en el *pub* Hope & Anchor, Frank lo sabe. Sabe que ha estado aquí, y esta vez las conexiones neuronales no parpadean ni zumban, sino que son claras y fuertes… Y sí, sabe que ha estado aquí y que había una cantante de pelo rubio y otra chica al piano, y había… Se le llena la garganta con el sabor áspero de… Había tequila y había tensión en el ambiente, y esa chica estaba allí, la chica del pelo castaño, y ahora, de la nada, surge su nombre. Aterriza junto a sus pies como una piedra. Kirsty. La chica se llama Kirsty y él la quiere. La quiere de verdad.

Frank consigue no perder la conciencia y se las arregla para mantener los pies en el suelo y no vomitar. Logra llegar hasta la mesa que han reservado para ellos en una salita apartada del enorme salón del *pub*. Se sienta pesadamente en una silla. Cierra los ojos, intentando perseguir el recuerdo mientras este se dirige a los rincones más oscuros de su mente. Consigue ir tras él durante un par de segundos, el tiempo suficiente para ver unos dulces ojos verdes, un impermeable, unas zapatillas de deporte baratas y una sonrisa boba. Le duele tanto el corazón que tiene que apretárselo con ambas manos y masajearlo.

Alice no se ha dado cuenta del cambio en el humor de Frank. Está demasiado ocupada acomodando a Sadie en una mugrienta alfombra de piel de oveja que se ha traído de la cabaña, intentando averiguar qué plato de la carta quiere Romaine («El domingo no tienen tortilla, quisquillosa») y tratando de que Jasmine se quite los auriculares y apague el móvil. Cuando Frank consigue captar su atención, el momento ya ha pasado y él vuelve a sentirse normal.

—¿Ternera, cerdo o pollo? —pregunta Alice.

Él presta nuevamente atención a la carta y se vuelve hacia Romaine, que ha decidido sentarse a su lado, y pregunta:

—¿Qué vas a pedir?

—Patatas asadas.

—¿Solo patatas asadas?

—Sí. —Romaine está enfurruñada. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho.

Alice enarca las cejas mirando a Frank y suelta un suspiro.

—No me juzgues —dice—. Según ella, la carne sabe a sangre. A menos que tenga migas de pan, se la sirvan en un panecillo con queso o la preparen picada y con tomate.

Frank asiente y le dice a Romaine:

—Bueno, iba a pedir lo que tú pidieras, pero ahora creo que comeré

pollo.

Romaine se encoge de hombros como si no le importara y Alice y Frank intercambian sonrisas por encima de su cabeza.

—Me tiene harta —dice Alice.

Frank asiente y le sostiene la mirada.

—He recordado algo —dice, cuando los chicos empiezan a hablar entre ellos.

—¿Estás bien?

—Sí. —Sonríe—. Estoy bien. Esta vez ha sido distinto. Ha sido claro y nítido. He visto a una cantante de pie, ahí. —Señala el salón principal—. Con una pianista. Y he recordado a la chica, la del pelo castaño. Me he acordado de ella perfectamente. Y, Alice —dice con alegría—, ¡he recordado su nombre!

Alice levanta una ceja.

—¿En serio?

—¡Sí! ¡Kirsty! Se llamaba Kirsty.

Algo cruza el rostro de Alice; algo parecido a una nube.

—¡Oh! —dice ella—. ¡Vaya! ¡Eso es increíble, Frank!

—Lo sé —dice él—. Creo que podría tratarse de eso. Creo que ahora voy a recordarlo todo, como tú dijiste que ocurriría.

—¿Y quién es esa chica? —pregunta Alice, pensativa—. ¿Lo recuerdas?

—No del todo —dice él—. Pero he recordado que la quería. Que la quería mucho. Y que… —Vuelve a apretarse el corazón. El dolor ha vuelto al pensar en esa chica de dulce rostro de su pasado—. Y que la echo de menos. La echo mucho de menos.

Alice extiende el brazo por la parte de atrás de la silla de Romaine y le aprieta delicadamente el hombro.

—¿Era tu mujer? —pregunta, casi en un susurro.

—No lo sé —responde él—. Lo cierto es que no lo sé.

—Es gracioso pensar que quizás tengas una esposa, ¿no?

Él se encoge de hombros. No es gracioso. No, no lo es. Es horrible. Recuerda lo que le dijo Jasmine anoche durante la cena, sobre lo cruel que estaba siendo al no averiguar quién era, porque podía haber gente que estuviera preocupada por él. Y hasta ahora no ha sido capaz de imaginarse lo que eso podría suponer de verdad. No ha sentido nada por nadie salvo por la gente que ahora está con él en esta salita. Ahora, de repente, quiere a alguien del pasado. Quiere a Kirsty.

Ve a Alice forzando una sonrisa. Ella le frota la espalda y luego vuelve a colocar rápidamente la mano en su regazo. Aparece la camarera con un bloc de notas y se vuelve hacia ella para pedir su plato, no sin antes darse cuenta de que Alice tiene la mirada perdida y lágrimas en los ojos.

Durante el camino de vuelta a casa, Alice no coge a Frank de la mano. Para empezar, los chicos se asustarían, pero más allá de eso, no quiere hacerlo. Se da cuenta de que está llegando el final de esta historia; se está ocultando tras el horizonte y no le gusta la pinta que tiene. Tiene una pinta cruel y mezquina. Tiene la misma pinta que ella, sentada a solas en su habitación, recortando mapas para hacer obras de arte destinadas a personas que se las regalan a gente a que aman. Tiene la pinta de ella viendo la televisión en un sofá lleno de migas, rodeada de perros y adolescentes malhumorados, para luego acostarse con un galgo y despertarse a la mañana siguiente con el pelo grasiento como el de un tejón, no arreglárselo y volver a empezar de nuevo otra vez. Tiene la pinta de que este hombre tan guapo con su pelo de color castaño, sus dulces ojos, su cálido aliento y sus fuertes manos saldrá de su vida dejándola aquí, en una existencia con la que era bastante feliz antes de que él apareciera en la playa hace cinco días. Tiene la pinta de que es lo mejor que puede pasarle en este preciso momento de su vida, que todo le sea arrebatado antes de que haya tenido ocasión de disfrutarlo.

Mientras siguen caminando, Alice no dice nada. Sadie cojea a su lado. Jasmine ha vuelto a poner su música y camina delante de ellos, con aire taciturno y vulnerable: Alice piensa que es una pose deliberadamente afectada. Kai coge de la mano a Romaine; ambos charlan animadamente. Las gaviotas vuelan y descienden en picado contra el horizonte, donde un enorme crucero centellea tenuemente, tan lejos de la pequeñez y los siglos de antigüedad de Ridinghouse Bay que parece de otro planeta.

—¿Estás bien, Alice? —le pregunta Frank, mirándola con ojos tiernos y llenos de preocupación.

—Estoy bien —dice ella—. Solo pensativa, ya sabes.

Él asiente y mira a lo lejos. Luego se vuelve hacia ella y dice:

—Quizás esté muerta, ¿sabes? Esa chica. Kirsty. Puede que fuera mi novia cuando yo era joven. Bueno, se ve muy joven, una adolescente. No es muy probable que siga estando con ella ahora, aunque estuviéramos enamorados en 1993. O cuando fuera que yo estuve aquí.

Realmente, Alice no sabe qué decir. «Kirsty» podría ser cualquiera: su mujer, su hija, su primer amor, su hermana. Esa no es la cuestión. La cuestión es que él la quiere. La quiere, en *presente*. Lo cual significa que ella ya no puede seguir fingiendo que Frank existe en el interior de una burbuja. Ya no puede seguir fingiendo que es solo suyo.

Él lanza un suspiro y dice:

—Bueno, sea como sea, mañana sabremos qué pasó y después de eso no estoy muy seguro de que tengas muchas ganas de seguir conociéndome. Esté casado o no.

Entonces, ella se detiene y se vuelve para mirar a Frank cara a cara. Piensa que él no lo entiende; realmente no lo entiende.

—Yo siempre querré seguir conociéndote, Frank —dice—. De un modo u otro. La verdadera cuestión es si tú querrás conocerme a mí o no.

Treinta y siete

1993

La navaja de Mark dejó una marca en el cuello de Kirsty. Sus dedos tiraron del brazo de Mark en la parte donde le apretaba el pecho.

—¡No te *muevas*, joder! —le siseó Mark—. Tú sigue sentada y quieta, ¿de acuerdo?

Gray se inclinó hacia delante, haciendo un movimiento en dirección a la navaja. Mark volvió a patearlo, echándolo nuevamente hacia atrás.

—¿Quieres que me la cargue? Porque lo haré.

Gray miró desesperadamente hacia la parte trasera de la casa, deseando que alguien saliera en aquel momento. Pero no salió nadie. Empezó a levantarse. Si pudiera entrar en la casa y contarles a todos lo que estaba ocurriendo, Mark no la mataría. No podría hacerlo.

—Ni siquiera pienses en huir, desgraciado. Formas partes de esto, ¿de acuerdo? Te vas a quedar aquí o le corto la yugular. Y lo haría sin parpadear, ¿entendido?

Gray asintió. Haría todo lo que Mark le pidiera. De momento. Mientras la punta de esa navaja siguiera dejando esa marca de aspecto tan doloroso en el cuello de su hermana.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó Gray—. Estás loco.

—No —respondió Mark sin rodeos—. No estoy loco en absoluto. Estoy totalmente cuerdo. Tú has hecho que esto ocurriera. Tú y toda tu cutre familia de mierda.

—¿Cómo? —preguntó Gray—. ¿Qué hemos hecho?

—Ya sabes lo que habéis hecho. Os vi a todos en la playa, hablando de mí; vi la forma en que todos me mirabais, analizándome, preguntándoos si iba a ser lo bastante bueno para vuestra *preciosa* princesita. Hice todo lo que pude… Os preparé una *tarta*. Una maldita *tarta*. Y todos os sentasteis allí como si os obsequiara con una mierda.

—¿Qué?

—No soy estúpido, *Graham*. Me odiaste entonces y tu objetivo fue asegurarte de que toda tu familia también me odiara. Los volviste a todos contra mí. Incluida Kirsty.

Gray abrió la boca para decir algo, para explicarle a Mark que había vuelto a Kirsty en su contra solo porque era un maldito anormal. Luego vio la navaja presionando cada vez con más fuerza la piel de Kirsty y sus ojos cada vez más abiertos y aterrorizados. Y decidió probar con la empatía.

—Lamento que pienses eso —dijo, tranquilo—. Supongo que puede que estuviera ejerciendo de hermano mayor sobreprotector, ya sabes.

Hasta ahora, Kirsty nunca había tenido novio. Y no me sentía cómodo con la situación.

—Y lo que ocurrió la semana pasada —continuó Mark, fuera de sí—, cuando vine a ver a Kirsty para invitarla a salir. Y tú y tus padres allí, en la puerta, como un grupo de guardaespaldas analfabetos. Fue muy ofensivo. Jamás me habían tratado así. Jamás. Eso fue repugnante.

—Mark —dijo Gray, reprimiendo con todas sus fuerzas el impulso de golpearlo en la cara—. Te pido disculpas si te sentiste así. Kirsty me dijo que quizás era demasiado joven para tener una relación. Que estaba nerviosa por si hería tus sentimientos. Me pidió que te dijera que no se encontraba bien para tener tiempo para pensar si quería seguir con la relación o no. Yo solo estaba cuidando de ella, cumpliendo sus deseos. Pensé que lo respetarías. No creí que te pondrías así. Nos pilló a todos por sorpresa.

—Oye, tío —gruñó Mark—, nadie me hace esto a mí, ¿vale? Nadie se comporta como si fuera mejor que yo. Y menos un mierdecilla rancio como tú.

—Lo siento, Mark. De verdad. He sido injusto contigo y te pido disculpas. Y ahora, por favor, suelta a mi hermana. La estás asustando.

—¿Sabes por lo que he tenido que pasar en mi vida, imbécil? ¿Tienes idea? Por supuesto que no. Tú vives en tu encantadora y acogedora burbuja con papá, mamá y tu hermanita. Una vida de bonitas cabañas y de cenas en *pubs*. De excursiones *de un día entero*. De modo que discúlpame por haberme enamorado de tu hermana. Y, ¡oh!, discúlpame por no entender por qué tu hermana —sacudió ligeramente a Kirsty, aumentado la presión del brazo en su pecho— puede estar en la playa conmigo, *entre mis brazos*, diciéndome que me quiere, y un minuto después decidir que «no está lista» para una relación, ¿vale?

Mark volvió a sacudir a Kirsty, que lanzó un gemido.

—Vamos —dijo Mark, tirando de Kirsty hacia arriba—. Levántate.

—¿Adónde te la llevas?

—¿A ella? No me la voy a llevar a *ella*. Os voy a llevar a los dos conmigo. Levántate, desgraciado. *¡Levántate!*

Gray no podía moverse.

El rostro de Mark se retorció de disgusto y durante un breve instante apartó la navaja del cuello de Kirsty para amenazar a Gray.

—¡Levántate, *joder*!

Gray cogió a Mark por la muñeca y por un momento pudo agarrarlo con firmeza.

—¡Kirsty! —gritó Gray—. Ahora. ¡Corre!

Kirsty intentó zafarse del brazo de Mark, pero él le tiró del pelo hacia atrás. Entonces, de repente, este se liberó de la mano de Gray y empezó a retorcerle el brazo en la espalda, empujando su mano hacia

arriba por la articulación de la muñeca, cada vez más tensa. El mundo pareció astillarse en mil pedazos rojos y negros cuando el hueso se rompió y el dolor alcanzó la consciencia de Gray y se asentó allí como un horrible pájaro negro esperando para abalanzarse sobre él y llevárselo. Gray se miró el brazo, el espantoso ángulo entre la mano y la muñeca, donde se veía el improbable bulto del hueso a través de la piel. El cielo parecía oscurecerse a su alrededor, y por un momento pensó que iba a desmayarse. Pero entonces llegó el dolor, despertándolo por completo y conmocionándolo.

Mark había vuelvo a colocar la navaja en la garganta de Kirsty.

—Intenta huir y te romperé la otra —siseó—. Levántate, ¡maldita sea!, y ven conmigo.

Treinta y ocho

Lily y Russ han dejado atrás el sureste y se dirigen hacia el norte por la autopista.

—Dime, ¿cómo os conocisteis Jo y tú? —pregunta Lily.

—¡Oh, Dios, vaya pregunta!

—Sí, vaya pregunta —dice ella.

Él sonríe y responde:

—En el trabajo.

—¿En el mismo sitio donde conociste a Carl?

—No, en la empresa donde trabajaba antes. Ella era mi jefa.

—¡Oh! —exclama Lily—. Eso tiene sentido.

—¿De veras?

—Sí, porque es mandona.

Russ se echa a reír a carcajadas.

—¡No lo es!

—¡Sí lo es! No quería que desayunaras conmigo. No quería que me llevaras a Yorkshire. ¡Y te ha tirado la comida a la cabeza!

—Oh, en serio… Eso es… Lo que pasa es que está muy cansada. Y durante la semana parece que esté metida en un agujero.

—¿Metida en un agujero?

—Sí, ya sabes, como un perro encerrado en una jaula. Está desesperada por salir; vive para los fines de semana. Cuando estoy en casa podemos compartir el cuidado del bebé y hacer cosas divertidas juntos. Pasar tiempo con Darcy.

Lily se estremece ligeramente. No quiere un hijo hasta que tenga treinta y cinco años. Se lo comentó a Carl y él le dijo que esperaría todo el tiempo que ella quisiera. Pero ahora se siente identificada con esta mujer, Jo. En algunas ocasiones, a lo largo de las dos últimas semanas, también se ha sentido «metida en un agujero». Se habría sentido muy desgraciada si Carl la hubiera dejado un día entero durante el fin de semana para viajar con una mujer. Y ella ni siquiera tiene un bebé al que cuidar. Lily asiente y dice:

—Lo entiendo. Por favor, ¿le dirás a tu mujer que lo siento mucho y que le estoy muy agradecida? Le haré un regalo.

—¡Oh, no es necesario, de verdad! Pero se lo diré. Es inofensiva, en serio. Es un cielo. Es la mejor mujer que conozco. Soy muy afortunado por tenerla.

—¿Cómo es?

—Es guapa —dice Russ, y Lily se pregunta si se refiere a guapa como ella o a guapa comparada con él—. Es pelirroja y tiene los ojos

verdes. Es despampanante.

Lily mira a Russ y el resplandor que emana de él cuando habla de su mujer. Así es como se siente ella cuando habla de Carl. Como si estuviera hechizada.

—Mira. —Russ mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y saca una cartera—. Aquí hay una foto suya. Échale un vistazo.

Lily coge la cartera y la abre. En la foto aparece una mujer guapa con gafas sosteniendo un bebé. Lily le devuelve la cartera.

—Muy guapa —dice—. Tienes mucha suerte.

Lily busca en el bolsillo de su abrigo las llaves que ha encontrado en el archivador de Carl, con la reconfortante y sólida esfera en el llavero. Luego, sus dedos palpan el fajo de billetes de veinte libras que se ha llevado, por si tiene que dormir en un hotel o comprar un billete de tren para volver a casa. En el bolso lleva el álbum de fotos de la boda para enseñárselo a la madre de Carl y algunas fotos de su familia en Kiev. Se aferra a la esperanza de que esa mujer se ablandará en cuanto ella se presente en la puerta de su casa. Los invitará a entrar, les servirá un té y la escuchará.

—¿Y tú? —dice Russ—. ¿Cómo conociste a Carl?

—¿No te lo contó?

—No. No salió en la conversación, eso es todo. —Russ se ríe—. Volvió de Ucrania y me dijo que había conocido a alguien especial.

Ella le habla del congreso en febrero, del trabajo sin contrato que aceptó para hacerle un favor a su madre y de cómo se enamoró de él en cuanto lo vio.

—¿Y cuándo te pidió que te casaras con él? ¿Fue entonces?

—No. No, volvió al cabo de una semana. —Los rasgos del rostro de Lily se suavizan al evocar el recuerdo—. Con un anillo. Fue el momento más emocionante de toda mi vida.

—¿Y cómo…? —Russ vacila y vuelve a empezar la frase—: ¿Cómo es él? Ya sabes, en el día a día. Es que… no soy capaz de imaginármelo en la vida doméstica.

—Es maravilloso. Todos los días me trae algo: una trufa de chocolate, una rosa, un pasador… Me manda mensajes de texto con palabras de amor. Cuando vuelve a casa me cuida, cocina para mí, me prepara el baño y me trae toallas. Me adora.

—¡Vaya! —exclama Russ, mirando por el espejo exterior y el retrovisor antes de meterse en el carril del medio—. Eso es increíble. Me cuesta imaginarlo.

—No puedo explicarlo —dice Lily—. No se parece a nada que haya vivido antes. Es más que amor. Es obsesión.

—Lo cual puede ser… Bueno…, eso tiene un lado oscuro, ¿no? La obsesión.

—Todo tiene un lado oscuro, Russ.

—¡Ya! —Él sonríe—. Sí, supongo que es verdad. Supongo que sí.

—Yo soy una persona muy oscura.

—¡Oh, yo no diría eso…!

—No, porque no me conoces. Pero es cierto. Lo soy. Aunque eso no significa que no pueda pasarlo bien. Puedo pasarlo muy bien. Pero cuando se trata de mí, cuando estoy a solas conmigo misma…, hay oscuridad.

Russ asiente y vuelve a meterse en el carril rápido.

—Bueno, eso es interesante —dice.

—Sí —responde Lily—. Lo es.

—Creo que en este país la gente pasa mucho tiempo preocupándose por la oscuridad. Todos queremos ser alegres. Y nos asusta no serlo.

—Tú eres alegre.

—Sí, lo soy. O al menos lo intento. Aunque eso no significa que no tenga momentos de… introspección.

—Esa palabra… ¿Significa mirar hacia dentro?

—Sí, mirar hacia dentro. Me pregunto quién soy, por qué estoy aquí, me da por cuestionarlo todo.

Lily procesa lo que él ha dicho y luego asiente.

—Creo que Carl también es muy oscuro —dice, al cabo de un momento.

—Sí —responde Russ, asintiendo con énfasis—. Sí, probablemente tengas razón.

Entonces Lily se vuelve para mirar por la ventanilla. El paisaje es una mancha de campos verdes, cielo azul y ocasionales estallidos de color dorado. En un enorme cartel verde puede leerse norte. Lily piensa en la oscuridad de Carl, en los momentos en que se quedaba callado, en cuando le apartaba la mano o no le contestaba a una pregunta. Recuerda las noches en que él hablaba en sueños, moviéndose de un lado a otro. Gritaba. Una vez la estranguló mientras dormía. Lily se despertó con él encima. Sus ojos no la miraban; tenía los brazos levantados y luego las manos alrededor de su cuello, apretándoselo sin parar. Sus ojos se llenaron de lágrimas y la sangre le palpitaba en las sienes. Ella tenía la rodilla en la ingle de Carl, y entonces él se despertó y la miró con los ojos conmocionados y una expresión de enfermiza comprensión mientras sus manos se aflojaban alrededor de su cuello y le acariciaba el rostro con los dedos y gemía, diciendo: «Lo siento, lo siento mucho. Ha sido una pesadilla. Tenía una pesadilla». Luego la besó, la abrazó y le hizo el amor con más ternura que nunca.

Al día siguiente le regaló un collar con un colgante de diamantes.

Lily no sabe nada de la infancia de Carl, de su pasado. No sabe nada de sus cicatrices. Pero sabe que están ahí.

Luce el sol cuando dejan la carretera principal en dirección a ese pueblo llamado Ridinghouse Bay. Se está bien en el coche, con la radio sintonizada en una emisora agradable y el aire caliente. Y Russ es una excelente compañía. A su lado, Lily está relajada, como si pudiera decir lo que quisiera. En la siguiente curva aparece el pueblo: un revoltijo de casitas en forma de C desparramadas hasta el mar y pequeñas embarcaciones flotando en el puerto lleno de espuma. Sin embargo, se alejan del pueblo y toman una carretera sombría que un arco de árboles convierte en un oscuro pasadizo.

La mujer de Google Maps dice: «Dentro de cincuenta metros, a la izquierda, habrá llegado a su destino».

Ahora Lily está nerviosa. Agarra la manga de Russ y dice:

—Tengo miedo.

—Todo irá bien —responde él—. Lo más probable es que no haya nadie. Lo más probable es que demos la vuelta y volvamos a casa.

—Eso también me da miedo.

Siguen avanzando pero tienen que parar porque en el camino de entrada hay una cadena oxidada. Lily se baja del coche, suelta la cadena, tira de ella y espera a que Russ pase con el coche. Nunca había visto una casa tan bonita. Está construida con una piedra de color crema, o puede que la pintaran de ese color. Hay gárgolas y bustos empotrados en el enyesado, columnas estriadas y unas piedras en forma de sonrisa que conducen hasta una enorme puerta de madera negra con una aldaba de latón en el centro. Detrás de la casa está el mar y un cielo azul lleno de nubes de un tono dorado pálido.

Lily se dirige hacia la puerta del coche de Russ y espera a que se baje.

—Es una casa muy bonita —dice ella—. Nunca había visto una casa como esta.

—Es de estilo georgiano —explica Russ, sacudiéndose unas migas de sándwich del regazo y extendiendo los brazos—. O puede que neogeorgiano. Parece un poco descuidada.

Ella lo sigue hasta la puerta principal con el corazón latiéndole a toda velocidad, agarrando con fuerza el bolso, en cuyo interior está el álbum de fotos. No hay señales de vida, y ahora que están más cerca de la casa, Lily se da cuenta de que la construcción está abandonada y destartalada, los muros de color crema y las ventanas están sucios y los lechos de rosas de las ventanas delanteras están cubiertos de maleza y llenos de hojas secas.

Aunque, después de todo, no es ningún palacio de cuento de hadas, es una buena casa. Lily no es capaz de imaginarse por qué Carl no ha querido traerla aquí para compartir esto con ella.

Lily toca el timbre, que suena, tal como pensó que ocurriría, con el elegante sonido de los tubos de cobre. No abre nadie. No se enciende

ninguna luz. No se escuchan voces. Russ vuelve a llamar. Mira a Lily, frunce el ceño y llama de nuevo. Lo siguen intentando durante cinco minutos hasta que es evidente que en la casa no hay nadie o que, si hay alguien, no quiere abrir. Entonces, Lily se mete la mano en el bolsillo y saca el llavero.

—Mira —le dice a Russ, sosteniendo el llavero en la palma de la mano—. Esto estaba en el archivador de Carl.

Russ lo coge y examina las llaves. Luego observa el ojo de la cerradura tallado en la enorme puerta de madera y dice:

—Podría ser.

Russ introduce en la cerradura la llave de aspecto extraño que Lily había pensado llevar al cerrajero y la gira. Hace un leve clic cuando abre.

Russ y Lily se miran. Lily asiente. Russ empuja la puerta para abrir.

Treinta y nueve

Por la noche, Alice deja a Frank a su aire. Él se había ido directamente al cobertizo cuando volvieron de comer; dijo que estaba cansado. Sin embargo, ella sabía que solo quería estar solo, tener espacio para pensar en lo que había recordado ese día.

Alice sube a su habitación para controlar a sus padres a través del iPad. Están sentados uno al lado del otro en su bonito sofá de John Lewis, frente a la televisión. Sabe que ninguno de los dos tiene ni idea de lo que están viendo. Si ahora los llamara y les preguntara qué están haciendo, les costaría encontrar una respuesta. No obstante, incluso en medio de la niebla en la que se desvanecen sus facultades, están cogidos de la mano. Ahí están, apretando la mano del otro. No saben quién es el primer ministro; no saben qué día de la semana, mes o año es. No recuerdan los nombres de sus hijas y, por supuesto, no recuerdan si han comido o qué van a cenar esta noche. No saben nada que sea significativo. Pero saben que se aman.

Alice se vuelve para echar un vistazo a su cama. Las sábanas están revueltas en un particular nudo poscoito y la colcha, arrugada, parece una playa ondulada por la marea. No se entretiene con los recuerdos de la noche anterior, sino que quita la ropa de cama y la enrolla en una enorme bola que deja en el rellano que hay frente a su habitación para llevarla directamente a la lavandería. Saca un juego de sábanas limpias del armario de la caldera y hace la cama con eficacia y rapidez. Recoge de un rincón los cojines bordados que compró hace mucho tiempo para decorar su cama, aunque nunca lo han hecho porque no está dispuesta a quitarlos y ponerlos una y otra vez sin parar y porque además ella no es una de esas personas que tiene cojines en la cama. Coloca los bonitos cojines en fila sobre las almohadas, tira del suave edredón y luego observa cómo quedan. Es agradable. No parece una cama para tener intensas relaciones sexuales, de esas que cambian la vida de la gente, con desconocidos que son asesinos en potencia. Parece la cama de una mujer soltera, un sitio para leer novelas, consolar a los hijos y hablar con perros como si entendieran lo que se les está diciendo.

En la pantalla del iPad que hay en su mesa oye hablar a sus padres.

—Te quiero —le dice su padre a su madre.

—Yo también te quiero —le dice su madre a su padre.

Y a continuación:

—Me pregunto si hoy vamos a comer algo.

Frank está tumbado boca arriba, con las manos sobre la barriga, observando los detalles del techo de madera: las telarañas, los nudos y espirales, las juntas y las cornisas. Su mente se está aclarando. A toda velocidad. Ahora es capaz de recordar el lugar donde vive. Es un apartamento en una casa grande. Hay que bajar algunas escaleras, tiene una sala de estar al entrar, un dormitorio a la derecha y un pasillo a la izquierda que conduce a la cocina y a un baño. Las paredes están pintadas de color amarillo. Todos sus zapatos están apilados junto a la entrada. Tiene zapatillas de deporte, botas de montaña, botas de fútbol de brillantes colores y varios pares de zapatos de piel con cordones. La mayoría son marrones. Encima de ellos están colgadas sus prendas de abrigo. Hay un cubo metálico con un paraguas y una mesa con varias llaves encima. El suelo es de tablas de madera laminada de un tono albaricoque claro. La sala de estar es cuadrada y está desordenada: hay un enorme y destartalado sofá de color crema —piensa que quizás es una herencia de su madre— y una larga y estrecha mesita de café llena de papeles y tazas vacías. Hay dos ventanas que dejan ver un muro, algunos muebles de jardín y, al fondo y un poco más arriba, un trozo de césped verde.

Ha estado buscando una y otra vez en este escenario recientemente recordado señales de una familia o de una esposa, pero no hay ninguna. Quiere subir al piso de arriba y decirle a Alice: «¡No hay ninguna mujer! ¡Vivo solo!». Pero necesita saber muchas más cosas antes de poder garantizarle nada.

Recuerda cuál es su empleo. Trabaja en una escuela. Da clases a alumnos de trece y catorce años. Ha buscado mentalmente entre los rostros de los estudiantes que se sientan en filas delante de él, por si encontraba a esa chica llamada Kirsty. No es capaz de dar con su rostro, pero sí puede ver el libro que está sobre su mesa y lo que hay escrito en la pizarra: por lo visto, es profesor de matemáticas, lo cual le parece bastante espantoso.

Anoche, cuando estaba en la cama con Alice, no se sintió como un profesor de matemáticas. Anoche habría podido ser cualquier cosa y cualquier persona; había sido tierno y vital, la esencia de sí mismo sin tapujos. Le había gustado estar en la cama con Alice; sin embargo ahora, con cada recuerdo, se ve reduciéndose a algo cada vez más pequeño. A un profesor de matemáticas que vive solo en un descuidado apartamento.

Escucha música proveniente de la ventana de la habitación de Jasmine que da al patio. Oye ladrar a uno de los perros y el ruido de alguien preparando algo en la cocina.

Sería muy tentador decidir no recordar para detener el proceso justo aquí, ahora, y arrastrarse hasta la cama de Alice. Ser el enigmático, amnésico y necesitado Frank para siempre y no volver a descubrir

ninguna otra cosa decepcionante sobre sí mismo.

Se levanta de la cama y abre la puerta del cobertizo. Se queda de pie en calcetines, sintiendo el aire áspero y frío de la tarde en su piel, y levanta la vista hacia la habitación de Jasmine. Cuando mira, ella aparece, enmarcada en la ventana; una aparición de rostro pálido, toda ojos, pelo y labios. Jasmine baja la vista y se queda mirándolo fijamente durante un momento; luego levanta una mano para saludarlo antes de retirarse y cerrar las cortinas.

Frank se da la vuelta y se mete otra vez en el cobertizo. «No», piensa, «yo no pertenezco a este sitio. Por mucho que quisiera hacerlo, no puedo permanecer aquí. No sería justo para Alice y tampoco lo sería para sus hijos. La policía dirá quién soy y luego podremos comenzar a partir de ahí». Se deja caer de nuevo en la cama pesadamente, sintiendo un doloroso nudo en la garganta ante la idea de marcharse, ante la idea de perder a Alice. Y entonces, de repente, en su cabeza aparece un gato naranja. Un gato naranja llamado… *Brenda*. Ve el pequeño cuenco marrón que hay en el suelo de la cocina, lleno de comida intacta. Ve al gato hecho un ovillo en el destartalado sofá de color crema. *Su* gata, piensa, con una punzada de sorpresa. ¿Por qué llamaría Brenda a su gata? Entonces lo inunda una ola de inquietud. ¿Quién da de comer a esa gata? ¿Quién cuida de ella?

Y eso, más que cualquier otra cosa, resuelve la cuestión. Se acabó. Mañana lo sabrá.

Cuarenta

1993

Mark había encerrado a Kirsty y a Gray en una habitación de invitados situada en algún lugar de la parte de arriba de la casa; los techos eran bajos y los muebles estaban gastados y en mal estado. Desde allí aún podían oír la música; retumbaba a través de las plantas de sus pies y hacía temblar y tintinear los cristales mal encajados de los tragaluces. Sonaba tan fuerte que Mark había conseguido que ambos subieran dos tramos de escaleras sin que nadie los oyera. Kirsty se acurrucó en la cama mientras Gray pateaba la puerta para intentar echarla abajo. Era una puerta victoriana, de fabricación sólida, y las patadas de Gray no causaban ningún impacto en ella. Se acercó a la ventana; intentó abrirla con la mano izquierda, pero también estaba cerrada. Golpeó el cristal con el puño, por si, casualmente, había alguien en el jardín.

Kirsty empezó a sollozar.

—Escucha —le dijo Gray, sentándose a su lado en la cama—. Es casi medianoche. ¿Te acuerdas de lo que dijo papá? Dijo que si no estábamos en casa a medianoche vendría aquí para dejarnos en ridículo, ¿vale? O sea que llegará pronto. ¿Sí? ¿De acuerdo?

Ella asintió, jadeó y dijo:

—Pero Mark le dirá que no estamos aquí. Le dirá que nos fuimos.

—Bueno, entonces papá se marchará y tratará de encontrarnos. Y cuando no nos encuentre, volverá aquí, ¿de acuerdo?

—Pero ¿y si ya es demasiado tarde, Gray?

Él se volvió hacia ella y le sonrió.

—No nos hará daño, Kirst. Se lo impediré.

—¡Pero mira tu muñeca! ¡Ya nos ha hecho daño!

Gray miró su muñeca, que colgaba de su brazo de forma repulsiva.

—Me pilló por sorpresa. Ahora estamos alerta, ¿vale? Ahora sabemos quién es. Y estaremos preparados para hacerle frente. ¡Aquí! —Se levantó de la cama y empezó a abrir los cajones de las mesillas de noche—. Vamos. —Se volvió hacia Kirsty—. Echa un vistazo dentro del armario. En esta habitación tiene que haber algo que pueda sernos útil.

—¿Qué?

—¡Cualquier cosa! Un kit de costura, un cepillo de dientes, una manta vieja… Vamos a sacarlo todo y veremos qué se puede hacer.

El sudor se deslizó por la frente de Gray hasta sus ojos. El dolor de la muñeca rota lo diluía la adrenalina que fluía por todo su cuerpo, pero, aun así, estaba conmocionado. Resopló asombrado cuando lo primero que encontró en el cajón de arriba fue una caja de

Cafiaspirina. Aunque había caducado en 1990, le dio igual; se metió cuatro pastillas en la boca y se las tragó. En el mismo cajón también había un folleto turístico de la zona de 1988, algunos billetes de tren usados y un par de etiquetas de una tintorería que aún conservaban los imperdibles de seguridad. Cogió los imperdibles y los dejó cuidadosamente encima de la mesilla de noche. Acto seguido abrió el segundo cajón. En su interior encontró varias tabletas de Dioralyte,* una baraja de cartas, algunos pañuelos de papel usados, un frasco medio vacío de Handy-Andy,** un folleto de la mansión Sledmere y en un rincón, escondido en el fondo, enrollado, un cinturón de cuero fino de los que se ajustan a los vestidos de mujer.

Gray colocó todo esto junto a los imperdibles y se dirigió hacia la mesilla de noche del otro lado de la cama. Dentro encontró más cosas inútiles que habrían dejado allí algunos invitados despistados: tapones para los oídos, pilas gastadas, una revista de sopas de letras, una cinta elástica para el pelo, un antifaz de la compañía aérea Virgin Atlantic y algunos caramelos rancios. Lanzó un suspiro y gruñó.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó a su hermana.

—Perchas de alambre —dijo—. Un montón.

—Genial —siseó Gray con los dientes apretados, esperando que las pastillas surtieran efecto—. ¿Qué más?

—Varios pantalones de viejo con manchas que apestan, mantas, un secador de pelo, bolas de alcanfor, un calefactor eléctrico y algunos sombreros.

—Bien —dijo Gray, que empezó a sacar perchas de alambre del armario—. Creo que con esto podríamos causarle bastante daño a Mark. Lo que debes hacer es manipular los ganchos; doblarlos hacia atrás y hacia delante. Sí, así. Hasta que se rompan. Genial. Ahora, métete un par en los bolsillos. Podrías utilizarlos para sacarle los ojos. El siguiente podrías hacerlo un poco más largo. Eso es, muy bien.

Gray volvió a echar un vistazo a la habitación. En un rincón había una silla pequeña de madera. Intentó levantarla en el aire, pero era demasiado pesada para golpear la cabeza de alguien con ella sosteniéndola solo con la mano izquierda. Entonces se dio cuenta de que encima de una de las mesillas de noche había una lámpara Anglepoise. Tenía una base sólida; decididamente, era lo bastante pesada como para provocar una conmoción cerebral. Gray empezó a diseñar un plan. Le pidió a Kirsty que sostuviera la lámpara mientras él le arrancaba el cable. Luego movió la silla hasta la puerta.

—Tú te vas a quedar aquí —susurró apresuradamente Gray a su hermana, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Con esto. —Le tendió una manta doblada—. Cuando Mark entre, se la tiras a la cabeza. Yo me ocuparé del resto, ¿de acuerdo?

Kirsty asintió, negó con la cabeza, volvió a asentir y dijo:

—¿Y si fallo?¿Y si no sale bien?

—Saldrá bien. Y si sale mal, yo estaré aquí con esto. — Gray indicó la lámpara—. Y con esto. —Señaló el cable arrancado de la lámpara y el cinturón de plástico—. Y, en el peor de los casos, coges la silla y lo golpeas con ella. Luego utilizas los ganchos de alambre para atacarlo. Usa cualquier cosa, lo que sea, ¿de acuerdo? Lo más importante es salir de esta habitación. En cuanto hayamos salido buscaremos ayuda. De modo que debemos ser *animales*, Kirsty. ¿De acuerdo? Animales.

Ella asintió con incertidumbre y él la cogió y la abrazó fuerte.

—Te quiero, Kirsty —dijo Gray—. Pase lo que pase, quiero que lo sepas. Eres la mejor hermana que podría tener. Estoy muy orgulloso de ti. Y te quiero.

Kirsty acercó el rostro al pecho de su hermano. Él le apoyó el mentón en la coronilla y se quedó mirando fijamente el techo. Las pastillas no le hacían ningún efecto. Su muñeca aulló, como si le hubieran inyectado mil descargas eléctricas en el brazo. Gray quería tumbarse y llorar. Pero debía estar alerta. Tenía que mantener a su hermana a salvo.

Cuando oyeron un ruido junto a la puerta, se separaron. Kirsty se subió a la silla y desplegó la manta. Gray se quedó a un lado, sosteniendo firmemente la lámpara con la mano izquierda. De repente, el dolor que sentía en la derecha había desaparecido.

Cuarenta y uno

—¿Hola? ¿Hola? —Lily avanza despacio y con cautela por el pasillo embaldosado—. ¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

Russ la sigue mientras busca los interruptores de la luz en las paredes. Cuando encuentra uno y lo pulsa, una enorme araña de cristal en el techo se enciende lentamente y revela una gruesa y polvorienta red de telarañas.

—¡Vaya! —exclama Lily, mirando a su alrededor.

Es como una mansión. Como los grandes edificios del centro de Kiev: los bancos y las compañías de seguros. Las puertas se abren en cuatro puntos del pasillo central: puertas dobles a la derecha y a la izquierda, y luego otras más pequeñas detrás de la escalera. En el techo hay una cúpula de cristal a través de la cual pueden verse unas lustrosas nubes doradas. El aire huele a viejo y a rancio, pero no a humedad. Lily se dirige hacia la derecha y cruza las puertas dobles que hay ahí. Conducen a una enorme sala de estar llena de elegantes pero destartalados muebles y cajas de cartón a medio empaquetar. En el otro extremo hay una puerta que da a una antesala: hay un jarrón con flores secas y cubiertas de polvo en el alféizar de la ventana y un apolillado sillón de terciopelo. Cruzan la antesala, nerviosos y en silencio, hasta una habitación impresionante: es toda de hierro forjado ornamentado y cristal, y está llena de palmeras secas y polvorientas rocallas, ficus muertos y árboles marchitos. Huele a tierra y a putrefacción. Sin embargo, en el otro extremo hay un bonito juego de muebles de mimbre, una mesita de café con superficie de cristal y lámparas con pantallas llenas de polvo, lo que sugiere que en otros tiempos este fue un hermoso salón para sentarse y disfrutar de la vegetación.

A su izquierda, una puerta conduce a una cocina larga y estrecha con cinco ventanas que dan al césped del jardín. Está equipada al estilo de la década de 1970: encimeras de fórmica del tono del óxido, armarios con puertas de madera de pino, lámparas con pantallas de plástico de color naranja y una barra de desayuno con taburetes de bar de plástico. Todo está cubierto de una fina capa de grasa y polvo.

Vuelven otra vez al pasillo y recorren las estancias del otro lado de la casa. Un gran comedor, una sala más pequeña con elegantes sillones de piel y una barra empotrada en una esquina, y un baño con lavabo de porcelana pintada y una cisterna con una cadena en la parte superior de la pared.

Cuando salen de nuevo al pasillo, Russ dice:

—Bueno, estoy casi seguro de que aquí no vive nadie.

—¡Pero esa mujer…! —responde Lily—. ¡Contestó al teléfono!

—Eso es verdad. Pero fíjate en este sitio: ya lo ves, tiene ese aire de algo que está abandonado.

—Subamos —dice ella.

Lily se agarra a la barandilla de madera de caoba y mira hacia arriba. Es una de esas escaleras de película americana antigua; asciende en dos pronunciadas curvas hacia la cúpula de cristal. En el primer rellano hay cuatro dormitorios, y en el segundo, dos buhardillas. Empujan las cuatro puertas y se abren: las habitaciones están vacías. Sin embargo, en la última planta hay una puerta cerrada con llave. Russ y Lily intercambian una mirada. Russ mueve el pomo después de Lily. Aunque traquetea, la puerta no se abre.

—¿Hola? —grita Lily a través de la puerta—. ¿Hola? ¿Señora? ¡Soy Lily! Hace un rato hablamos por teléfono. ¿Señora? ¿Está usted ahí? ¿Hola?

Lily acerca el oído a la puerta, pero al otro lado todo está en silencio. Se vuelve hacia Russ.

—Dale una patada.

—¿Qué?

—Dale una patada a la puerta. Por favor.

—No puedo hacer eso, Lily. Sería un delito de daños. Podrían detenerme y…

Lily aparta a Russ y se lanza contra la puerta.

—¡Lily!

Russ intenta detenerla, pero ella lo empuja.

La puerta es sólida, pero no infranqueable. Lily arremete contra ella una y otra vez hasta que nota que le están saliendo moratones en la cadera. Entonces la patea una y otra vez con los pies, haciendo fuerza desde las plantas hasta las articulaciones de las rodillas.

—¡Lily! ¡No puedes hacer esto! ¡En serio!

—*Sí* puedo hacerlo —responde ella con brusquedad, volviéndose enojada hacia Russ—. Puede que mi marido esté ahí dentro. Cualquiera podría estar ahí. Hemos viajado cinco horas en coche para llegar hasta aquí. Y no me iré hasta que hayamos entrado en esta habitación, ¿de acuerdo?

Lily empieza a patear de nuevo la puerta y Russ se suma a ella.

—Vale, entonces —dice—. A la de tres… Uno… dos… tres.

Patean la puerta al mismo tiempo, una, dos, tres veces y, de repente, por fin, se oye el ruido de la madera astillándose. Vuelven a patearla de nuevo y la puerta cede. Luego, se abre de golpe.

Russ busca el interruptor de la luz. Lo pulsa y entran en la habitación.

Cuarenta y dos

El rostro de Frank aparece en la ventana trasera de la casa de Alice alrededor de las seis. De repente ha empezado a hacer mucho frío y su aliento le envuelve el cuerpo en una nube de bruma.

—Hola —dice, frotándose las manos—. Hace un poco de frío, ¿no?

—Acércate a la chimenea —dice Alice—. Te traeré algo de beber. ¿Qué quieres? ¿Té? ¿Vino?

—En realidad… —Frank hace una pausa y mira al suelo—. No he venido a interrumpirte… Sé que estás ocupada; solo he venido a decirte que lo siento. Lo de antes. Estoy un poco deprimido. Y no te agradecí como debía la maravillosa comida. Ha sido muy amable de tu parte. Y también he hecho esto para ti.

Le tiende una tarjeta del tamaño de una postal.

Alice mira la tarjeta, luego a él y finalmente vuelve a mirar la tarjeta.

—¿Lo has hecho tú?

Él asiente, con una expresión algo avergonzada.

—Resulta que sé dibujar —dice.

—Vaya —responde Alice—. ¡Dios! Es muy bonito.

Es un pequeño dibujo a lápiz de los tres perros en la playa; debajo, con una letra muy elegante, está escrita la palabra gracias. El mar, al fondo, y las luces de la feria, en primer plano, están coloreadas con manchas de tonos pastel.

—Utilicé parte de tus utensilios de trabajo. Los encontré en un cajón. Espero que no te importe.

—¡No, por Dios! Por supuesto que no me importa. ¡Vaya, Frank! Tienes mucho talento. Es un dibujo precioso.

—Ha sido muy raro, Alice. Tenía muchas ganas de hacerte un regalo, pero no tengo nada que darte; puede que después de mañana nunca vuelva a verte, y me daba miedo no tener la oportunidad de recompensarte. Vi tu cajón y me invadió un gran *deseo* de dibujar algo para ti, de modo que me senté y mis manos parecían saber exactamente qué lápiz debían usar, cómo utilizar los pasteles, y los perros simplemente aparecieron en el papel. ¡Sé dibujar!

—Sabes dibujar, Frank —dice Alice—. Desde luego, sabes dibujar.

—Sí. Y resulta bastante irónico, porque justo antes de hacer el dibujo, recordé cuál es mi trabajo. Y te lo digo de verdad: no podría estar más lejos de esto.

Frank señala la preciosa postal.

—¿Cómo? —le pregunta ella—. ¿A qué te dedicas?

—Adivina.
—Eres contable.
—No, pero te has acercado bastante. Soy profesor de matemáticas.
—¡Ja! —exclama Alice—. ¿De veras?
—Sí. En un instituto.
—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde? Me refiero a si serías capaz de recordar el nombre del instituto.
—No recuerdo el nombre, pero sí el uniforme: *blazer* negro y jersey del mismo color con una banda roja. Corbata de rayas negras y rojas. Y un emblema parecido a un castillo, un torreón.
Alice sonríe.
—¿Sabes una cosa? —dice—. En realidad, te veo. En serio. —Se ríe —. Y de haberlo sabido antes podrías haber recompensado mi hospitalidad dándole clases particulares a Kai.
—¡Aún puedo hacerlo! —dice Frank alegremente—. ¡Puedo hacerlo ahora mismo!
Alice se ríe de nuevo.
—Creo que eso no sentaría demasiado bien como idea para una tarde de domingo. Pero si mañana vuelves después de ir a la comisaría, acepto encantada tu ofrecimiento.
Frank asiente y luego suelta un suspiro.
—Hay algo más, Alice.
Ella se muerde la parte interior de las mejillas y espera alguna horrible historia sobre hijos y esposas.
—Estoy casi seguro de que no estoy casado.
Alice se sobresalta y lo mira.
—¿Quieres decir que…?
—Quiero decir que he recordado dónde vivo. Vi mi apartamento por dentro. Todas mis cosas. Y no había ninguna señal de una mujer. Solo una gata. Se llama Brenda.
Alice siente que su corazón florece y se despliega. Este hombre, este increíble desconocido, esta persona que le ha hecho sentir cosas que pensó que jamás volvería a sentir es un profesor de matemáticas que tiene una gata. Se ríe a carcajadas.
—¿Brenda?
—Lo sé. ¡Brenda! ¡Soy muy original!
—Sí, eres muy original, Frank.
Alice sonríe y se abraza a sí misma.
—Ahora en serio: estoy muy preocupado por ella.
—¿Por Brenda?
—Sí. Vivo solo. Debe de estar hambrienta.
—¡Oh! —dice ella—. Los gatos se adaptan y son muy ingeniosos. Seguro que encontrará a alguien que la alimente.
—¿Tú crees?

Su rostro está tan afectado por la preocupación que Alice no puede evitar abrazarlo.

—No te preocupes por Brenda —le dice al oído—. Si mañana te encierran, iré personalmente a recogerla a tu apartamento y me la traeré aquí conmigo, ¿de acuerdo?

—¿La gata de un asesino? ¿Estás segura?

—Como ya sabes —dice ella, secamente—, no tengo ningún problema con mascotas que sean propiedad de delincuentes.

Frank se separa de ella y la mira cariñosamente. Sus ojos captan todos los detalles de Alice y ella se siente feliz y viva.

—Eres increíble —le dice él.

—No soy increíble. En serio. Créeme. Pregunta a cualquiera: soy idiota.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es verdad. Tú mírame. Mira esta casa. Es un caos. Y… —Interrumpe la conversación: tiene un pie en un precipicio—. ¿Sabes? Me llamaron los de servicios sociales. Dos veces.

Él la mira con incredulidad.

—Es verdad —dice ella—. Una vez en Londres, por Kai y Jasmine. Una madre entrometida de la escuela decidió que no los estaba educando bien, porque en casa tenía a gente que quizás no debería estar allí, porque casi todas las mañanas llegaban tarde a clase, porque no me levantaba de la cama a la hora que debía hacerlo, porque estaba con una puta depresión, porque a veces no había comida en casa y les preparaba unos desayunos horribles. Todo eso. Y todo era verdad. Como madre era una mierda. Quería a mis hijos, pero no tenía ni idea de cómo cuidar de ellos. Eso fue una verdadera llamada de atención. Lo cambié todo. Fui al médico de familia y le dije que me recetara Prozac. Me libré de los amigos estúpidos y conservé a los de verdad. Ordené el apartamento. Pude quedarme con mis hijos, pero estuve a punto de perderlos. Y fue… —Alice parpadea lentamente y traga saliva—. Fue… el peor momento de mi vida. Pero lo superamos. Y entonces, yo, tonta de mí, voy y vuelvo a quedarme embarazada. De un hombre que cualquier otra mujer no habría tocado ni con un palo. Un psicópata. De modo que fue genial. Justo cuando había arreglado las cosas, sufro una depresión posparto, tengo un bebé y un idiota controlador intenta decir a mis hijos lo que deben hacer, intenta decirme a mí qué debo hacer, qué ropa tengo que ponerme y qué debo pensar.

Alice se interrumpe y se aparta el pelo de la cara.

—De modo que… sí, huimos, y no le dije al padre de Romaine adónde íbamos. Lo hice todo en secreto. —Señala la cabaña—. Esperé hasta que él ingresó en el hospital a causa de su cirrosis, porque sí, había olvidado mencionarlo, ¿verdad? Era alcohólico. —Se ríe

irónicamente—. Dejó de beber el tiempo suficiente para que le permitiera ver ocasionalmente a Romaine. Y entonces la secuestró. Fue… —Alice jadea mientras nota un nudo en la garganta—. Fue una pesadilla. Luego, gracias a Dios, se marchó a Australia, tuvo un bebé con otra mujer y todo se calmó durante un tiempo. Pero más adelante, ¡no te lo pierdas!, la maestra de Romaine decide que no me ocupo de mi hija como debería hacerlo.

—¿Qué?

—Sí. Porque por las mañanas nunca tenía tiempo de peinarla como es debido. Porque tenía manchas en la sudadera. Porque siempre llegaba tarde a recogerla. Porque se meaba encima y lloraba mucho. Ah, y porque una vez, *una*, contó que había visto accidentalmente una película de terror mientras yo estaba fuera y Kai no sabía que ella estaba en la habitación. Porque… —Alice suelta un suspiro—. Porque no prestaba la debida atención. Porque como madre soy una mierda. Y no, no se tomó ninguna medida. Se pasaron por aquí, les conté la historia del secuestro… ¿Sabes que la tuvo encerrada en una habitación de hotel durante casi dos semanas? ¡Dos semanas! La mitad del tiempo estuvo sola y apenas tenía tres años. ¡Maldito hijo de puta! Estaba muy enfadada con la escuela, con esa amargada maestrilla con su maldito y brillante crucifijo colgado del cuello, que no tenía *ni idea* de *nada*. No podía cruzar las puertas de la escuela sin discutirme con alguien. Yo *era* esa madre. Ya sabes: la madre aterradora por la que se convocan reuniones. Yo era… —Hace una pausa y se frota la cara—. Fue el peor momento de todos los peores momentos. Solo quería vender la cabaña y mudarme a otro lugar, a las Hébridas Occidentales, lo más lejos posible de todos y de todo. Y entonces apareció Derry. Ella se ocupó de todo por mí. Habló con la escuela en mi nombre. Me ayudó a conseguir el diagnóstico de dislexia de Romaine y la recogía cuando yo llegaba tarde. Lo facilitó todo. ¡Dios, estaría muerta sin ella! De verdad.

Frank se ha quedado mirándola fijamente durante todo su monólogo.

—Sigo pensando que eres increíble —dice.

—Pero aún no te he contado que me acosté con Barry.

—¿Barry?

—Sí, ¿no te acuerdas? El inquilino poco de fiar que robó chocolate y se lo dio a mis hijos. El que se largó dejándome una *staffordshire bull terrier* de cuarenta kilos de peso y dos meses pendientes de alquiler. El propietario de la chaqueta que te di en la playa.

Él asiente.

—Sí. Ese. Me acosté con él. Físicamente era repulsivo, pero aun así lo hice. Porque soy una maldita idiota. Siempre he sido idiota y siempre lo seré.

—Entonces —dice él, pensativo—, ¿cómo encajo yo en esta letanía de idioteces?

—Oh, muy mal, diría yo. *Muy* mal. Imagínate qué pensarían los servicios sociales y las madres de la escuela. Un hombre que no recuerda nada salvo que cree que podría haber matado a alguien y que vive en el jardín trasero de mi casa. Y sí, que también se ha metido en mi cama. —Alice niega con la cabeza, desesperada. Entonces sonríe secamente y añade—: Al menos no estás casado, ¿verdad? Sin duda, eso habría sido la guinda del zurullo.

Frank posa las manos sobre los hombros de Alice y la mira fijamente a los ojos. Ella se siente como una herida abierta. Habría podido contarle más cosas: todos los rollos de una noche, los fines de semana en blanco, los problemas para educar a sus hijos… Ella aún es un proyecto inacabado. Pero por ahora es suficiente. Ha hecho casi un balance de sí misma. No quiere despedirse de él mañana y dejarlo con alguna dorada e idealizada fantasía sobre quién es ella. Acoger a perros callejeros no te convierte en un santo. Y tampoco dar hospitalidad a desconocidos que se han perdido. Si al final resulta que él no ha hecho nada malo —que en realidad es un profesor de matemáticas un poco vago que tiene una gata llamada Brenda y es libre de marcharse y seguir con su vida— y decide volver aquí, ella no quiere que haya mentiras. Él no puede volver aquí esperando encontrarse a un ángel que lo va a rescatar, porque ella no es capaz de rescatar a nadie.

Frank acaricia con la mano el rostro de Alice; su pulgar ha encontrado el hoyuelo que tiene debajo del pómulo. Ella espera que diga algo, pero no lo hace. Él le coloca las manos en la nuca, posa los labios en su frente y la besa con fuerza. Este beso es como una redención, como si él limpiara todos los pecados de Alice succionándolos. Esto la hace sentirse débil y tierna; ella toma las manos de Frank entre las suyas y las sostiene contra su rostro.

Y entonces hay un alboroto en la puerta de la cocina. Un perro, seguido por otro perro, seguido de una niña.

—¿Ya es hora de cenar? —pregunta Romaine—. Tengo hambre.

Alice suelta las manos de Frank y se separa de él sin dejar de mirarlo a los ojos. Entonces se vuelve hacia Romaine y dice:

—Bueno, es posible, porque para comer solo has pedido patatas.

—¿Quieres que te prepare un *bagel*? —dice Frank.

Romaine lo mira con los ojos muy abiertos y dice:

—¡Sí, por favor! Pero no te olvides de que primero debes abrirlo, Frank.

—Gracias a ti nunca me olvidaré de abrirlo.

—Puedo hacerlo yo —dice Alice, abriendo la panera—. En serio. Tú descansa.

—No —dice Frank, adelantándose a ella—. No. Quiero hacerlo. De verdad. Me apetece mucho hacerlo.

Romaine coge la postal y dice:

—¡Guau! ¿Lo has hecho tú, Frank?

—Sí, lo ha hecho él, cariño —dice Alice.

—¡Guau! Es muy bonito. ¿Dibujarás algo para mí? ¿Me dibujarás a mí? ¿Y a mamá?

—Me encantaría hacerlo —dice él—. Déjame que te prepare el *bagel* y luego os dibujo.

Alice se queda de pie, con las caderas contra la encimera y los brazos cruzados, mirando a este hombre en su cocina, preparando comida para su niñita, los perros tumbados a sus pies, observándolo esperanzados por si hay sobras de jamón o pollo. Él pertenece a este lugar, piensa Alice de repente, aterrada. Sea quien sea. Y sea lo que sea lo que haya hecho. *Él pertenece a este lugar*.

Y entonces recuerda que mañana lo llevará a la policía y que lo más probable es que jamás vuelva a verlo. Se dirige hacia la nevera, que está a sus espaldas, y saca una botella de vino.

Cuarenta y tres

1993

Todo había salido terriblemente mal.

Kirsty había conseguido cubrir la cabeza de Mark con la manta. Sin embargo, como Gray no pudo verle la coronilla, la base de la lámpara le había golpeado alguna parte inocua de un lado de la cabeza. Mark se había quitado la manta de encima y había arrojado a Kirsty sobre la cama. Gray se lanzó sobre él, y lo agarró por la cintura con el brazo que no le dolía para intentar apartarlo, pero Mark era dos veces más fuerte que él incluso sin la muñeca rota y pudo golpearlo sin apenas ningún esfuerzo.

Gray se tambaleó hacia atrás y se dio contra la puerta. No estaba cerrada. Su mano encontró el pomo y empezó a girarlo.

—Si sales de esta habitación, la mataré —dijo Mark.

Gray se detuvo.

—Creo que no habéis captado el mensaje —continuó Mark—. No vais a ir a ninguna parte. La fiesta ha terminado. Aquí no hay nadie más.

—Nuestro padre no tardará en llegar —dijo Kirsty, sin aliento.

—Oh, claro —dijo Mark—. Vuestro padre. Ha venido y se ha ido. Le he dicho que os habíais marchado hace una hora.

—Cuando vea que no volvemos, llamará a la policía — dijo Gray—. Y vendrán directamente aquí. Encontrarán las drogas y te detendrán.

Mark se encogió de hombros.

—Lo dudo. Le he dicho que os habíais ido a la playa con unos nuevos amigos. Que los dos estabais colocados hasta las trancas.

Mark tiró de los brazos de Kirsty para que se sentara y luego se volvió hacia Gray.

—Siéntate —le dijo, dando unas palmaditas a la cama que tenía al lado—. Ahora.

La navaja volvía a estar en el cuello de Kirsty. Gray dio un suspiro y se acercó a la cama. Mark lo lanzó encima y luego se puso en pie dando un brinco. Encontró el cable que Gray había arrancado de la lámpara y lo utilizó para atarles las manos a los dos juntos, espalda contra espalda.

—Mi muñeca —se quejó Gray—. ¡Por favor, ten cuidado con mi muñeca!

Mark miró la muñeca de Gray pensativamente y dijo:

—Sí, lo siento. A veces no soy consciente de la fuerza que tengo.

Luego tiró lenta pero enérgicamente del cable sin dejar de mirar a los ojos a Gray mientras lo hacía.

Gray gritó. Era como si le estuvieran hundiendo clavos en la médula ósea. Tenía la sensación de que todos los momentos de dolor que había experimentado a lo largo de su vida se fundían en una sola e inimaginable sensación.

—Grita cuanto quieras —dijo Mark, ajustando el cable escrupulosamente—. Nadie te va a oír.

Entonces Mark retrocedió para evaluar lo que había hecho.

—Sí —dijo—. Esto debería impediros hacer el tonto.

—Mark —dijo Gray con voz desesperada y hueca—. ¿Qué estás haciendo? Me refiero a qué planes tienes.

Mark adoptó la expresión de alguien que está meditando profundamente.

—Vaya, buena pregunta. La verdad es que aún no lo he decidido. Luego te lo digo.

El sudor goteaba por las cejas y por el rostro de Gray mientras trataba de lidiar con el dolor que le causaba el cable clavándose en el hueso roto. Kirsty se retorció ligeramente y él aulló de dolor.

—Lo siento. —La oyó susurrar.

Mientras tanto, Mark se paseaba de un lado a otro, siguiendo con su ridícula farsa de «estar meditando». Entonces, de pronto, se sentó al lado de Kirsty. Gray se dio cuenta de que a su hermana se le cortaba la respiración y que su espalda se erguía. No podía ver lo que ocurría, pero oyó que Kirsty decía:

—No.

—Suéltala —dijo Gray con voz ronca—. No la toques, cabrón.

Gray notó que todo el cuerpo de Kirsty se contraía y se doblaba.

—Basta —dijo ella—. No.

—¿Qué está haciendo, Kirst? —le preguntó Gray.

—La estoy acariciando, Graham —dijo la voz de Mark, tranquila y mesurada—. Estoy acariciando su cuerpo.

Gray se estremeció. Tenía el estómago revuelto.

—*Suéltala*, cabrón —dijo—. Quítale las manos de encima o *te mataré*.

Mark se rio de la forma repulsiva y afeminada en que solía hacerlo.

—¿En serio, Graham? ¿Lo harás? Ahora estoy acariciándole el cuello, Graham. Con *mucha* delicadeza. Con las yemas de los dedos. Creo que le gusta bastante. Sí, le gusta. Prácticamente está ronroneando.

Un fuego de color rojo oscuro se estaba prendiendo en el interior de Gray. Lamía las paredes de su conciencia y le derretía la razón. Quería matar a ese hombre. Asesinarlo. Apuñalarlo, golpearlo, pisar su cráneo hasta rompérselo, dispararle en la cabeza y luego en el corazón, patearlo, apedrearlo, decapitarlo, mutilarlo y destrozarlo hasta que quedara reducido a un trozo de carne y hueso.

—Dime, Kirsty, ¿por qué has venido aquí esta noche? Solo por saberlo.

—Porque me pareció que podía ser divertido.

Lo dijo con voz baja y tensa.

—¿Y fue por eso por lo que me dijiste que me querías? En la playa. ¿Porque era divertido?

—No —dijo ella—. Lo dije porque no sabía qué decir. Porque nunca he tenido novio y no sabía qué se suponía que debía hacer.

—Bueno —repuso Mark—. Está claro que esta noche estás aprendiendo una lección. En serio, Kirsty, no puedes decirle a la gente que la quieres. No cuando no lo dices en serio. Podrías darle una impresión equivocada a alguien. Ah, por cierto —añadió, mirando a Gray—. En estos momentos estoy sobándole los pechos a tu hermana. Son absolutamente deliciosos. Incluso mejor de lo que había imaginado. Dos buenos melones.

Gray oyó a Kirsty retorciéndose contra él. Aunque estaba cegado por la rabia y la impotencia, no dejó de inspirar y espirar hasta que su mente se aclaró. La rabia no iba a serle de ninguna ayuda. Movió las manos durante una fracción de segundo, ignorando el estallido de dolor de su muñeca, y empezó a forcejear con el cable. Mark lo había atado fuerte, como había esperado, pero si era capaz de encontrar el extremo pelado del cable, quizás habría hueco suficiente para manipularlo de algún modo.

—Los hombres son sensibles, Kirsty, aunque mucha gente no se da cuenta de ello. Se les puede herir fácilmente. Y tú me heriste de verdad. En cuanto te vi, me enamoré de ti. Te lo dije. Fue como un rayo. Algo que no había experimentado hasta entonces. Y que te comportes como lo has hecho, que tengas tan poco respeto por los sentimientos de otra persona, te convierte de algún modo en un ser infrahumano. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Entonces, todo el cuerpo de Kirsty se sacudió.

—¿Qué te ha hecho? —gritó Gray.

—Tengo la mano entre sus piernas, Graham. —El tono de voz de Mark era alegre—. Justo… entre… sus… piernas. ¡Oh, sí! Sí, a ella le gusta, tío. Sí, le gusta mucho. Y, ¿ves?, este es el tipo de cosas que le ocurre a la gente que no tiene ni el más mínimo respeto por los demás. —Esto iba dirigido a ambos, como un consejo útil para el futuro. Entonces, de forma espantosa, Mark gimió—. Mmmmm. Sí.

Los dedos de Gray forcejearon más fuerte y más rápido con el cable eléctrico. La lámpara Anglepoise aún estaba allí, donde la había dejado. Si pudiera desatarse, aún podría intentar algo. Kirsty había adivinado lo que estaba intentando hacer y él se dio cuenta de que ella también había empezado a forcejear con los dedos.

Mark gimió de nuevo. Kirsty se estremeció. Esto no va a pasar, se

dijo Gray. No iba a dejar que pasara. Si lo permitía, sus vidas quedarían arruinadas para siempre.

Gray miró la lámpara y se humedeció los labios. Notó que el cable se estaba aflojando de verdad. Mark le estaba hablando. Le decía lo buena que estaba su hermana, lo mojada que estaba, pero él no le prestaba atención. No podía escucharlo. Necesitaba concentrarse. Olvidarse del dolor. Olvidarse de la mano de Mark entre las piernas de su hermana. Solo tenía que aflojar el cable y soltarse. Coger la lámpara y golpear con ella la cabeza de Mark. Hacer que esto pare. Hacer que esto pare. Hacer que esto pare.

Cuarenta y cuatro

Lily echa un vistazo a la habitación. Tiene forma rectangular y dos tragaluces en el techo inclinado. A su izquierda hay una cama con dosel, con sábanas blancas de algodón y cojines de satén. Está recién hecha; el edredón es tan suave que ha adquirido un brillo glacial. El ambiente huele a fresco y en las paredes hay un papel pintado bastante moderno: es de color azul huevo de pato con un dibujo de crisantemos. La alfombra es nueva, de felpa, y hay unos elegantes armarios empotrados. En el otro extremo de la habitación hay una puerta que da a un baño en *suite*, una moderna cocina pequeña, dos sillones de color crema y un escritorio con una lámpara de pie. Parece la habitación de un *bed & breakfast* de lujo. No se parece en nada a ninguna otra de las habitaciones de la casa.

—Bueno —dice Russ—. Interesante. Al parecer hemos encontrado la guarida de tu misteriosa mujer del teléfono.

—No lo entiendo —dice Lily—. En una casa tan grande, ¿por qué vivirías en una habitación tan pequeña?

—Para ahorrar en la factura de la calefacción, supongo.

Lily entra en la habitación y empieza a escudriñarla. Quienquiera que viva aquí es una persona refinada y ordenada. Y la mujer que habló con ella por teléfono sonaba como una persona refinada y ordenada. Abre un armario; huele a jazmín y a ropa limpia. Está lleno de cosas que parecen caras: pantalones hechos a medida pulcramente colgados en perchas de madera, suaves jerséis de lana cuidadosamente doblados, bolsos con cadenas doradas, elegantes mocasines con borlas, lujosos zapatos con hebillas…

—Esta mujer es muy elegante —le dice Lily a Russ, que está cogiendo objetos del escritorio para examinarlos—. Tiene clase. Como Carl. Y también es muy organizada. Está claro que es su madre. Es evidente. —Cierra la puerta del armario y se une a Russ—. ¿Qué has encontrado?

—Creo que la persona que ocupa esta habitación se ha ido hace poco y se ha llevado muchos objetos personales consigo —dice Russ.

—¿Qué quieres decir?

—Parece que han vaciado un par de cajones. Y también hay un joyero y una bandeja portadocumentos sin nada. Fíjate.

Las persianas romanas de los dos tragaluces están abiertas; la luz del día empieza a desvanecerse. Lily ve a Russ consultando rápidamente la hora en su móvil. No han tenido éxito en su misión. Esta mañana Lily debe haber asustado a la mujer con su llamada telefónica. Se ha

ido. No hay nadie en la casa. Russ debe irse. Tiene que ver a su bebé, y a su mujer, y dormir ocho horas antes de ir a trabajar mañana.

—Vete —le dice Lily sentándose en la silla del escritorio y girando para hablarle de frente—. Es tarde.

—Pero ¿dónde vas a quedarte?

—Me quedaré aquí. En esta preciosa habitación.

—Pero Lily, yo no me sentiría… Quiero decir que esta casa es muy grande. Estarás sola. ¿Cómo regresarás a casa? Sabes que no puedo volver para recogerte.

—Tengo dinero —dice ella—. Mucho dinero. Puedo arreglármelas para regresar a casa.

—¡Pero si ni siquiera sabes dónde estamos!

—Sé dónde estamos. Estamos en Ridinghouse Bay. Tengo el móvil. Tengo dinero. Por favor, Russ, quiero que vuelvas a casa. Con tu bebé y tu mujer.

—Pero si te pasara algo…

—No me pasará nada. Esta casa es segura. La única persona que puede entrar aquí es la mujer que contestó al teléfono. Mira esto. —Señala la habitación—. ¿Te parece que aquí vive una mujer peligrosa?

Russ sonríe y niega con la cabeza.

—No, supongo que no. Pero, aun así, estaría más tranquilo si te quedaras en un hotel.

—Quiero quedarme aquí —dice ella con firmeza.

Russ hace una pausa y lanza un suspiro.

—Tengo que irme —dice.

—Lo sé. Vete ya.

Él se relaja.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

Él sonríe y da un paso hacia ella.

—Por favor, llámame mañana por la mañana. Por favor. Para saber que estás bien.

—Oh, sí, lo haré. Por supuesto.

—Y si durante la noche tienes miedo, llámame. Dejaré el móvil junto a la cama. Si oyes ruidos extraños, cualquier cosa… Por favor.

Ella se echa a reír porque ve muy serio a Russ.

—Sí —dice—. Te lo prometo.

Lily se acerca a él y se dan un abrazo largo y sincero.

—¿Dejaste algo en el coche?

Ella niega con la cabeza.

—Bien, entonces me despido.

Él le da otro abrazo, se vuelve y sale de la habitación, cerrando silenciosamente la puerta detrás de sí.

Lily se sienta de nuevo en la silla y deja que gire 360 grados. Se

detiene lentamente y se encuentra ante su propio reflejo en un espejo de cuerpo entero adosado a la pared. Aquí está, piensa, mirándose fijamente a sí misma, aquí está: a cientos de kilómetros de su hogar, y ahora a algunos centenares más. Piensa en el apartamento vacío de Surrey. Piensa en el edificio de al lado con sus plásticos ondeando al viento y la extraña luz parpadeante. Piensa en mañana, en cuando explore las calles de este curioso y pequeño pueblo, en las respuestas que quizás podría finalmente encontrar a todas sus preguntas.

Pero sobre todo piensa en despertarse aquí por la noche, con la luna brillante sobre su cabeza a través de las ventanas del techo, sintiendo las suaves caricias de su marido, su mano en su mejilla, su rostro sobre el suyo, sonriéndole y diciéndole: «Me has encontrado. Has venido hasta aquí y me has encontrado».

Cuarenta y cinco

Alice apoya la pequeña postal contra la base de su lámpara de noche y la mira. Es exquisita. Un dibujito a lápiz de Romaine y ella de pie, una al lado de la otra, rodeándose con los brazos. Posaron para él en la cocina; tardó diez minutos en hacerlo, y las plasmó a la perfección. Los extraordinarios rizos de Romaine, sus regordetas muñecas, las comisuras torcidas de su sonrisa. Y las largas piernas de Alice, la forma en que sus cabellos se alejan del nacimiento del pelo, el fatigado glamur de su rostro. Pero lo que ha plasmado sobre todo es el amor que hay entre ambas. El cariño. Porque Romaine, en gran medida, es una amiga de Alice. Han vivido la vida al mismo ritmo y han bailado al mismo compás. Si Romaine tuviera treinta años más y no fuera su hija, seguramente serían amigas íntimas. Y eso es lo que sugería el hermoso dibujo de Frank. Alice y Romaine. Las mejores amigas.

Frank había pasado la noche con ellos, encajado en el sofá entre Romaine y Kai, viendo los cincuenta mejores algo o alguna cosa por el estilo en Channel Five. Pero cuando Alice bajó después de haber acostado a Romaine (bastante más tarde de lo debido, como siempre), Frank se había ido a la cama. Todo lo que quedaba de él era la pequeña postal y una notita escrita a mano que decía: «Acuéstate. ¡Hay que madrugar! Te veo por la mañana».

Se había sentido tan desanimada como aliviada. Por supuesto, esta noche él debía dormir en el cobertizo. ¿O acaso por la mañana no había hecho la cama con unos cojines de Monsoon Home que repelían a los hombres? Pero, aun así, lo echa de menos. Coge la tarjeta y recorre las marcas de lápiz con la punta del dedo. La ha dibujado guapa. Esbelta, con las mejillas hundidas y una mirada penetrante. ¿Es así como la ve?, se pregunta. ¿No como a un ama de casa con el pelo de un tejón, michelines y ojeras, sino como a una mujer que podría competir con Catherine Deneuve?

Alice suelta un suspiro y mira a sus espaldas, imaginándose a Frank en el cobertizo, en su cama. Posiblemente desnudo. Entonces, ella se imagina esa misma cama mañana por la noche, vacía, y el cobertizo frío y cerrado. Y la vida volviendo a la normalidad. ¿Quién sabe cuánto tiempo pasará hasta que vuelva a abrazar el cuerpo de un hombre? ¿Qué posibilidades hay de que una mujer con tres hijos de un pequeño pueblo costero, a muchos kilómetros de cualquier parte, que solo sale de casa para perseguir perros por la playa y esperar a las puertas de la escuela, vuelva a conocer a un hombre medianamente

decente que quiera tener relaciones sexuales con ella?

Se acerca a la puerta trasera antes de recuperar la cordura. Suelta el pomo y respira profundamente.

Kai aparece detrás de ella cuando se da la vuelta.

—Hola, guapo —le dice.

—¿Qué haces?

—Estaba cerrando con llave. ¿Y tú?

—Nada. He venido a por un poco de agua.

Kai se sirve un vaso del grifo.

—¿Estás bien? —le pregunta él, volviéndose para mirarla.

—Sí, estoy bien.

—Pareces… —Recorre la cocina con los ojos y luego vuelve a concentrarse en ella—. Un poco ida.

Ella se echa a reír.

—¿Ida?

—Sí, a ver, no ida en plan loca; solo un poco distraída. —Kai mira hacia el patio—. ¿Es por él?

—¿Por él?

—Sí, ya sabes. Por toda esa historia de la amnesia. Por tener que lidiar con eso.

—Bueno, sí, supongo que un poco sí. Ha sido extraño, ¿no? Tenerlo aquí. Pero… —Alice da un paso hacia su hijo y le rodea el cuello con una mano—. Mañana a esta hora todo habrá terminado. Él se habrá marchado. Y la vida volverá a la normalidad.

—¿Y tú quieres eso?

Ella lo mira, seria.

—¿Quieres que todo vuelva a la normalidad?

—Supongo que sí. Bueno…

—Me cae bien —la interrumpe Kai—. Bueno, siempre que no resulte ser un asesino, ya sabes. O incluso si lo fuera.

Kai se echa a reír.

—Ah —dice Alice—. Bien.

—Buenas noches, mamá. —Le da un abrazo de oso—. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño.

Alice lo besa en la mejilla, le sonríe y él se va, dejándola sola en la cocina con el zumbido de la nevera, la oscuridad y los perros.

Cuarenta y seis

1993

Ahora, el cable estaba lo bastante suelto como para que Gray se desatara las manos. Se resistió a la tentación de liberarse, dándose un momento para planear su siguiente movimiento.

—Estoy utilizando la navaja para cortar la parte delantera de la camiseta de tu hermana, Graham. No te preocupes; lo estoy haciendo con mucho cuidado porque no quiero hacerle daño. Al menos, no todavía.

Gray volvió a estremecerse ante el ruido de la tela rasgándose y la respiración de su hermana.

—¡Guau! —prosiguió Mark—. Lo digo en serio… ¡Guau! Son las tetas más increíbles que he visto en toda mi vida. De verdad. ¿Le has visto alguna vez las tetas a tu hermana, Graham? —dijo Mark, como si le estuviera preguntando a alguien si había visto una película—. Es una lástima que no puedas ver lo que yo estoy viendo. Te lo estás perdiendo.

Gray respiró profundamente, reprimiendo un estallido de furia. Deslizó suavemente la mano sana entre el cable y luego usó los dedos para coger uno de los ganchos de alambre de las perchas que Kirsty se había metido antes en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Ella ajustó un poco su posición para que él pudiera sacarlo, algo que Mark malinterpretó, pensando que Kirsty se lo estaba pasando bien.

—¡Oh! —exclamó—. Parece que tu hermana se está divirtiendo, Graham. Vale, dejemos salir a estas dos bellezas.

Gray notó que Mark colocaba las manos en la espalda de su hermana para empezar a juguetear con el cierre del sujetador. Dejó de mover las manos y contuvo la respiración. Aquel momento parecía eterno.

—¿Has desabrochado alguna vez un sujetador, Mark? —le preguntó.

—Cierra el pico, gilipollas.

—No, en serio. Pareces un aficionado. Y, en realidad, me pregunto, teniendo en cuenta que te estás comportando como un auténtico *monstruo*, si no serás virgen.

Gray notó que Mark apartaba las manos de la espalda de Kirsty. Y, al momento, lo tenía enfrente, con el rostro contraído de indignación. Mark movió el brazo hacia atrás y abofeteó con fuerza a Gray en la mejilla.

—Cierra el pico.

Y ahí estaba la oportunidad. A toda prisa, Gray se soltó la mano herida, se puso en pie de un salto y clavó el gancho de alambre en la

coronilla de Mark. Notó cómo se perforaba la piel y se desgarraba la carne del cuero cabelludo. Vio la sangre rezumando entre sus dedos y la lámpara con su pesada base en el suelo, junto a sus pies. La levantó con la mano sana, la volvió a bajar, vio las manos de Mark despegándose de su cráneo y agarrarla a mitad de camino. Luego, igual que una flor de un parterre, le arrancó la lámpara de la mano sana.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Mark, con la lámpara en la mano y la sangre resbalando por su rostro en tres riachuelos—. ¡Ahora sí que la has cagado! ¡La has cagado de verdad!

Su voz había cambiado; el tono de quejido agudo había quedado reducido a un zumbido bajo.

—¡La puerta! —le gritó Gray a su hermana—. ¡Sal de aquí! ¡Vamos!

Gray entrevió a su hermana dirigiéndose hacia la puerta, con el rostro lleno de lágrimas; con una mano sostenía las solapas destrozadas de su camiseta sobre sus pechos y con la otra se metía algo en el bolsillo.

—¡Vete! —le gritó de nuevo Gray.

Mark dejó caer la lámpara, se tropezó y casi consiguió sujetar a Kirsty cuando ella se escurrió por la puerta, que cerró con fuerza, pillándole el brazo a Mark. Este se detuvo y se agarró la extremidad, soltando un aullido; luego abrió la puerta de golpe y salió corriendo detrás de Kirsty como un animal herido. Gray fue tras él y vio a su hermana bajando los peldaños de la escalera de dos en dos; luego, ella se tambaleó y se cayó, deslizándose de espaldas por tres escalones antes de volver a levantarse. Sin embargo, eso le dio a Mark el tiempo necesario para alcanzarla; luego la arrastró hasta el final de la escalera y se lanzó con todo el peso de su cuerpo encima de ella. Mark empezó a tirar de su sujetador y de sus vaqueros mientras la sangre de su cabeza goteaba sobre el pecho de Kirsty. Gray lo agarró por la nuca, tratando de quitárselo de encima a su hermana, pero con un solo brazo le faltaban fuerzas y Mark pudo empujarlo sin problemas. Sin embargo, mientras Mark se distrajo con los vanos esfuerzos de Gray por tirar de él, Kirsty le dio una patada en la entrepierna con el pie izquierdo, provocándole un dolor que lo obligó a ponerse en posición fetal.

—¡Maldita zorra! —gimió Mark, agarrándose la entrepierna—. Eres una zorra fea y repugnante.

Gray cogió de la mano a Kirsty y salieron huyendo, pidiendo ayuda mientras corrían por si aún quedaba alguien en la casa.

—¡No! —gritó Gray, alejando a Kirsty de la puerta principal—. Estará cerrada con llave.

Corrieron por el pasillo embaldosado en dirección a la puerta trasera. Gray se volvió una vez para comprobar la ventaja que le

llevaban a Mark y vio su rostro manchado de sangre a pocos centímetros del suyo. Gray notó su respiración jadeante y enojada, y acto seguido se desplomó en el suelo, golpeándose la mandíbula contra las baldosas, momentáneamente sin aliento. Tenía a Mark encima. Notó sus manos agarrándolo por la coronilla. Le levantó la cabeza y luego se la golpeó contra el duro suelo de baldosas. Notó como su cerebro rebotaba contra las paredes de su cráneo y su oído se desvanecía, convirtiéndose en un somnoliento zumbido.

Su hermana estaba gritando. Luego se produjo un extraño y aterrador momento de silencio. De repente, Mark se separó de él, irguiéndose, y acto seguido se desplomó. Su hermana había dejado de gritar. Estaba de pie junto a ellos, respirando pesadamente, hiperventilando.

En la mano tenía una navaja ensangrentada. La navaja de Mark. La sangre goteaba en el suelo de un blanco impoluto. Entonces, ambos echaron a correr y salieron de la casa por la puerta trasera al impresionante jardín iluminado por la luna, cogidos de la mano.

Cuarenta y siete

Anoche Lily no bajó del todo las persianas romanas y ahora un haz de la luz del amanecer se abre paso a través de la oscuridad de la habitación. Son las cinco y cincuenta y un minutos de la mañana. Solo ha dormido unas pocas horas; tres, tal vez cuatro. Aquí, a orillas del mar, hay muchos ruidos extraños. Gaviotas graznando como niños hechizados y zorros aullando como si los estuvieran destripando lentamente. Y la marea distante, como una multitud a lo lejos, susurrando y aullando, estrellándose contra rocas invisibles.

Se quita la fina manta con la que se cubrió por la noche y se balancea hasta sentarse. Se siente entumecida por el cansancio y la extrañeza, por los ecos de los sueños que se han estado persiguiendo en su mente mientras yacía suspendida, fuera del alcance del sueño profundo. Dobla la manta cuidadosamente y la vuelve a meter en el armario de donde la sacó. Luego dobla el edredón hasta formar un cuadrado y la funda de la almohada, dejándolos tan inmaculados como los había encontrado. Quita el único pelo oscuro de la almohada y lo deja caer en el suelo. No quiere que esta mujer elegante piense que ella, una desaliñada desconocida, se ha acostado en su preciosa cama blanca.

Saca una lata de Coca-Cola de la bolsa que se ha traído de casa y se la bebe en unos pocos tragos cortos. Luego se termina los restos de una rosquilla de ayer. Se sienta un momento, reconfortada.

Su móvil emite un sonido. Lo coge.

«Buenos días. Por favor, mándame un mensaje de texto cuando leas esto. Russ».

Ella le manda otro mensaje de texto: «Hola. Estoy aquí. Todo va bien».

Él le contesta con una cara sonriente y ella sonríe. Es un buen hombre. Casi está a punto de responderle con otra cara sonriente, pero se reprime. Sería excesivo.

Se acerca a la ventana y sube la persiana. Entonces jadea. Todo es de color rosa. El cielo, el mar, la hierba, los árboles. Incluso el vientre de las gaviotas es de color rosa. Se lleva la mano al cuello y contempla las ondulantes y brillantes extensiones de césped que descienden en terrazas hasta el mar, las estatuas de color melocotón que salpican los jardines, las viejas paredes cubiertas de hiedra y enredaderas y los pequeños estanques y relojes de sol.

Ciertamente, ahora está en el paraíso. Desea que su madre estuviera aquí para que viera este sitio. Y sus amigos. Coge el teléfono y saca

unas cuantas fotos, aunque ninguna de ellas capta la auténtica majestuosidad de este lugar.

Anoche revisó los objetos personales de la mujer, pero no encontró nada que la relacionara con Carl. Solo ropa, joyas, un montón de tarjetas de tiendas locales, recibos de compras… Hoy se los llevará al pueblo, hablará con los comerciantes del lugar y les preguntará por la mujer que vive en la enorme casa blanca del acantilado. Les preguntará por Carl.

Pero primero quiere echar otro vistazo a la casa. Espera hasta que el sol sale por completo, hasta que el rosa se convierte en dorado, este en un azul brillante y entonces sale lentamente de la habitación del ático y camina de puntillas por el rellano, con un pequeño cuchillo de cocina en la mano.

¿Es aquí donde se crio Carl?, se pregunta Lily. ¿Jugaba en estos espléndidos salones? ¿Corrió por esas verdes extensiones de césped? ¿Se quitaba las botas en el pequeño cuarto que hay junto a la puerta trasera y corría hacia la cocina para pedir un bocadillo? Ve varias correas de perro colgadas de un perchero y se imagina a Carl de pequeño con un perro enorme, trotando juntos hacia la playa.

Se pasa una hora recorriendo y escudriñando la casa. Revisa los cajones en las salas de estar, pero no encuentra más que fósforos usados, adornos navideños rotos, pilas gastadas y paquetes de fusibles. Abre cajas de embalaje, pero solo contienen cubiertos, copas de vino, libros de bolsillo y chucherías.

A las ocho la llama Russ.

—¿Cómo va todo?

Lily se anima al oír su voz.

—Bien —dice ella—. Ahora estoy recorriendo la casa y luego iré andando hasta el pueblo.

—¿Has encontrado algo?

—No. Nada. Solo… *tonterías*. Libros y cosas así. —Lily lanza un suspiro—. Es extraño que en una casa no haya pistas, ¿no te parece? Está llena de cosas y, sin embargo, no dice nada.

—Sí, es extraño.

Ella hace una pausa y se imagina a Russ con traje, dirigiéndose hacia la parada de metro.

—¿Cómo estás? —le pregunta ella.

—Estoy bien —responde él—. Genial.

—Espero que tu mujer ya no estuviera enfadada cuando llegaste a casa.

—No, estaba bien. Llegué una hora antes de lo que le había dicho; creo que eso ayudó. El bebé se portó bien. Y ella se había servido una copa de vino, de modo que…

—Muy bien. Me alegro. Y gracias.

—No tiene importancia. Fue agradable. Me gusta conducir.

—Muy bien —repite ella—. Eres un buen conductor.

Él se echa a reír.

—Gracias. Le diré a mi mujer lo que acabas de decirme.

—Sí, díselo.

Quiere decirle más cosas a este hombre amable y cariñoso. Hasta ahora, nunca había conocido a nadie como él. Quiere decirle que es especial y que Jo es una mujer afortunada. Sin embargo, le dice:

—Bueno, adiós, Russ. Espero que tengas un buen día en el trabajo.

—Luego te llamo —responde él.

—Sí, por favor.

Lily se siente completamente sola cuando Russ cuelga. La casa se cierne sobre ella, extraña y silenciosa. Sin embargo, el silencio es sustituido en seguida por el ruido del tráfico que empieza a circular por la carretera que hay frente a la casa. Lunes por la mañana. El pueblo se está despertando.

Vuelve a la habitación del ático y recoge su abrigo y sus cosas.

Cuarenta y ocho

—Te acompaño —dice Frank.

Alice está en la cocina preparando múltiples desayunos para llevar.

—¿Adónde? —pregunta ella.

—A llevar a Romaine a la escuela.

—¿Por qué?

Él se encoge de hombros.

—Para despedirme. Y para despedirme también de Derry. Y también de Daniel… —Hace una pausa—. Solo quería…, ya sabes, pasar un poco más de tiempo contigo.

Alice sonríe y le acaricia el brazo.

—Eres un tipo curioso.

Alice arranca un trozo de film transparente y envuelve el *bagel* de Romaine. Esperaba que Frank se hubiera despertado habiendo recuperado la memoria. Que irrumpiría en casa por la puerta trasera diciendo: «¡Todo va bien! ¡No he matado a nadie! ¡Y sé dónde vivo! ¡Volveré mañana con mi gata y todas mis cosas y podremos empezar una nueva vida juntos!».

Sin embargo, Frank parece más retraído de lo habitual.

—No soy curioso —dice—. Solo estoy asustado. Y triste.

Ella deja lo que está haciendo y lo mira.

—Por supuesto que lo estás —dice—. Y yo también.

—¿En serio?

—Claro que sí.

Alice nota que se sonroja y le da la espalda para abrir el cierre de la tartera de Romaine.

Él no le pregunta por qué y ella se alegra de que no lo haga.

Alice decide dejar a los perros en casa. No quiere dar su último paseo con Frank deteniéndose para recoger humeantes excrementos del frío pavimento.

Llama a sus dos hijos adolescentes para que se despidan de Frank antes de irse y luego, a las ocho y cuarenta minutos, se van. Hace un día increíblemente bonito, sin nubes y con un sol ya cálido de color platino. Romaine va cogida de la mano de Frank. Con la otra, él sostiene su tartera. Tiene un dibujo de Olaf, de *Frozen*, y parece increíblemente pequeña en su enorme mano. Al no tener que estar pendiente de los perros, Alice llega a la entrada de la escuela unos minutos antes de lo normal. Derry la mira con desconfianza.

—¿Qué ocurre? —le pregunta, consultando su reloj con un gesto dramático.

—Cállate —dice Alice.
Derry mira a Frank impasible.
—Buenos días —dice.
Él asiente y sonríe.
—Entonces, ¿te vas hoy? —le pregunta Derry.
—Eso creo —responde él—. Ha pasado casi una semana. Ya es hora de que me vaya.
Derry asiente y luego dice:
—Estaba pensando… Vamos a tomar un café antes de irte. Los tres.
Alice y Frank se miran y ambos asienten. Lo que sea para prolongar el momento.
—Revisaré el correo electrónico después de las nueve, para ver si me ha respondido el editor de la *Gazette*.
—Sí, buena idea —dice Alice—. Nunca se sabe… —Se vuelve hacia Frank—. Según lo que digan, puede que no haya por qué ir a la policía.
—Suponiendo que respondan —dice Derry.
—Suponiendo que respondan —repite Alice.
Todos asienten. Todos saben que es la última oportunidad. Las puertas de la escuela están abiertas y los niños entran en tropel. Alice ve a la maestra de Romaine del curso pasado, su némesis. La maestra la mira primero a ella, luego a Frank y arquea una ceja. A Alice le entran ganas de golpearla. Derry posa una tranquilizadora mano en su brazo y le dice:
—Yo los acompañaré. Esperadme aquí.
—¿Qué problema tiene esa mujer? —pregunta Frank, dándole un fuerte abrazo a Romaine para despedirse de ella.
—Me odia. —Alice se encoge de hombros—. Y, sin duda, alguien sin nada mejor que hacer con su insignificante y triste vida *ha informado a la escuela* de que estoy alojando a un pervertido en mi cobertizo, de modo que añadirá eso a su pequeña lista de motivos para tratarme como a una mierda.
Frank lanza un suspiro.
—Lo siento.
—¡No! —dice ella, con más brusquedad de la que pretendía—. No, no lo sientas. No lo sientas. Es su problema, no el tuyo. El nuestro. Nosotros somos *buenos*. Es decir, lo *éramos*…
Alice se desanima.
—Lo éramos —repite él.
Frank le coge la mano y se la aprieta con fuerza, allí, delante de la escuela. Justo allí, delante de la maestra. Alice también se la aprieta.

La cafetería está tranquila este lunes por la mañana. Dos madres de la escuela ocupan una de las mesas que hay en la terraza, en la calle; una

de ellas tiene un *Yorkshire terrier* en el regazo. En el interior hay una joven madre con su bebé recién nacido en un cochecito y dos parejas de ancianos sentadas una frente a la otra, con los abrigos puestos, sorbiendo sendas tazas de té y manteniendo una tranquila conversación interrumpida por momentos de contemplación. Frank, Alice y Derry piden café y bocadillos de beicon en la barra y luego se sientan.

—Bueno —dice Derry, quitándose la bufanda, colgando su abrigo rojo en el respaldo de su silla y encendiendo el móvil—. Vamos a ver si nuestro querido editor ha dicho algo. —Desliza el dedo por la pantalla, frunce el ceño y deja el teléfono—. De momento no hay nada —dice—. Pero pasan pocos minutos de las nueve. Seguiré comprobándolo.

Los tres se vuelven cuando se abre la puerta y entra una mujer alta y atractiva. Es muy joven; tiene el pelo lacio y oscuro, recogido hacia atrás, y unos rasgos grandes. Lleva una fina chaqueta Puffa de color negro, vaqueros, botas de tacón alto y un bolso de plástico. Va directamente hacia la barra y con voz alta y un marcado acento de Europa del Este, dice:

—Por favor, ¿podría ayudarme? Estoy buscando a una mujer. Me pregunto si la conoce. Es una señora, probablemente de mediana edad, y vive en la mansión que hay allí arriba. —Señala los acantilados que quedan a la izquierda de la cafetería—. ¿La conoce?

Alice y Frank intercambian una mirada.

El hombre que hay detrás de la barra dice:

—¿Se refiere usted a Kitty?

—No sé cómo se llama —dice la chica.

—Bueno, es la única persona que se me ocurre. ¿Se refiere a la casa que hay al final de todo? ¿La de color blanco?

—¡Sí! Es de color blanco.

—Sí, entonces debe usted referirse a Kitty. Una mujer muy elegante.

—¡Sí!

—¿Qué quiere saber de ella exactamente?

—No lo sé. —Parece emocionada—. Todo, supongo. Soy la mujer de su hijo y…

El hombre la interrumpe.

—Ah, bueno… No, entonces estamos hablando de otra persona. Kitty no tiene hijos.

La joven se queda callada. Sus hombros se hunden. Luego vuelve a erguirlos y saca algo del bolso. Es un álbum de fotos. Lo abre y se lo tiende al hombre.

—Mire —dice—. ¿Conoce a este hombre?

Frank y Alice miran conteniendo la respiración como el hombre que hay detrás de la barra estudia el álbum.

—No —dice—. Lo siento. No lo conozco. ¿Es su marido?

El hombre le devuelve el álbum.

—¡Sí! —dice ella—. Es mi marido. Y lleva desaparecido desde el martes pasado. Me dijo que esa mujer, esa tal Kitty, era su madre. ¿Sabe dónde está?

—¿Kitty? No, qué va. Por lo que sé, lleva años sin venir por aquí. Bueno, supongo que sabe que esa solo es su casa de veraneo. —El hombre se ríe con incredulidad—. Al parecer, vive en una auténtica mansión en Harrogate.

—Pero la llamé ayer. La llamé aquí. Y contestó al teléfono. En la casa.

El tono de voz de la mujer empieza a sonar agresivo y el hombre de la barra se aparta un poco de ella.

—Bueno, yo no soy un oráculo —dice—. Puede que esté allí. O puede que no. No lo sé.

Alice mira a Frank inquisitivamente.

—Su marido ha desaparecido —susurra perentoriamente—. Dios mío, ¿crees que…? —Tiene que ver las fotos de ese álbum—. ¿Es Kirsty? —pregunta, entre dientes—. ¿Frank? ¿Esa es Kirsty?

Él se encoge de hombros. Parece aterrorizado.

—No lo creo —le responde, también en un susurro—. No lo sé.

Alice se levanta y se acerca a la mujer de la barra. Se da la vuelta cuando Alice le toca el brazo y la mira con pavor a los ojos.

—Disculpa —dice Alice—. No he podido evitar escucharte y…, en fin, supongo que no… Quiero decir… —Se vuelve hacia la mesa desde la que Frank y Derry la miran con avidez—. No reconoces a ese hombre, ¿verdad?

La mujer se da la vuelta y le dedica una mirada fulminante a Frank.

—No —dice—. Jamás había visto a ese hombre hasta ahora.

Alice lanza un profundo suspiro de alivio. Decirle adiós ahora a Frank, aquí, entregándoselo a esta mujer increíblemente joven y hostil… Sería mejor llevarlo a la comisaría.

—Ah, bueno. Pero ¿sabes?, es interesante, porque él apareció aquí el martes por la noche. Vino desde Londres en tren, y no recordaba nada. Y entonces, hace un par de días, recordó esa casa, la casa por la que has preguntado. Dijo… —Alice hace una pausa—. Dijo que cree que vivía allí.

La mujer ha perdido su expresión de impaciente desdén y ahora mira a Alice boquiabierta.

—Oh —dice, volviendo a mirar a Frank por encima del hombro de Alice y mirándola luego a ella.

—Me preguntaba si querrías sentarte con nosotros — dice Alice—. Solo un minuto. Quizás seamos personajes diferentes de una misma historia. ¿Sabes a qué me refiero?

La mujer asiente y sigue a Alice hasta su mesa, apretando el álbum de fotos contra el pecho.

—Me llamo Alice, por cierto. Y esta es mi mejor amiga, Derry… Y este es… Bueno, lo llamamos Frank, aunque en realidad no tenemos ni idea de cuál es su nombre.

Alice le acerca una silla a la mujer, que toma asiento.

—Soy Liljana —dice—. Pero me llaman Lily.

—¿Y de dónde eres?

—Soy de Kiev, Ucrania.

—¿Y estás casada con un inglés?

—Sí. Se llama Carl. Aunque… —Se interrumpe y los mira sucesivamente a los tres—. Bueno, ese tampoco es su nombre. —Se ríe, nerviosa—. No desde que denuncié su desaparición a la policía: me dijeron que su pasaporte era falso y que no existía nadie que se llamara así. —Se encoge de hombros—. En fin. Dos hombres sin nombre. Es raro.

Alice se estremece. Hay un oscuro pozo de inescrutable maldad detrás de sus palabras. *Dos hombres sin nombre*. Es mucho más que raro.

—Es este —dice Lily, dejando el álbum de fotos sobre la mesa, delante de Alice y Frank, y abriéndolo—. Este es mi marido.

Alice mira la foto de un hombre guapo, de pelo oscuro y ojos penetrantes, vestido con un traje ajustado.

Entonces, Frank mira la foto y de repente se pone de pie, empujando la silla hacia atrás. Está muy pálido, con las manos juntas delante de la boca.

Alice lo coge del brazo.

—¿Frank? —le dice—. Frank, ¿qué ocurre?

Cuarenta y nueve

1993

Gray y Kirsty se deslizaron por las terrazas y los senderos donde el jardín de Kitty se inclinaba abruptamente en dirección al mar. Estaba oscuro; las copas de los árboles ocultaban la luna, y corrían literalmente a ciegas.

Kirsty balbuceaba:

—¡Lo he matado! ¡Joder! ¡Joder, Gray! ¡Lo he matado!

Jadeando, Gray la apaciguó:

—¡Eso no lo sabes! ¡No sabemos nada! ¡Tú sigue corriendo!

Gray debía tirar de su hermana para evitar que se viniera abajo. Estaba histérica.

Se volvió para mirar, imaginándose una pesada respiración cuando se escuchaba el susurro de una hoja y unos frenéticos pasos cada vez que, más abajo, las olas rompían contra las rocas. Aunque había sentido el peso del cuerpo sin vida de Mark sobre el suyo, aún le costaba mucho convencerse de que estaba muerto.

Ahora se encontraban al final de la extensión de terreno, donde una pequeña puerta metálica daba acceso a una larga y peligrosa escalera de madera adosada al acantilado. La luna reapareció y todo se volvió inmediatamente de color plateado. Con esta luz, Gray pudo ver el estado en que ambos se encontraban. Su ropa estaba manchada de sangre, tenían el pelo enmarañado y la camiseta de Kirsty estaba prácticamente hecha jirones. Parecían dos extras de una película de terror dando traspiés en los precarios escalones que descendían hasta la rocosa playa. Y entonces, a sus espaldas, y ya no era producto de la imaginación de Gray alimentada por la adrenalina, oyeron a un hombre respirando pesadamente y el ruido sordo de unos pies en los escalones de madera.

—¡Más deprisa! —le dijo Gray a Kirsty entre dientes—. ¡*Vamos*!

Los pasos que oían a sus espaldas se aproximaban cada vez más a medida que se acercaban al final de la escalera. Treparon juntos por las resbaladizas rocas, empapados por las olas. Vieron algo en la playa de la bahía: la luz de una linterna y una figura que se movía bruscamente.

—¡Papá! —susurró Gray—. Mira, es papá.

Se volvió brevemente para mirar. Una figura se tambaleaba en las rocas.

—¡Papá! —gritó Gray, ahuecando las manos antes de seguir avanzando—. ¡Papá!

La luz de la linterna giró en su dirección. Aunque desde la distancia

se veía pequeña y alargada, era evidente que los estaba enfocando.

La pequeña figura de la playa gritó algo que el ruido del mar les impidió oír.

—¡Papá! —gritó Kirsty.

Ahora, ambos se movían más y más deprisa mientras la figura de la playa se dirigía hacia ellos.

Habían llegado casi al borde de las rocas cuando la figura trepó y la luz de la linterna los cegó momentáneamente. Al ver la silueta familiar de su padre detrás de la linterna, Gray notó que su corazón dejaba de latir a toda velocidad.

Sin embargo, Tony parecía enfadado.

—Vosotros dos —gritó—. ¡Por Dios! Vosotros dos. He estado… —Pero entonces se fijó bien y vio las manchas de sangre en la camiseta rasgada de Kirsty y su expresión de puro terror. Acto seguido miró detrás de ellos, vio aparecer a Mark y gritó—: *¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?*

Mark se quedó petrificado. Estaba a unos diez pasos de distancia. Durante un momento, todo se detuvo; incluso el mar guardó silencio mientras se formaba la siguiente ola. Y entonces, de pronto, Mark corrió hacia Kirsty, la agarró por la cintura y antes de que Gray y Tony pudieran moverse, ya había saltado con ella al agua llena de salvajes y espumosa olas, a las rocas, a la oscuridad y a los remolinos del mar.

—¡No! —gritó Tony.

—¡Kirsty! ¡Mierda!

Y acto seguido, ambos estaban en el agua. El impacto, el agua helada contra su cuerpo dolorido, el rugido del mar alrededor de su cabeza. Gray se agitó, buscando algo a lo que agarrarse. Oyó la voz de su padre cerca y se dirigió hacia él. Lo estaba llamando. Gray lo siguió, moviendo las piernas para avanzar, con el brazo herido contra su cuerpo. Su padre señaló hacia el este. Gray vio dos pequeñas formas moviéndose en la bahía. Mark nadaba rápido, arrastrando a Kirsty con él.

—¡Vamos! —gritó Tony.

—¡Tengo una muñeca rota! —le contestó Gray a gritos en medio del caos—. ¡No puedo nadar!

Su padre guardó silencio durante un momento.

—¡Sal del agua! —gritó—. ¡Sal ahora!

Gray miró impotente las formas de Mark y Kirsty, que se hacían cada vez más pequeñas. Entonces vio a su padre alejándose de él a toda velocidad, encogiéndose cada vez más hasta que apenas pudo verlo. Dejó que la siguiente ola lo acercara hasta las rocas y gateó dolorosa y penosamente hasta que encontró un sitio donde pudo tumbarse de espaldas un momento, incapaz de seguir moviéndose. El

corazón le martilleaba el pecho. Su muñeca palpitaba de dolor. Se sentó, pero no vio nada. Las figuras distantes habían desaparecido por completo. Se puso de pie lastimosamente y avanzó con torpeza por las rocas hasta que por fin pisó la sólida arena de la playa. Entonces echó a correr. La playa estaba desierta. Desde allí pudo escuchar el sonido de la música proveniente del pueblo. Oyó una aguda risa de mujer y el ruido de un coche. Se volvió y vio las luces de la casa de Kitty. Pero en el agua no vio nada.

—¡Socorro! —gritó en medio de la noche—. ¡Ayúdenme!

Corrió sin parar, gritando desesperadamente mientras avanzaba. Entonces, de repente, vio una forma arrastrándose fuera del agua. Se desplomó pesadamente en la playa y permaneció tumbada durante un momento antes de volver a levantarse. Gray aceleró el paso y se arrodilló sin aliento al lado de su padre.

—¡Papá! —gritó—. ¿Dónde está Kirsty? ¡Papá!

Su padre no dijo nada. Rodó sobre su costado y levantó las rodillas hasta el pecho. Luego volvió a rodar de nuevo sobre su espalda y se llevó las manos al corazón, apretándolo con fuerza.

—¡Dios mío! —exclamó, jadeando—. ¡Dios mío!

Gray miró hacia el mar. Unas enormes olas llegaban a la playa como si fueran alfombras que se desplegaran, extendiéndose a sus pies como una reluciente espuma. La superficie del agua brillaba y serpenteaba. En el horizonte había un transatlántico; un avión cruzó el cielo en silencio. Gray miró desesperadamente las cambiantes formas del mar, esperando ver una señal de Kirsty.

—¡Papá! ¡Levántate! ¡Papá! ¿Dónde está? ¿Dónde está Kirsty?

Pero su padre aún seguía agarrándose el pecho. Entonces, Gray se dio cuenta de que su respiración se estaba volviendo más que dificultosa.

—¡Papá! ¡Levántate!

Gray volvió a mirar al mar, al negro vacío, y luego miró de nuevo a su padre.

—No… No puedo… respirar —dijo su padre, jadeando—. Mi… corazón.

—¡Oh, Dios! —Gray se apartó el pelo de la cara y pateó la arena—. ¡Oh, Dios! Papá… Oh… Joder. —Miró de nuevo a sus espaldas, hacia la parte superior de los edificios de la ciudad, escudriñando el paseo marítimo en busca de gente. Vio a una pareja paseando a un perro, abrazados—. ¡Socorro! —gritó—. ¡Oh, joder, *ayudadme*!

Mientras gritaba, sabía que era inútil, que no podían oírlo. La pareja siguió caminando, ajena a la escena de la playa. Gray hundió los pies en la arena y movió a su padre para colocarlo en la que creía que era la postura de recuperación que había aprendido en los Boy Scouts. Sin embargo, con una sola mano no podía hacer mucho. Le apartó las

manos del pecho y empezó a golpearle el corazón con la mano izquierda, contando los intervalos en voz baja. Pero no. La reanimación cardiopulmonar no funcionaba con una sola mano. Gray se volvió, gritó de nuevo a la pareja del paseo y luego se echó a llorar.

—Papá —se lamentó—. ¡No puedo hacerlo! ¡No puedo hacerlo! ¡Oh, *mierda*! Papá, ¿qué hago? ¿Qué hago?

El cuerpo de su padre estaba rígido y tenía de nuevo las manos sobre el corazón, que rascaba como si quisiera excavar hasta el hueso y sacárselo. Gray se levantó de un salto y volvió a mirar al mar. Nada. Luego se dio de nuevo la vuelta para mirar hacia el paseo. Pasaba más gente, grupos de bebedores nocturnos, cantando y chillando.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Ayuda!

Ahora, su padre había empezado a resollar, tirando con fuerza del cuello de su polo mojado.

De pronto, Gray comprendió que se estaba muriendo. Su padre se estaba muriendo y su hermana había desaparecido con un psicópata en el mar del Norte. Y él no podía hacer nada para evitarlo.

Gray apoyó la cabeza de su padre en su regazo, le acarició la frente, lo besó en las mejillas, lo acunó contra su estómago y miró al cielo negro, lleno de estrellas, y a sus espaldas, hacia el pueblo inconsciente, mientras sentía como se le iba la vida a su padre, se le iba tan rápido que le entraron náuseas.

—¡Oh, no! —sollozó—. ¡Oh, no! ¡Oh, no! ¡Oh, no! No, papá. Mi padre no. Mi padre no. No, papá. No. Por favor, papá. Por favor. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

Y entonces, unos segundos más tarde, supo que todo había terminado. No tuvo tiempo para decirle unas últimas palabras de amor o consuelo. No hubo tiempo para otra cosa que no fuera escuchar los últimos estertores del hombre que lo había criado, para absorberlos y aferrarse a ellos como si fueran gotas de una preciada esencia. Gray dejó caer la cabeza sobre el pecho de su padre y sollozó sobre su frío polo empapado.

—Mi padre no —gimió—. Mi padre no.

Levantó la cabeza hacia el cielo y se lamentó, mirando la luna.

A sus espaldas, el mar se movía hacia delante y hacia atrás, las olas burbujeaban sobre la arena, pero más allá, en las oscuras aguas, no había nadie.

Cincuenta

—¿Se ahogó? —le pregunta Lily al hombre llamado Frank—. ¿Mark? ¿Se ahogó?

—Sí —dice Frank.

—¿Y este es él? —Lily, impaciente, golpetea con sus cuidadas uñas las fotos del álbum—. ¿Este es el hombre al que llamas Mark?

Frank asiente. Pero no parece convencido.

—Bueno —dice Lily, tratando de que no se le note el tono de frustración en la voz—. Esto no tiene sentido. ¡Este no puede ser Carl, porque yo estoy casada con Carl y no se ha ahogado!

—Creo que… —Frank parece estar pensando en demasiadas cosas y muy despacio—. Creo que lo vi. Lo vi.

—¿A quién viste? —le pregunta Alice.

Lily la mira con los ojos entornados, analizándola. Tiene algo de vital y orgullosa. De algún modo, crea inseguridad en Lily, y esto la hace sentirse como un gato al lado de un perro, por lo que necesita demostrar que ella es más vital y más orgullosa.

—Mark. Carl. Ese hombre. —Frank mira distraídamente el álbum de fotos de la boda—. Lo vi. Lo vi cuando estaba con mis alumnos. Yo estaba con ellos y él estaba allí. Y a mí… A mí se me cayó el café al suelo. Era él. No estaba muerto.

El rostro de Frank ha perdido más color y Alice lo acaricia con tanta delicadeza que Lily piensa que debe estar enamorada de él.

—¿Cuándo? —interrumpe Lily—. ¿Cuándo lo viste?

—No lo sé. —A Frank le tiemblan las manos—. Hace poco, creo. Llevaba una camisa. —Se toca con los dedos el cuello de su camiseta —. Y una chaqueta. —Hace un gesto, dibujando una solapa—. Yo me estaba tomando un café. Estaba en la ciudad. Y él estaba allí…

Lily tiene ganas de abofetearlo.

—¿Por qué eres tan impreciso? Por favor —dice—. Por favor. No quiero oír nada más sobre un café. Cuéntame qué pasó. ¿Cómo es posible que hace un minuto mi marido se hubiera ahogado en el mar y al siguiente aparezca vivo delante de ti?

—Quizás tenga un gemelo idéntico —dice la mujer pelirroja.

Lily está a punto de suspirar, pero se reprime. Puede que valga la pena darle vueltas a esta idea. Eso significaría que Carl no era ese horrible asesino de hace veinte años.

Todos se vuelven hacia Frank, como si tuviera una respuesta para ellos. Pero está sentado ahí, pálido y sudoroso.

—Escucha —dice, al cabo de un momento—. Comprendo cuanto

deseas saber qué le ha ocurrido a tu marido, pero yo solo… Ojalá pudiera explicarlo. Es como si estuviera viendo dos películas al mismo tiempo pero con un desfase. Y estoy desplegando todo el argumento en mi cabeza, escena a escena. Algunos fragmentos se mezclan y otros no aparecen en el orden correcto. Y todo se escucha demasiado fuerte y brilla demasiado. Yo solo…

—¿Quieres ir a dar una vuelta? —le pregunta Alice—. A tomar un poco el aire.

—¡No! —grita Lily—. No, por favor. No. Ahora… Necesito saberlo ahora.

La mujer pelirroja se ha distraído cuando ha sonado su móvil. Hace una mueca al ver el número en la pantalla y dice:

—¿Quién diablos será?

Parece que no va a contestar la llamada, pero luego suspira, pulsa la pantalla y dice:

—¿Sí?

Está claro que su conversación telefónica es muy interesante. Al cabo de un minuto coloca la mano sobre el teléfono y dice:

—Es una periodista de la *Ridinghouse Gazette*. La que escribió el artículo original. El editor le pasó mi número. Está ansiosa por reunirse con nosotros. ¿Le digo que venga?

Alice y Frank se miran y asienten.

—¿Qué periodista? —pregunta Lily.

La mujer pelirroja la manda callar bruscamente y reanuda la conversación. Al parecer, la periodista llegará dentro de media hora.

—¿Quién…? —pregunta Lily—. ¿Quién es esa mujer?

—Se llama Lesley Wade. Escribió un artículo sobre la muerte del padre de Frank en 1993. Dice que tiene más información sobre la historia, sobre lo que ocurrió después.

Lily asiente. Bien, piensa, alguien con hechos en vez de alguien confundido que se inventa cosas sobre la marcha. ¿Por qué este hombre, Frank, no está en un hospital?

Alice se vuelve hacia Frank, le acaricia la mano y dice:

—¿Qué le sucedió a Kirsty? ¿Ella…?

Los ojos de Frank están llenos de lágrimas.

—No puedo verla saliendo del agua —dice, mirándola desesperadamente—. La busqué, pero no salió del agua. Kirsty no está allí.

TERCERA PARTE

Cincuenta y uno

Dos semanas antes

Viajar a Londres con ocho chicos de catorce años era un poco como ser el dueño de un circo. Gray solo podía suponer que, en la vida que llevaban fuera del instituto, esos muchachos viajaban en tren, caminaban por la calle entre la gente y veían vallas publicitarias con seres humanos con poca ropa, pero en el contexto de una salida escolar era como si acabaran de liberarlos de una cámara de aislamiento sensorial. Tocaban las cosas, se agarraban a los postes, gritaban…, ¡oh, sí, cómo gritaban! Y esos eran sus alumnos más brillantes, lo mejor de lo mejor, genios en potencia en un par de casos, camino de la semifinal de un concurso de matemáticas entre escuelas que se celebraba en una universidad.

Hacía un día ventoso, con un cielo plomizo, y estaba a punto de llover. Gray aún sentía los efectos de la resaca y quería tomarse un café en alguno de los muchos locales que había visto desde que se bajaron del tren en la estación Victoria. Pero estaba encadenado a esos chicos; no podía permitirse quitarles el ojo de encima ni un momento. Finalmente llegaron a la sala donde se iba a celebrar el concurso. La grandiosidad del lugar —un techo acristalado con vidrieras y una imponente cúpula, lámparas de araña de media tonelada de peso, estatuas de mármol y paneles de madera de caoba pulida— pareció calmar a sus alumnos cuando entraron. Gray se quedó mirándolos mientras estaban allí de pie, silenciosos y asombrados. Luego los llevó hasta la sección que les había sido asignada en una sala llena de inocuas riñas territoriales entre alumnos de diferentes institutos obligados a compartir un mismo espacio. Sirvió vasos de agua para todos, les entregó ejercicios para que practicaran y se dirigió al mostrador de registro.

—¿Hay algún problema si salgo un momento para ir a por un café?

—¿Están registrados todos los miembros del grupo?

—Sí, están en la sala de espera.

El responsable del registro asintió y Gray salió.

Ahora el viento soplaba de forma salvaje, levantando en el aire hojas de periódico y el polvo de la calle. Se ajustó el abrigo y se dirigió a un Costa Coffee que había visto antes de entrar. Pidió un café americano muy cargado y un *muffin* de chocolate. Fue al salir de la cafetería y dirigirse de nuevo al edificio de la universidad cuando lo vio.

Su visión periférica se desvaneció de repente y su corazón empezó a bombear demasiada sangre. El alcohol rancio que había intentado mantener en el estómago toda la mañana le subió hasta la garganta y

por un momento Gray pensó que iba a vomitar. Se detuvo, sosteniendo el café en una mano y el *muffin* en la otra, y miró al hombre que caminaba por la acera, al otro lado de la calle. Seguía estando muy delgado; llevaba una camisa rosa con una corbata a rayas y unos ajustados pantalones de traje. El viento lo azotaba y parecía tener frío, como si le hiciera falta una chaqueta o un abrigo. Ahora llevaba el pelo más largo —en aquella época lo llevaba muy corto— y despeinado. Parecía preocupado por eso, porque no paraba de intentar fijarlo con los dedos, aunque en seguida volvía a despeinársele. Gray supo que era él por el ángulo de su mandíbula y la nariz afilada. Había sido un chico guapo y ahora era un hombre guapo. Un desconocido que se cruzara con él por la calle podría pensar que parecía más joven de lo que era, pero Gray sabía exactamente cuántos años tenía. La última vez que lo había visto era un arrogante y esbelto muchacho de diecinueve años. Ahora debía tener alrededor de cuarenta y uno.

Los dedos de la mano con la que Gray sostenía el café perdieron fuerza y el vaso se le cayó al suelo. El café humeante formó un charco junto a sus pies que empezó a deslizarse hacia la boca de una alcantarilla.

Gray echó un rápido vistazo a la universidad y luego volvió a mirar al hombre del otro lado de la calle. Estaba doblando la esquina. Gray aceleró el paso y lo siguió, deteniéndose cuando lo vio entrar en un edificio de oficinas a través de una puerta giratoria.

Gray estuvo balanceándose al viento durante un momento, memorizó el nombre que había en la puerta del edificio y regresó con sus alumnos. Ahora, su resaca era solo un lejano recuerdo mientras una sola idea consumía su pensamiento.

Mark Tate estaba vivo.

Y si Mark Tate estaba vivo, ¿significaba eso que Kirsty también lo estaba?

Cincuenta y dos

Lesley Wade entra en la cafetería y, antes de que se acerque a ellos, Alice ya sabe que es periodista. Es una mujer muy bajita y brusca con el pelo blanco rapado y unas atrevidas gafas de lectura con diamantes de imitación incrustados.

—Vaya —dice ahora, alisando los bordes de su servilleta de papel con sus dedos de uñas de color rosa sorbete y estudiando a Frank con fascinación—. De modo que tú eres el misterioso hijo adolescente.

—¿Lo soy?

Ella asiente.

—Esa historia fue muy extraña. De lo más extraña. ¿Qué es lo que recuerdas?

Frank niega con la cabeza.

—Solo a mi padre muriendo en mis brazos. A mi hermana en el mar. La casa blanca. A ese chico llamado Mark. Y luego haberlo visto, en Londres, entrando en su oficina. Y entonces lo recordé. La agresión a mi hermana. Y se me cayó el café. —Vuelve a negar con la cabeza. A Alice le duele el corazón al escucharlo—. Y después de eso no recuerdo nada hasta que Alice me encontró en la playa.

Lesley extiende los dedos sobre la mesa, mira al suelo y alza de nuevo los ojos.

—Bueno —empieza—. En 1993, un joven llamado Graham Ross fue encontrado por una mujer del pueblo en la playa, sentado junto a su padre muerto. No sabía cómo se llamaba, quién era ese hombre ni por qué estaba allí.

Alice se queda sin aliento. Esto ya le había ocurrido antes a Frank.

—Su hermana desapareció, junto con su novio, Mark Tate. Jamás encontraron a ninguno de los dos. En su momento, la conclusión, ya que Graham no pudo aportar ninguna prueba testifical, fue que Graham y Kirsty Ross habían estado en una fiesta en casa de la tía de Mark donde se habían consumido drogas y alcohol. Decidieron ir a darse un baño a altas horas de la noche, tuvieron problemas, y al no encontrarlos en casa de la señora Tate, el señor Ross fue a buscarlos a la playa y murió de un ataque al corazón mientras intentaba rescatarlos. Y que la conmoción sufrida al ver morir a su padre en sus brazos le provocó al pobre Graham una fuga disociativa temporal.

—Ahora está sufriendo una fuga disociativa —dice Alice.

—¿En serio? —dice Lesley, volviendo a colocar las manos en su regazo—. En ese caso, debería estar en un hospital, ¿no te parece?

Alice se pone rígida, a la defensiva.

—Ya se lo dije —responde—. Desde el primer momento. Pero no quiso. Y hoy iba a llevarlo a la comisaría. Literalmente. Este era nuestro café de despedida antes de irnos.

Lesley ignora el comentario de Alice y se vuelve hacia Lily.

—Recuérdamelo otra vez —le dice—. ¿Qué pintas tú en todo esto?

—Ya se lo he dicho —responde Lily—. Estoy casada con el hombre que, según usted, se ahogó en el mar en 1993.

Lesley hace una pausa, coge aire y dice:

—Escucha. Quizás aún no deberíamos llevar a Frank…, a Graham…, a quien sea, al hospital o a la policía. Creo que tal vez… —Golpetea la mesa con sus brillantes uñas pintadas de rosa—. Creo que tal vez podríamos hacer algo con esto. Algo, solo nosotros.

Derry levanta la vista bruscamente.

—¿Estás diciendo que quieres escribir un artículo?

—Bueno, no, no necesariamente un *artículo* propiamente dicho, sino un reportaje para ponernos al día. Ya sabes, ¿qué fue del muchacho de la playa? Esa clase de cosas.

Lesley sonríe como lo haría un gato que persigue a un ratón. Está claro lo que pretende, pero a Alice le da igual. Así conseguirá que Frank se quede un poco más.

Derry mira a Alice con preocupación. Alice le devuelve la mirada, negando con la cabeza. Derry pone los ojos en blanco.

Lesley ha sacado un cuaderno de notas y un bolígrafo de su bolso y está preparada.

—Así pues, Frank, Graham… —Hace una pausa—. ¿Qué nombre prefieres?

—Frank —susurra él, y el corazón de Alice se derrite.

—Muy bien, Frank —continúa Lesley—. Te fuiste de Ridinghouse, volviste a casa con tu madre, sin tu hermana y sin tu padre. ¿Qué pasó luego? ¿Recuperaste la memoria?

—Creo que sí. Bueno, supongo que la recuperé. Ahora recuerdo a mi madre. Aún la veo. Vivo prácticamente al lado de su casa. Recordé a mi padre y a mi hermana; recordé haber estado en el *pub* esa noche con Mark y sus amigos y haber pasado después por mi casa y dejar que convencieran a Kirsty de que viniera a la fiesta con nosotros. También recordé algo de la fiesta. La música estaba muy fuerte y había gente rara. Recordé haber besado a una chica que se llamaba Izzy. Y también recordé cosas de antes de las vacaciones, a mis amigos de Croydon…

—¿Eres de Croydon? —le interrumpe Alice.

Croydon está tan solo a unos tres kilómetros de Brixton. Todos esos años habían estado muy cerca.

—Sí —dice él—. Supongo que sí. Eso no es muy bueno, ¿verdad?

—¡A mí me encanta Croydon! —dice Alice—. ¡El centro comercial

Whitgift!

Frank sonríe y luego se vuelve cuando Lesley se aclara la garganta.

—Cuando llegamos a casa, retomé mi vida donde la había dejado. Volví al instituto, salí con mis amigos de siempre. Hice los exámenes finales de bachillerato. Y supongo que fui a terapia. Durante mucho tiempo. Pero nunca desenterré los recuerdos de aquella noche y acepté la versión que la policía dio de los hechos. Que todos saltamos al mar después de haber tomado drogas y alcohol y que Mark y mi hermana se ahogaron. Al no recordar nada más, era la única explicación lógica. En ocasiones me preguntaba si habría olvidado algo importante, algo que le diera más sentido a lo ocurrido. Pero seguía enterrado. Hasta ese día en Londres, cuando lo vi.

—Sí —dice Lesley, apoyando pensativamente el bolígrafo en el cuaderno de notas—. ¿Y qué recuerdas ahora de eso?

—Yo… —Cierra los ojos con fuerza—. ¡Dios! Lo siento. Mi cerebro está atascado en ese momento, cuando se me cayó el café al suelo. Solo… —Baja la cabeza hacia el pecho, con los ojos aún cerrados—. Dadme un minuto.

—Por supuesto, Frank —dice Lesley—. Tómate tu tiempo. No hay prisa.

Frank trata de recordar el concurso de matemáticas. ¿Ganaron? ¿Cómo les fue? Los nombres bullen en su cabeza: Zach, Nazia, Muhammed, Sam, Aisha, Crystal, Hannah, King. Los alumnos de su grupo. Y luego, ¿qué? ¿Volvieron al instituto? ¿Más clases? No. Eran las vacaciones de Pascua. No había instituto. Después, todos se fueron a casa. Pero ¿cómo llegó a casa? ¿En coche? ¿O en autobús? Ve el número 712. Se ve a sí mismo acercando la tarjeta Oyster al lector, sentándose en la parte de atrás, con una bolsa de piel en el regazo. Luego se dirigió a su apartamento, el que recordó la otra noche. Está en una calle descuidada. Se enciende una luz cuando recorre el callejón hasta la entrada. El apartamento huele a la comida que le ha puesto a la gata por la mañana. La raspa, limpia el cuenco y lo vuelve a llenar. Brenda, la gata, se mueve en círculos alrededor de sus pies.

Corrige deberes. Mira la televisión. Busca en Google el nombre del edificio de oficinas en el que ha visto entrar a Mark Tate. Es una empresa de servicios financieros. Clica la pestaña «Quiénes somos» y se desplaza hacia abajo hasta que encuentra su fotografía. Su nombre, aparentemente, es Carl Monrose. Saca algo del congelador para cenar. Lasaña, cree recordar; se la trajo su madre la semana pasada, cuando estuvo con gripe.

Entonces sus pensamientos lo llevan, confundido, de estar comiendo una lasaña recalentada en el sofá de su apartamento a una estación de tren mirando hacia arriba, andén cuatro, a las 5:06 con destino East

Grinstead, siguiendo a las multitudes fatigadas después del trabajo, con los ojos clavados en la nuca de Mark Tate. Entonces, la línea del tiempo cambia y está en el instituto, sentado en el despacho de alguien. El instituto está extrañamente vacío y él lleva unos vaqueros. Aún están de vacaciones. Está suplicando un permiso. Su abuelo se está muriendo. ¿Tiene abuelo? El hombre que está detrás del escritorio, un señor mayor de rostro curtido y pelo cuidadosamente cortado a lo afro, asiente, adopta una expresión triste y dice: «Tómate unos días. Podemos sustituirte durante una semana más o menos». Sr. Josiah Hardman, reza la plaza que hay en la puerta. Director.

Alice empuja por la mesa una taza de té hasta Frank.

—¿Estás bien? —le pregunta.

Su voz le llega como el eco de una música lejana.

Recuerda haber llamado por teléfono a su madre. «Estoy en un curso de formación. En el campo. No podrás llamarme». Recuerda que su madre le dijo: «Ten cuidado. Te echaré de menos». Recuerda cómo llevaba eso, cómo llevaba saber que era el único superviviente de la pequeña familia de su madre. Saber que cada viaje que hacía, cada decisión que tomaba, cada persona que entraba en su vida le provocaba a su madre un miedo cerval. Saber que nunca podría dejarla. Que estaba atado a ella, como el dueño de un perro fiel, pero que coartaría su vida hasta que ella muriera.

—Lo seguí —dijo, finalmente—. Seguí a ese hombre en el tren.

Lily le lanza una mirada de horror.

—¿Carl? ¿Seguiste a Carl?

—Sí —dice Frank—. Recuerdo haber tomado el tren de las 5:06 con destino a East Grinstead. Me senté en el otro extremo de su vagón. Lo miré como un halcón. Se bajó en…

—Oxted —dice Lily.

—Sí —dice Frank—. Oxted. Y lo seguí. Por una calle de tiendas, por una carretera, más allá de unas obras.

—¿Y después?

—Hasta un edificio de apartamentos.

—¡Oh, Dios mío! —dice Lily—. Fuiste hasta mi casa. ¡Por Dios! ¿Qué hiciste luego? ¿Nos espiaste? ¿O quizás lo mataste? Te lo llevaste a esas obras. Te lo llevaste hasta allí y lo mataste, ¿verdad? Vi la luz parpadeando en la ventana. *Sabía* que algo iba mal.

La gente se ha vuelto para mirarla; está señalando agresivamente a Frank y su voz es chillona. Abre el bolsillo delantero de su pequeño y reluciente bolso y saca un iPhone.

—Voy a llamar a la policía —dice—. Están investigando el caso de la desaparición de mi marido y tengo su número directo. Voy a llamarles ahora mismo…

Lesley toca a Lily con una mano tranquilizadora.

—No —dice—. No es una buena idea.

—Es una magnífica idea. Quizás aún esté vivo. Pueden ir ahora hasta allí y averiguarlo.

—No —dice Lesley con más firmeza.

El cerebro de Frank está procesando y editando, reordenando y rellenando. Entonces, de pronto, está en una habitación vacía. Hay unas amplias ventanas con cristales cubiertos con plásticos. Ve un teléfono volando por los aires. Y hay algo detrás de la imagen. Un ruido. Una voz. Un fragmento de algo, demasiado pequeño para identificarlo.

Entonces, la escena cambia. Frank sigue adelante. Está siguiendo a Mark Tate hasta una cafetería. Lleva una gorra de béisbol y ve a Mark Tate pidiendo un café y un *pain au chocolat*. Sus modales con la chica-no-demasiado-guapa que hay detrás de la barra son bruscos y groseros. Lo sigue de nuevo hasta la calle y después hasta su oficina. Su corazón late con fuerza. Nota el sudor acumulándose bajo el borde de la gorra de béisbol. Cada vez que mira a Mark Tate se ve de nuevo en esa habitación, oye como se rasga la camiseta de su hermana, siente el intenso y ardiente latido de su muñeca rota, el ritmo palpitante de la música retumbando a través de la madera del suelo. Su cabeza se inunda con el color rojo y negro del terror y la repulsión, de la rabia y la aversión. Lo que quiere, lo *único* que quiere, es matar a Mark Tate. Pero no puede matarlo, porque primero necesita hablar con él: necesita saber qué le pasó a Kirsty. ¿Está viva? Y si no lo está, ¿cuánto tiempo consiguió seguir con vida en esas frías y oscuras aguas? ¿Dónde está su cuerpo? ¿Y por qué? ¿Por qué, por qué, por qué?

Frank tira del álbum de fotos de la boda hacia él y se obliga a mirar el rostro de Mark. Recuerda la primera vez que vio ese rostro, esa calurosa tarde en la playa, cómo había estudiado sus rasgos y sus proporciones, cómo había procesado su mente las matemáticas de ese rostro en una fracción de segundo y le pareció desagradable. Ahora, mirando a este hombre de cuarenta años de rostro afilado, casado con una chica a la que le dobla la edad, tiene la misma sensación.

—¿Es bueno contigo? —pregunta, mirando a Lily.

—Me trata como a una princesa.

—Pero ¿es *bueno* contigo?

—No sé de qué estás hablando.

Ahora, Frank está en el invernadero de Kitty. Ella está sentada, frágil y delgada; la mano le tiembla ligeramente cuando levanta la tetera. Había considerado que su forma de comportarse era hostil, dando por sentado que le disgustaba tener en su casa a gente a la que no había invitado. Pero ¿y si le tenía miedo a Mark? ¿Y si…?

Lo aleja de sus pensamientos. Cierra el álbum y deja caer la cabeza

entre las manos.

—Me tomé unos días libres —dice—. Tenía que volver al trabajo la semana pasada. Es probable que me despidan.

—Entonces, ¿tenías un plan? —le pregunta Lesley.

—Supongo… No lo sé… Quería hablar con Mark. Quería que me contara lo que le pasó a Kirsty. Necesitaba espacio. Necesitaba tiempo. Y entonces…

Está de nuevo en la habitación con las ventanas tapadas con plásticos. Ve su propio reflejo en los cristales negros, porque fuera es de noche. Está solo y tiene una mochila llena de cosas. La esconde en un armario de cocina vacío.

—Encontré un sitio y… —Sus recuerdos revolotean y pululan, y siente náuseas—. Lo llevé allí.

Cincuenta y tres

Gray no podía hacerlo. No podía abordar por las buenas a Mark Tate en la calle. Saldría corriendo. Gritaría. Negaría que fuera Mark Tate. Les diría a todos los transeúntes que ese loco lo estaba hostigando. Armaría un escándalo y después, cuando se lo hubiera sacado de encima, desaparecería. Otra vez.

Y esta vez, Gray nunca lo encontraría.

De modo que Gray trazó un plan.

Le dijo al director del instituto que su abuelo, fallecido hacía mucho tiempo, se estaba muriendo, y le suplicó un permiso. Solo unos días. El tiempo suficiente para ocuparse de todo. A su madre le dijo que debía asistir a un curso de formación. Y entonces empezó a acecharlo.

Mark Tate era un animal de costumbres. El mismo traje ajustado azul marino todos los días, el mismo café y el mismo *pain au chocolat* en la misma cafetería y a la misma hora, el mismo falso saludo a la recepcionista de su trabajo. Era una insignificante y cumplidora abeja obrera. Toda esa cháchara sobre ser millonario… ¿Qué había sido de todos esos grandiosos planes?

El martes, después de haber comprobado que, como de costumbre, Mark Tate había ido a trabajar, Gray regresó a su casa y metió en una mochila cosas que encontró en el apartamento. Cuerda. Comida no perecedera. Una manta. Varios cuchillos. Su cámara fotográfica. Un rollo de papel higiénico. Un cinturón. Una funda de almohada. Un cojín hinchable. Un saco de dormir. Un cargador de móvil. Una linterna. Luego dejó tres paquetes de comida para gatos y un montón de galletas para Brenda y se fue cargado con la mochila desde Croydon hasta la estación Victoria y luego desde allí hasta Oxted.

Hizo el familiar trayecto desde la estación hasta el edificio de apartamentos de Mark, pero antes de llegar allí se detuvo y arrancó parte de la valla que había descubierto el día anterior en las obras que había al lado. El día antes había buscado en Google esas obras y, como sospechaba después de no haber visto nunca a nadie trabajando en ellas, confirmó que la constructora se había quedado sin dinero y las había suspendido hasta que encontraran un nuevo inversor. Según un informe que había leído en una revista especializada, el lugar estaba así desde hacía casi un año. Totalmente abandonado.

Como había hecho el día anterior, se dirigió hacia la parte trasera del primer bloque de edificios, el único que estaba completamente equipado. Allí había una zanja que rodeaba el edificio. Gray pensó que era el lugar donde más adelante se podrían colocar los contenedores

con ruedas. Al final de la zanja había una puerta al nivel del sótano. Y como el día antes, no estaba cerrada con llave.

Se metió en la zanja apoyando el trasero en el suelo, inclinando ligeramente la cabeza para pasar por la exigua puerta. Luego siguió el mismo camino que había hecho el día anterior por el suelo de cemento pulido del sótano, cruzó dos pesadas puertas batientes que había en el otro extremo y subió hasta el vestíbulo por una escalera de servicio.

En el vestíbulo había varias cámaras, pero tras casi un año de abandono, Gray dudaba mucho que hubiera alguien vigilando el edificio. Aun así, bajó la cabeza y permaneció cerca de las paredes. Luego subió el siguiente tramo de escaleras y empujó la puerta del primer apartamento que había a su izquierda.

Aquí. Aquí es adonde llevaría a Mark Tate. Aquí, donde nadie podría oírlo ni verlo, donde podría retenerlo todo el tiempo que quisiera. Era un apartamento de estilo *loft*, un espacio abierto con algunos ladrillos vistos aquí y allá y una reluciente cocina blanca alrededor de una isla de madera. Preparó rápidamente la habitación. No había electricidad, pero había descubierto que la luz de la campana extractora funcionaba independientemente de la red, al igual que las tiras de luces de color verde claro que había debajo de los armarios de la cocina. Como tampoco había agua corriente, sacó las botellas de agua que había comprado en la licorería, al lado de la estación. Dejó varios trozos de cuerda amontonados en el elegante radiador donde tenía intención de atar a Mark Tate. Hinchó el cojín y extendió el saco de dormir. Llevó la comida a la cocina: suficientes galletas y patatas fritas para una semana. Colocó el rollo de papel higiénico en el baño por estrenar y dejó los cuchillos, la funda de almohada y la linterna dentro de la mochila.

Luego volvió sobre sus pasos hasta la calle y encontró una cafetería. Estuvo sentado allí durante cuatro horas y aprovechó para rellenar el ansiado boletín de calificaciones para el jefe del departamento de Matemáticas mientras esperaba a que Mark Tate volviera del trabajo.

Si alguien le hubiera dicho a Gray que un día se escondería en las sombras de unas obras abandonadas con un cuchillo en una mano y una funda de almohada en la otra, viendo pasar los minutos de 5:50 a 5:51 y a 5:52 mientras un tsunami de adrenalina le recorría las venas, esperando secuestrar a alguien a punta de cuchillo para hacerlo su prisionero, en fin, es evidente que no lo hubiera creído. Pero aquí estaba él, con la mano sudada agarrando el mango de un cuchillo de cocina recién afilado, y aquí estaban los pasos del hombre que había matado a su padre y que quizás mató a su hermana. Y aquí estaba él, surgido de las sombras, con un brazo alrededor del cuello de ese

hombre.

—No te muevas; no hables. Tengo un cuchillo en tu garganta. No te atrevas a moverte.

Tiró de él hacia atrás, en dirección a la abertura que había hecho en la valla. Mark Tate arrastraba insistentemente los pies por el cemento y agarraba con las manos el brazo que Gray tenía alrededor de su cuello.

—Deja de resistirte. Quédate quieto. Tengo un cuchillo. ¿Quieres morir?

Mark Tate hizo lo que le ordenaban. Gray le cubrió la cabeza con la funda de la almohada y lo arrastró por los brazos hasta la zanja y luego por el sótano y las escaleras hasta el apartamento número uno. Allí lo arrojó al suelo y lo ató rápidamente al radiador con las cuerdas y unas bridas. Hizo todo esto sin decir ni una palabra.

—No tengo nada —se lamentó Mark Tate a través de la tela de almohada—. Un billete de diez libras. Y un móvil de mierda. Pero en casa tengo dinero. Déjame ir a casa. Puedo dártelo.

—Mark —dijo Gray. Una sola sílaba. Eso fue todo. Vio como Mark se ponía rígido—. Mark Tate.

Como si acabara de tropezarse con un viejo amigo en el *pub*.

Gray se acercó a él y le quitó la funda de almohada.

¡Oh, fue un momento precioso! Deseó haber podido grabarlo. La expresión de incredulidad y asombro apareciendo en el rostro de piel suave y sin edad de Mark Tate. El leve estremecimiento. Y, mejor aún, el ridículo pelo revuelto que, Gray se daba cuenta, estaba ansioso por peinarse.

—¿Qué…?

—Visto por última vez una salvaje noche de verano desapareciendo en el mar del Norte con mi hermana. Vaya, ¡cuánto tiempo sin verte!

Gray se sentía ebrio de un modo extraño, como si se hubiera tomado dos copas con el estómago vacío.

—¿Cómo te ha ido? —continuó Gray—. ¡Veo que te has inventado una nueva y estupenda vida! Una esposa encantadora, un buen trabajo. ¡Vaya! ¿Tienes hijos?

Mark negó con la cabeza, aturdido.

—No —dijo Gray—. En realidad, es mejor que no los tengas, porque siendo como eres un psicópata…

Vio que Mark tragaba saliva. Su bronceado de invierno pasó a ser de color gris ante sus ojos.

—¿Puedo ofrecerte algo? —le preguntó Gray—. ¿Un poco de agua? ¿Una barrita de cereales? ¿Doritos? Ahora pienso que debería haber traído cervezas. Pero, en realidad, teniendo en cuenta que por ahora vas a estar atado a un radiador, es mejor mantener la vejiga vacía.

De la calle llegó el sonido de la valla de plástico ondeando al viento

y el ruido del tráfico que había salido de Londres en hora punta circulando por los suburbios. Gray oyó el rumor del pánico en la respiración de Mark y luego el insistente zumbido del móvil que guardaba en algún bolsillo de su elegante traje.

—¿Qué hará ella, tu esposa adolescente, al ver que no vuelves a casa? —le preguntó Gray cuando el móvil dejó de sonar.

—Se preocupará —dijo Mark muy deprisa—. Es nueva en el país. No conoce a nadie. Se asustará. ¿Puedo mandarle un mensaje de texto? Para decirle que llegaré tarde.

—No, no puedes. Primera pregunta: ¿qué coño es esto? En fin… tú *te ahogaste*.

—Es evidente que no.

El móvil de Mark empezó a vibrar de nuevo. Gray lanzó un suspiro.

—¿Qué pasó? Vamos, imagínate a tu asustada mujercita pensando dónde estarás. Habla.

Mark se movió torpemente, tirando de las bridas y las cuerdas e inclinando la cabeza hacia atrás en un esfuerzo por apartarse el flequillo de los ojos.

—Salí del agua, a unos dos kilómetros al norte de allí. Encontré una cabina telefónica. Llamé a mi tía, vino a por mí y me llevó a Harrogate. Estuve a punto de morir. Perdí mucha sangre. Tenía hipotermia. Todo estaba borroso; estuve perdiendo y recuperando el conocimiento durante varios días.

Gray golpeó el suelo con el puño.

—Me importa una mierda lo que te pasó. ¿Qué fue de Kirsty? Si tú conseguiste salir con vida, ¿qué fue de ella?

Mark parecía casi sorprendido de que se lo preguntaran.

—Ella… se desmayó, ya sabes. La tenía; estaba tirando de ella hacia la orilla. Estaba allí. Y luego simplemente… ya no estaba.

—¿La soltaste?

Gray pensó en Kate Winslet dejando que Leonardo DiCaprio se hundiera en las aguas heladas al final de *Titanic*; se imaginó los labios azules de Kirsty y las aguas inundándole el rostro, y le repugnó la idea de que lo último que viera su hermana fuera el frío y duro rostro de Mark Tate.

—Sí —respondió Mark—. No. No lo sé. Como te he dicho, perdía la conciencia y volvía a recuperarla. Me estaba congelando. La estaba sujetando, y al cabo de un momento ya no la tenía. Se fue. No tuve fuerzas para buscarla. Supongo que llegué a la orilla flotando.

Gray se irguió.

—¿Volviste flotando?

—Sí, eso creo. No lo sé. Había perdido mucha sangre. Todo era muy confuso…

—Pero, si tú volviste flotando, ¿por qué no lo hizo ella?

—No lo sé, ¿de acuerdo?

Y ahí estaba, esa dureza en su voz, ese oscuro vacío que Gray recordaba. Era la voz del tipo que había visto patear el suelo a través de la ventana de su habitación cuando Kirsty no quiso besarlo, del tipo que había intentado entrar en la cabaña del Conejo para hablar con Kirsty aunque ella no quería verlo, del tipo que le puso un cuchillo en la garganta a su hermana y saltó al mar del Norte con ella. Era la voz del hombre que le había robado la vida a Gray.

El móvil de Mark empezó a vibrar de nuevo. Gray resistió la tentación de hurgar en los bolsillos de Mark, sacarlo y pisotearlo.

—¿La buscaste? —le preguntó Gray—. ¿Después de que te rescataran? ¿Lo hiciste?

Mark negó con un leve movimiento de la cabeza.

—Ya te lo he dicho, estaba medio muerto. Literalmente. No me desperté hasta tres días después. No podría haber vuelto allí. No podía ir a ninguna parte.

Gray se llevó las manos a las sienes.

—¡Joder! Ella podría estar allí. Podría estar allí, en las rocas, en este mismo instante. Han pasado todos estos años y… podríamos haberla enterrado. Quiero decir… ¡Por *Dios*!, ¿tienes la más mínima idea de lo que significa eso? Mi vida ha sido…, ha sido una *mierda*. Una *mierda*. Gracias a ti. Por lo que le hiciste a mi familia. A mi madre. A mí. Éramos… Éramos la familia *perfecta*. Literalmente. La mejor de las familias. Aburrida, de un suburbio, previsible y vulgar. Todos nuestros muebles eran de color marrón. Nuestro coche era marrón. Mi hermana era muy inocente. Y mis padres eran… Bueno, no solíamos tener exactamente unas charlas muy animadas sobre temas de actualidad cuando nos sentábamos a cenar. Nunca hablábamos de nada importante. Y qué más daba. Porque no éramos importantes. Nada de lo que hacíamos importaba ni iba a cambiar nada. Pero éramos perfectos. Y tú nos destruiste. Tú *me* destruiste. —Gray se interrumpió, consciente del nudo que se le estaba formando en la garganta—. ¿Y qué me dices de *tu* familia? ¿De *tu* madre? ¿Cómo pudisteis permitir Kitty y tú que tu madre creyera que habías muerto?

—Porque… —Mark suspiró profundamente—. Mi madre me odiaba. Y mi padre también. Y Kitty y yo teníamos un vínculo desde que yo era un niño. Ella lo supo sin que yo dijera nada. Supo que fuera lo que fuera lo que había ocurrido, tenía que ver conmigo. Y ella quiso protegerme, porque eso era lo que hacía siempre. Y entonces se enteró por la gente de Ridinghouse de que habías perdido la memoria, de que la policía decía que había sido una desgracia, de que ya no tenían ninguna esperanza de encontrar los cuerpos. De modo que me ocultó durante dos años. Y durante todo ese tiempo estuvimos esperando que llamaran a la puerta, esperando oír que habías recordado. Pero eso

nunca ocurrió, no recordaste nada, y poco a poco empecé una nueva vida. Me mudé a Cornualles durante un año y acepté trabajos sin contrato. Luego me fui a Escocia, volví a Cornualles, tan lejos de Harrogate como podía sin tener un pasaporte. Vivía en habitaciones alquiladas. Y ahorré el dinero suficiente para comprarme una identidad falsa. Conseguí un empleo. Me ascendieron. Me volvieron a ascender. Y entonces…

Se interrumpió y miró a la derecha, hacia su edificio de apartamentos.

—Conocí a una mujer. Me casé. Ha sido duro no tener familia, ocuparme yo de todo. No tener amigos de verdad. Pero ahora, por fin, tengo algo. Tengo a alguien. Alguien para mí. —Su móvil empezó a zumbar otra vez, en el momento justo. Mark bajó la cabeza hacia el pecho, esperó a que el móvil dejara de sonar y luego volvió a levantarla—. Y la quiero más de lo que he querido a nadie en toda mi vida…

Gray lo miró fijamente y luego se echó a reír.

Mark se estremeció al oírlo.

—¿En serio? ¿De verdad esperas que sienta pena por ti? ¿Estás loco? Oh, sí, lo había olvidado… Lo estás.

Un músculo de la mejilla de Mark se contrajo y, una vez más, intentó apartarse el pelo de los ojos.

—Bueno, dime, ¿cuándo recuperaste *milagrosamente* la memoria?

—En el momento en que te vi, la semana pasada.

—¿Me viste la semana pasada?

—Sí, en Londres. En la estación Victoria. Cuando te dirigías hacia tu oficina. Y lo recordé todo. Todo.

—¿Y qué es lo que recuerdas exactamente?

Gray palidece cuando vuelve a recrear mentalmente la situación. Su voz tiembla al mencionar los detalles.

—Lo recuerdo todo. Te recuerdo siguiéndonos hasta el jardín. Contemplábamos el pavo real; estaba bailando. Recuerdo la habitación a la que nos llevaste. Recuerdo que tocaste a mi hermana y que intentaste violarla. Luego te recuerdo persiguiéndonos hasta las rocas y saltando al mar con ella. Y a mi padre… muerto… en la playa. Lo recuerdo todo. Todas las cosas que había olvidado durante más de veinte años. Todas las cosas que me han impedido vivir mi vida. Y ahora están ahí. Las he recordado. Y por fin vas a pagar por lo que hiciste. Voy a llamar a la policía. Te van a detener y pasarás el resto de tu vida en la cárcel.

Mark se rio con voz ronca.

—¿En serio? ¿Tú crees? ¿Basándose en los francamente poco fiables recuerdos de un hombre que había tomado drogas la noche en cuestión? ¿El que en su momento afirmó no recordar nada de lo que

había ocurrido? ¿El que ha recuperado *milagrosamente* la memoria más de veinte años después? ¿Crees de verdad que darán crédito a un hombre que es capaz de secuestrar a alguien en la calle a punta de cuchillo, irrumpir en una propiedad privada y retenerlo como su prisionero? ¿Un hombre que, si no te importa que te lo diga, me parece sinceramente que está bastante, pero que bastante loco?

—¡Pero tú fingiste estar muerto! —dijo Gray—. ¡Tienes un pasaporte falso!

—Eso lo dices tú.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si traes a la policía aquí les diré simplemente que debo tener algún parecido con un hombre que murió muy lejos de aquí, hace mucho tiempo, y que tú me atacaste, que eres peligroso y que posiblemente estás loco. Negaré rotundamente ser ese tal *Mark Tate*.

—Pero comprobarán tu identidad. Sabrán que Carl Monrose no existe.

Mark negó lentamente con la cabeza.

—Pagué mucho dinero por mis documentos. Un *montón* de dinero. La policía no detectará que son falsos. Nadie lo hará.

—Y una mierda.

Mark se encogió de hombros.

—Pago mis impuestos. Voto en las elecciones. Viajo al extranjero cuando quiero. *Soy* Carl Monrose. Adelante. — Hizo un gesto con la cabeza, señalando el móvil de Gray—. Llámalos. Veremos qué pasa contigo entonces. Hazlo.

Gray miró fijamente a Mark y luego su móvil. Lo invadió una sensación de náuseas al ser consciente de la realidad de su situación.

—Vamos —dijo Mark—. ¿A qué estás esperando?

Gray notó su móvil húmedo entre los dedos. Se apartó de Mark. Su cuerpo empezó a temblar. Era incapaz de pensar con claridad.

—También podrías desatarme —dijo Mark—. Desátame…, deja que me vaya. Tú sigues con tu vida y yo con la mía, ¿de acuerdo?

Gray se volvió hacia Mark.

—¡No! —dijo—. ¡No! No tengo ninguna vida con la que seguir, ¿no te das cuenta? ¡No tengo ninguna maldita vida porque tú me la arrebataste!

Mark suspiró. Su móvil volvió a vibrar.

—Vamos —dijo—. Ahora estará desesperada. No tardará en llamar a la policía. Rastrearán mi teléfono hasta aquí y se encontrarán a un hombre inocente atado a un radiador y a un lunático con los ojos desorbitados y sus huellas en un cuchillo. Deja que me vaya ahora y mentiré; le diré que el tren llevaba retraso.

Gray cerró los ojos y pensó en su madre. Rota, sola, totalmente

dependiente de él para cualquier intento de llevar una vida con algún sentido. Pensó en las pequeñas cosas que lo hacían humano: su trabajo, sus alumnos, su gata, su equipo de fútbol sala. Y luego pensó en la humillación que supondría que lo llevaran en un coche patrulla hasta una habitación con poca luz, donde intentaría explicarse ante un par de detectives de rostros inexpresivos que lo mirarían con tristeza y juntando las manos, como si estuviera loco. Y entonces pensó que puede que estuviera loco. ¿Lo estaba? ¿En qué había estado pensando? ¿En seguir a este hombre por Londres y Surrey? ¿En secuestrarlo en plena calle? ¿En atarlo? ¿Qué esperaba conseguir?

El móvil volvió a vibrar. El sonido penetró en su cabeza como un cristal roto. Esperó hasta que dejó de sonar y se volvió hacia Mark.

Le estaba sonriendo con aire de satisfacción, como un vendedor de coches a punto de quitarse de encima un vehículo invendible.

—Vamos, Graham. Deja que me vaya.

Una oleada de intenso calor invadió a Gray.

Se le nubló la visión. Su cuerpo se estremeció. Y se lanzó sobre Mark con los brazos extendidos.

Cincuenta y cuatro

Lily coge a Frank del brazo y, casi a gritos, le dice:

—¿Y luego qué? ¿Lo mataste? ¿O aún sigue allí? ¡Dímelo! ¡Dímelo ahora mismo!

Él la mira fijamente, desconcertado, y niega con la cabeza.

—¡Basta! —grita Lily.

Saca su móvil, pero hace una pausa antes de pulsar el número de la agente de policía Traviss. ¿Y si este desconocido tiene razón? ¿Y si su marido hizo todas esas cosas horribles? ¿Y si se lo llevan y lo mandan a prisión? No, decide, no llamará a la policía. Aún no. Entonces coge el teléfono, sale de la cafetería y pulsa el número de Russ. Él le responde después del primer tono.

—¿Lily?

—Russ, ¿dónde estás?

—En la oficina.

—Russ, debes irte ahora mismo. Necesito que vayas a un sitio. Se llama Wolf's Hill Boulevard. Es un edificio en construcción en London Road, al lado del apartamento donde vivimos Carl y yo. No hay nadie porque la constructora ha quebrado. Tienes que…

—Para, Lily. Estoy en el trabajo, a punto de entrar en una reunión.

—No debes ir a esa reunión, Russ. Debes ir a Wolf's Hill Boulevard. Se trata de Carl. Está allí. Estoy con el hombre que lo llevó a ese lugar. Lo ató a un radiador el martes por la noche. Debes ir ahora y encontrarlo. Está en el apartamento número uno. Por favor.

Ella lo oye suspirar.

—Lily —dice Russ en voz baja—. Empieza por el principio. ¿Dónde estás?

—Estoy en una cafetería, en Ridinghouse Bay. Entré para preguntar por la propietaria de la casa. Esa gente estaba aquí y me oyeron cuando pregunté. Tienen un amigo que ha perdido la memoria y que llegó aquí el martes. Ha visto la foto de Carl y lo ha reconocido. Dice que Carl se llamaba Mark, que hace veinte años ocurrió algo horrible, que Carl le hizo daño a alguien. Dice que la semana pasada lo siguió hasta nuestro apartamento, lo llevó a ese edificio, lo ató y lo dejó allí. Así que, por favor, Russ, ¡ve y encuéntralo! ¡Ahora!

—Lily. —Russ suelta un suspiro—. Creo que deberías llamar a la policía.

—¡No! No puedo hacerlo, Russ. Ese hombre de la cafetería dice que Carl era un criminal… Que hizo cosas malas. No sé si creerlo… —Lily hace una pausa y piensa en la noche en que se despertó con sus manos

alrededor del cuello, en la oscuridad que se cernía sobre él de vez en cuando sin razón aparente, en el pasaporte falsificado, en su falsa madre—. Pero, aun así, no quiero correr ningún riesgo. No hasta que lo vea.

Lily capta el cambio en su tono de voz; se ha relajado y ha aceptado.

—De acuerdo —dice Russ—. De acuerdo. —Lily deja de escuchar el ruido de fondo; a continuación, una puerta que se cierra y el chasquido de unos papeles. Diría que Russ se ha sentado—. Muy bien —dice—. Dime exactamente dónde está ese sitio y qué debo hacer cuando llegue allí.

Cincuenta y cinco

Alice mira a Lily a través de la ventana de la cafetería. Luego le da a Derry las llaves y dice:

—¿Puedes ir a casa ahora mismo? Abre la puerta trasera y deja salir a los perros. No hagas caso de lo que te encuentres en el suelo.

Derry se encoge de hombros y se va. Lesley se acerca a la barra para pedir otra ronda de cafés. En la calle, Lily se pasea de un lado a otro y gesticula mientras habla con quienquiera que sea que está al teléfono.

Alice se vuelve para mirar a Frank.

—¿Cómo estás? —le pregunta, posando una mano en su espalda.

Él se encoge de hombros.

—¿Algún recuerdo más?

Él mira a través de la ventana durante un momento; luego suspira y niega con la cabeza.

Fuera, en la acera, Lily ha terminado su llamada telefónica.

—¿Qué han dicho? —le pregunta Alice después de haber entrado de nuevo en la cafetería.

—No he llamado a la policía —dice Lily lacónicamente—. He llamado a un amigo. Irá al edificio en construcción. Pronto sabremos algo. —Los mira, uno tras otro—. ¿Qué hacemos ahora?

Lesley responde:

—Está muy claro, ¿no? Solo podemos hacer una cosa. Debemos localizar a Kitty Tate.

—Deberíamos volver a esa casa y tratar de encontrar su dirección —dice Alice.

—Ya he registrado esa casa, y no he encontrado nada —dice Lily.

—Es una casa muy grande —dice Alice, con voz calmada—. Quizás valdría la pena volver a buscar.

Esta chica solo tiene cinco años más que Jasmine. Alice se imagina a su hija en un país extranjero, buscando frenéticamente al hombre que la llevó hasta allí. Se imagina lo que debe pensar de ella, de Frank y de Lesley, de unos desconocidos viejos y perturbados. Por primera vez, Alice le sonríe.

Lily vacila durante una fracción de segundo, pero luego se encoge de hombros y cambia de opinión.

—Hazlo si quieres —dice—. Yo seguiré preguntando a la gente de la ciudad. Volveré más tarde.

Alice se queda mirándola cuando se da la vuelta, sale de la cafetería y vacila momentáneamente en la puerta antes de girar a la izquierda. ¿Qué golpe del destino ha llevado a esa chica hasta este tranquilo y

ligeramente bohemio pueblo perdido en un rincón de la costa de Yorkshire? ¿Y qué estaría haciendo ahora mismo si Mark Tate no se hubiera cruzado en su vida?

Alice se lo imagina en este momento, atado a un radiador en un apartamento vacío. Y piensa en lo que el hombre al que ella conoce como Frank dice que tuvo que hacer para llevarlo hasta allí: el cuchillo en la garganta, la funda de almohada en la cabeza, atarle las manos, las amenazas, secuestrarlo y convertirlo en su prisionero. Es incapaz de relacionar todo eso con el hombre tierno que lleva viviendo en su casa los últimos cinco días, el hombre con el que se ha acostado, el que se ha sentado con su hija a primera hora de la mañana, el que se ha hecho amigo de su perro más desconfiado y ha conseguido el visto bueno de su hijo adolescente. Se recuerda una vez más que el hombre que encontró en la playa la semana pasada no era un hombre, sino solo una caja vacía en la que ella podía meter lo que le apeteciera. Le había atribuido las cualidades y los rasgos de personalidad que le convenían. Había ignorado la posibilidad de que, detrás de esa dorada y amable fachada, Frank podía ser perfectamente un sociópata o incluso un asesino. Había puesto a sus hijos en peligro. Se había puesto a sí misma en peligro.

Y, aun así, mientras camina con él, uno al lado del otro, en dirección a la casa de Kitty Tate, le duele el corazón y siente deseos de abrazarlo. Sea lo que sea. Sea quien sea. Sin importarle lo que haya hecho.

Frank se vuelve hacia Alice y sonríe con incertidumbre. ¿Qué estará pensando?, se pregunta. ¿Se estará arrepintiendo de cada minuto que ha compartido con él? ¿Sentirá repulsión por la noche que pasaron juntos? ¿Estará remodelándolo en su mente como el monstruo retorcido que podría ser?

Desde el principio de su lenta recuperación ha escuchado ecos de violencia, de manos alrededor de un cuello, de la lenta quemazón del homicidio. ¿Qué se encontrará el amigo de Lily cuando abra la puerta del apartamento número uno? ¿Una habitación vacía? ¿Un cadáver?

Se da cuenta de que se ha quedado rezagado mientras suben la colina en dirección a la casa.

—¿Frank? ¿Adónde vas? —le grita Alice.

Él las mira y luego baja en dirección a la carretera de la costa.

—¿Podemos…? Solo será un momento.

Algo lo arrastra colina abajo, hacia ese callejón, hacia el mar. Ya ha hecho antes este trayecto. Un montón de veces. Los demás asienten y lo siguen; cuando llega al otro extremo del estrecho callejón, gira instintivamente a la derecha y ahí está: la cabaña del Conejo. Solo que ahora ya no se llama la cabaña del Conejo. La placa de pizarra que

hay fuera reza la cabaña de Ivy. Está pintada de un suave color azul celeste y las ventanas tienen doble acristalamiento.

Se queda mirando la casita y siente que su alma se abre como un sumidero. Este fue el último lugar donde estuvieron todos juntos. Si aquella noche hubiera vuelto del *pub* a casa con su familia, si se hubiera quedado con ellos en vez de perseguir chicas, si no se hubiera tomado tres chupitos de tequila y tampoco hubiera traído a esa gente hasta aquí, si aquella noche todos se hubieran ido a la cama, se habrían despertado juntos, hubieran pasado otro día juntos, y otro, y otro. Habrían regresado al sur juntos y habrían pasado el resto de su vida juntos. Kirsty habría conocido a un hombre que no fuera un enfermo mental y él habría tenido una sobrina o un sobrino y un cuñado. Incluso podría haber tenido una esposa y uno o dos hijos. Su madre se habría enfrentado al nido vacío como un ser humano normal en vez de hacerlo como una lunática llena de ansiedad. Su padre habría envejecido, habría peinado canas y habrían sido una familia normal, aburrida y perfecta por siempre jamás.

Todo había sido culpa suya. Todo. *Todo*.

Derry aparece entonces en la boca de un callejón adoquinado, con las llaves de Alice en la mano. Los mira, sorprendida.

—Gracias por decirme adónde ibais —dice—. Acabo de volver al Sugar Bowl; la mujer que estaba en la calle me dijo que os dirigíais hacia aquí.

Alice se disculpa. Derry se encoge de hombros y se mete las manos en los bolsillos. Todos empiezan a caminar hacia el pueblo. Frank está al lado de Derry. Avanzan juntos durante un rato, en silencio. Finalmente, Derry le pregunta:

—Entonces, ¿lo mataste, Frank?

Él se sobresalta.

—¿Qué?

—A Mark Tate. ¿Lo mataste? No paras de examinarte los dedos. —Ella le mira las manos—. Como si no los reconocieras, como si no fueran los tuyos. —Derry entorna los ojos—. Quiero decir que… podría ser la explicación lógica. La explicación a tu pérdida de memoria, a tu aparición en plena noche en medio de la nada, ¿no?

Él la mira, intentando analizar su punto de vista. ¿Lo está desafiando? ¿Atacando? ¿O simplemente está tratando de plantearle algunas ideas interesantes?

—La verdad es que no lo sé —responde él—. Puede que lo matara, sí. Podría haberlo hecho perfectamente. Y con mis propias manos.

—¿Y si lo hiciste?

—Él merecía morir. Y yo merezco ir a la cárcel por lo que he hecho.

Se encoge de hombros, con una sensación de equilibrio y alivio ante esa idea.

Hacen el resto del trayecto en silencio.

Cincuenta y seis

El móvil de Mark volvió a sonar.

Gray se detuvo en seco, se apartó de Mark y se pasó los dedos por el pelo. La esposa preocupada. Se la imaginó sentada nerviosamente en el borde de un sofá, con un pañuelo de papel arrugado en sus manos rígidas, pulsando el botón de llamada una y otra vez. Seguiría pulsándolo hasta que el móvil de Mark se quedara sin batería. Se inclinó hacia delante, sacó el teléfono del bolsillo de Mark y luego, lanzando un mortal y reverberante grito de guerra, lo arrojó al otro extremo de la habitación. El móvil se estrelló contra la campana extractora con un golpe terrible, se deslizó por el suelo de la cocina y acabó en el rincón más alejado. La bombilla de la campana extractora chisporroteó y parpadeó. Entonces se hizo el silencio y Gray se sintió aliviado.

—Una idea genial, gilipollas —dijo Mark—. Ahora se preocupará todavía más. Está claro que eres un perdedor.

La rabia, momentáneamente sofocada, reapareció con más intensidad.

Y al final, Gray sucumbió al impulso primario que lo había perseguido desde la primera vez que vio a Mark, veintidós años atrás. Dejó que sus manos lo llevaran hasta Mark Tate y se quedó mirándolas mientras se cerraban alrededor de su cuello. Aplaudía mentalmente a sus manos mientras intentaban que Mark Tate se ahogara, mientras apretaban, obstruían y bloqueaban hasta que, por fin, dejó de resistirse a las manos de Gray, hasta que por fin se relajó y se abandonó, dejando de respirar y de hablar para siempre.

Cuando se acercan a la casa de Kitty Tate en el acantilado, Frank coge de la mano a Alice y tira perentoriamente de ella para que se acerque a él.

Ella se vuelve y lo mira. A él le sorprende que, ahora, su rostro le resulte más familiar que cualquier otra cosa en el mundo. Y entonces es consciente de que quizás no vuelva a ver nunca más ese rostro después de lo que está a punto de decirle.

—Lo he recordado —dice—. Lo estrangulé. Lo estrangulé y está muerto.

—¡Joder! —Alice hace una pausa—. ¿Estás seguro?

—Todo lo seguro que puedo estar de cualquier cosa.

Ella posa una mano en su nuca y le acaricia el pelo. Ante ese gesto, él tiene ganas de echarse a llorar.

Intercambian una mirada. Frank asiente.

Alice alcanza a Derry.

—Frank lo ha recordado —dice, con pesadumbre—. Mark está muerto. Frank dice que lo mató.

Se produce un agudo y terrible silencio antes de que Derry lo rompa diciendo:

—Bueno, choca esos cinco, Frank. Ese hijo de perra se lo merecía.

Cincuenta y siete

Lily los ve de pie frente a la casa, enfrascados en una conversación. Lanza un suspiro, endereza el cuerpo y se dirige a ellos con un alegre «¡Hola!».

Los cuatro se vuelven al oír su saludo y ella se estremece.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

Todos intercambian miradas de pánico entre sí y luego Lesley sonríe y dice:

—Nada. Todo va bien. Bueno, ¿cómo te ha ido?

Lily vuelve a suspirar. Sus breves indagaciones en la ciudad han dado muy pocos frutos. La dueña de una elegante zapatería había visto por última vez a Kitty Tate en Ridinghouse Bay hacía unos dos años. Kitty le dijo que había venido ese día para conocer a un posible comprador de su piano de cola, que no se quedaría a pasar la noche y que volvería temprano a su casa. Se probó unas botas de piel pero no compró nada. Parecía desgraciada.

En estos momentos nadie parecía saber exactamente dónde vivía Kitty. «Por Harrogate», era la opinión general. Y eso era todo.

—Dicen que lleva años sin venir —manifiesta Lily—. Pero yo sé que ha venido. Que estuvo aquí ayer. —Se encoge de hombros—. Todo sigue siendo un misterio.

—¿Y tu amigo? El que ha ido al apartamento vacío. ¿Has sabido algo de él?

Lily niega con la cabeza.

—Lo he llamado hace un momento. Estaba en el tren, a veinte minutos de allí. Habrá que esperar.

—Bueno —dice Lesley, mirando hacia la casa—. ¿Entramos?

Frank se comporta de un modo extraño al entrar en la casa. Se mueve tentativa y lentamente, tocando de forma inconsciente las paredes y las superficies al pasar. Mira hacia arriba y hacia abajo, y Lily se da cuenta de que le tiemblan las manos.

—Está todo exactamente igual —dice él—. Como entonces. Salvo que… —Se vuelve hacia Alice—. Está abandonada.

Sí, piensa Lily, es verdad. Esta casa está abandonada.

—Arriba hay una habitación acondicionada —dice—. Vamos.

Todos la siguen en silencio escaleras arriba.

Cuando suben la segunda escalera, Frank empieza a temblar de manera incontrolable.

—Aquí es adonde nos llevó —dice—. El sitio hasta el que nos arrastró. Y aquí —señala el descansillo donde se encuentra— fue

donde inmovilizó a mi hermana y trató de violarla delante de mí.

Se arrodilla y acaricia la raída alfombra con la punta de los dedos.

—Fijaos, hay sangre. Es la sangre de Mark. De su cuero cabelludo. Aquí fue donde le clavé una percha. A tu marido —dice, mirando de repente a Lily—. ¿Tiene una cicatriz en la cabeza? ¿Aquí? —Se señala la coronilla.

—Mi marido tiene el pelo muy tupido —dice Lily—. No sé lo que tiene debajo de él.

Pero es mentira. Ella ha notado la cicatriz que describe Frank; la ha notado por la noche, cuando le acaricia el pelo. Allí tiene una protuberancia, como un trozo de chicle duro. Una vez le preguntó por ella; él le dijo que había tenido un accidente cuando era niño. Eso le hizo amar esa cicatriz, amarla por partida doble: como un rasgo de su físico y como un símbolo de su historia, que en raras ocasiones compartía con ella. Ella la buscaba cuando tenían relaciones sexuales, dejaba que sus dedos la rozaran subrepticia y fugazmente. Y ahora esa misma cicatriz era una prueba, como si ella necesitara otra prueba más, de que el hombre al que amaba más que a nadie, el hombre por el que había renunciado a su familia, a su hogar y a su vida, era un hombre violento y malvado que hacía daño a las mujeres.

Lily ahuyenta todos estos pensamientos y sigue subiendo para acompañar a los demás hasta la habitación del ático.

—Es esta —dice Frank cuando ella abre la puerta—. Esta es la habitación donde nos encerró. Aunque ahora es totalmente distinta.

Todos se quedan quietos un rato, estudiando la habitación.

—Bien —dice Lesley—. Tenemos que repartirnos el trabajo y registrar esta habitación como si fuéramos forenses hasta encontrar algo con la dirección de esa mujer.

No les lleva mucho tiempo. Alice la encuentra en un acuse de recibo que hay en el fondo del cajón de un mueble viejo, en la cocina.

Sra. Kitty Tate
La Vieja Rectoría

Coxwold Harrogate YO61 3FG

Todos se quedan mirándolo un momento. Lily no sabe qué pensar. Quiere conocer a esta mujer; a esta mujer que, sea por lo que sea, protegió a Carl de la policía durante muchos años, que fingió ser su madre cuando hablaron por teléfono el día de su boda; esta mujer triste y solitaria que huele a jazmín, tiene bonitos vestidos y pieles y se esconde, lejos de la gente del pueblo, en una casa abandonada en lo alto de un acantilado. Quiere conocerla para entenderlo todo de forma más clara. Pero también tiene miedo; tiene miedo de escuchar cosas que la hagan odiar a Carl. Porque ella no odia a Carl. Sabe que debería, pero no lo hace. No lo odia en absoluto.

Y mientras piensa en todo esto suena su móvil. Mira el teléfono, luego a los demás y ellos la observan con expresiones que van del miedo a la preocupación pasando por la impaciencia. Ella respira profundamente y contesta.

—Hola, Russ. ¿Ya has llegado?

—Sí —responde Russ—. Estoy aquí. Pero Carl no está.

Lily se aparta el pelo de la cara y frunce el ceño.

—¿Seguro que estás en el lugar correcto?

—Sí. Apartamento uno. Wolf's Hill Boulevard. Es evidente que estuvo aquí: veo las bridas, las cuerdas… Es un caos. Es… Bueno, debió estar aquí bastante tiempo, por decirlo de algún modo. Pero ahora no está. Se ha ido.

El corazón de Lily se acelera y luego se ablanda, aliviada.

—¡Oh! —dice—. ¡Gracias a Dios! Te doy las gracias por esto.

Los demás se quedan mirándola, con los ojos muy abiertos.

—Sí, bueno —continúa Russ—. Me imagino que en cierto sentido es bueno. Pero en otro es… En fin, ya sabes…, ¿dónde está? ¿Qué estará haciendo? Quiero decir que podría ser peligroso, Lily.

Ella coge aire, enfadada, consciente de que su enfado está fuera de lugar, aunque no es capaz de entender lo que siente.

—No conmigo. Conmigo no lo es.

Y después cuelga.

Los demás aún siguen mirándola fijamente.

—No está allí —les dice Lily.

—¿Quieres decir que ha huido? —pregunta Alice. Parece aturdida.

Lily lanza un suspiro.

—Sí. Se desató y se fue.

Intenta no pensar en el hecho de que no ha intentado ponerse en contacto con ella, de que no ha ido a buscarla. Derry y Alice se vuelven hacia Frank y lo miran inquisitivamente.

—Entonces, ¿no lo mataste? —le pregunta Alice.

Está pálido y conmocionado.

—No lo sé —dice—. Pensé que… Aunque tal vez no. Quizás solo estaba inconsciente. —Suspira—. La verdad es que no lo sé.

Por un momento, nadie dice nada.

Entonces, Lesley mira su reloj de pulsera y dice:

—Bien. Son las doce y cuarto. Llamaré a la redacción para decirles que no me esperen. Luego iré en coche hasta Coxwold para localizar a Kitty Tate. ¿Qué vais a hacer vosotros?

Derry le dice a Alice que recogerá a su hija en la escuela y los demás se quedan esperando a que Lesley vuelva con su coche. Se sientan en los escalones de la entrada de la mansión blanca en medio de un incómodo silencio. Hace un día espléndido: el cielo es de color azul celeste y una suave brisa esparce flores de cerezos a sus pies.

Finalmente, Lily se vuelve hacia Frank y dice:

—Entonces, pensabas que lo habías matado.

Él la mira como si se hubiera olvidado de que estaba allí. Luego asiente.

—Sí —dice simplemente—. Eso pensaba. —Aparta los ojos de ella y se mira las manos—. El hombre que amas es un monstruo —añade, en voz baja.

—Aun así, intentaste matarlo —dice ella—. Lo dejaste allí moribundo. ¿En qué te convierte a ti eso?

Frank lanza un suspiro. Se hace un silencio durante un momento, roto solo por el lejano graznido de las gaviotas, los rasguños de los pajarillos en el seto y el canto de un pinzón que los observa desde la copa de un árbol.

—Me convierte en alguien que ha cometido un gran error —dice él —. Pero no en un monstruo.

Cincuenta y ocho

Teniendo en cuenta las muchas cosas de las que hay que hablar, el trayecto desde Ridinghouse Bay hasta Coxwold resulta extrañamente tranquilo. Lesley usa el manos libres para hacer algunas llamadas de trabajo sobre otras historias en las que está trabajando: una mujer violada en Hull, tres hombres filipinos que aparecieron muertos en la bodega de un barco atracado en Goole Docks, la reacción de los residentes a la demolición de un *pub* muy popular en Beverley.

Alice se distrae contemplando el paisaje. Es hermoso: claro y moteado por el sol, campos llenos de dorada colza y girasoles. Luego mira a Frank. Está quieto y guarda silencio, mirando a través de su ventanilla.

—¿Dónde crees que está? —le pregunta ella.

Él se encoge de hombros.

—Ya desapareció en una ocasión. Podría estar en cualquier parte.

Ella baja la voz.

—Lo que has dicho antes sobre lo que hiciste. —Hace el gesto de estar estrangulando a alguien—. ¿Estás seguro de que ocurrió, de que realmente…?

—Estoy seguro —responde él con firmeza—. Ocurrió.

Ella asiente. No es capaz de imaginarse lo que está pasando por la mente de Frank. Piensa en la primera noche, en él descalzo y recién salido del baño, vestido con la sudadera con capucha de Kai. Entonces estaba en blanco y aliviado. Ahora parece distinto; como llevando alguna carga, enterrado bajo el peso de tantos recuerdos que han aflorado. En un lado de la carretera hay un cartel que reza Coxwold 1. Un minuto más tarde, el navegador le dice a Lesley que gire a la derecha. Durante el último tramo del trayecto permanecen en silencio. Alice admira el pueblo de tarjeta postal cuando llegan: la avenida con parterres de reluciente césped a ambos lados está flanqueada por hermosas casas de piedra clara, hostales y tiendas de té. Pasan por delante de una bonita iglesia que se alza en lo alto del valle y luego el navegador dice que hay que girar a la izquierda. Se alejan un poco del pueblo y llegan a su destino. La Vieja Rectoría, situada justo detrás de la iglesia. Es una preciosa casa de tres alas con un camino de grava y árboles muy viejos, entre ellos una enorme magnolia en plena floración que preside el lugar, al lado de la puerta principal.

Lesley apaga el motor y todos se quedan mirando la casa un momento.

—Yo iré —dice Lily, desabrochándose el cinturón de seguridad—.

Somos familia. Yo iré.

Lesley empieza a protestar, pero Lily levanta la mano demasiado cerca de su cara y dice:

—*No*. Vine aquí sola para encontrar a esta mujer. No le pedí a ninguno de vosotros que me acompañara.

—Disculpa —dice Lesley—, pero sin nosotros aún estarías deambulando de tienda en tienda por Ridinghouse Bay con tu pequeño álbum de fotos. Lo lamento, pero Frank y Alice tienen el mismo derecho que tú a oír lo que esta mujer tiene que decir. La vida de Frank quedó arruinada por lo que su sobrino les hizo a él y a su familia. O entramos todos o me doy la vuelta y volvemos a casa.

—A usted solo le importa el reportaje.

—Sí, por supuesto que me importa el reportaje. Es mi trabajo. Pero que me importe «el reportaje» no significa que no me importen el resultado o los jugadores.

—Está bien —dice Lily después de un silencio petulante que a Alice le recuerda a sus dos hijas—. Iremos todos.

La puerta principal está en la parte izquierda de la casa. Lesley pulsa el timbre. Se escucha el ruido de unos tacones sobre un suelo de baldosas y luego la puerta se abre con una cadena de seguridad. Tras ella hay un rostro de mujer, pálido y hermoso: mejillas suaves y hundidas, un alegre tono rosado en los labios, una mata de pelo rubio blanquecino y un suave perfume de jazmín.

—¡Hola! —les saluda ella con afabilidad. Sin embargo, cuando los mira a todos sucesivamente, parece preocupada—. ¡Oh, lo siento! Estaba esperando una entrega. ¿Puedo ayudarlos en algo?

—Me llamo Lily —dice Lily—. Hablé ayer con usted por teléfono. Estoy casada con Mark, su sobrino.

—No digas estupideces —responde la mujer, haciendo una mueca—. Mark está muerto.

—En realidad no está muerto —dice Lily, moviéndose hacia delante —. Y sabemos que no lo está porque este hombre —continúa, señalando a Frank— lo encerró la semana pasada en un apartamento vacío, y su sobrino «muerto» se lo contó todo, incluyendo cómo usted lo rescató en las rocas la noche que supuestamente se ahogó, se lo llevó a su casa y no se lo contó a nadie, ni siquiera a su madre.

Kitty Tate entorna los ojos.

—¿Y *usted* quién es? —le pregunta a Lesley.

—Lesley Wade. —Tiende la mano a Kitty—. De la *Ridinghouse Gazette*.

Kitty empieza a cerrarle la puerta en la cara, pero Lesley ya ha metido el pie en el hueco.

—Estoy trabajando de forma extraoficial —dice—. Estoy ayudando a estas personas. No hay ningún reportaje, al menos de momento. Y si lo

hay, será un trabajo de investigación, con una gran difusión, entrevistas completas… Nada procaz.

Kitty intenta cerrar la puerta de nuevo.

—¡Mire! —dice Lesley—. ¿Ve a este hombre? Es Graham Ross. ¿Lo recuerda? Es el hermano de Kirsty, Kitty. El chico que estuvo en su casa; el chico al que su sobrino tomó como rehén, lo atacó y le rompió el brazo. Lo aterrorizó. Y ha vivido toda su vida adulta en el limbo porque era incapaz de recordar lo que ocurrió aquella noche. —Hace una pausa para hacer más fuerza e impedir que Kitty le cierre la puerta—. Y ahora lo ha recordado todo. Ha recordado lo que hizo Mark Tate. Se lo debe, Kitty; debe contarle lo que sabe porque se lo debe.

De repente, Kitty relaja la presión contra la puerta y mira a través de la abertura. Mira fijamente a Frank y suelta un suspiro. Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Pobre muchacho.

Entonces se endereza y vuelve los ojos hacia Lesley.

—Él puede entrar —dice—. Pero las demás no.

—¡Pero…! —exclama Lily.

Kitty la ignora y se vuelve hacia Frank.

—Pasa, por favor —dice—. Te contaré cuanto sé.

Frank mira a Alice y luego a Kitty.

—Por favor, deje que mi amiga me acompañe. Alice ha estado cuidando de mí. No está implicada en nada. Solo es una buena persona.

Kitty asiente lacónicamente y luego abre la puerta para dejarlos entrar a los dos.

Frank y Alice se vuelven hacia Lily y Lesley y sonríen a modo de disculpa.

—Está bien —dice Lesley—. Supongo que podríamos irnos y tomarnos un té con *scones*.

—¿Qué son *scones*?

—Bollitos. Vámonos.

Kitty los lleva a la cocina. Es una mezcla de madera oscura y fórmica de un color blancuzco, con luces que cuelgan del techo sobre una isla, dos grandes sofás en un extremo y puertas francesas que dan a un cuidado jardín. Les dice que se sienten a la mesa de la cocina, les prepara té en una enorme tetera con lunares y abre un paquete de galletas de jengibre Duchy.

Finalmente se sienta, alisándose las perneras de los pulcros pantalones azul marino sobre sus diminutos muslos.

—Lamento muchísimo lo que te pasó —le dice a Frank—. Lamento muchísimo lo que les pasó a tu padre y a tu hermana, y ojalá yo… —

Se interrumpe—. Aquel día, en cuanto llegó de la playa, me habló de esa «agradable familia» y me pidió que preparáramos una tarta, supe que habían saltado las alarmas. Que algo acabaría mal. Mark siempre fue… —vuelve a interrumpirse, levanta la tapa de la tetera, la agita y la vuelve a cerrar—… problemático — concluye—. El hermano de mi marido y su mujer lo adoptaron cuando ya era bastante mayor. Tendría unos ocho o nueve años, más o menos. Su hija era una adolescente que se volvió cada vez más independiente, y creo que pensaron que no estaban preparados para terminar esa etapa de su vida. Sin embargo, no querían tener un bebé y empezar de nuevo, y por eso decidieron adoptar a un niño ya mayor. Y, por supuesto, Mark era un niño muy guapo que se aferró a ellos con todas sus fuerzas. Ellos no pensaron demasiado en las implicaciones que tenía cuidar de un niño que había sufrido abusos. Pensaron que podrían curar todas sus heridas y por desgracia *se equivocaron*. Él estaba marcado.

Kitty sirve tres tazas de té, deja la tetera sobre una esterilla y le ofrece a Alice la jarra de leche.

—Es mejor que te la sirvas tú… Todo el mundo tiene gustos distintos, ¿verdad? En fin… No pudieron con él. Mark lo quería todo: la ropa más cara, los juguetes más caros y el tiempo y la atención de sus padres. Su hermana, Camille, se fue a los diecisiete años para vivir con la familia de una amiga porque no fue capaz de lidiar con esa vorágine. Pero, por alguna razón, Mark se tranquilizaba cuando estaba con mi marido y conmigo. Creo que era porque nosotros no teníamos hijos. Porque él no vivía con nosotros, de modo que no teníamos que intentar domesticarlo. Teníamos todo esto —señala a través de las puertas francesas—, los perros, la mansión a orillas del mar… Pasaba las vacaciones y casi todos los fines de semana con nosotros. Y no estoy dando a entender ni por un segundo que él fuera *fácil*. Mark *nunca* fue fácil. Pero era menos *complicado*. Y él y yo en especial teníamos un vínculo muy fuerte. Pero cuando se hizo mayor… —Tiende el plato de galletas a Alice—. No sé, pero vi como su lado oscuro salía a flote con más intensidad, sobre todo en su forma de relacionarse con las chicas. Él pensaba que ellas solo estaban allí para atender sus necesidades. Lo vi comportarse de forma bastante desagradable con esas chicas tan guapas que traía a casa, boquiabierto ante su belleza. —Kitty niega con la cabeza y lanza un suspiro—. Incluso entonces me preocupaba, porque pensaba que algún día podía ocurrir algo malo. Pero no sé… Él volvía aquí con su bolsa de viaje, una caja de bombones para mí y un abrazo de oso; me *encantaban* sus abrazos de oso. Mi marido no fue nunca amante de los abrazos, y supongo que me aficioné a ellos con Mark. Sacaba a pasear a los perros, les lanzaba pelotas durante horas y yo me quedaba aquí sentada, mirando, y pensaba: un día dejará de hacer estupideces y

conocerá a una chica maravillosa; finalmente lo conseguirá y todo será perfecto.

»Y entonces murió mi marido. —Kitty suspira—. Y Mark no lo encajó demasiado bien. Por algún motivo, parecía culparme por ello. Y se acabaron los abrazos de oso, los bombones, la diversión y las risas. Debo admitir que empecé a sentirme bastante agobiada por su presencia cuando nos quedamos solos. En ese momento se había distanciado por completo de sus padres y vivía con nosotros. Lo repudiaron cuando cumplió dieciocho años, después de un incidente…

—¿Un incidente? —pregunta Frank—. ¿Qué incidente?

Kitty se alisa de nuevo las perneras de los pantalones.

—Algo relacionado con una chica; una amiga de su hermana. Aunque no se presentaron cargos, fue muy desagradable y sus padres decidieron cortar la relación con él. Imperdonable; realmente imperdonable. —Niega despacio con la cabeza—. Al principio agradecí que estuviera aquí después de la muerte de mi esposo, pero al cabo de unas semanas… En fin, cada vez resultaba más difícil convivir con él. Aquel verano fuimos a Ridinghouse Bay, como lo habíamos hecho muchos otros veranos. Pensé que así se calmarían un poco las cosas. Pero no: allí estaba aún más enfadado; enfadado conmigo y enfadado con el mundo. Tenía la… *maldad* en su interior. Por la noche me acostaba y cerraba la puerta de mi habitación con llave.

Kitty los mira a ambos, comprobando que son conscientes de lo angustioso que resulta su último comentario.

—Entonces, un día entró en casa dando brincos, lleno de alegría y hablando de tartas y de vosotros, de esa «agradable familia». Comprendí que había una chica y supongo que una parte de mí pensó: bueno, quizás sea esta. La chica mítica que lo iba a arreglar todo. Y entonces, ese día, cuando vinisteis y vi a la pequeña Kirsty… Tan joven, tan pura, tan increíblemente incapaz de enfrentarse a un espíritu perturbado como Mark… El corazón me dio un vuelco.

Alice mira a Frank. ¿Qué estará pensando?, se pregunta. Parece tan ensimismado, tan paralizado…

—En fin —continúa Kitty, moviendo de arriba abajo las delicadas yemas de los dedos por el asa de su taza de té—. La invitó a salir; parecía enamorado. Le compró flores, la llevó al cine, y de de repente volvió a casa diciendo que se había terminado, que le daba igual, que «le importaba una mierda» fueron sus palabras exactas, que podía encontrar algo mejor, que ella solo era una pequeña… — Se interrumpe y frunce los labios—. Bueno, ya sabéis, dijo una palabra muy fea. Pero eso solo duró un par de días, y entonces pareció olvidarlo; me dijo que iba a venir una chica de la ciudad, una cantante. Pensaba ir a verla con unos amigos. Me sentí aliviada. *Muy*

aliviada. Parecía que por fin seguía adelante con su vida después de la muerte de mi marido. Su extraña obsesión por tu hermana parecía un lejano recuerdo. Me preguntó si yo podía pasar esa noche fuera, porque quería invitar a unos amigos después de la actuación y a alguna de la gente más simpática del pueblo. Me dijo que se quedarían en la sala del bar. Me pareció razonable. No se le iría de las manos. Y, por supuesto, le dije que sí. Cualquier cosa con tal de hacerlo feliz después de haberse sentido tan desgraciado; cualquier cosa con tal de verlo actuar con normalidad después de haber tenido un comportamiento tan anormal. Así pues, volví aquí para pasar la noche. Era agradable tener la casa solo para mí, no preocuparme por Mark. Hasta que… —Se le contrae un músculo de la mejilla y golpetea la taza con las uñas—. Hasta que a la una de la madrugada recibí una llamada desde una cabina telefónica que había junto a la carretera. «Estoy en apuros». ¡Dios! Nunca lo olvidaré. *Estoy en apuros*. Fue como si hubiera estado esperando esa llamada desde el día en que lo conocí. Y ahí estaba él. Sin aliento y malherido. «Me estoy muriendo», añadió. *¡Me estoy muriendo!* No me dejó llamar a la policía. Ni siquiera le pregunté por qué; en el fondo, yo sabía el porqué. No el qué, sino el porqué. Cogí el coche y me fui. Y allí estaba, sentado en las rocas, junto a la bahía de Middlehurst, en medio de un charco de sangre. Tenía la piel azulada; era como algo espantoso escupido por el mar. Aparqué, trepé por esas rocas con unos zapatos imposibles, los primeros que encontré cuando salí de casa. Me hice un profundo corte en la pierna; aún tengo la cicatriz, aquí. —Se levanta la pernera de los inmaculados pantalones y les enseña una lívida cicatriz vertical en un lado de la espinilla izquierda. Tira lentamente de la pernera de los pantalones hacia abajo y continúa—: Esa noche, el mar estaba muy revuelto; el ruido era ensordecedor. Vi a los guardacostas en sus barcos con linternas, lanzando un bote salvavidas al agua; en el pueblo parpadeaban unas luces azules. Aquella noche, el viejo y soñoliento Ridinghouse Bay estaba vivo. Nunca lo olvidaré. Seguí avanzando y conseguí llegar hasta él. Los barcos se acercaban. Solo disponíamos de unos minutos. Y entonces señaló hacia la pendiente que había más abajo. «Ve a ver», me dijo. «Comprueba si está muerta».

Frank se pone rígido. Echa los hombros hacia atrás.

—De modo que me deslicé por las rocas y allí estaba ella…

—¿Ella? —dice Alice bruscamente—. ¿Se refiere a Kirsty?

—Sí —dice Kitty—. Por supuesto. ¿Mark no te lo contó?

—¿Contarme qué?

La voz de Frank suena como un leve gemido.

—¡Oh! —Kitty parece aturdida—. Pensé que… ¿Qué fue exactamente lo que te dijo?

—Que la soltó. Que ella «se desvaneció», que no pudo hacer nada

por salvarla.

—¡Oh! —Kitty palidece y se lleva los dedos a una perla colgada de una fina cadena de oro que lleva en el cuello—. Yo… Yo… Yo no sabía qué había ocurrido. No sé, al principio supuse que era un juego producto de la borrachera y que quizás él había intentado rescatarla. De modo que me acerqué a ella, le tomé el pulso y vi que aún estaba viva, aunque no consciente.

—¿Y no llamó a una ambulancia? —Los tendones del cuello de Frank se tensan de rabia—. No, no lo hizo…

—Me puso un cuchillo en el cuello.

—¿Quién? —pregunta Frank con incredulidad—. ¿Mark? Pensé que había dicho que estaba malherido; que había perdido mucha sangre.

—Estaba malherido. Bueno, eso parecía, Pero cuando volví a su lado, después de ver cómo estaba Kirsty, me dijo: «¿Y bien?». Y yo le contesté: «Todavía respira». Y él me dijo: «Vámonos de aquí ahora mismo». Y, evidentemente, yo me negué. Por supuesto que me negué. Le dije: «No. Voy a llamar a una ambulancia». Y él se puso en pie tambaleándose y sacó un cuchillo. De repente me tenía agarrada por la espalda con el cuchillo en la garganta. Y yo pensé: bueno, se acabó; va a matarme.

Hace una breve pasa y sorbe un poco de té.

—Llevamos a tu hermana hasta mi coche y la subimos al asiento trasero.

—¿Aún estaba viva?

La voz de Frank suena hueca de incredulidad.

—Sí, lo estaba. Estaba viva.

—¿Intentó…? ¿Intentó reanimarla?

—Él no me habría dejado hacerlo.

—¿Murió? ¿Ella murió?

Las lágrimas han convertido los ojos de Kitty en dos cristales. Asiente una sola vez.

—Muy poco después. Antes de que estuviéramos a medio camino de casa.

—¿En el asiento trasero de su coche? —le pregunta Frank.

Kitty se echa a llorar. Las lágrimas resbalan por sus pálidas mejillas; se las limpia con los dedos agarrotados.

—Lo lamento muchísimo. Estaba… Estaba muy asustada. Tenía un cuchillo. No sabía lo que…

—¿Dónde está? —Ahora Frank está gritando—. ¿Dónde está Kirsty?

—Ella está… ¡Oh, Dios mío! Lo siento, lo siento tanto… Dejamos el coche en el garaje, en la parte de atrás. —Señala el lejano extremo de su hermoso jardín—. Estuvimos allí durante horas. Literalmente: horas y horas. Con Kirsty en la parte trasera del coche. Él estaba histérico. Totalmente histérico. Esperábamos que alguien llamara a la puerta.

Esperábamos escuchar el sonido de las sirenas. — Se cubre el rostro con ambas manos un momento—. Sintonizamos la emisora local en la radio del coche. Esperamos y esperamos hasta que, finalmente, a la hora del almuerzo del día siguiente, lo comprendimos: habían suspendido la búsqueda. Aún había gente por allí, gente del pueblo, con sus propios barcos, pero la búsqueda oficial había terminado. Un policía muy amable vino a mi casa para informarme: suponían que Mark y tu hermana se habían ahogado y tu padre había muerto como un héroe mientras intentaba rescatarlos. A ti, nadie te mencionó. Tuve que fingir que estaba conmocionada.

—Pero ¿qué hicieron con mi hermana? —pregunta Frank, bramando y poniéndose en pie—. ¿Dónde está?

Kitty encoge su cuerpo, como si estuviera intentando meterse en una caja. Luego se levanta muy despacio y dice:

—Venid conmigo.

Alice mira a Frank y él la mira a su vez, alarmado.

—Vamos.

Ambos se levantan y siguen a Kitty hasta las puertas francesas. Kitty descuelga una llave que hay en un clavo, detrás de las cortinas, y abre la puerta. Luego los guía a través del jardín, lleno de lechos curvados con flores silvestres, tiestos con manchas de líquenes y sauces llorones, hasta el otro extremo, donde se funde con los campos que hay más lejos. Aquí se alza un viejo e imponente roble, un gigantesco amasijo de hojas verdes contra un cielo de un brillante color azul.

Kitty se queda de pie junto a un rosal, moteado con algunas flores blancas.

—Kirsty está aquí.

—¿La enterró?

—No, no la enterré. ¡Por supuesto que no la enterré! Lo hizo Mark. Me encerró en la casa y la enterró. Yo planté el rosal. Un tiempo después.

Frank se arrodilla sobre la suave hierba primaveral. Abre las manos y acaricia el suelo con las palmas. Luego mira a Kitty, reprimiendo su rabia.

—Todos estos años… —dice, con la voz quebrada—. Mi madre…

—No ha pasado un solo día en que no haya pensado en tu madre.

Frank vuelve a mirarla, furioso.

—¿Dónde está Mark? —le pregunta—. ¿Sabe dónde está?

—No. No lo sé. No he vuelto a hablar con él desde el día en que me obligó a hablar con esa chica por teléfono fingiendo ser su madre. No sé por qué me hizo hacer eso. Para hacerme daño, supongo. Para causarme dolor. —Kitty lanza un suspiro—. Le deseé suerte y le dije que iba a desaparecer de su vida, aunque no es que hubiera sido muy importante en ella. No desde que cambió de identidad. Para él era

demasiado arriesgado hablar conmigo o venir a verme. Pero le dije que no podía seguir tomando parte en este subterfugio. De modo que le mandé algún dinero, esperando que por fin se calmaría y sería normal. La mujer parecía… —Se encoge de hombros—. Bueno, parecía capaz de cuidar de sí misma. Parecía fuerte. De modo que decidí no interferir.

Frank sigue mirando el lugar donde su hermana fue enterrada hace veintidós años. Parece destrozado.

Alice se agacha a su lado y posa un brazo sobre sus hombros.

Frank levanta los ojos y mira a Kitty.

—¿Qué fue lo último que dijo?

Sus palabras suenan estranguladas por el dolor.

—No dijo nada, Graham. Ni siquiera abrió los ojos.

—No lo entiendo —dice, con las lágrimas resbalando por sus mejillas—. Todos estos años sentada ahí, en su cocina de diseño. Cenando. Viendo la televisión. Mirando al jardín, sabiendo que ella estaba aquí. ¿Cómo ha podido?

—¡Pero yo no vivo aquí! —grita Kitty—. ¡Por supuesto que no! Yo vivo en Ridinghouse Bay, en el ático. ¡Odio este lugar! Me encantaría vender la casa, seguir adelante con mi vida. Pero no puedo hacerlo. ¿Cómo podría vender una casa con un cuerpo enterrado en el jardín? Solo estoy aquí ahora por esa chica, esa con la que vinisteis —dice, señalando la fachada de la casa—. Me llamó ayer por la mañana. No sé por qué contesté. La verdad es que no lo sé. Me había estado llamando durante horas. Di por sentado que era Mark, y por eso no contesté. Entonces, finalmente, el teléfono dejó de sonar. Pero media hora más tarde me llamaron desde otro número que yo sabía que no era el de Mark. Y como estaba esperando una llamada de otra persona, contesté instintivamente, sin pensar. ¡Dios mío! ¡Y luego empezó a sonar el timbre de la puerta y pensé que era ella! Así que metí todas mis cosas en una bolsa y salí corriendo.

—Estuvimos allí —dice Alice—. Fuimos nosotros quienes llamamos al timbre. No la vimos marcharse. No había ningún coche en la entrada.

Kitty lanza un suspiro.

—Me fui por el camino de atrás, por las escaleras del acantilado. Dejé el coche en el aparcamiento de la playa. No me gusta que la gente sepa que estoy allí. Me gusta ser… *invisible*. Y por eso vivo allí, Graham, en esa casa espantosa y en ruinas; no porque sea una desalmada. Porque te prometo que el corazón no ha dejado de dolerme ni un solo momento desde la noche en que murió tu hermana.

La conversación se interrumpe y los tres se quedan donde están: Kitty y Alice de pie y Frank todavía de rodillas, junto al rosal. Una

terrible estampa de dolor, culpa, horror y mentiras.

Por un momento se hace un silencio absoluto. Entonces, Alice se vuelve lentamente hacia la casa y dice:

—Tenemos que encontrar a las demás. Hay que hacer algunas llamadas.

Cincuenta y nueve

Lily observa atentamente la comida que tiene frente a ella. Hay un bollo grande que sonó como una piedra cuando la camarera se lo sirvió en un platillo con unas pinzas plateadas. Hay un plato que en realidad está formado por dos platos, uno encima del otro, con una barra plateada que los mantiene unidos. En ellos hay muchos pastelitos; algunos son tan bonitos que no se imagina comiéndoselos. También hay algunos diminutos sándwiches que parecen hechos para que un bebé se los coma. Hay uno que parece no llevar más que pepino.

Lesley sirve el té en unas delicadas tazas y mira a Lily inquisitivamente.

—Bueno, cuéntame —dice—. ¿Por qué acabaste enamorada de Mark?

Lily se encoge de hombros. La pregunta no pretende ser amistosa. La pregunta que realmente le está haciendo Lesley es: «¿Por qué elegiste a un monstruo como marido?».

—Me enamoré de él porque era amable. Y guapo. Y fuerte. Porque me respetaba. Y a mi familia también. Porque me di cuenta de que sentía dolor por dentro y quería ayudarlo a curarse. Me enamoré de él porque era todo lo que yo quería que fuera un hombre.

—Pero ¿nunca te llegaron…, ya sabes…, *vibraciones*? ¿No intuiste que no estaba bien? ¿Que estaba ocultando algo?

—No —responde Lily—. Nunca. Éramos felices.

—Entonces me pregunto por qué no ha venido a por ti.

—No sabemos cuándo huyó —responde Lily remilgadamente—. Puede que escapara anoche o esta mañana. Puede que haya ido a buscarme a nuestro apartamento y no me haya encontrado allí.

—¿Te ha llamado?

—No.

Lesley arquea una ceja y la mira compasivamente.

—Está intentando protegerme —dice Lily—. Eso es todo.

—Bueno, puede que eso sea cierto —dice Lesley. Elige uno de los sándwiches diminutos y se lo come. Luego mira a Lily y dice—: Come.

—No tengo apetito.

No es verdad. Se muere de hambre.

—Vamos. Podríamos estar aquí horas. Y son deliciosos. Prueba uno de esos. —Coloca uno de los diminutos sándwiches en el plato de Lily —. Rosbif y rábano picante. Es increíble.

—¿Rábano… picante?

—Sí, rábano picante. Es una raíz, como el jengibre, ya sabes. Mezclado con una crema. Maravilloso.

Lily empuja el sándwich por el plato con la punta de los dedos y lo mira con repulsión.

—No, gracias.

—Oh, vaya. Entonces cómete tu maldito *scone*.

Lily juguetea con el bollo que parece una piedra, rompe un trocito y se lo lleva a la boca. Sabe a cemento.

—Tienes que ponerle un poco de nata espesa. Y un poco de mermelada.

—¿Nata espesa?

Lily frunce los labios.

—¡Oh, por el amor de Dios! —Lesley le pasa un plato pequeño con una crema amarilla y espesa—. ¡Solo es nata, por Dios! Supongo que en Ucrania debes comer toda clase de cosas. Y esto solo es un bollo con nata. No va a morderte.

Con mucho cuidado, Lily hace lo que le dice: coge una pizca de la nata espesa crujiente y una cucharadita de mermelada. Se lo lleva a la boca y decide que le gusta. Pero no lo dice.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta Lesley—. Si lo encuentran y va a la cárcel. ¿Adónde irás?

Lily lanza un suspiro.

—Aún no lo he pensado. Probablemente tendré que volver a mi país. Después de todo, mi certificado de matrimonio no es legal. No dejarán que me quede.

—¿Quieres quedarte?

—Sí, creo que sí. Creo que estaba lista para irme de Kiev; lista para vivir en otro lugar. No siento como si todo esto ya hubiera terminado. Pero… —Se encoge de hombros—. Así es la vida.

—¿Qué estudios tienes? —le pregunta Lesley.

—Estoy haciendo un curso para ser contable.

Lesley vuelve a arquear una ceja, esta vez con sorpresa, sin escepticismo. Está claro que no le parece que Lily tenga aspecto de contable. Pero puede que eso sea bueno.

El móvil de Lesley suena y ella vuelve a gritar, diciéndole a la gente lo que debe hacer. Sale a la calle para seguir hablando y Lily la observa moviéndose por la acera y gesticulando. Mientras la mira, tiene una idea extraña: piensa que un día, cuando sea vieja, quizás le gustaría ser como esa mujer.

Lily se come su *scone* y luego examina los otros elementos que integran el té. Cuando Lesley vuelve ya se ha comido tres sándwiches y un pastelito con unas diminutas flores de color púrpura. Lesley mira la mesa, se da cuenta de que falta comida y sonríe con complicidad.

—Me pregunto qué estará pasando —dice Lily.

—Sí —responde Lesley, suspirando con pesar—. Yo también.

Y mientras dice esto, la campanilla que hay encima de la puerta suena y ahí están: Frank y Alice. Ambos parecen conmocionados, como si hubieran estado llorando. Alice ayuda a Frank a sentarse y pide té para ambos.

—¿Y bien? —dice Lily—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Lo habéis encontrado?

—No —responde Alice—. No. No está allí, y Kitty no sabe dónde puede estar. Pero está ahí fuera, en algún lugar, y es peligroso. Muy peligroso.

Lily mira a Alice entornando los ojos.

—¿Peligroso? —dice—. ¿Qué quieres decir?

Entonces, Alice cuenta una historia tan triste, tan horrible y tan oscura, aunque tan creíble, que Lily casi se olvida de que está hablando del hombre con el que se ha casado. Aproximadamente a la mitad del relato, Lily sabe lo que debe hacer a continuación. Cuando Alice ha terminado, ya tiene el móvil en la mano. Se ha acabado. Su historia de amor. Su matrimonio. Su aventura. Su amor por un hombre al que nunca ha conocido de verdad. ¿Qué le dijo su madre sobre las cebollas la semana pasada? Que había que descubrir lo peor de una persona antes de decidir compartir la vida con ella. No se había dado tiempo para ver lo peor de Carl Monrose, pero ahora que se lo habían mostrado no podía amar a un hombre así ni compartir su vida con él. Y tampoco podía permitir que ese hombre desapareciera sin más, libre para vivir su vida.

Lily pulsa el número de la agente de policía Beverly Traviss y dice:

—Hola, agente Traviss. Soy Lily Monrose.

Lily escucha su familiar y paciente respiración.

—Ah, buenas tardes, señora Monrose. Siento mucho no haberla llamado. Aún estamos esperando…

—Por favor. Coja un papel y tome nota. El verdadero nombre de mi marido es Mark Tate. Se le dio por muerto al creer que se había ahogado en el pueblo de Ridinghouse Bay, en agosto de 1993, cuando tenía diecinueve años. Es responsable de al menos la muerte de dos personas y de agredir físicamente a otra. Cambió su identidad por la de Carl Monrose hace unos años y fue visto por última vez el pasado martes, 14 de abril, alrededor de las siete de la tarde, en el apartamento uno de Wolf's Hill Boulevard, en London Road, Oxted. Es muy peligroso. Otras personas y yo necesitaremos protección hasta que lo encuentren. Gracias.

Lily escucha el silencio al otro lado del teléfono. Se imagina a Beverly Traviss sosteniendo el bolígrafo sobre su bloc de notas, con la mandíbula colgando, ligeramente entreabierta.

—¿Dónde está usted? —le pregunta la agente Traviss, y Lily capta un inédito tono de preocupación en su voz.

Lily se lo dice.

—No se mueva —dice la agente Traviss—. Quédese ahí. Voy a ponerme en contacto con la policía de Yorkshire. Les diré que manden un coche patrulla inmediatamente.

Lily cuelga y mira a los demás.

—Bueno —dice—. Ya está hecho.

Deja el móvil sobre la mesa y siente que su corazón se rompe por la mitad.

CUARTA PARTE

Ridinghouse Gazette

Viernes, 24 de abril de 2015

Un hombre de Ridinghouse es detenido veinte años después de «ahogarse»,

por
Lesley Wade

Mark Tate, de 40 años, antiguo residente en Coxwold y Ridinghouse Bay, fue arrestado la noche del miércoles acusado de secuestro y asalto después de una intensa búsqueda policial en tres condados. La operación terminó con varios rehenes retenidos en un *bed and breakfast* de las Tierras Altas, en Escocia.

Hasta ahora se creía que Tate se había «ahogado» hace veintidós años en un trágico accidente frente a la costa de Ridinghouse Bay, en las primeras horas del lunes, 2 de agosto de 1993. En aquel momento se informó de que una fiesta que se celebró en casa de la tía de Tate, en Ridinghouse Lane, acabó mal cuando Tate y una de sus invitadas, Kirsty Ross, de 15 años de edad, se ahogaron mientras se daban un baño nocturno después de haber consumido drogas y alcohol.

El padre de Kirsty Ross, Anthony Ross, también falleció esa misma noche después de sufrir un ataque al corazón mientras intentaba salvar a los jóvenes. Graham Ross, el hermano de

Kirsty, sufrió una pérdida de memoria a largo plazo a causa del trauma y nunca fue capaz de recordar qué fue exactamente lo que provocó los ahogamientos.

No obstante, en una serie de extraordinarios acontecimientos ocurridos a principios de este mes, Graham Ross, de 39 años, recordó lo sucedido la noche de los ahogamientos después de ver a un hombre que creyó que era Mark Tate cerca de la estación Victoria, en el centro de Londres. Luego siguió a ese hombre hasta su casa desde el trabajo y lo encerró en un apartamento vacío, al lado del domicilio del acusado, donde, bajo coacción, este confesó haber fingido su muerte la noche en cuestión.

Creyendo equivocadamente que había matado a Tate, Ross huyó a Ridinghouse Bay, donde sufrió otro grave episodio de pérdida de memoria. La artista local Alice Lake, de 41 años, lo rescató de la playa frente a su casa la noche del miércoles, 15 de abril, y desde entonces lo ha estado ayudando a recuperar la memoria. El lunes por la mañana, un encuentro casual entre la Sra. Lake y el Sr. Ross y la

actual esposa de Mark Tate, Liljana Monrose, de 21 años, en la cafetería Sugar Bowl Café, en High Street, los llevó a todos a la casa de la tía de Tate, la Sra. Katharine Tate, de 62 años, en Coxwold.

Fue allí donde finalmente se relataron todos los hechos ocurridos el 2 de agosto de 1993, lo que llevó a la Sra. Monrose a llamar a la policía y a la subsiguiente búsqueda de Tate por parte de la polic?a nacional.

Tate fue reconocido por la dueña de un apartado *bed and breakfast* de Loch Hourn, Invergarry, en las Tierras Altas de Escocia, gracias a una foto que había visto por la mañana en el periódico. Ajeno a su búsqueda debido a la falta de acceso a internet y a la televisión, Tate fue sorprendido por la policía y, según los informes locales, tomó como rehenes a la dueña del establecimiento y a su hija en una habitación cerrada con llave. El asedio duró tres horas, hasta que la policía consiguió derribar la puerta y desarmar a Tate. Actualmente, este se encuentra detenido para ser interrogado en la comisaría de policía de Invergarry, por cargos históricos de asalto, agresión sexual, secuestro, entierro ilegal, falsa identidad, chantaje y tráfico de drogas.

Tras recibir los resultados de su prueba de ADN, es posible que la policía también interrogue a Tate sobre una serie de agresiones sexuales a mujeres durante los últimos veintidós años, aunque este extremo aún no ha sido confirmado.

En el número de la semana que viene de la *Ridinghouse Gazette*:
Reportaje **en exclusiva** de Lesley Wade sobre el día que Graham Ross se reunió con Katharine Tate y descubrió por fin lo que realmente le sucedió a su hermana hace veintidós años.

Sesenta

Lily entra en el apartamento. No ha vuelto a casa desde que se fue el domingo, pero en seguida sabe que él ha estado aquí. Ha colocado bien los cojines del sofá. Ha sacado cosas de los armarios del dormitorio. Su bolsa de viaje no está. Se ha duchado y ha vuelto a colgar su toalla de baño de la manera en que siempre solía hacerlo. Su cepillo de dientes no está y el grifo tiene un brillo más intenso. Se ha comido parte de los productos no muy sanos que ella compró la semana pasada y ha tirado los envoltorios en el cubo de basura. Lo ha vaciado y ha puesto una bolsa nueva. Se ha llevado el dinero en efectivo que ella dejó, unas quinientas libras, y también el cargador de su móvil, su chaqueta Puffa y sus botas de montaña.

En el marco del espejo que hay encima de la falsa chimenea ve un sobre en el que está escrito su nombre. Lily se quita el abrigo y lo cuelga en el pasillo. Luego vuelve al salón y coge el sobre que hay en el espejo. Se sienta, lo abre y lee la carta, con el corazón latiéndole con fuerza bajo las costillas.

Querida Lily:

He tenido que irme a un lugar lejano. Quiero que sepas que la decisión de no estar todo este tiempo contigo no ha sido mía. Un hombre me secuestró, intentó matarme y me abandonó estando moribundo. Ojalá pudiera explicarte lo que ocurrió, pero no puedo hacerlo. Es muy complicado y tiene que ver con cosas que pasaron hace mucho tiempo. He visto que mi pasaporte no está. Supongo que la policía lo necesitó cuando denunciaste mi desaparición. Es posible que te digan algo raro sobre el pasaporte. No les hagas caso. Soy Carl Monrose. Siempre he sido Carl Monrose, el hombre del que te enamoraste. Sea lo que sea lo que intenten hacerte creer, no se trata de mí. Carl Monrose es una buena persona, tiene un buen trabajo y está casado con una mujer maravillosa. Lo demás carece de importancia.

Intentaré llamarte, aunque no sé cuándo. Podría ser dentro de bastante tiempo. Por favor, no me busques. No podrás encontrarme. Y si un hombre llamado Graham Ross trata de ponerse en contacto contigo, te pido por favor que no hables con él. Está furioso, es peligroso y es un mentiroso.

En nuestra cuenta bancaria hay una pequeña suma de dinero, unos cientos de libras. Te he dejado la tarjeta. El número secreto es 6709. Siento que no haya más. Y siento haber tenido que llevarme el dinero en efectivo. Además, y esto cuesta decirlo, el piso es de alquiler. No fui del todo sincero contigo al respecto y pude haberte dado la impresión de que era de mi propiedad. Así pues, a menos que puedas pagar la próxima mensualidad, que vence el 13 de mayo, me temo que tendrás que buscarte otro lugar donde vivir. Siento este desliz en mi franqueza. Solo quería que te sintieras segura.

Cada minuto que he pasado a tu lado ha sido perfecto, Lily. Ojalá te hubiera conocido hace veinte años. Puede que nada de todo esto hubiese ocurrido. Te quiero más de lo que he querido a nadie en toda mi estúpida vida.

Sigue siendo tan increíble como eres, amor mío, y perdóname.

Lily vuelve a doblar la hoja en un rectángulo y la mete dentro del sobre. Guarda la tarjeta de crédito en el bolso y suelta un suspiro. «Un desliz en mi franqueza». Ahí está, mintiéndole desde más allá de las brumas del tiempo. ¿O tal vez no? Tal vez su marido creía de verdad que era Carl Monrose, un buen tipo y un enigmático hombre corriente. Quizás ella lo había curado de su maldad, aunque solo fuera temporalmente. Piensa en la pobre mujer de Escocia, con su hija adolescente, y en lo que debieron sentir encerradas en esa habitación con Carl durante todas esas horas. Y entonces se da cuenta de que esas personas no estaban en una habitación con Carl Monrose, sino con Mark Tate. Y esto la consuela.

Guarda la carta en el bolsillo exterior del bolso. Se la dará a Beverly Traviss. Ella no la quiere, ni siquiera como recuerdo. Entonces, a toda prisa, mete en una maleta todo lo que es capaz de apretujar en ella. Otro día puede volver a por el resto de sus cosas. Se asoma a la ventana de la sala de estar y saluda a Russ, que está sentado al volante de su monovolumen leyendo el periódico del sábado. Él le devuelve el saludo y ella levanta el dedo pulgar.

Va a ser la niñera de la hija de Russ y Jo. Russ dijo que se le ocurrió la idea durante el viaje de vuelta de Ridinghouse. Se lo propuso a Jo, quien, en un desesperado momento de sueño atrasado, accedió a tenerla a prueba durante unos días, y Lily se había quedado en su casa desde que regresó de Yorkshire, mientras la policía registraba el apartamento en busca de pruebas. Es un ridículo giro de los acontecimientos. A ella ni siquiera le gustan los bebés. Pero, en realidad, Darcy es una niña bastante encantadora. Ni siquiera se echó a llorar cuando Jo se la puso en los brazos por primera vez; solo la miró fijamente como diciendo: «Pareces buena». «¡Le gustas!», dijo Jo, y luego añadió: «¿Sabías que los bebés están genéticamente programados para que les gusten más las personas guapas? Es porque se parecen más a un bebé», lo cual Lily se tomó como un cumplido. Pero quizás no lo fuera. Jo es agradable, aunque un poco frágil. En cualquier caso, le está muy agradecida, porque ahora puede ir al gimnasio de vez en cuando, acostarse algún rato durante el día y quedar ocasionalmente para comer con una amiga. Le pagarán cincuenta libras a la semana. No está mal. Y Russ le ha regalado su viejo ordenador portátil para que pueda seguir estudiando contabilidad a distancia. Además, Putney es bonito; mucho más que Oxted. En un futuro, si todo va bien, cuando haya terminado el curso, le gustaría tener su propio apartamento aquí. Y quizás, un día —no ahora—, casarse con un buen hombre inglés. A ella le gustan mucho los ingleses. En cuanto a las mujeres, ya no está tan segura, aunque se está acostumbrando a ellas. O quizás sea a la inversa.

Hay otra cosa que debe hacer antes de salir del apartamento. Abre el joyero que hay en el dormitorio y busca entre la maraña de bisutería hortera que se había traído a Inglaterra desde Ucrania, pensando en posibles noches en los locales nocturnos y los restaurantes llenos de famosos que había imaginado que la estaban esperando aquí. Saca una bolsita de gamuza. Dentro están los anillos de boda que encontró en el archivador de Carl. Ahora sabe a quién pertenecen. Pertenecen a una mujer de Gales llamada Amanda Jones. Se casó con Mark Tate en 2006, después de un breve romance de cuatro semanas. Le dijo que su nombre era Charles Moore. Cuando ella empezó a hacerle demasiadas preguntas sobre quién era y de dónde era; cuando empezó a registrar sus efectos personales tratando de encontrar pistas sobre el hombre con el que se había casado, él se marchó, después de quitarle los anillos del dedo y llamarla puta.

Amanda Jones reconoció su fotografía en los artículos de la prensa local y se personó en comisaría. Se ha vuelto a casar y tiene un hijo pequeño. Lily le mandará los anillos. Está segura de que el dinero le vendrá bien.

Luego echa un último vistazo al apartamento donde ha pasado diez días de su vida de casada con alguien llamado Carl Monrose y cierra la puerta detrás de ella. Cuando Russ sale del aparcamiento y pasan por delante de Wolf's Hill Boulevard, Lily mira hacia el apartamento del primer piso. La luz sigue parpadeando. Vuelve a preguntarse qué tenía esa luz que la había inquietado tanto los días que pasó aquí sola. Y luego recuerda estar sentada en el sofá, llamando al teléfono de su marido, frenética y enloquecidamente, una y otra vez, y luego el ruido de un animal rugiendo tan fuerte que pensó en los lobos que de vez en cuando perturbaban su sueño en Kiev. Y luego… el silencio. Sus llamadas dejaron de recibirse. Aquel ruido, ahora lo sabe, no era el de ningún lobo vagabundo, sino Graham Ross arrojando el teléfono de su marido contra la campana extractora, justo antes de que intentara matarlo estrangulándolo. Era el ruido de un hombre torturado que finalmente reconocía su dolor.

Ella lo oyó y lo enterró en lo más profundo de su subconsciente.

En la carretera, una señal reza: Londres centro 12.

Se vuelve hacia Russ, un hombre bueno, y sonríe.

Sesenta y uno

Alice apaga las luces de su habitación, dejando encendida solo una, muy tenue, con una pantalla negra, para iluminar su rostro. Deposita una enorme copa de vino encima de su escritorio y se dirige hacia el espejo, frente al que se arregla su desastroso pelo con las uñas limadas. Son las 7:58 de la tarde. Durante dos minutos pasea de un lado a otro, deteniéndose delante del espejo cada pocos segundos para comprobar que, de repente, su aspecto no se ha deteriorado aún más. Entonces se oye el tono de canción de cuna de la llamada de Skype. Sale disparada hacia su escritorio, respira profundamente, se aclara la garganta y pulsa responder.

Y ahí está él.

—Hola, Alice —dice.

Parece cansado.

—¿Cómo estás? —le pregunta ella.

—Estoy… Aaah, bueno, ¿qué puedo decir? No muy bien.

—¿No?

—No. Resulta que no soy demasiado bueno siendo Gray Ross. Resulta que no sirvo para ello.

—Oh, Frank…

Él sonríe.

—Me gusta que me llamen Frank —dice él, con expresión soñadora —. Lo echo de menos.

—Para mí siempre serás Frank —dice ella.

—Lo sé, lo sé. Eso me hace sentir…

—¿Cómo?

—Un poco triste.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta ser Gray.* Ya sabes, en la escuela los chicos me llaman Cincuenta Sombras.

Él lanza un suspiro y Alice se echa a reír a carcajadas.

—¡Eso es muy bueno!

—Supongo que sí. Pero no es por eso. Es por todo. Quiero decir… —La imagen de la pantalla se mueve cuando él levanta el ordenador portátil y lo mueve a su alrededor—. Fíjate en mi apartamento, Alice. En serio. Fíjate.

Mueve la cámara web por una habitación cuadrada de paredes amarillas. Hay un montón de papeles por todas partes, un destartalado sofá de color crema y una lámpara de mesa barata de cerámica. Luego lleva a Alice hasta un baño antiguo con una raída alfombra colgando

descuidadamente de un lado de la bañera y una planta muerta en el alféizar de la ventana.

—Todo está como lo dejé. En serio. Así es como vivo.

—He visto cosas mucho peores —dice Alice—. ¿Dónde está Brenda?

—Espera… —La imagen se mueve con brusquedad mientras él busca por el apartamento. Luego dice—: Hola, preciosa, estás aquí.

La cámara se acerca a una gata de color anaranjado con rayas acurrucada sobre un montón de sábanas sucias.

—¡Oh, es muy bonita! —exclama Alice.

—Me odia —dice él—. Está de mal humor desde que he vuelto.

Alice se ríe; no puede evitarlo.

—¡No tiene gracia! —protesta él—. Hasta donde yo sé, ella era la única amiga que tenía. En serio, Alice. Tú no habrías querido conocerme.

Ella se ríe de nuevo.

—No. Lo digo en serio. Soy más o menos un alcohólico. O lo era… La fuga debe haber acabado con eso, gracias a Dios. Pero, ¡joder!, el noventa y nueve por ciento de la basura son latas de cerveza y botellas de vodka vacías. No sé cómo he podido conservar mi trabajo durante tanto tiempo. Me habían amonestado porque llegaba tarde y no me preparaba las clases. Tenía fama de oler a alcohol rancio. Y, según mi madre, soy distante y no la llamo tan a menudo como debería. En fin… —Se encoge de hombros y, con el dedo índice, forma la letra F delante de su cara—. Soy un *fracasado*.

Alice sonríe.

—Bueno —dice ella—. Entonces, eso nos identifica a los dos.

Él lanza un suspiro y su expresión adquiere gravedad.

—Escucha —dice—. He tomado una decisión. Bastante drástica. Estoy fatal. Me siento muy culpable, estoy enfadado, odio mi vida y no puedo seguir adelante. Simplemente no puedo. He vuelto a ver a mi terapeuta, pero no parece ser de mucha ayuda, de modo que me ha recomendado que me vaya durante un tiempo. —Hace una pausa y posa los ojos en su regazo—. Me ha sugerido que ingrese voluntariamente en un psiquiátrico. Solo por un tiempo. Para llegar al fondo de este problema de amnesia. Para llegar al fondo de *mí*. Y creo que tiene razón.

—¿Cuánto tiempo?

Alice siente pánico. Había pensado en invitarlo a pasar un fin de semana, y se había dejado libres los cuatro siguientes para asegurarse de que él pudiera ir.

—No tengo ni idea. Un mínimo de cuatro semanas. Puede que más. Yo solo… —Suspira ruidosamente—. Así no puedo estar con nadie. No puedo estar *contigo*. Y me gustaría estar contigo. De verdad.

Alice sonríe.

—A mí también me gustaría estar contigo.

Su rostro se ilumina y se endereza.

—Enséñame a los perros —dice—. Quiero verlos.

—¡Claro! —Ella levanta el ordenador portátil y lo lleva hasta la cama, donde Griff está tumbado, bostezando. El perro mueve perezosamente el rabo cuando escucha la voz de Frank—. ¡Eh, mira! —dice—. ¡Se acuerda de ti!

Alice se lleva el ordenador portátil hasta el rellano, donde se ha sentado Hero con expresión malhumorada porque Griff no la deja entrar en la habitación de Alice, y luego abajo, donde Sadie está echada sobre un jersey de punto, temblando. Kai y Jasmine lo saludan desde el sofá. Romaine sale de la cocina con un cepillo de dientes en la boca y da un beso a la pantalla, dejando dentífrico por todas partes.

Frank suelta un suspiro.

—Me encanta tu casa —dice—. La echo de menos. Te echo de menos a ti. Yo… —Su voz se quiebra—. Celebraremos un funeral —dice—. Por Kirsty. Dentro de unas semanas. ¿Vendrás?

—Por supuesto que sí.

—Bien —dice él—. En fin, entonces tenemos una cita. Para entonces estaré mejor, Alice. Estaré… Bueno, no sé cómo estaré. Pero estaré mejor. Te lo prometo.

—No hagas promesas —dice ella—. Haz solo lo que seas capaz de hacer. Sé lo que seas capaz de ser. Por muy imperfecto que sea. Mis expectativas son muy bajas —bromea—. Te lo juro: me iría con cualquiera.

Finalmente, Frank se ríe. Es bonito oírlo.

—Buena suerte, Frank —dice Alice—. Nos vemos pronto.

Frank se besa los nudillos y los coloca contra la pantalla. Alice hace lo mismo. Se quedan así un momento, con las manos tocándose en la distancia y los ojos llenos de lágrimas.

—Nos vemos pronto —dice Frank.

—Te estaré esperando —dice Alice.

Luego la pantalla se queda en blanco.

Sesenta y dos

Dos meses después

La entierran en Croydon. ¿En qué otro lugar podrían enterrarla? En Ridinghouse Bay, no; allí su corta e inmaculada vida tuvo un horrible final. Y tampoco en Bude, donde vivían sus abuelos, donde se crio su madre y donde ahora se ha sabido que su asesino vivió durante unos años a finales de la década de 1990, donde violó en una cita a dos mujeres y donde acechó a otra que cayó en una depresión que casi la llevó al suicidio.

Solo quedaba Croydon. Y al menos hace un día espléndido.

Alice experimenta la sensación de volver a casa cuando se desplaza por Londres en transporte público. Siente que su personaje de madre salobre, residente a orillas del mar se desvanece y se imagina a sí misma en una terraza de un café hípster, en parques infantiles con grafitis y tiendas de alimentación atendidas por gente con acento extranjero. Aunque le encanta Ridinghouse Bay, echa de menos Londres.

Frank se reúne con ella en la estación de Croydon Este. Tiene buen aspecto: sigue llevando la barba que había empezado a crecerle cuando estuvo en Ridinghouse Bay, que ahora es una enorme mata de pelo de color castaño cobrizo que le cubre toda la barbilla. Tiene el pelo corto y lleva un traje negro de elegante corte con una camisa oscura a cuadros y unos discretos zapatos negros con cordones. Tiene exactamente el aspecto que debe tener un profesor de matemáticas de ciudad moderno que siga la moda. Aunque ahora ya no es profesor de matemáticas. Cuando regresó a Croydon, el instituto le dio un permiso por enfermedad, pero tras pasar seis semanas en el psiquiátrico, ha decidido que no quiere volver al trabajo. De modo que está en el paro. Lo cual no está bien, porque no podrá llevar a Alice al Ritz. Aunque también es bueno, porque los deja a ambos con opciones.

—Hola —dice él tímidamente, besándola con delicadeza en la mejilla y dándole un delicado abrazo—. Estás preciosa.

Ella se toca el pelo, avergonzada. La verdad es que se ha esforzado mucho. El pelo de tejón ha desaparecido después de haber pagado una cantidad de dinero nada despreciable y lleva unos extraños pantalones elásticos que se ajustan a su barriga. También lleva maquillaje; se lo ha puesto su hija, porque maquillar se le da bastante bien, no en vano pertenece a la generación de los tutoriales de YouTube. Y un vestido.

—Gracias —dice ella.

Él la acompaña hasta el coche, un destartalado Vauxhall con la tapicería sucia. Se disculpa por la mugre y ella le dice que no se

preocupe, recordándole que él ha visto su casa y que, en realidad, la palabra *polvo* no figura en su diccionario personal. Durante un rato, todo resulta incómodo. Alice lleva mucho tiempo sin verlo y duda entre el deseo de sentarse en su regazo y agarrarse a él con todas sus fuerzas o fingir que no pasa nada.

—¿Cómo estás? —le pregunta ella.

—Enfermo —responde él.

—Bueno. Llevas veintidós años esperando esto.

—Exacto —dice él, con los ojos fijos en el retrovisor mientras adelanta a un coche que está aparcado—. Exacto.

—¿Cómo está tu madre?

—Enferma —dice él, con los ojos fijos en el otro espejo mientras vuelve a ponerse en su carril—. Total y absolutamente enferma. No es de extrañar que yo fuera un desastre. Espero que esto por fin la tranquilice; enterrar a su niña. Que le dé un poco de paz.

—Sí —dice Alice—. Debe de haber sido… —Piensa en sus tres hijos —. No puedo imaginármelo. No puedo, de verdad.

Está nerviosa porque va a conocer a la madre de Frank. Está nerviosa por todo esto. Las tías y los abuelos, la pena y el dolor, y los delicados huesos de una niña dentro de un ataúd.

—He traído algo para tu madre —dice Alice, vacilante, tocando una bolsa de plástico que hay a sus pies—. Espero que… No lo sé. Es arriesgado. Puede que le guste. O que lo odie. Primero prefiero enseñártelo.

—Claro —dice él, fijando los ojos en la bolsa—. ¿Es uno de tus cuadros?

—Sí —responde ella—. ¿Cómo lo has adivinado?

Él sonríe.

—Porque no habrías traído nada si no es algo que te sale del corazón. Y tus cuadros te salen del corazón. Además, se ve un poco el marco.

Ella le da un codazo y se ríe.

—Escucha —dice él—. No he desayunado y me temo que no habrá comida hasta dentro de un rato. —Se frota el estómago—. ¿Podemos parar en algún sitio para comer algo? Tenemos mucho tiempo.

Ella asiente, agradecida ante esa excusa que aplaza el momento de conocer a la familia de Frank.

Él se detiene en una calle lateral y aparca frente a una cafetería pasada de moda con mobiliario de madera de pino pintada de color naranja.

—Coge el cuadro —dice él—. Te daré mi opinión.

Piden sándwiches y patatas asadas, Coca-Cola Zero y dos tazas de té. Hablan del juicio de Mark Tate y de las posibilidades de que sea condenado con tan pocas pruebas físicas. Hablan de todas las mujeres

que han aparecido desde su detención, afirmando que fueron agredidas por él, y de su «otra esposa», surgida de la nada. Hablan de Lesley Wade y de la exclusiva sorprendentemente fidedigna que ha publicado en la *Gazette,* que ha sido vendida a la mayoría de periódicos nacionales y que será ampliada en un reportaje de diez páginas en el *Sunday Times Magazine* después de que Mark Tate haya sido juzgado y sentenciado. Hablan de Kitty Tate, que fue detenida tras el arresto de Mark, acusada de complicidad y que se encuentra en libertad bajo fianza a la espera de juicio; poco después de la exhumación del cuerpo de Kirsty, Kitty vendió sus dos casas a precio de saldo a una constructora y ahora vive en un apartamento alquilado, en Ripon. Hablan de los hijos de Alice y de sus perros, y de cómo ahora todos los maestros de la escuela de Romaine tratan a Alice con una especie de asombrada adoración después de haber visto su nombre en los periódicos todos los días durante una semana. Hablan del tiempo que Frank ha pasado en el hospital y de sus planes para el futuro. Hablan como dos viejos amigos que en una ocasión hicieron un increíble viaje juntos y no tienen a nadie más con quien compartir sus recuerdos. Se miran fijamente y entre ellos no hay sino calidez. Ella quiere cogerle la mano, pero espera a que sea él quien tome la iniciativa. Es él quien se rompió y ha tenido que recomponerse. Es él quien hoy va a enterrar los fantasmales restos mortales de su hermana. Es él quien tiene que marcar el ritmo.

—¿Estás mejor? —le pregunta Alice.

Él sonríe.

—Eso creo. Me siento… Me siento… No me siento como Gray. Pero creo que tampoco me siento como Frank… —dice—. Me siento como Graham.

—¿Y quién es Graham?

—Graham es el hombre que se suponía que debía ser. Siempre. Ya sabes… *Graham.*

Él la mira con los ojos muy abiertos, instándola a que lo comprenda.

Ella se ríe.

—*Graham* —repite él—. Es fuerte pero ambicioso. Es cariñoso y amante de la familia. Y tiene un perro…

—¿Tienes un perro?

—¡No! No. Un perro en sentido metafórico. Ya sabes lo que quiero decir: Graham tiene intereses y amigos. Graham sabe dibujar y es bastante bueno jugando al fútbol. Graham es un buen hombre. No es fascinante, pero es bueno. Graham tiene madera de casado.

Alice se ríe de nuevo.

—Graham me cae bien —dice—. Me cae muy bien, de verdad. Pero ¿puedo seguir llamándolo Frank?

—Tú —dice él, acariciando con los dedos el borde de su taza de té—

puedes llamarlo como quieras.

—¿Vendrás a vernos? —le pregunta ella, adelantándose a los acontecimientos y maldiciéndose a sí misma mientras lo pregunta.

Pero no tiene por qué preocuparse. Él asiente y sonríe.

—Claro. De verdad. Quiero verte. ¿Cuándo puedo ir?

Alice se siente profundamente aliviada.

—¡Cuando quieras! —Se ríe—. Ahora.

Frank se echa a reír.

—Bueno, ahora mismo no.

—No, no —dice ella—. Por supuesto. ¡Dios! Soy una vieja bruja desesperada, ¿no?

—No eres ni una vieja ni una bruja. Y no tengo ningún problema con la desesperación. Ninguno, en serio. —Él sonríe y finalmente extiende la mano sobre la mesa para tomar la de Alice—. Bueno —añade, soltándole la mano al cabo de un momento—. Veamos ese cuadro.

Está nerviosa mientras lo saca de la bolsa. Había pasado agonizantes noches de insomnio con los detalles, tratando de encontrar el difícil equilibrio entre el sentimiento y el sentimentalismo.

—Toma. —Alice lo desliza por encima de la mesa hasta él y se lleva inmediatamente una uña a la boca—. ¿Qué te parece?

Es un dibujo de un pavo real con las plumas de la cola extendidas y la cabeza en una posición juguetona, a pocos centímetros del suelo.

—Está bailando —dice Frank en voz baja.

—¡Sí! —dice ella—. Me alegra de que te hayas dado cuenta. No estaba muy segura de que no pareciera que le estaba dando un ataque. Jasmine me dijo que daba la sensación de que estaba a punto de volar; me dijo que le daba pena.

—No —dice Frank, pasando un dedo por el cristal—. Está bailando. Está claro que está bailando.

—Y mira —dice ella, volviendo ligeramente el cuadro hacia sí—. Fíjate en el mapa. Aquí está Croydon, por razones obvias. Pero aquí… —Señala otro punto—. No sé, empecé a pensar en qué podría haber hecho ella si aquella noche no hubiera ocurrido lo que ocurrió. Intenté imaginarme dónde podría haber estado Kirsty Ross. Y pensé… Aquí, en esta parte de Sussex; quizás habría ido a la universidad aquí. Y aquí, Creta, quizás en sus primeras vacaciones con sus amigos. Y luego Tailandia…, ya sabes, un año sabático con la mochila a cuestas. Y luego Clapham, donde puede que hubiera compartido un piso durante un tiempo. Y luego pensé que quizás se hubiera casado y comprado una casa cerca de donde vivían sus padres, quizás aquí… —Desliza el dedo por el cuadro—. Norbury. Sí, lo sé, no tiene mucho glamur. Pero, por lo que me has contado de Kirsty, tengo la sensación de que era una chica sencilla que habría vivido con lo que hubiera tenido, dentro

de su zona de confort. —Se encoge de hombros, inquieta por el silencio de Frank—. Solo es una idea absurda que se me ocurrió; la idea de que, de algún modo, podía recrear la vida que le arrebataron. Inventar para ella una historia que nunca vivió y hacer que pareciera real.

Frank se queda mirándola y luego deja el cuadro sobre la mesa.

—Es perfecto —dice—. En serio. Sencillamente increíble. Y hermoso. Y preciso.

—¿Crees que a tu madre le gustará?

—A mi madre le encantará —dice él, volviéndole a coger la mano—. A mi madre le vas a encantar. *Yo*… —Se interrumpe y niega con la cabeza—. Vámonos.

Él se saca un billete de veinte libras del bolsillo de la chaqueta, lo deja encima de la mesa y le tiende la mano.

El sol brilla alegremente en las grises calles de Croydon. En una funeraria que está a un kilómetro de distancia, el ataúd de Kirsty, con su nombre escrito en letras de color rosa, es introducido en el interior de un coche fúnebre blanco. A un kilómetro de aquí, pero en otra dirección, la madre de Kirsty se ajusta una rosa de color rosado en la solapa de su chaqueta negra mientras los abuelos desenvuelven porciones de queso y abren paquetes de galletas, colocan copas de vino en la mesa del comedor, llenan cuencos con cacahuetes y miran nerviosamente la hora.

La prensa, vestida de negro, ya se ha congregado en el crematorio, instalando las cámaras a una distancia prudencial pero razonable. El funeral de la joven que estuvo enterrada durante más de veinte años bajo un roble a cuatrocientos kilómetros de su hogar; la joven que murió a manos de alguien que ha sido definido como «el hombre más malvado de Gran Bretaña»; la joven que fue finalmente localizada por un hermano que ni siquiera sabía cómo se llamaba, es una gran historia. El país querrá ver en primer plano sus rostros mientras le dan sepultura.

En un enorme y elegante apartamento de Ripon de altas ventanas con vistas a la catedral, Kitty Tate desempaca otra caja de embalaje. Se queda quieta un momento cuando las campanas de la catedral repican la media y piensa que dentro de noventa minutos Kirsty Ross será enterrada por su madre y que, entonces ella, por fin, podrá volver a respirar con normalidad después de veintidós años. Piensa en su juicio, en la posibilidad de ir a la cárcel, y se siente entumecida. Y también piensa en su sobrino, que está a la espera de juicio en la prisión de Brixton, completamente solo, terriblemente convencido de su inocencia, culpando al mundo de todas las cosas malas que ha hecho, incapaz de amar de verdad o de sentir empatía, dañado hasta lo más profundo de su corazón, y recupera el aliento.

En Putney, con la niña de diez meses a la que cuida en su regazo, Liljana Mazur se sienta en una cafetería con una amiga suya, Dasha, que también es niñera y, como ella, también tiene veintiún años y es de Ucrania. Le cuenta a su nueva amiga que hoy, una joven llamada Kirsty Ross será enterrada veintidós años después de su muerte. Le dice que la han invitado al funeral, pero que no podía ir, porque la gente que iba a estar allí la odia por haber estado casada con el hombre que la había matado. Le dice a Dasha que a veces incluso se odia a sí misma por estar casada con un hombre capaz de hacerle eso a una mujer. Y entonces aparta los ojos para que Dasha no vea que está llorando. La niña se vuelve para mirarla y coloca una manita en su mejilla. Lily la coge y la besa.

Y en el interior del sucio Vauxhall, estacionado delante de la casa adosada de Pam Ross, en Croydon, Frank y Alice se vuelven para mirarse y sonríen.

—¿Estás bien? —pregunta Frank.

—Claro —dice Alice—. ¿Y tú?

Frank asiente.

—Me alegra que estés aquí —dice—. Me alegro mucho.

—Yo también me alegro.

—He hablado mucho de ti. En las sesiones de terapia.

—Ah —dice ella—. ¿Cómo te fue?

—El consenso general fue que debía esperar, que aún no estoy lo bastante recuperado como para formar parte de la vida de otra persona. —Hace una pausa y Alice aguanta la respiración—. Pero ese no es el problema. Yo ya he formado parte de tu vida y sé que eso es bueno para mí. La cuestión es: ¿será bueno para ti que tú formes parte de la mía?

—¿Quieres que forme parte de ella? —le pregunta Alice tan deprisa que las palabras acaban secándole la boca.

—Claro que quiero. Sí. —Él se vuelve y se queda mirando la pequeña casa adosada que hay a su derecha—. Pero ya no se trata solo de mí, ¿lo entiendes?

Ella se inclina hacia delante y mira la casa. Es una casa de aspecto inofensivo. Bien cuidada. Hay un reluciente Peugeot 107 verde en el camino de entrada, cortinas estampadas en las ventanas y hortensias de color violeta en los parterres.

—Puedo tener una familia —dice ella.

—¿Una familia con equipaje?

—Puedo hacer un montón de cosas.

Él sonríe.

—Lo sé —dice—. Sé que puedes.

—¿Qué pensaste? —pregunta ella de pronto, tratando de retrasar el difícil momento un poco más, deseando escuchar algo leve y

esperanzador—. La primera vez que me viste. En la playa. Bajo la lluvia. ¿Qué fue lo primero que se te pasó por la cabeza? Sé sincero.

Él sonríe y le coge la mano.

—Pensé que estabas empapada —dice—. Y que dabas un poco de miedo.

Alice le da una palmadita en el brazo y chasquea la lengua. Pero comprende por qué él podría haber pensado eso. Llevaba años interpretando el papel de mujer que da un poco de miedo porque, en lo más profundo de su corazón, ella tenía miedo. Tenía miedo de estar sola. Tenía miedo de ser una extraña. Tenía miedo de haber tenido oportunidades de ser feliz y haberlas tirado todas por la borda.

Él rodea con un brazo a Alice, recuesta la cabeza en su hombro y dice:

—Pensé que eras increíble.

—Eso es bueno —dice ella—. Por si sirve de algo, yo pensé que eras guapo. Y también que estabas empapado.

Él se ríe y le besa el pelo lleno de reflejos.

—Me alegro de que fueras tú quien me encontrara. Me alegro de que no fuera otra persona.

—Yo también.

—¿Entramos?

—Sí —dice Alice—. Estoy lista.

Agradecimientos

Gracias a Selina Walker, mi editora. Gracias por las docenas de clips, pinzas sujetapapeles, flechas adhesivas y postits. Gracias por sellar con tu estilo personal mi manuscrito de la manera minuciosa, cariñosa y totalmente encantadora en que siempre lo haces. Gracias por hacer que mi libro sea mucho mejor de lo que era.

Gracias a Jonny Geller, mi agente. Gracias por su honestidad, su consideración y por el larguísimo correo electrónico en el que demostró cuánto se preocupa por lo que escribo. En primer lugar, la escritura, y en segundo lugar, la carrera, como debe ser.

Gracias a toda la gente de Arrow: Beth, Najma, Georgina, Celeste, Gemma, Cassandra, Aslan, y a Melissa Four, por su hermosa portada.

Y gracias a toda la gente de Curtis Brown; en especial, a Catherine, Melissa y Luke.

Como siempre, gracias a Richenda Todd por la revisión. Es un placer trabajar contigo.

En Estados Unidos, gracias a mi antigua y a mi nueva editora de mesa Atria: ambas se llaman Sarah y ambas son increíbles. Y gracias a Ariele, mi extraordinaria publicista en Estados Unidos. Y por último pero no por eso menos importante, a mi editora, la inimitable Judith Curr, por su fe, su pasión y sus encantadoras cenas.

Gracias a todos mis queridos lectores, a todos los libreros, a los que compran libros y a los bibliotecarios, que hacen funcionar el mundo de los libros y me permiten sentarme en cafeterías a inventar historias. Y gracias a mi familia, a mis amigos, a mis vecinos, a las personas que forman el tejido de mi vida, sin los cuales etc.

Por último, aunque igualmente importante, a mis muchos amigos escritores de la Junta y de otros círculos. Los escritores hacen los mejores amigos, es así.

Título original: *I Found You*

Primera edición en formato digital: mayo de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.duomoediciones.com
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19834-53-9
Código IBIC: FA
Depósito legal: B 18.961-2023

Diseño de interiores: Agustí Estruga
Composición: Grafime, S. L.
Conversión a formato digital: www.acatia.es
Diseño de cubierta: Ceara Elliot
Imágenes: © Shutterstock / © Getty Images
Adaptación de la cubierta: OpalWorks BCN

* Policía Metropolitana de Londres. *(N. del T.)*
* Popular serie documental emitida por la cadena televisiva británica Channel 5. *(N. del T.)*
* Pastillas antidiarreicas que se venden en farmacias y parafarmacias. *(N. del T.)*
** Producto de limpieza. *(N. del T.)*
* En inglés, la frase tiene un doble sentido, ya que «gray» significa 'gris'. *(N. del T.)*


DE LA AUTORA BESTSELLER DE DENTRO DE CASA
LISA JEWELL
CUANDO TE ENCONTRÉ
Todos guardamos secretos.
¿Qué pasaría si olvidases los tuyos?
Duomo ediciones